



Hilario Ascasubi

**Santos Vega o los mellizos de la flor
Rasgos dramáticos de la vida del gaucho
en las campañas y praderas de la
República Argentina**

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Hilario Ascasubi

Santos Vega o los mellizos de la flor Rasgos dramáticos de la vida del gaucho en las campañas y praderas de la República Argentina

Al Señor don Jorge Atucha,

A usted, mi compatriota, mi contemporáneo y amigo de los años juveniles, desde que siempre fue intachable patriota argentino, sin transigir nunca con los tiranos del país ni con los esbirros del sanguinario Rosas, exponiendo su vida y su fortuna por salvar a muchos de los que ellos ferozmente persiguieron;

A usted, que tanto ha contribuido a embellecer la ciudad de Buenos Aires alzando espléndidos edificios, y a poblar con vastos establecimientos de campaña nuestras dilatadas pampas, siendo el generoso protector de los paisanos que le labran sus tierras y apacientan sus numerosos rebaños;

A usted, mi consolador después de los sinsabores e infortunios que pasé, en el tremendo sitio de [IV] París, y durante los luctuosos días que siguieron en Buenos Aires a la mortífera epidemia, cuando me repose en su albergue y su compañía;

A usted, que sabrá apreciar cuánto, a mi regreso otra vez a París, me habrá distraído y aliviado en algo las horas de quebranto el ocuparme en dar término a mi poema de Los mellizos;

A usted, el sagaz conocedor de nuestra campaña como del carácter de los gauchos argentinos;

A usted pues, que sabe comprender y podrá disimular los defectos de una obra escrita con ánimo conturbado y tan lejos de nuestras praderas queridas y sus característicos habitantes, a usted lo dedico este libro, rogándole se sirva aceptarlo con mi ardiente deseo de que le sea agradable su lectura o lo distraiga al menos en los padeceres de su salud quebrantada, y le anime el recuerdo de este su antiguo y reconocido compatriota y amigo,

Hilario Ascasubi.

París, 2 de agosto de 1872. [V]

Prólogo del editor

Las poesías que damos al público son una verdadera novedad del nuevo mundo, y una pintura al natural del estado íntimo de una sociedad no estudiada, pintoresca, llena de vida, que siente y se expresa en un lenguaje peculiar. Esas poesías son más bien la poesía (si la gramática lo permite) de todo un pueblo, el pueblo argentino, pero no el que se asila en las ciudades y remeda los usos y costumbres de la Europa, sino del que habita las campañas y deja volar independiente su imaginación, ya al hacer surcos con el arado en una tierra virgen, o ya apacentando los rebaños bravíos montado en potros indómitos.

La originalidad del teatro, de los hábitos y de los tipos que constituyen el movimiento dramático de la obra, ha aconsejado al autor el poner al pie de cada página las notas que explican el sentido técnico, por decirlo así, de cada una de las voces de los gauchos algo civilizados ya, como presumía [VI] serlo Santos Vega, el recitador en este poema. El uso de este lenguaje, ajeno en muchas voces y modismos al idioma de la literatura española, es indispensable y requerido para revelar los secretos y los hábitos de la vida de las campañas argentinas, que el autor se ha propuesto sacar al conocimiento y examen de la crítica; porque en los pueblos, lo mismo que en los individuos, el estilo, el lenguaje, los modismos, son la parte más profunda, más homogénea, más explicativa de su ser. Los inconvenientes que esta circunstancia puede ofrecer a los que no estén familiarizados con esos modismos del lenguaje del gaucho serán salvados por las notas que hallarán en cada página de la obra, las que contendrán la acepción analítica y práctica de todas las palabras que vayan en bastardilla en el cuerpo del poema; y aun de todas las que sean ajenas al diccionario español.

El gaucho es conocido nada más que de nombre, o por relaciones imperfectas. Hay de él un tipo convencional, pero no un verdadero retrato de su naturaleza altanera, libre, arrojada y generosa a la vez. Actor principal en la lucha de la independencia y en las guerras civiles subsiguientes, es soldado y pastor; y, como que pertenece a un pueblo democrático, se interesa y toma parte en las cuestiones sociales, y se alista, según sus instintos, bajo las banderas que le son simpáticas. La patria es antes que todo la pasión dominante del gaucho argentino, y con ella se dividen su amor al caballo y la mujer, a quienes él poetiza sin saberlo.

Esta personalidad es la que se revela toda entera intus et in ente en las poesías del señor Ascasubi, que tenemos la fortuna de dar a luz. Ellas no son bien conocidas todavía aún fuera del país del autor, sin embargo de ser allí muy populares y de haber llamado la atención de literatos americanos pertenecientes a las Repúblicas del Río de la Plata.

En 1848 la prensa periódica de Chile llevó a lo [VII] largo del litoral del Pacífico una de las composiciones de nuestro poeta, y el periódico de Bogotá, titulado el Neo-Granadino, le

consagró al señor Ascasubi el artículo siguiente, apoyándose en el juicio emitido por el Comercio de Valparaíso, redactado por el doctor don Juan María Gutiérrez.

Poesía americana

Muchas veces nos hemos preguntado ¿por qué nuestros Vates no cantan los interesantes episodios de la guerra de la Independencia, o las costumbres y tradiciones de nuestro pueblo? Hasta hoy, con señaladas excepciones, no hemos visto sino poesías amatorias, tiernamente triviales, que constituyen un anacronismo literario, si vale la expresión, en esta época de grandes trabajos sociales y de pensamientos graves para la América. Nuestra poesía no es nacional: es un remedo frío de la poesía del viejo-mundo, o una parodia de las desesperaciones rimadas de la escuela de Biron, cuyas tristuras y arrebatos ningún eco pueden tener en esta parte del mundo en que todo es nuevo, todo vigoroso y lleno de esperanzas. Por eso mismo causa pesar el desperdicio que hacen nuestros poetas del don divino con que han sido favorecidos; por eso dura poco tiempo en nuestras manos un libro de versos; el espíritu no encuentra allí lo que buscaba, ni halla la expresión de las necesidades sociales, ni un fin social y nacional como naturalmente se espera del vate, es decir, del inspirado sacerdote de una civilización recién nacida, llena de libertad y de porvenir.

El señor Ascasubi ha entendido sus deberes como poeta, y en consecuencia consagra su numen a la pintura fiel de lo que pasa a su rededor y de los episodios de la interesante lucha trabada en la República Argentina entre la barbarie de las Pampas y la civilización de las ciudades, desde la aparición del famoso gaucho Juan Manuel Rosas. Como una muestra de esta poesía social transcribimos el siguiente artículo del Comercio de Valparaíso, conservando el breve juicio que hacen de Ascasubi los Editores.

«En los poetas es en quienes se realizan aquellas hermosas palabras de Jesucristo: -En mi reino los primeros serán los últimos, y los últimos serán los primeros. -Los que han comprendido el sentido de estas palabras, y han imitado a aquel que se bajaba hasta los pobres y los pescadores, han subido como él a la cumbre de la gloria. -Esopo se inmortaliza abatiéndose hasta la inteligencia de la niñez. Teócrito pasa a la posteridad en boca de sus sencillos pastores, y Beranger llena el mundo con su nombre al son de sus modestas canciones, mientras que otros, que han querido remontarse hasta el cielo [VIII] ardiente de la poesía de Homero, han caído como Ícaro entre las ondas frías del olvido.

«En nuestra América tenemos también algunos ejemplos que comprueban esta verdad.

»Tanto cuanto ha querido descender un poeta hasta la inteligencia del pueblo, tanto más se ha elevado, porque hablando con su buen sentido, haciendo vibrar las cuerdas más armoniosas del corazón, y presentando en imágenes poéticas, aunque sencillas, las ideas y los sentimientos de la comunidad, se labraba voluntariamente un pedestal de gloria. Son

raros sin embargo los que sobresalen en este género, porque para ello se necesita poseer aquella difícil facilidad, que hace exclamar:

Eso yo también me lo diría,

y que sin embargo es sólo el patrimonio de los genios superiores, que rozan la tierra con sus alas, porque pueden encumbrar su vuelo a las esferas.

»Entre los varios ejemplos que podríamos presentar en América, citaremos el nombre de don Bartolomé Hidalgo, quien hablando el lenguaje tosco y pintoresco de los gauchos de la República Argentina, ha sido el creador de un nuevo género de poesía, y ha puesto la piedra fundamental de lo que propiamente se puede llamar la égloga americana, y que cada sección de nuestro continente puede aclimatar bajo su cielo, poniéndola en armonía con el modo de decir tan nuevo y tan vigoroso de los pueblos americanos, teniendo además el recurso de la originalidad de sus costumbres y de la novedad de los países en que viven. Hasta el presente este género es lo único original que tenemos, lo único que puede llamarse americano: todo lo demás es una imitación más o menos feliz de la poesía europea.

»Hay muchos que han procurado imitar a Hidalgo, pero como lo dice el ilustrado editor de la América poética, todos han quedado muy lejos del maestro. Uno sólo de sus imitadores ha conseguido llamar sobre sí la atención: este es don Hilario Ascasubi, bien conocido por varias composiciones del género de que hemos hablado, las cuales han sido reproducidas en casi todos los diarios americanos, y muy especialmente en los de Chile.»

Personas muy caracterizadas del Río de la Plata, allí donde la literatura no se divorcia con los más altos empleos, han publicado espontáneamente juicios favorables y elogios a la belleza de los cuadros poéticos del señor Ascasubi. El doctor don Valentín [IX] Alsina, gobernador que fue de Buenos Aires y uno de los publicistas más conocidos en aquel país, escribió llamando la atención sobre el alcance social de las producciones de nuestro poeta, y diciendo en el periódico, el Comercio del plata del 12 de agosto de 1848, lo que sigue:

La encuhetada

Se ha publicado en estos últimos días la Encuhetada, obra poética del señor Ascasubi y escrita en un género desconocido en la literatura de todos los países. Él es producción exclusiva de las márgenes del plata, y es también exclusivo el cetro que en él empuña el señor Ascasubi hace ya muchos años.

Tiene este género la desventaja de que lo que es hermoso en un país, quizá no lo sea en los otros; sus bellezas son locales, y no pueden percibirse por quien ignora las habitudes de nuestros campesinos, y el idioma sui generis que les es peculiar. Pero tiene a su vez la ventaja de adaptarse a toda clase de asuntos. Lo chistoso y lo serio, la crítica y la moral, las costumbres y la política, todo puede ser tratado en este género. Esta observación, cuya verdad está prácticamente demostrada por el señor Ascasubi en La Encuhetada y en todas sus anteriores producciones, es muy digna de atención: porque, como este género tiene tanta aceptación en cierta clase inculta de nuestras sociedades, puede ser un vehículo que una administración sagaz sabría utilizar para instruir a esas masas y transmitirles sucesos e ideas de las que de otro modo nada saben ni nada se les importa.

Hacer hablar a nuestra gente de campo de política o de lo que se quiera, pero en su mismo lenguaje, a la manera que en la égloga se hace hablar a los pastores el lenguaje de los pastores; hacerles hablar con sus mismos modismos, con sus metáforas y alegorías, con sus voces habituales que a veces son tan fuertemente expresivas, mezclar hábilmente lo jocoso con lo formal, proponerse siempre una idea u objeto moral o instructivo, saber aprovechar el auxilio de la rima y emplear siempre el metro que es favorito en esas gentes, y que parece fuera natural en el hombre, el romance u octosílabo, tal juzgamos que es el carácter distintivo de este apreciable género, que, lo repetimos, es exclusivamente nacional y en cuya importancia quizá no se ha fijado aún bastante la atención.

Esas dotes reúne sin duda La Encuhetada; por cuyo acertado desempeño felicitamos a su festivo autor. No queremos perjudicarla: [X] y por esto nos ceñiremos a dar una idea de su objeto, y a presentar una muestra de su desempeño.

Su folleto de 34 páginas de 4º menor y con dos láminas, es la introducción de un trabajo que tiene, por objeto la Intervención europea, especialmente en su relación con la Inglaterra, sin que por eso el autor y...

sin que dentre en sus deseos

ni un remoto pensamiento

de hacer en el fundamento

agravio a los uropeos.

Después de una corta dedicatoria a Lord Palmerston en que le dice...

Señor conde Palmelón:

a usted, por lo bien-portao,

y el haberse acreditao

¡tan lindo en su Intervención!

Callejas, de refilón,
5

a nombre de la gauchada,

le dedica esta enflautada,

celebrando entre otras cosas,

que en ancas le largue Rosas

por el Harpy una ensilgada.

10

¿Sabe lo que es ensilgada?...

Supone el autor que su paisano Olivera llega a casa de su amigo Marcelo, y como aquel perteneciese a la guarnición de Maldonado que fue traída en Vapor de guerra, y acaba de desembarcar en Montevideo, esto presenta naturalmente al poeta la ocasión de hablar de lo sufrido en aquel punto, del viaje que hizo para acá, del estado del país, de política, y en fin de la Intervención, y además ha interpolado incidentes o episodios que contribuyen a la variedad y al chiste.

En todo esto hay rasgos; muy notables: pero en nuestro sentir, donde sobresale sin mancha ni defecto alguno, la propiedad y la gracia, es en la descripción del embarque de la guarnición de Maldonado y en la descripción del Vapor... cuando dice así:

¡Por vida!... Y ¿cómo les ha ido

en tanto apuro o redota?

.....

.....

[XI]

El ilustre fundador del periódico adonde hemos tomando esas apreciaciones, el doctor don Florencio Varela, dos años antes que el señor Alsina (su sucesor en la prensa), había pronunciado ya los siguientes juicios críticos:

La media cana del campo

Con muchísimo gusto damos hoy un lugar preferente en las columnas de nuestro diario a varias estrofas de una bella composición, que en un folleto suelto ha publicado el señor Ascasubi, a quien felicitamos sincera y merecidamente, como acostumbramos y es nuestro deber hacerlo, siempre que por la prensa se publican versos tan bellos y floridos como los que recomendamos al público, pues respecto a los malos y empalagosos, demasiado hacemos con guardar silencio después de leerlos.

Los misterios del Paraná

Inútil sería ocultar el nombre del autor de esa preciosa composición que se publica hoy por la imprenta de este diario. Los versos del señor Ascasubi son como los cuadros de Murillo o de Rubens; el que los ha visto una vez reconoce el colorido, el estilo, donde quiera que encuentra otros y esto sin necesidad de que le digan el autor. Leyendo los Misterios del Paraná, es imposible no recordar a la Isidora; pintura movediza, viva, completamente fiel, de una de nuestras guarangas de fandango.

En la composición que hoy anunciamos campean las dotes que el Señor Ascasubi ha mostrado otras veces en este género de poesía: suma viveza y propiedad en las descripciones; movimiento realmente dramático en la narración; versificación fluidísima, y sobre todo, una verdad de colorido y una propiedad de lenguaje y estilo, que hace de sus composiciones el más perfecto retrato del gaucho del Río de la Plata.

La pieza de que hablamos, es una carta en que Vicente refiero a su querida Estanislada lo que ocurrió en el combate de obligado, las quejas del paisanaje contra Rosas; y los anuncios, que le ha hecho el cura, de la prosperidad que la libre navegación del Paraná ofrece a las provincias ribereñas. Sentimos que las inflexibles condiciones de espacio a que tienen que sujetarse artículos de diarios, que no se pueden postergar, nos hayan forzado a suprimir los trozos que habíamos elegido para muestra de la composición del señor Ascasubi, privando a nuestros lectores del buen rato que con ellos les daríamos.

Cerramos este artículo, recomendando este nuevo trabajo del señor Ascasubi que será buscado y estimado en las costas del Paraná a donde parece que lo destina especialmente.

[XII]

Las dos anteriores composiciones elogiadas por don Florencio Varela en el comercio del plata, a saber: Media cana del campo y Los misterios del Paraná, forman parte de la colección de poesías del señor Ascasubi que hoy publicamos en tres volúmenes bajo el orden y títulos siguientes.

Primer volumen. Santos Vega o Los mellizos de la flor. Este volumen es todo en verso, y su asunto empieza en el año del 778 y concluye en 1808.

Segundo volumen. Aniceto el gallo. Extracto del periódico escrito en verso y prosa bajo ese título, haciendo reminiscencia a la guerra y al sitio que el general Urquiza le hizo y le puso, a la ciudad de Buenos Aires en 1853, y haciendo también reminiscencia a la cruzada libertadora emprendida por el general Lavalle y sus dignos compañeros de armas contra el tirano Juan Manuel de Rosas. Además, este mismo volumen contiene otras muchas poesías inéditas.

Tercer volumen. Paulino Lucero. Se compone de poesías descriptivas sobre las fiestas cívicas hechas en Montevideo en 1833 y 1844, y también sobre los triunfos de los patriotas argentinos obtenidos en la guerra de la Independencia. Además este volumen hace reminiscencia y es como una memoria histórica del sitio que por nueve años consecutivos le hizo poner a la heroica ciudad de Montevideo el tirano Juan Manuel Rosas, con su ejército mandado por el general don Manuel Oribe.

El señor Ascasubi tiene su cartera llena de otros testimonios de estima y aprobación como poeta, suscritos por muchos nombres célebres. Algunas de esas apreciaciones vienen al final de este prólogo, pues que publicamos esos testimonios copiados fielmente de los originales entresacados del álbum de nuestro poeta. [XIII]

Finalmente, nos hemos propuesto en estos renglones cederle la palabra a personas a quienes no se puede (como a un editor) tachar de parcialidad. Y llevando esta mira hasta el fin transcribimos el artículo crítico que el distinguido literato don José María Torres Caicedo, conocido en ambos mundos, publicó en París en el Correo de ultramar de 24 de julio de 1861, cuando llegaron a su conocimiento las poesías de nuestro autor.

Literatura Latino-Americana

Poesías
Del señor teniente coronel

Hilario Ascasubi

Si la poesía, en un sentido más lato, es la apreciación exacta y la fiel reproducción de la naturaleza, el señor Ascasubi es poeta; pero en su poesía no se deben buscar las concepciones trágicas, los sueños sentimentales y voluptuosos, ni la ternura apasionada de los antiguos poemas alemanes; tampoco la exposición pintoresca, el brillo, la acción, el nervio de los viejos cuentos españoles, ni menos la salvaje energía, la lúgubre profundidad de los himnos sajones.

El señor Ascasubi no pertenece a la categoría de poetas que Taine, Morin y otros han bautizado con el nombre de lakistes, pálidos imitadores de Chateaubriand, que sólo saben vibrar una nota vaga, tierna y plañidera; está distante de seguir la escuela de los que a todo trance quieren aparecer escépticos, abrumados por el tedio como Biron, sin poseer las sublimes cualidades del autor de Lara y de Manfredo, sin haber sufrido sus padecimientos, sin estar atormentados por el genio «de ese ángel o demonio»; tampoco sigue a los afiliados en el gremio de la fantasía, como Banville, Bandelaire, Pommier, etc. No; el poeta porteño ha aspirado a enrolarse, bajo otra bandera, y en esas filas ha obtenido un rango superior.

El señor Ascasubi ha comprendido que en este siglo, el poeta debe elevarse a otras esferas, ser el sacerdote de la idea, servir la causa de la libertad y del progreso, emplear un acento viril para [XIV] alzarlo en las luchas de la humanidad que se esfuerza por hacer triunfar el derecho y la justicia.

En su género, y aun cuando dista mucho en cuanto a la forma, ha emprendido el camino que llevan De Laprade, Dupontavice, De Heussey, Carlos Alexandre, Esteban Arago y otros pocos que se empeñan en salvar de su ruina la poesía francesa.

El señor Ascasubi, por la originalidad, tiene muchos puntos de contacto con el célebre Jasmín, cuyos cantos, en una lengua que tiende a desaparecer, han arrancado estrepitosos aplausos a las grandes ilustraciones literarias de la capital de la Francia. Por su buen sentido y su naturalidad podría decirse que ha bebido en las mejores obras del buen La Fontaine, Por su robusta entonación en defensa de la patria y de la libertad, tiene grande analogía con el amable Beranger, el bardo popular de Francia, tan amado por los hijos de las clases trabajadoras y tan injustamente calumniado después de su muerte, aun por algunos que se llaman liberales y que han dado algunas pruebas de verdadero liberalismo, los cuales se cuenta Pelletan.

El señor Ascasubi ha sabido separarse de esa trillada senda que han recorrido muchos poetas americanos, que no han tenido en mira fundar una literatura propiamente nacional, y que han empleado sus robustas facultades en imitar el lenguaje, las formas, los sentimientos y aun asimilarse las enfermedades del corazón de los escritores desesperados o desesperanzados de viejas sociedades europeas.

El señor Ascasubi ha comprendido que el poeta debe servir prácticamente al pueblo, y ha cantado la libertad, ha tronado contra la tiranía, ha seguido paso a paso los terribles episodios, las tremendas escenas que se han desarrollado en las dos riberas del Plata; y para dar a sus agradables e interesantes descripciones un tinte original y algo de color local, ha

empleado el lenguaje animado, expresivo, varonil hasta en su misma falta de cultura, de los gauchos, de esos habitantes de las Pampas que, acostumbrados a vivir dueños de sí mismos, han defendido con brío la libertad y la independencia, cuando ellas han estado amenazadas o próximas a sucumbir.

En los versos del señor Ascasubi, aún en sus cóleras y sus indignaciones patrióticas, en sus lides políticas, muestra siempre ese buen humor que indica la necesidad de reír y de hacer reír, sin ser enfadoso ni pobre o de espíritu; pues no siempre es justa la máxima de Vauvenargues:

La moquerie est souvent indigence d'esprit.

El bardo argentino se exhibe las más de las veces burlón y tundador; pero no es cruel en sus sátiras, ni mordaz en sus epigramas: «pica como una abeja sin veneno.» Sin embargo, en más de una ocasión sus rimas han debido causar escozor al prójimo.

Aun cuando muchas composiciones del señor Ascasubi presentan hermosos versos que pudiéramos citar como modelos en su género, nos abstenemos de hacer transcripciones, una vez que pensamos [XV] reproducir muchas de las poesías contenidas en los dos tomos de obras completas del autor, como en su romance «Los dos Mellizos», y en su periódico titulado «Aniceto el Gallo.»

Antes de terminar este artículo nos permitiremos trazar algunas líneas acerca de la biografía del autor.

Hilario Ascasubi nació en la provincia de Córdoba, el año de 1807, de camino su familia para Buenos Aires, en cuya ciudad hizo sus primeros estudios. En 1819 emprendió un viaje por la América del Norte y la Guayana francesa. Embarcose el señor Ascasubi en la barca llamada la Rosa Argentina, primera que atravesó la línea equinoccial, llevando orgullosa el pabellón mercante de la República Argentina: 1822.

En 1822 regresó a Buenos Aires; después se encaminó a Bolivia, y tres años más tarde bajó a la provincia de Salta, en la República Argentina. A la sazón se organizaba en esa provincia un cuerpo de infantería con el noble objeto de libertar a la república oriental del Uruguay, de la dominación de los brasileiros, a quienes venció el ejército argentino en la batalla de Ituzaingó, el 20 de febrero de 1827. Ascasubi sirvió bajo las órdenes del bizarro coronel José María Paz, y luego a las del general Lavalle.

En 1828 quedó consolidada la independencia del Uruguay, y Ascasubi volvió a Buenos Aires, afiliándose en el partido que el sanguinario Rosas llamaba «de los salvajes unitarios.»

Rosas, con sus instintos de hiena, persiguió a todos los buenos patriotas; Ascasubi no podía dejar de ligurar entre las víctimas de ese tirano, y fue aherrojado en un oscuro calabozo, donde permaneció 23 meses. De tan agradable morada fue trasladado a otra hermosa residencia, a bordo de un pontón, El Cacique; y allí empezó el bardo a extender sobre el papel sus primeros versos gauchos.

Pero Rosas no se limitó a hacer esas caricias y tales agasajos al poeta porteño; hizo algo más: ordenó que le fusilasen por pronta providencia; pero uno de los gobernadores delegados del famoso restaurador y federalista, don Tomás Manuel de Anchorena, tuvo el buen gusto de no cumplir esa orden, caso raro de desobediencia en aquella época bendita de la mashorca.

El benigno y civilizado Rosas se hallaba a la sazón en campaña. Al regresar a Buenos Aires supo que Ascasubi no había sido fusilado, y lo mandó prender de nuevo: hizo que le encerrasen en una fortaleza, teniendo el propósito de hacerle emprender luego el viaje de donde no se vuelve; y a fe que así habría sucedido, si el gaucho cantor no hubiera tenido la idea de trepar sobre la muralla y dejarse caer en un foso que estaba a 15 metros más abajo. En tal ejercicio gimnástico pudo haberse roto la cabeza; pero más seguro era que Rosas se la mandara cortar: el cálculo del bardo fue, pues, muy acertado. De su salto peligroso salió bien Ascasubi, y pudo ponerlas en polvorosa y asilarse en el territorio de la República Oriental.

Desde Montevideo, donde se habían refugiado centenares de argentinos perseguidos por Rosas, Ascasubi declaró guerra abierta al tirano, poniendo al servicio de la buena causa su espada, su pluma y sus recursos pecuniarios.

En 1843, después de tantos años de luchas, en que Ascasubi [XVI] perdió dos hermanos y muchos amigos, Rosas envió a su igual, el cruel Oribe, a que conquistase la Banda oriental. Fue entonces que intervinieron la Francia y la Inglaterra con sus escuadras y mas de 4.000 hombres de desembarco, fuerzas que permanecieron en Montevideo.

En 1851, el general don Justo José de Urquiza se pronunció contra Rosas, batió a Oribe y engrosó sus filas con los soldados de ese sanguinario militar. Aliado más tarde con los brasileiros, emprendió su campaña contra el tirano, a quien puso en vergonzosa derrota en Monte Caseros, el 3 de febrero de 1852.

En aquella memorable y gloriosa campaña, Ascasubi figuró como ayudante de campo del general Urquiza.

Desde que la República Argentina recobró su libertad, Ascasubi le ha seguido prestando sus útiles servicios. En el deplorable conflicto que surgió entre Buenos Aires y las trece provincias, Ascasubi tomó parte por la provincia disidente.

El poeta argentino acaba de hacer un viaje a Europa, y no dudamos que al regresar a su patria se esforzará por excitar el patriotismo de los argentinos, a fin de que pongan término a esas querellas de familia que impiden el adelanto del país en el interior, quitándole prestigio en el exterior. Esa es la misión de un buen ciudadano y del poeta de la moderna escuela, que es la sostenedora del Derecho y la Justicia.

J. M. Torres Caicedo

Como complemento a las noticias biográficas que en el anterior artículo inserta el señor Torres Caicedo, reproducimos la vista fiscal que se dio en el expediente de retiro a inválidos, promovido por el señor Ascasubi.

Dice así:

Excelentísimo señor:

Por las poderosas razones que expresa la Comandancia general de Armas y la Contaduría general, es evidente que al señor teniente coronel don Hilario Ascasubi le corresponde el retiro a inválidos con las dos terceras partes del sueldo de su clase.

Pero si la causa que combatió la tiranía sangrienta de Rosas ha triunfado, si los servicios prestados a esa causa de la civilización contra el crimen y la barbarie son grandes méritos para con la patria, es preciso hacer a favor de los ciudadanos que prestaron señalados servicios en esa lucha horrible, todo cuanto sea permitido, aun dando una interpretación lata a la ley de setiembre. [XVII]

El señor teniente coronel Ascasubi, de pública notoriedad, ha sido uno de los militares que, habiendo pertenecido desde muy joven al ejército nacional de la guerra del Brasil, perteneció siempre a la causa de la libertad; por ella se ha sacrificado, ha emigrado, fue encarcelado y borrado de la lista militar; perteneció a los ejércitos libertadores, al sitio de Montevideo, a la cruzada para derrocar a Rosas, y ha estado constantemente del lado de la causa de los principios durante el sitio de esta ciudad y de todos los conflictos por que ha pasado el país. Con sus fondos particulares proveyó de armas al general Lavalle, armó y tripuló un buque a su expensa durante la cruzada del mismo general, y su casa y su fortuna han estado siempre a disposición de sus compañeros de emigración.

Cuando estuvo en buenas condiciones de fortuna, pidió su separación del servicio por no ser gravoso al Estado, dando a establecimientos públicos los sueldos que se le adeudaban.

Desgracias inesperadas le han hecho perder su fortuna, en edad avanzada; o inútil ya para servicios activos, rodeado de sinsabores domésticos, debe ser recompensado por sus méritos notorios.

La ley de pensiones acuerda la totalidad del sueldo a los que quedaron inutilizados por función de guerra, inciso 1º, artículo 17. El Fiscal cree que Vuestra Excelencia en atención a los remarcables servicios de este Jefe, que es más meritorio que si se hubiese inutilizado por heridas en función de guerra, debiera acordarle el sueldo íntegro con retiro a inválidos.

Rufino de Elizalde

Buenos Aires, noviembre 18 de 1857.

En comprobación de los juicios del señor Torres Caicedo reproducimos uno de los varios artículos que un periódico de Buenos Aires, la Tribuna del 5 de setiembre de 1861, redactada por el señor don Héctor Florencio Varela, publicó bajo el epígrafe siguiente:

Poesías de Ascasubi

Si en alguna parte se reconoce el mérito, y se aplaude el talento, es en el seno de la vieja Europa.

Ascasubi, a quien alguno llamó con razón, por la popularidad de sus cantos, el Beranger Argentino; Ascasubi, de quien Florencio Varela, y todos los hombres distinguidos del Río de [XVIII] la Plata, han hecho el mayor elogio que pueda tributarse a uno de esos seres a quienes la Providencia regala una chispa de su divina inspiración; Ascasubi, que con la sencillez y naturalidad de sus cantos ha infundido, en gran parte, el amor a la libertad en el corazón de nuestras masas, acaba de recibir en París una ovación merecida a su genio y a su talento de poeta.

El Correo de Ultramar, cuya importancia como periódico conocen todos, le ha consagrado el bello artículo que hoy reproducimos en la primer página de La Tribuna.

Lo firma el señor Caicedo, uno de los redactores de aquel diario, a quien, aunque de carrera, tuvimos el placer de apretar la mano en una de las veces que, de paso, estuvimos en ese inmenso salón de lujo, encantos y delicias, a que se llama París.

El señor Caicedo, distinguido escritor americano, es, como se verá por su escrito, una persona competente y caracterizada, para juzgar las poesías de Ascasubi, y que al elogiarlas reproduce en El Correo de Ultramar.

Como Argentinos, nos felicitamos de los elogios tributados al famoso Aniceto el Gallo, por uno de los órganos más caracterizados de la prensa europea, y como amigos suyos, lo recibimos a él por el honor que le hace esa manifestación, tan justa como merecida.

El 6 del mismo mes y año el Nacional, también periódico de Buenos Aires, escribió igualmente lo que sigue:

El Poeta Ascasubi

El mérito verdadero no se oculta nunca, ni pierde en su esencia por más olvidado que permanezca, por algún tiempo.

El brillante oculto en un terreno cualquiera, sale a fascinar con sus rayos a las más elevadas cortesanas; la perla escondida en su concha, sólo tiene valor cuando es conocida del vulgo, mientras que nadie se ocupaba de su mérito verdadero antes de la publicación de su valor.

Como el brillante, como el oro, como las perlas ocultas en las entrañas del globo, estaban para la Europa las obras de nuestro célebre Aniceto el Gallo. El señor Torres Caicedo, toma hoy con la punta de su brillante pluma el nombre de Hilario Ascasubi y lo pone en exhibición, y le corona con una aureola de gloria para que la Europa sepa que también aquí, entre estos bosques americanos donde nos creen salvajes todavía, hay talento, hay imaginación, hay genio.

El señor Caicedo es poeta, y poeta de corazón; sus palabras [XIX] sobre las obras del coronel Ascasubi le honran, y por ellas felicitamos a nuestro amigo, a quien antes que Caicedo hemos rendido nuestros tributos.

En el periódico la Regeneración, que se publicaba en el Uruguay, el distinguido profesor don Marcos Sastre escribió en el numero del 6 de julio de 1851 el siguiente juicio:

Paulino Lucero

Nos es sumamente grato publicar en nuestras columnas el bellissimo poema «Paulino Lucero», dedicado por su distinguido autor al heroico general Urquiza, tan expectable hoy por resumir en su noble política y generosa personificación la gran cuestión de las libertades del Plata, ahogadas hace 21 años por Rosas, tirano detestable. «Paulino Lucero», compuesto hace cinco años y publicado en Montevideo, ha sido refundido y adaptado a la

situación de nuestra actualidad, que con una previsión que habría derecho de apellidar profética, entrevió y anunció desde su primera aparición. Hoy que providencialmente vemos convertido en una prestigiosa realidad, aquello mismo que en la primera aparición del poema fue clasificado, por muchos, de meros ensueños de poeta; hoy que la Patria levanta su noble cabeza, y muestra con santo orgullo que la raza de hombres grandes que tanto han ilustrado sus fastos, y que tan encarnizadamente ha perseguido con el exterminio el bárbaro Rosas, renace llena de noble vigor en la persona del magnánimo general Urquiza, para revindicar sus derechos y sus glorias, y colocarse definitivamente en el rango de nación libre y civilizada, creemos con entera convicción que la publicación del poema será de completa aceptación, no sólo por el fin político que envuelve, sino también por el relevante mérito que lo distingue y coloca en el repertorio de nuestras nacientes glorias literarias.

«Paulino Lucero» como todas las composiciones de su autor, toma una dirección verdaderamente grande, y cual otro Beranger, marcha tras la Patria, la libertad, el pueblo; que es su Musa y su Parnaso.

El comercio del plata, periódico de Montevideo, publicó en su número de 26 de agosto de 1851 el artículo que reproducimos a continuación, debido [XX] a la pluma del ilustrado literato argentino, doctor don Vicente Fidel López.

Urquiza en la patria nueva

Pocos días hace que recibimos de Entre-Ríos una nueva obra del señor Ascasubi que juzgamos muy digna de llamar la atención de los amantes de la bella literatura, como lo es siempre todo talento verdaderamente original y fuente. El señor Ascasubi es un poeta dotado de una admirable fecundidad en la concepción y en los detalles de sus cuadros. Parece que para hallar el encanto con que sabe hechizar a sus lectores, le basta tender sobre el vasto y magnífico suelo bañado por el Plata la vista sagaz con que fue dotado por la naturaleza; tal es la precisión de sus pinturas y el amenísimo y verídico colorido con que hace resaltar los personajes y los hábitos nacionales que idealiza.

No es nuestro ánimo, por supuesto, usurpar aquí el lugar de críticos para apreciar en su conjunto y en un sentido el talento especial del señor Ascasubi, o para investigar las infinitas bellezas de detalle con que tanto sobresalen las bellas obras que ha escrito.

El autor de Los Mellizos está ya juzgado por el mundo Sud Americano: su palma será - nos complacemos en creerlo- eterna como la historia y la naturaleza de nuestros países; y a este respecto sólo le deseamos sosiego de espíritu y protección para que cumpla las bellas

promesas de su talento, y pueda dotar a la literatura nacional de ese carácter distintivo que sólo él ha sabido dar, y que sólo él aparece hasta aquí como capaz de consagrar con firmeza y brillantez.

Cuando nuevas razas y nuevas cosas hayan cubierto nuestro territorio, cuando los tipos poéticos de nuestra vida actual hayan desaparecido por la superposición de nuevas entidades y por la invasión de los hábitos e intereses de la vida civil e industrial, cuando nuestros desiertos y el hombre de nuestros desiertos, como los cazadores y los tramperos de Cooper hayan cedido su lugar a la actividad acompasada y material de nuestra grandeza futura, los cuadros y las creaciones del señor Ascasubi serán sin disputa la fuente, los antecedentes homéricos de nuestra futura literatura, y en este concepto es inmenso el valor histórico a que creemos está reservado ese nombre reducido hoy entre nosotros a un valor modesto tal vez. ¡Pluguiera al Cielo que la noble aspiración de merecer tan bello destino le alentase para el trabajo hoy: y para concebir y ejecutar obras de meditación y de paciencia.

Sin poderlo remediar íbamos ya a extraviarnos del objeto-circunscrito que nos habíamos propuesto al comenzar.

El general Urquiza en la Patria Nueva, es a nuestro juicio una de las más bellas producciones del poeta argentino que nos ocupa. No era extraño tampoco que así fuera. La inspiración producida por el campeón que ha tomado sobre sí la magnífica empresa de nuestra regeneración, la resurrección de una patria por tantos años envilecida, y arrastrada en el lodo por la más espantosa [XXI] de las tiranías; que en los momentos del más fatal y desvalido desaliento levanta repentino su voz para decirnos: «¡Ea, hijos del suelo argentino y oriental, levantad vuestra frente del sucio polvo, que aquí tenéis todavía un brazo fuerte para daros patria y un corazón que la sabe comprender grande y vigorosa para el bien de todos!» La inspiración, decíamos, producida por tan sublime revolución, no podía menos que hacer vibrar en el poeta las cuerdas más delicadas y armoniosas de su feliz talento.

Y en efecto: las bellezas de esta producción del señor Ascasubi son eminentes. Nos guardaremos por cierto de obedecer a la tentación de extraerlas aquí para mostrarlas: cualquiera que las tome en las páginas salidas de la prensa de Entre-Ríos, conocerá que no excedemos en un ápice los límites de la justicia al darle al autor nuestros aplausos.

Aunque la pintura del Río Uruguay es en el poema que nos ocupa un trozo singular de sencillez y de vigor poético, reducidos por los límites que nos estrechan, tenemos que dejarla para concluir con una observación capital. El señor Ascasubi pertenece como talento al género de Cervantes; sus personajes se elevan al tono poético, como tipos del buen sentido popular; y siempre ardoroso enemigo de los gérmenes del mal y de las preocupaciones atrasadas que nos han afligido durante todas nuestras luchas y desgracias civiles, mantiene, por decirlo así, y propaga en nuestras masas la doctrina del orden, de la moral y de la civilización. En este sentido las obras del señor Ascasubi tienen un inmenso valor social, porque unen a la más sana tendencia en política y en moral toda la fascinación de las narraciones y de los cuadros artísticos de la poesía.

Nos complacemos en esperar que el autor y sus trabajos están destinados a recibir una eficaz protección y fomento en la Patria Nueva que alborea para nuestra tierra por tantos

años desgraciada. Concluimos pues rogando al cielo que las dulces promesas que tiene hoy pendientes sobre la frente del hombre y de la patria, se cumplan todas y formen la imperecedera bendición del uno y de la otra.

El Nacional de Buenos Aires, en su número del 22 de mayo de 1853, insertó un larguísimo artículo de su redactor el distinguido publicista don Palemón Huergo, analizando las poesías de Ascasubi, de cuyo artículo tomamos las bien consideradas reflexiones que siguen:

Literatura nacional

¿Tiene algo de original nuestra literatura?

He ahí la pregunta que se han hecho muchas veces los hombres [XXII] pensadores, sin que jamás haya podido ser resuelta en la afirmativa.

Entre los habitantes del Continente Americano, y con especialidad en los de ambas orillas del Plata, se nota visiblemente una disposición natural hacia el rápido desarrollo de la inteligencia, imaginaciones vivas, fogosas, entusiastas, predispuestas siempre a todo lo que es grande, maravilloso y bello, que unidas a cierta organización armónica que parece serles inherente, ha producido en todos tiempos un número crecidísimo de poetas, de que han podido vanagloriarse, citándose entre ellos no pocos, que figurarían aun al lado de los más ilustres nombres de los literatos modernos de la Europa.

Pero por muy dignos de atención que hayan sido sus trabajos, no han llevado en sí el sello de la originalidad; ni podía ser de otro modo, desde que, circunscritos a reproducir las mismas escenas de la vida civilizada, y empapados sus pinceles en los colores del viejo mundo, no presentaron sino una reproducción de aquellos cuadros, ardientes y entusiastas, tiernos y desesperantes, enérgicos o suaves, de Biron, Lamartine, Victor Hugo, Espronceda o Larra, etc.

La misma naturaleza, las mismas escenas, las mismas impresiones, y por consiguiente la misma escuela debían imprimir un sello idéntico a las producciones americanas; por eso ha debido asegurarse que no teníamos literatura propia.

En épocas como la actual, en que la civilización cunde con la rapidez del rayo, por medio del vapor y la electricidad, difícil es sin duda que una nación pueda conservar un carácter tan especial y exclusivo en sus obras, que poniéndolas fuera del alcance de las

demás pueda crearse un título de originalidad, y mostrarlo al mundo como una hoja privada de su corona literaria.

Las producciones en estilo gauchi-poético que de algunos años a esta parte ha producido la pluma hábil del señor Ascasubi, nos han venido a probar esta verdad, y resuelto por la afirmativa la cuestión que por tantos años fuera decidida de un modo negativo.

La vida errante, sin traba alguna de las conocidas en los círculos de las sociedades civilizadas, del gaucho argentino, que nacido, criado y educado, entre la vasta pampa que forma su campaña, ha aprendido desde los primeros días a luchar con los elementos, a vencer las fieras, a despreciar la vida, a hacerse superior a todo ser y a toda cosa humana; las faenas del pastoreo, acostumbrado a desempeñarlas según el método admitido de los indígenas, sin más instrumentos, tanto para ellas, cuanto para todas sus exigencias, que el cuchillo, el lazo y el potro, con que ha conseguido vencerlas y héchose superior, satisfaciendo todas las necesidades de su vida, errante por costumbre, por necesidad, por gusto o por inclinación; sus hábitos, usos y costumbres, necesariamente excepcionales, como lo son todas las demás escenas de su vida, escenas desconocidas hasta hoy al viejo mundo, su lenguaje figurado, enérgico, entusiasta, siempre abrumado de imágenes y comparaciones; todos estos cuadros nuevos producidos por la particularidad e inmensa despoblación de tan vastos territorios en que nuestros primeros padres confundiendo su raza [XXIII] con la de los indígenas, dieron origen a una clase intermediaria entre el europeo civilizado y el indio salvaje, produjo necesariamente el gaucho, que nacido en esas vastas soledades, nació, creció y murió sin conocer más mundo, ni más escena, que el horizonte de la pampa, los ganados, su caballo, su lazo; que no reconoció más autoridad que la suya, ni más propiedad que el comunismo: todo esto pues, sufriendo las modificaciones, que el tiempo ha debido ir produciendo gradualmente, ha dado por resultado el gaucho criollo de las pampas argentinas, algo más civilizado, con una imaginación ardiente y una inteligencia viva; y que, viviendo en el mismo teatro que dejamos descrito, ha adquirido hábitos especiales y desconocidos en sus formas y en su expresión a todo el resto del mundo.

Todo esto vino a ser desde luego un gran material de originalidad, reservado para revelarse algún día al mundo civilizado. Esas escenas en todas sus varias y complicadísimas formas debían ser una novedad, y para que ellas pudiesen llamar la atención del hombre inteligente o del filósofo, preciso era también que sus cuadros fueran dados a luz por el pincel de un poeta, igualmente original e interiorizado a fondo de la vida íntima del espíritu, tendencia, recursos, medios de vida, lenguaje y modismos del Gaucho argentino.

Aquella sociedad, cuyos colores no habían sido antes revelados, ni de los que el mundo europeo puede formar idea por la simple imaginación, no podía ser diseñada con verdad, sino por un poeta privilegiado que, intérprete de ella, la hiciese palpable en sus diversas fases; y era esto tanto más necesario cuanto que sus inspiraciones debían amoldarse a un género de poesía, cuyo original sólo hallaría por el estudio científico y la meditación profunda y detenida, desentrañando el secreto de esas escenas que se presentaban a sus ojos, hasta encontrar en ellas, como el cirujano que con el escalpelo en mano sorprende las secretos de la vitalidad, los resortes íntimos que las animan.

Varios poetas han intentado pintarnos el cuadro de la vida del Gaucho Argentino. Entre ellos se cuenta don Bartolomé Hidalgo, a quien debe considerarse como el creador de este nuevo género de poesía; y a quien nadie negará las cualidades de un hábil y experto versificador, y perfecto conocedor de la sociedad íntima de los libres habitantes de la extendida pampa. Pero sus cuadros descriptivos, pocos en número y reducidos en el límite de su extensión, no alcanzaron a llenar todos los requisitos que exige el arte para colocar el estilo gauchi-poético en que se ejercitó su florida imaginación, ni eleváronle a la altura que él requiere para que pudiera colacárselo entre el catálogo de las bellas letras.

El señor Ascasubi, dominando en globo el vasto espacio del horizonte que su producción no había alcanzado a salvar, sobreponiéndose a todas las dificultades que ofrece siempre un género nuevo, dando expansión a su imaginación inagotable, llevó su pensamiento por todos los intrincados y caprichosos laberintos que ofrecen sus hábitos, sus costumbres y su lenguaje, sorprendiéndolos y revelándolos al mundo en todas sus [XXIV] facies diversas, realzando este género de poesía hasta adquirir esa regularidad necesaria para ocupar un lugar entre ellas.

El bardo argentino ha cantado en este estilo gauchi-poético, jocoso, florido, lleno de imágenes vivas y preciosísimas, recorriendo todas sus notas severas y profundas, suaves y melancólicas, entusiastas o arrebatadoras, casi todos los sucesos que forman parte de la vida de nuestros paisanos de la campaña. Él ha descrito nuestras fiestas, nuestras disensiones políticas, nuestras esperanzas, nuestros infortunios; han vibrado en sus cuerdas nuestros recuerdos del pasado y nuestras esperanzas del porvenir. En una palabra, el señor Ascasubi ha sido el único que hasta ahora ha abrazado todo el horizonte que a su viva imaginación ofrecía aquella nueva fuente de poesía, y es por esta razón que opinamos que él será el primero a quien la literatura ceñirá la corona del gauchi-poeta.

Opinan algunos que el estro gauchi-poético no merece clasificación especial en la literatura, no debiendo reputársele original, pues que él no es otra cosa, que una semejanza de los cuadros poéticos de los antiguos pastores, los cantos andaluces u orientales, las melodías de Moore, o las canciones de Beranger; vamos a demostrar lo contrario. Por más que haya diferencia de estilo y expresión entre las composiciones que dejamos citadas, preciso es notar que su especialidad sólo existe en ellos, en tanto que las imágenes permanecen comunes a todas las naciones, y se prestan a la imitación, pudiendo ser reproducidas por el poeta hábil en su idioma, extraño al de su creador.

Y esta verdad la encontramos de manifiesto, si nos fijamos que las composiciones andaluzas hallan su semejanza en las agudezas de las canciones irlandesas, y los cánticos orientales se reproducen en las melodías de Moore, los aclimata Victor Hugo, y Arolas se los apropia de tal manera, cual si fueran fruto indígena de la España.

Hay algo más aun que observar; y es que este género de poesía podrá ser siempre en toda época reproducido, porque las imágenes están al alcance de todos, porque ellas pertenecen a todo el mundo, no habiendo más que obtener para realizarlas que la reproducción fiel del modo de expresarlas. Pasarán mil años, y el hombre que jamás haya salido al campo, podrá formar una idea de la vida de los antiguos pastores, porque ella no es sino un reflejo de la sociedad general, despejada de sus grandezas, y reducida a la

humildad y la inocencia; y para comprender con alguna exactitud este cuadro, solo se necesita un poco de meditación y un estudio mediano de las necesidades y medios de llenarlas, de la época.

Pero los cuadros gauchi-poéticos, están muy distantes de prestarse a ese simple análisis. Ellos son la representación de campos fértiles o inmensos, ocupados aquí y allá por ganados cerriles, y habitados por hombres nacidos de la mezcla de dos razas diferentes, representando la una la civilización, la otra la barbarie, de las que ha resultado una raza especial, que conservando hasta cierto punto los usos primitivos de una de ellas, ha adquirido también hasta cierto grado algunas formas de la [XXV] otra. Su vida excepcional, su lucha constante con las fieras y la naturaleza, la han dotado de un carácter puramente especial que ha recibido por el tiempo diversas modificaciones; y la influencia del clima, la grandiosidad del vasto horizonte que por doquier la rodea, su vida siempre expuesta a los peligros, y acostumbrada a desafiarlos, su lenguaje figurado y gracioso, ayudado de una imaginación siempre dispuesta a vibrar tras lo grande y bello, todas estas razones han debido necesariamente un ser especial, desconocido hasta entonces de la Europa. Su completa ignorancia de las escenas de la vida civilizada y del progreso del mundo, el modo especial y desconocido hasta allí de ejercitar su inteligencia, y llenar las necesidades de la vida, han debido también contribuir más aún para marcar todos sus actos con el sello de la originalidad.

Y si no, dígasenos ¿dónde está fuera de la América el ser que en el mundo habrá llenado todas las exigencias de la vida, sin más instrumentos que su caballo, su cuchillo, el lazo, y las boleadoras?

Pues bien; este ser que ha reducido a estos solos objetos todas sus necesidades, pues que con ellos tiene en sus manos todos sus recursos, es indisputable que es un ser original entre los demás seres, y que originales serán los cuadros que le representen, y original de consiguiente el pincel que haya de trazarlos fielmente.

Y decimos original -porque el poeta tiene que representar objetos desconocidos al gauchito, circunscribiéndose a describirlos por medio de la representación que hace de ellos, a los únicos objetos que aquel conoce- y representando estos un círculo tan reducido, la imaginación del poeta precisa de una fuerza de originalidad extraordinaria para ofrecerlos a su comprensión, de modo que a la simple vista de ellos pueda reconocerlos. Aquí, el objeto que se describe, y aquel con que se le compara, son las más veces de especies, naturalezas, formas y existencias tan diversas y originales al mismo por una parte, que, para que el poeta pueda representarlas con exactitud, requiere dotes muy esenciales, sin las que jamás conseguirá lo que se requiere, aun en los objetos vulgares que se reproducen, cual es la exactitud y fiel semejanza del cuadro.

Partiendo de este principio, hemos opinado, y creemos suficiente lo dicho, para que se considere demostrado, que el estilo gauchi-poético es un género de poesía nacional, siendo él lo único que podemos llamar entre nosotros original.

Y debe observarse que no es sólo notable en este sentido, sino que lo es mucho más por presentar la particularidad de que a la par que los anteriores podrán ser reproducidos, y

existirán siempre mientras se conserve la civilización entre las naciones, las inspiraciones gauchi-poéticas están destinadas a morir para no reproducirse jamás, a menos que no supongamos la descubierta de un nuevo mundo que, presentando las mismas faces que la América, reciba en su seno los mismos elementos de reproducción y progreso. El bardo gauchi-poético no podrá [XXVI] existir ni aun entre nosotros, ni ser reproducidos sus cuadros por nuestros descendientes.

El día llegará sin duda en que, pobladas y cruzadas por caminos de hierro nuestras extensas campañas, fatigadas las tierras por la mano incansable y laboriosa del agricultor, cercadas y ceñidas a círculos estrechos las propiedades, atravesados los ríos por vapores, los canales por puentes o acueductos, el hombre pensador buscará un vestigio que le revele los secretos de esa vida errante y original que llevaron sus ascendientes, esa misma vida que llevan hoy los paisanos de nuestra campaña, y en vano se fatigará en el estudio por descubrir entre las nuevas creaciones del arte y de la industria, un vestigio que testifique la existencia de estos tiempos. -Todo habrá desaparecido- y el gaucho Argentino será sólo un recuerdo entre la historia de los pueblos Americanos.

La historia, que desdeña estampar en sus páginas las escenas vulgarizadas y habituales de la época, no ofrecerá entonces sino uno que otro rasgo de su vida, por los que sera imposible al filósofo crear en su imaginación el cuadro retrospectivo de la vida del gaucho.

Entonces, no trepidamos decirlo, el señor Ascasubi será el bardo privilegiado en cuyas páginas irán a buscar la representación fiel de las escenas de estos tiempos, las que por más naturalmente que ellas hayan sido trazadas, apenas comprenderán con mediana exactitud los venideros. Allí irán a sorprender los secretos de esa vida, que el tiempo habrá borrado de la faz de la América, y guiados por el genio y las felices descripciones del bardo Argentino, asistirán como con él hasta el seno del hogar doméstico a desenterrar los secretos de su vida, fiestas, tareas, luchas, aspiraciones, e inteligencia.

Al terminar esta breve reseña en que hemos creído hacer justicia al mérito adquirido por el señor Ascasubi en sus producciones gauchi-poéticas, queremos hacer presente algunos trozos de sus trabajos, pues desearíamos justificar algún tanto nuestras opiniones, remitiendo a las fuentes que vamos a citar a los que, quieran verificar nuestra imparcialidad o justa apreciación de sus obras.

El señor Ascasubi ha publicado infinidad de producciones en que están representados gran parte de los principales sucesos que de veinte años a esta parte han tenido lugar en nuestras disensiones políticas, todo lo que anda diseminado en folletos sueltos, pero sólo de diez años a esta parte es que puede decirse que este poeta ha conseguido crearse su reputación. Sus producciones más recientes han sido efectivamente muy apreciadas, y oportunas siempre, pues que han figurado en ellas los sucesos más notables, que han tenido lugar desde el bloqueo francés. Entre ellas citaremos su «Carta ensilgada» a Mr. Thiers, «Los misterios del Paraná» un tomo titulado «composiciones poéticas por el gaucho Argentino Paulino Lucero», lleno de bellísimas descripciones, pensamientos jocosísimos, y ocurrencias chistosas y originales, que revelan en su autor una imaginación feliz, un conocimiento profundo de la vida de campaña, y un talento sobresaliente para la reproducción de escenas [XXVII] dramáticas; «Los dos Mellizos» es un romance que por sí

solo creemos que, una vez concluido por su autor, valdrá por todas sus obras. Allí se ve fielmente reproducida la naturaleza, el campo, las escenas todas de esa vida errante, de sus habitantes, payadores, amores, y en una palabra todas las peripecias de la vida del gaucho. Pero, infelizmente, como si su autor hubiese querido imitar la indolencia o hábitos de sus héroes, que jamás permanecen quietos, ni dan fin a un pensamiento, parece que hubiera abandonado el de terminarla, pues sólo ha dado al público dos entregas, lo que es tanto más de sentirse cuanto que ella deberá ser la base fundamental en que habrá de reposar en adelante su crédito futuro.

Como hemos dicho ya, el señor Ascasubi ha dado a luz muchas otras producciones, pero sólo hemos hecho mención de aquellas que conocemos y que más han llamado la atención pública:

De los varios periódicos del Río de la Plata que hablan del señor Ascasubi, entresacamos como muestra algunas citas y reproducciones alusivas a nuestro poeta.

El Nacional de Buenos Aires publicó en 10 de febrero de 1853 que sigue:

La tartamuda

El señor Ascasubi, el poeta verdaderamente original del Plata, cuyas bellísimas composiciones han llamado la atención de los literatos y pensadores de ambas riberas, acaba de dar a luz una nueva y originalísima composición, como son generalmente todas las que produce su pluma.

La Tartamuda o la «Media caña que cantó un corneta Porteño, etc.», es una producción, en la que el bardo ha derramado toda la sabrosa sal de su fecunda vena. Los que han repetido con entusiasmo los versos del señor Ascasubi, sin conocer las circunstancias a que se refieren, no han podido jamás formar una idea à propos de sus chistes. Es por esta razón que felicitamos al señor Ascasubi, por su nueva producción, porque ella habilitará, por la primera vez, a sus compatriotas, a valorar ese torrente de poesía burlesca, juguetona y traviesa que respira cada una de las estrofas, y llevan al lector de una a otra escena en el arrebató de aplausos que necesariamente arrancan, en medio de la hilaridad que despiertan en el espíritu ocurrencias tan inesperadas cuando bellísimamente dichas. [XXVIII]

¿Puede haber ocurrencia más original que la siguiente en que se pinta al Congreso entrando en la capital?

Y allí por junto

topé un carro cargado

con un dijunto.

Hasta encima del lecho

lleno de barro

5

y amarrao con torzales

venía un carro,

¡Barajo!... qué olor! Cuánto me arrimé

al muerto jediondo que de Santa Fe

venía tieso;

10

y el carrero me dijo

es el co... n... gres... so.

No siendo por ahora nuestra intención describir todas las bellezas que caracterizan los escritos del Señor Ascasubi, pues para ello no sería necesario dedicar una parte muy esencial de nuestro diario, cosa que nos es imposible en las actuales circunstancias, concluiremos felicitando a su autor por el momento de placer que nos ha proporcionado la lectura de la «Tartamuda», recomendándola al público como una curiosidad del arte, digna de figurar entre la colección de nuestros mejores poetas.

De la tribuna de Buenos Aires copiamos lo siguiente:

Acrósticos dobles

Con placer publicamos a continuación las dos bellísimas e ingeniosas octavas en acrósticos dobles del célebre poeta oriental don Francisco A. Figueroa. Estas octavas, en confianza y medio furtivamente, las hemos tomado de un Album que ha pasado por nuestras manos, el cual pertenece a la señora oriental cuyo nombre se manifiesta en el segundo acróstico, etc. [XXIX]

En el album de la señora dona Laureana Villagrán de Ascasubi

ltos
plausos gozas, oh argentino!

obre
idalgo, en donaire e inventiva;

uando
mitando el tono campesino

lzas
a voz en sátira festiva.

alve
niceto el Gallo! En tal camino
5

nico
einas, sin soberbia esquivá,

ardo
nsigne, si aquel vivo en la historia,

gual
superior brilla tu gloria.

iva
a predilecta hija de Oriente,

ris
nimador, que a extraña esfera
10

evó
fana su luz; perpetuamente

mor
eciba, y oblación do quiera

oce
en torno loor, viendo en su frente

ica
ureola lucir, que duradera

lto
ombre lo dé; y así querida
15

ada
ltere su paz en larga vida.

F. A. de Figueroa.

Montevideo. Agosto 29 de 1856.

La democracia, de Montevideo, haciendo la descripción de una reunión en que se hallaban personas notabilísimas, se expresa así en un artículo, suscrito por un célebre escritor y diplomático

Horas de solaz

Reunidos alrededor de una mesa perfectamente aderezada, en una de las salas del hotel Oriental, se hallaban antes de ayer unos cuantos amigos a quienes obsequiaba el señor Ascasubi.

Toda era gente de buen humor y de talento.

La comida fue espléndida, y reinó en ella la algazara festiva, con que siempre son engalanadas estas escenas, cuando existe cordialidad y esprit, y no escasean los vinos generosos.

El señor Figueroa, apenas servidos los primeros platos, y puede [XXX] decirse a quema ropa, fue el que primero, dio la señal de romper el fuego con la siguiente improvisación:

¿Quién es el Gallo Aniceto

que canta como un canario?

Hilario.

En su amor antes voluble

¿quién reina ya soberana?
5

Laureana.

En su dolor por Cristina

¿quién lo consuela y restaura?

Laura.

En los espacios del aura
10

y del suelo en la amplitud

repita el eco: ¡Salud

a Hilario, Laureana y Laura!

Poco después, con el mismo estro y admirable facilidad que le distinguía, improvisaba el señor Figueroa las siguientes lindísimas cuartetas:

Gloria al digno sucesor

de Hidalgo, al vate argentino

que en estilo campesino

no tiene igual en valor.

Sí, Ascasubi, ¿quién no acata
5

tus poéticos encantos?

tú embelesas con tus cantos

las dos márgenes del Plata.

Salúdote, amigo fiel,

y te pido aquí obsecuente
10

me des para ornar mi frente

una hoja de tu laurel.

Aniceto el Gallo pulsó su armoniosa guitarra y largó los siguientes trovos, cuyo mérito no puede apreciarse debidamente, sino oyéndolos recitar a su privilegiado autor, único que posee el secreto y la magia de ese lenguaje.

Sintiéndome algo templao

por el vino de champaña,

voy a ver si me doy maña

para largar un brindao;

en el cual, por decontao,
5

alguna barbaridá

voy a decir, porque está [XXXI]

mi cabeza mesmamente

como un horno de caliente;

pero, ¡qué Cristo! allá va:
10

Porque al poeta Ronquillo

mi amigazo don Francisco,

blando al amor como un brisco

y al Mus escoba o cepillo,

no se le muera el potrillo
15

ni se le agote la vena

del buen humor, y sin pena

cien años más viva así,

en chaucha, y como está aquí

con cara de luna llena.

20

En seguida pronunció algunas sentidas palabras el doctor don Francisco Pico, que quedó en enviarnos y no lo ha hecho sin duda por pereza de copiarlas, y el que estas líneas escribe cerró los brindis con el siguiente:

Allá en la argentina orilla,

entre los nombres más bellos

lanzando vivos destellos

el tuyo, Ascasubi, brilla;

y aquí en la Patria Oriental,

5

nuestro más ilustre Bardo

ciñe a tu frente gallardo

una corona inmortal.

A. Magarinos Cervantes.

La Tribuna del 25 de febrero de 1859 dijo:

Aniceto y Anastasio

A continuación publicamos las líneas que Aniceto el Gallo dirige a Anastasio el Pollo.
[XXXII]

Es la literatura gauchesca, por no llamarla patria, que viene a aumentar la riqueza de la cosecha literaria que el desarrollo intelectual produce bajo el cielo Bonaerense

He aquí esas líneas:

Señor don Estanislao del Campo.

Estimado amigo:

Al aplaudir de nuevo sus lindísimos versos gauchos, cuando acostumbrado guardar silencio respecto a ciertas producciones de este género que suelen publicarse por otros individuos, permítame decirle lo que el ilustre e infortunado poeta argentino doctor don Florencio Varela, más o menos dijo haciendo su juicio crítico en el Comercio Del Plata sobre una composición mía que se publicó en Montevideo intitulada La Media Cana.

Pero...

Antes digo yo que, si

Varela hoy resucitara,

otro gallo nos cantara

a usted, Del Campo, y a mí.

Ya se ve, también aquí
5

nuestras versadas al fin

son bosta de Chun-chulin,

porque hay muchos escribanos

que muy lindo a los paisanos

les hablan, pero... EN LATÍN.

10

Ahora lo diré en sustancia, y si mal no recuerdo, cuales fueron esas palabras con que anunció aquel ilustrado escritor mis versos:

«Con muchísimo gusto damos hoy un lugar preferente en las columnas de nuestro diario a varias estrofas de una bella composición que el folleto suelto va a publicar inmediatamente el señor Ascasubi a quien felicitamos sincera y merecidamente, como acostumbramos y es nuestro deber hacerlo siempre que por la prensa se publican versos tan bellos y floridos como los que recomendamos al público, pues respecto a los malos y empalagosos demasiado hacemos con guardar silencio después de leerlos.»

Pues bien, amigo del Campo, aplíquese usted como más esas palabras sinceras del célebre poeta, en mérito de que todas las poesías gauchas que ha publicado usted en estos últimos días son, a mi juicio, muy lindas e ingeniosas, permitiéndome otra vez [XXXIII] aplaudirlas y felicitarlo íntimamente, mientras enmudezco respecto a otras que se han producido, las cuales, a usted, a mí, y a cuantos tengan orejas, indudablemente, si las han leído, se les habrá rotó el tímpano.

Soy de usted afectísimo amigo.

Hilario Ascasubi.

Buenos Aires. Febrero 25 de 1859.

Contestación de Aniceto el Gallo

Al Mozo patriota y criollo

mi amigo Anastasio el Pollo:

Esta mañana, cuñado,

en la «Tribuna del día»

me almorcé la versería
5

con que usted me ha saludao.

Y aunque me veo apurao

por un que-hacer, que me abruma,

mesmo-así, tomé la pluma,

y después de mil esfuerzos,
10

conseguí estos fieros versos

concertarle, porque... en suma...

Confieso, amigo, que estoy

de sus compuestos prendao.

¡Por Cristo! que me ha tirao
15

lejos... ¡a fe de quien soy!

y es notorio que antes de hoy

publiqué esta confesión,

también haciendo intención

de ecederle la vadera,
20

y servirlo en donde quiera

con toda veneración.

Ahora sé que así le pago

el cariño y cortesía

con que me saluda hoy día,
25

como que es deber el que hago.

Y no crea que este halago

sea lisonja, es completo;

pues lo aprecoo y respeto

desde lo alto a lo profundo,
30

y firme hasta el fin del mundo

seré su amigo:

Aniceto.

Buenos Aires. Febrero 25 de 1859. [XXIV]

La misma Tribuna publicó en el número del día siguiente al anteriormente citado:

Anastasio y Aniceto

Ayer publicamos la carta que nuestro amigo don Hilario Ascasubi o Aniceto el Gallo dirige a nuestro amigo don Estanislao del Campo o Anastasio el Pollo.

Hoy publicamos a continuación las palabras con que nuestro amigo Del Campo contesta a nuestro amigo Ascasubi. Son las siguientes:

Febrero 26 de 1859.

Señor don Hilario Ascasubi

Mi querido amigo:

Si en los renglones que me dirige usted por la Tribuna de hoy, hubiera hallado solamente la aprobación del maestro para los trabajos del discípulo, la habría aceptado tal vez, no porque en tal caso abrigase yo la creencia de merecerla, sino porque en el juicio favorable de su inteligencia para mis pobres versos, habría visto un germen de estímulo para muchos de nuestros jóvenes compatriotas, que poseyendo una rica inteligencia y una brillante y natural disposición para cultivar el género de literatura tan útil en nuestro país, y que el renombrado Hidalgo y usted han inmortalizado, se abstienen de ejercitar esas dotes por un temor indisculpable bajo cualquier punto de vista.

Pero no es solamente la aprobación para mis humildes versos la que usted me envía en el diario de hoy.

Usted, generoso amigo, hace una transmisión en favor mío de los justos elogios que a sus bellas e ingeniosas producciones tributó el ilustre y malogrado doctor Varela.

Usted arranca de sus hombros las doradas charreteras del viejo general, para adornar con ellas los juveniles y débiles del cadete.

Usted arranca de la sien laureada del Vate de la Pampa la rica corona que lo ciñó el genio, para adornar con ella la humilde frente del pobre versista.

Mas bien dicho: -usted ofrece al débil y deslucido Pollo, las agudas púas y el elegante plumaje del arrogante Gallo.

No, querido amigo: no puedo ni debo aceptar las palabras de Varela, que usted me transfiere.

Queden ellas en la Tribuna de hoy despertando en la imaginación de dos Repúblicas el mal dormido recuerdo de las anchas brechas, que la batería gloriosa de Paulino Lucero abrió en los baluartes que la tiranía levantó en ambos márgenes del Plata. [XXXV]

Al citar las palabras del doctor Varela, y con aquella chispa que brilla siempre en sus producciones me dice usted.

Antes digo yo que, si

Varela hoy resucitara,

otro gallo nos cantara

a usted Del Campo y a mí.

Comprendo perfectamente, querido amigo, el amargo sentimiento que ha tenido usted el capricho de retratar con el pincel del chiste, y permítame decir a mi turno:

Yo creo también que, si

resucitara Varela,

hoy alumbrara otra vela

a usted, amigo, no a mí.

Antes de cerrar estas líneas, diré a usted, querido amigo, que al bajar a la arena de la literatura gauchesca, no llevo otra mira que la de sembrar en el árido desierto de mi inteligencia la semilla que he recogido de sus hermosos trabajos, por ver si consigo colocar, aunque sea una sola flor, sobre el altar de la Patria.

Su afectísimo etc.

Estanislao del Campo.

En la inmensa colección que tenemos a mano de elogios y apreciaciones sobre nuestro autor, vamos ahora a escoger al acaso algunas cartas que le han sido dirigidas por notabilidades eminentes.

Cuando se publicó en Montevideo el poema Paulino Lucero, el autor lo repartió entre sus relaciones mandándolo con una carta impresa, la cual por adorno tenía litografiada en una esquina del papel la figura de un Gaucho a caballo, el cual iba al galope llevando en la mano una carta, que era la referida circular, escrita con los versos siguientes hechos por Paulino Lucero. A esos versos, pues, el señor doctor don Valentín Alsina, gobernador que ha sido de [XXXVI] Buenos Aires en 1853, contestó de su puño y letra lo que se verá al pie de los versos:

Señor don Valentín Alsina.

Montevideo. Noviembre 15 de 1846.

Aquí venía, señor,

(Perdone el atrevimiento)

a entregarle un argumento

de PAULINO el payador.

LUCERO, tope o no tope,
5

ahí le manda una versada,

a ver, señor, si le agrada,

y yo no pierdo el galope.

Con que, si me quiere dar

cualquiera contestación,
10

a recibirla, patrón,

vendré después de sestiar.

El compadre de Paulino

CONTESTACIÓN

Pues acérquese, señor,

que eso no es atrevimiento,

y yo acepto el argumento

de tan lindo payador.

Y dele cuando la tope
5

un duro por su versada:

llévelo ya, si le agrada,

evítese otro galope.

Y con lo que él le ha de dar

por esta contestación,
10

échese, por su patrón,

un trago antes de sestiar.

A. [XXXVII]

De las muchas personas notables que han escrito a nuestro encomiado vate, permítannos sus autores reproducir las tres cartas que siguen:

¡Viva la confederación argentina!

Señor don Hilario Ascasubi.

Conchillas. Octubre 28 de 1851.

Mi distinguido compatriota.

Usted no debía dudar por un momento de mi aprobación al honor con que me favorece, dedicándome su bello original poema «los Veteranos».

Persuádase usted que siento una verdadera satisfacción al significarle mi reconocimiento por haber elegido mi nombre, para ponerlo al frente de su obra; pues estando ella destinada a figurar entre las producciones de más mérito en nuestra literatura nacional, ha querido usted así asociarme en cierto modo a la inmortalidad que le está reservada.

Usted, señor Ascasubi, con las sublimes creaciones de su genio hace tantos servicios a la Patria como a las letras, y créame que estos títulos serán ya bastantes para que fuese usted uno de mis compatriotas a quien más estimo y respeto, sin que añadiera un motivo mas a la profunda gratitud y alta estima con que soy de usted afectadísimo compatriota y seguro servidor, que su mano besa.

Benjamín Virasoro

Señor don Hilario Ascasubi.

Setiembre 26 de 1853.

Muy señor mío.

Deberá usted hacerme la justicia de creer, que la colección que he tenido el honor de recibir hoy de sus trabajos poéticos, habrá sido por mi familia y por mí mirada con el más pronunciado aprecio, porque sin duda no es posible borrar de la memoria todas las gracias, toda la inteligencia de nuestro compatriota [XXXVIII] Aniceto. La interesada en tan preciosa producción, da a usted por ella las más expresivas gracias, a que añade con sumo gusto el ofrecimiento de su amistad y servicios, su más afectuoso compatriota, que su mano besa.

Juan Manuel de Luca.

Señor don Hilario Ascasubi.

Río Janeiro, Noviembre 14 de 1854.

Mi estimado señor.

Agradezco a usted las poesías que ha tenido la bondad de enviarme y la promesa de los Mellizos, pues tengo en muy grande y merecida estimación las composiciones del género que usted ha ilustrado, conquistando distinguidísimo lugar para su nombre en la historia literaria del Río de la Plata.

Me parece que ya manifestó a usted en otra ocasión el deseo de tener algunos apuntes biográficos suyos, escritos en el género de sus composiciones poéticas. Es tan vivo este deseo que, a pesar de cuanto tiene de impertinente ni exigencia, no puedo dejar de reiterarla.

Creo que usted podría hacer una composición bosquejando, a grandes rasgos, las guerras y las convulsiones de que ha sido actor, espectador o víctima -delineando la figura de los principales caudillos, describiendo localidades, narrando aventuras que den idea de las costumbres de las poblaciones y de las especialidades de la composición de nuestras tropas, de su manera de batallar, etc.

Deme usted ocasiones de ocuparme en su servicio, y crea siempre en el sincerísimo aprecio que le profesa su amigo y servidor, que su mano besa.

Andrés Lamas

El ministro francés residente en Montevideo cerca de la República del Uruguay, M. Maillefer, además de una carta muy honorífica dirigida al autor de Aniceto el Gallo, le escribió de su propio puño y letra los dos versos que siguen, para ponerlos [XXXIX] debajo del retrato de don Hilario Ascasubi, alias Aniceto el Gallo:

Rival de l'aigle, ainsi que lo vieux coq gaulois,

il sut lancer la foudre et défendre les lois.

M. Maillefer.

Montevideo, 24 juin 1860.

Otro compatriota de Monsieur Maillefer, el coronel monsieur A. B. du Château, que mandó el cuerpo expedicionario francés que intervino en las Repúblicas del Plata, de vuelta en Francia, dirigió a nuestro autor de enero de 1861, la desde Vernon, con fecha 22 carta que reproducimos a continuación:

Señor don Hilario Ascasubi.

Permítame usted, mi querido coronel, el que confunda aquí, como lo hago en mi corazón, Montevideo y Buenos Aires en un mismo pensamiento de respetuosa consagración, porque he sido, soy y seré siempre el amigo apasionado de esos dos países que mi afección se complace en reunir en uno solo; y esto no es una vana frase lanzada ni acaso, mi querido coronel; porque en mi cariño hacia ambos pueblos yo quisiera verlos formar una sola república, grande por su territorio, fuerte por su unión, poderosa por la riqueza inapreciable de su fértil suelo, por su inmenso comercio, por su industria y por la enérgica voluntad de sus habitantes. Sí, mi querido coronel, he aquí lo que sucederá un día, esté usted seguro. Buenos Aires y Montevideo están demasiado cerca uno de otro para no contrariarse incesantemente con un antagonismo lamentable y peligroso, situados como se encuentran sobre ambas márgenes del Pactolo del nuevo continente.

La América del Sud formará mas tarde, y nuestros nietos lo verán, un poderoso Estado, rival sino dominador de los Estados Unidos.

Durante los treinta y seis años que he consagrado exclusivamente y sin ninguna reserva al servicio de la Francia, mi cara patria, he visitado muchos pueblos desconocidos de la Europa; y, lo digo con profunda convicción, nunca he encontrado una nación tan simpática e impulsada por las aspiraciones generosas, leales, desinteresadas y viriles de la Francia, como la de las márgenes del Plata. [XL]

Usted conoce demasiado bien el carácter caballeresco y patriótico de mis conciudadanos para que yo tenga necesidad de describirlo; en todos los siglos, desde Vercingetorix hasta Napoleón III, ese noble carácter jamás se ha desmentido; las últimas guerras de Crimea, de Italia y de la China, acaban de probar todavía al mundo entero que el patriotismo, la libertad y la religión hallarán siempre en Francia, un eco poderoso. Y la Francia, créalo usted, mi querido coronel, a despecho de la distancia, de las dificultades y enormes gastos que podrán resultar de ello, se asociará de corazón a los inmensos beneficios que su noble país está llamado a realizar en la América del Sud.

Usted, mi querido Ascasubi, usted el poeta, el historiador, el Beranger de la América del Sud, usted que ha tenido el coraje de luchar durante treinta años contra todas las tiranías e innumerables dificultades, no debe detenerse en su carrera de escritor, seguro de que su nombre será bendecido por las edades venideras como el primero y más grande propagador de los sentimientos de patriotismo, de civilización y de inteligencia humanitaria.

En la esfera de acción en que me ha sido posible y permitido obrar durante mi permanencia en el Plata, creo haber dado a Montevideo y a Buenos Aires bastantes pruebas de mi viva simpatía y absoluta consagración para no ser tachado de parcialidad; repito pues, mi querido coronel, que su tarea no está terminada aún; aunque su país se encuentra hoy libre y tranquilo, usted debe trabajar activamente por la unión y la fusión de todas las provincias del Río de la Plata en un solo poderoso Estado, llamado a dirigir y conducir a la gran obra regeneradora y social a todas las poblaciones de la América meridional; esto será el resultado de los siglos futuros, pero a usted le cabrá el honor de haber por ella trabajado ardua y laboriosamente, y su nombre quedará en la memoria de los pueblos como un tipo de patriotismo, de consagración y de elevada inteligencia.

Cuando usted tenga la dicha que le envidio de volver a ver a sus compatriotas de Montevideo y Buenos Aires, le suplico que les diga que el viejo coronel du Château, desde el fondo del retiro a que lo han condenado las fatigas de su larga carrera, hace los votos más ardientes y sinceros por la felicidad, por la gloria y prosperidad de las dos márgenes del Plata; dígales también a todos aquellos cuyos nombres releo sin cesar en el album que me obsequiaron y que será la más bella herencia que pueda dejar a mi hijo, dígales que mi corazón y mi pensamiento están siempre con ellos; sea usted garante de esto, y esté seguro de los sentimientos distinguidos con que tengo el honor de repetirme su afectísimo seguro servidor.

A. B. DU CHÂTEAU.

Comendador de la Legión de Honor y de

las órdenes Imperiales de la Rosa del

Brasil y del Mdjidie de Turquía, etc., etc. [XLI]

Habríamos tenido gusto en reproducir por entero la noticia biográfica de don Hilario Ascasubi, escrita por el malogrado literato don Heraclio C. Fajardo, publicada en Buenos Aires, en 1862; pero nos limitaremos a extractar de ella algunas de las notas o indicaciones con que se aprecian las obras y carácter de nuestro autor.

Helas aquí:

Notoriedades del Plata
Hilario Ascasubi

¿Adónde están los elementos que puedan constituir una literatura propia en el Río de la Plata? Nos hemos preguntado sendas veces al oír encarecer la necesidad de fundar esa literatura.

La literatura debe ser la expresión de la sociedad: es un axioma universal. Ahora bien, ¿qué sociedad es la nuestra, y qué tipos originales nos presenta, para que podamos basar en ellos la originalidad de nuestra literatura?

Si se exceptúa el Gaucho y el Indio pampa, todo lo demás está calcado en el modelo europeo. Y así debía suceder, porque la sangre europea circula en las arterias de los que nos llamamos americanos, siendo tan solo la prole más o menos inmediata de los usurpadores del nuevo continente.

Nuestras costumbres, nuestra historia, nuestra sociedad en suma, no son más que un remedo muy imperfecto todavía de las costumbres, de la historia, de la sociedad de allende el océano. ¿Adónde, pues, buscar las fuentes originales de una literatura propia?

Hemos dicho que nada tenemos propio más que el Gaucho y el Indio pampa. En sus usos y costumbres, en su lenguaje sobre todo, había una mina inagotable de riquezas literarias enteramente originales o inexploradas todavía a principios de este siglo.

Pero para explorar esa mina y expresar aquellos usos y costumbres era indispensable asimilarse, emplear el lenguaje peculiar de los gauchos, sus locuciones y modismos.

De aquí, sólo de aquí debía nacer una literatura nuestra, una poesía del Río de la Plata, que aunque sólo ejerciera influencia en las riberas que este baña, no perdería por eso en su importancia absoluta, y ganaría al contrario en el sentido de que sería la única capaz de inocular la idea en el seno de las masas ignorantes que poblaban esas riberas.

Las obras de Ascasubi, como el Quijote de Cervantes, no se pueden traducir. Para admirar sus bellezas es necesario estar versado en el idioma pintoresco, en el lenguaje image, metafórico [XLII] y lleno de poesía natural de nuestros gauchos; en sus faenas y en sus hábitos.

Pero ese idioma intraducible es precisamente lo que ha hecho que esas obras hayan podido ejercer una benéfica propaganda patriótica y civilizadora: era el único inteligible para nuestras masas, despejadas, pero incultas.

Inculcar en el espíritu de esas masas las nociones ignoradas de los deberes y los derechos del hombre; fomentar el instintivo amor patrio, difundir los que forman la base de nuestro modo de ser político, el amor a la libertad, el odio a la tiranía, y destruir las preocupaciones, de localismo inherentes al estado de atraso de los pueblos, ha sido y es el fin moral y utilitario de las obras de Ascasubi.

Bajo este punto de vista bien merece ser llamado el Beranger del Río de la Plata: nadie como él ha merecido ese nombre y esa gloria.

En un sentido absoluto, Ascasubi es un gran poeta. Su imaginación es prodigiosa y prismática, y sólo tiene una rival en su patria: la de Cuenca.

Los Delirios del corazón y los Mellizos están llamados a ser los dos primeros poemas que habrá producido la literatura del Plata en la mitad de este siglo, idénticos en valer, aunque distintos en género.

Ascasubi es el poeta de la imaginación, el inspirado cantor de las ásperas y poéticas regiones del Uruguay, de las sábanas inmensas de la Pampa, el fotógrafo de sus tipos, el pintor de sus cuadros llenos de originalidad y animación, como Cuenca es el poeta del corazón, el bardo del sentimiento.

Dos genios que se valen.

Cada verso del primero es una pincelada maestra; cada décima es un cuadro en que resaltan hasta los gestos y movimientos peculiarísimos del gaucho, los mínimos incidentes de la vida de los campos.

En 1824 escribió el segundo sus primeros versos, que publicó en Salta, donde fundó la primera imprenta que allí se estableció: esos versos fueron hechos con motivo del triunfo de Ayacucho, y Ascasubi los ha perdido junto con todos los de esa época. Se ve, pues, que el primer estro de nuestro vate fue la patria.

Ascasubi permaneció en Montevideo durante el memorable asedio de aquella heroica Troya americana, sirviendo la buena causa con su espada, con su fortuna y con su pluma.

En esa época es que escribió y publicó la mayor parte de las obras que le han dado celebridad bajo distintos seudónimos.

Todos los ayos de la patria han hallado repercusión en el corazón del vate cuya biografía esbozamos. Lo que Beranger con sus canciones, Ascasubi ha hecho en el Plata con sus patrióticas trovas.

En 1853 coleccionáronse estas por primera vez en dos tomos en 8° conteniendo 600 páginas bajo el título de Trovos de Paulino Lucero, que es uno de los diversos seudónimos con que ha escrito Ascasubi. Pero no figura en esa colección su obra capital, [XLIII] el poema de Los Mellizos, inacabado todavía y del que sólo ha dado a luz los primeros cantos.

Las confidencias amistosas del autor nos han puesto en conocimiento del plan de la obra, que abraza el cuadro general de las costumbres de nuestros campos, un argumento de lo más dramático y palpitante de originalidad y de interés: en fin, un vastísimo terreno donde explayar las riquezas de la fecunda imaginación del poeta americano por excelencia. Este poema, como hemos dicho más arriba, está destinado a ser de las muy pocas obras poéticas que pasarán a la posteridad de cuantas ha producido la literatura a estos países en la mitad transcurrida del siglo actual.

Llenaríamos muchas páginas con el catálogo de las producciones de Ascasubi de más o menos aliento. Sólo diremos que en todas ellas campea un acendrado amor patrio, un espíritu liberal y un sano raciocinio al alcance de nuestras masas, que esas producciones han ilustrado y dirigido en las contiendas civiles por que hemos atravesado de treinta años a esta parto. Domina en todas ellas igualmente el tono festivo y agudo, impregnado algunas veces de un dejo de tristísima amargura, como en la composición en que da cuenta del fusilamiento de Camila O' Gorman, y una abundancia de chispa epigramática y satírica capaz de hacer desplegar el más severo entrecejo.

La popularidad de Ascasubi no tiene rival en el Río de la Plata: otro punto de contacto con Beranger en Francia.

Todos los hombres de más saber o idoneidad en estos países lo han tributado testimonios espontáneos de admiración entusiasta: nuestro poeta conserva la mayor parte de ellos en un album que es un tesoro de gloria y que tenemos a la vista. Su nombre y sus producciones han resonado con aplauso hasta en el seno de la civilización europea.

Y sin embargo, Ascasubi no puede tomar a lo serio el título de poeta: cree no pasar de un versista de circunstancias que sucumbirá con su época.

Se engaña, porque precisamente su época es la menos a propósito para discernirle el rango a que sus obras lo encumbrarán en tiempos más literarios y reposados que los nuestros. Cuando las letras hayan asumido la categoría que les corresponde y que aun no tienen en estos países, recogerán las obras de Ascasubi como un legado precioso, donde hallaran diseñados, fotografiados fielmente tipos originalísimos y esencialmente americanos, que quizá habrán ya desaparecido, al par que cuadros de costumbres y paisajes admirables que la más remota posteridad confrontará edificada con el eterno o indestructible modelo.

El pobre ciego de Chío tampoco se había imaginado que los versos que daba al viento en aquella isla, diez siglos antes de nuestra era, serían la Ilíada y la Odisea que admiramos y admirarán las generaciones venideras.

Ascasubi es modesto sin afectación.

Su carácter, su trato personal es de lo más afable y ameno. En su conversación como en sus versos salta la chispa y el epigrama. Un ejemplo:

Veníamos un día en su compañía por la plaza de la Victoria.

-¿Qué significa eso que están haciendo en el frontis de la [XLIV] catedral? Nos preguntó aludiendo al bajo relieve que aún estaba en embrión.

-Parece que es La Cena, lo contestamos refiriéndonos a la de los doce apóstoles y su divino maestro.

-¡Qué lacena ni qué petaca! Nos replicó Aniceto; será armario en todo caso.

Improvisa sus más hermosas composiciones con la misma facilidad que sus respuestas.

Pero Ascasubi no es sólo el poeta y el soldado de la idea: es igualmente el obrero del progreso material, y esto le debe en su patria el sacrificio de su fortuna particular, absorbida enteramente en la creación del Teatro de Colón, su más bello monumento.

Ascasubi se sacrificó; mas Buenos Aires tuvo un teatro digno de la capital, en cuyos cimientos guarda muchos miles de pesos del poeta.

Una de las cualidades más acreditadas de este, es su acendrado amor al extranjero; sentimiento que en el mayor número de sus composiciones se ha empeñado en infundir a nuestras masas, combatiendo sus preocupaciones de localismo, ese mezquino espíritu inherente a todo pueblo bisoño.

Esa cualidad del hombre y del poeta del progreso le ha merecido a Ascasubi, en su reciente viaje a Europa, testimonios de aprecio y estimación general que han ensanchado su corazón y lo han hecho apasionarse por el viejo continente.

Hoy vuelve de nuevo a Europa, donde se propone hacer una edición completa e ilustrada de sus obras.

Se aleja de su país, acompañado de la estimación de todos los hombres de inteligencia y corazón que hay en él; se aleja de su país, donde esperamos volverle a ver muy pronto.

Pero aunque esto no sucediera, vaya Ascasubi seguro de que desde el Cabo de Hornos hasta la cresta de los Andes, y de esta al Cabo Santa María, queda el surco triangular y luminoso de su gloria, que ha de brillar eternamente en los anales literarios de su patria.

Heraclio C. Fajardo.

Buenos Aires, Marzo 15 de 1862.

Y ya que hemos hecho el anterior extracto, concluiremos este prólogo con las dos cartas que copiamos de un periódico de Buenos Aires:

Dos cartas

A la noticia de que el poeta popular don Hilario Ascasubi iba a emprender un largo viaje a Europa, el Señor Fajardo le [XLV] escribió la siguiente carta acompañada de algunas biografías que ha escrito también sobre el célebre Aniceto.

Como se verá más abajo, este se la contesta con su modestia conocida.

He aquí las cartas:

Mi querido Ascasubi:

Quiero que lo acompañe a Europa un débil testimonio de mi amistad y del alto aprecio que me merece su talento: por eso es que he mandado imprimir la breve noticia biográfica que había dispuesto para las Notoriedades del Plata, y le remito a usted 250 ejemplares de ella, para que usted los distribuya entre sus amistades de Europa.

Otra cosa hubiera querido hacer; pero no es culpa de mi estimación, sino de mi insuficiencia. Perdóneme, quíerame y mándeme.

Suyo de corazón

H. C. Fajardo.

Buenos Aires. Marzo 21 de 1862.

Mi amigo Fajardo

He recibido su bondadosa carta, acompañada de los ejemplares de la biografía que usted se ha dignado escribir sobre mi humilde persona.

Ante una prueba de amistad tan viva, ¿qué puedo decirle?

Que a donde quiera que vaya, irán sus recuerdos conmigo, y su nombre será pronunciado siempre con placer por

Su amigo

Hilario Ascasubi. [XLVII]

Al lector

París no es para todos los hombres el paraíso de la tierra; no lo creáis así, aun cuando lo repitan sin cansarse aquellos que en París han vivido y saboreado los encantos de una vida activa, donde los placeres del espíritu disputan las horas, que aquí son cortas, a los placeres del sensualismo que trasmite y absorbe las impresiones del ser humano.

No: el paraíso de cada hombre está en la tierra natal; y si ella te falta, y si ella está lejos, ese paraíso lo encuentra en los recuerdos de esa tierra querida y tan sólo en aquellas horas de profunda reconcentración en que el espíritu viaja, atraviesa los mares, recuenta los tiempos, los hombres y las cosas, y por el sentimiento del amor más puro vive en una idealidad que no es dable describir, pero que se siente, que existe para cada hombre, y que sólo puede nacer del amor a la tierra patria. Yo he sentido esas horas. [XLVIII]

Este libro que para muchos será sólo el eco de los cantos del Gaucho, y que para otros será una violación de las reglas literarias de su lenguaje, y que, para no pocos, lo espero, será el pasatiempo de horas monótonas, este libro ha crecido y se ha formado en esas horas de sublime reconcentración que el espíritu no halla en París; sí es que París es el sinónimo del paraíso; pero que las encuentra en el recuerdo de todo lo que significa esa bella palabra: la Patria.

Viejo ya, fatigado mi espíritu por golpes morales, llevado a pesar mío hacia una vida cuasi sedentaria, tal vez no hubiera resistido a la pesadumbre, si no hubiera sentido reanimarse mi vejez al deseo de completar en el último tercio de mi vida una obra comenzada hace 20 años, y que ha sido desde entonces como el lazo de unión de todos mis recuerdos.

¿Es que la vejez, al consagrarme a ella, sentía también como si el aire de mi juventud y de mis bellos días se infiltraran en mi ser para alimentarme?

Santos Vega o los mellizos de la Flor, que tal es el nombre que le he dado al libro que forma el primer volumen de mis obras, fue comenzado en el año de 1850, no habiendo en aquella época de vicisitudes tenido tiempo para hacer otra cosa que las dos entregas publicadas en 1851, las que constaban sólo de diez cuadros con mil ochenta versos, mientras que hoy el volumen o sea el poema entero consta de sesenta y cinco cuadros y más de trece mil versos.

Entonces, a pesar de los muy honorables y lisonjeros artículos con que fueron aplaudidas mis composiciones por jueces muy competentes, cuyos juicios críticos se hallan en el prólogo de este volumen, entonces, repito, no me envanecí ni pensé que mis pobres producciones merecieran todos esos elogios. [XLIX]

Mis versos nacen de mi espíritu, cuyo consorcio ha sido siempre con la naturaleza de esas pampas sin fin, la índole de sus habitantes, sus paisajes especiales que se han fotografiado en mi mente por la observación que me domina.

Mi ideal y mi tipo favorito es el gaucho, más o menos como fue antes de perder mucho de su faz primitiva por el contacto con las ciudades, y tal cual hoy se encuentra en algunos rincones de nuestro país argentino.

Ese tipo es más desconocido actualmente de lo que en generalidad pueda creerse, pues no considero que sean muchos los hombres que han podido establecer comparación sobre cuánto ha cambiado el carácter del habitante de nuestra campaña, por su incesante participación en las guerras civiles, y por la constante invasión en sus moradas de los hábitos y tendencias de la vida peculiar de las ciudades.

El canevas o red de los Mellizos de la Flor, es un tema favorito de los gauchos argentinos, es la historia de un malevo capaz de cometer todos los crímenes, y que dio mucho que hacer a la justicia. Al referir sus hechos y su vida criminal por medio del payador Santos Vega, especie de mito de los paisanos que también he querido consagrar, se une felizmente la oportunidad de bosquejar la vida íntima de la Estancia y de sus habitantes, describir también las costumbres más peculiares a la campaña con alguno que otro rasgo de la vida de la ciudad.

En esta mi historia, poema o cuento, como se le quiera llamar, los Indios tienen más de una vez una parte prominente, porque, a mi juicio, no retrataría al habitante legítimo de las campañas y praderas argentinas el que olvidara al primer enemigo y constante zozobra del gaucho. [L]

Por último, como creo no equivocarme al pensar que es difícil hallar índole mejor que la de los paisanos de nuestra campaña, he buscado siempre el hacer resaltar, junto a las malas cualidades y tendencias del malevo, las buenas condiciones que adornan por lo general al carácter del gaucho.

No tengo pretensiones de ningún género al presentar este libro. Amo a mis versos como se ama a los hijos que consuelan en las horas de pesar; y si de joven, cuando los publiqué como arma de guerra contra los opresores de la Patria, pude tener la vanidad de creer que fueron de alguna utilidad a ese objeto, hoy que marchó al ocaso de mis días, los miro sólo como el conjunto de mis recuerdos juveniles y queridos; y, aunque me cuesta decirlo, al imprimirlos coleccionados busco también en ellos un solaz a mi espíritu contristado.

Preceden a estas mis advertencias, puestos por el editor de mis obras, los honrosos artículos que a mis versos les han consagrado personas muy ilustradas en las letras, en los elogios me enaltecen demasiado. Esos apreciables juicios constituyen mi única vanidad y constituirán siempre, es mi creencia, el mejor legado de lo que llamo yo mi vida literaria.

Hilario Ascasubi.

- I -

La Tapera. -Santos Vega el Payador. -Rufo el curandero. -EL solazo. -El miraje. -El rabicano.

Cuando era al sur cosa extraña,

por ahí junto a la laguna

que llaman de la Espadaña,

poder encontrar alguna

pulpería de campaña:
5

Como caso sucedido,

y muy cierto de una vez, [2]

cuenta un flaire cordobés

en un proceso imprimido,

que, el día de san Andrés,
10

Casualmente se toparon,

al llegar a una tapera,

dos paisanos que se apiaron

juntos, y desensillaron

a la sombra de una higuera.
15

Porque un sol abrasador

a esa hora se desplomaba;

tal que la hacienda bramaba

y juyendo del calor

entre un fachinal estaba.
20

Así, la Pampa y el monte

a la hora del medio día

un desierto parecía,

pues de uno al otro horizonte

ni un pajarito se vía.

25

Pues tan quemante era el viento

que del naciente soplaba,

que al pasto verde tostaba;

y en aquel mismo momento

la higuera se deshojaba.

30

[3]

Y una ilusión singular

de los vapores nacía;

pues, talmente, parecía

la inmensa llanura un mar

que haciendo olas se mecía.
35

Y en aquella inundación

ilusoria, se miraban

los árboles que boyaban,

allá medio en confusión

con las lomas que asomaban.

40

Allí, pues, los dos paisanos

por primera vez se vieron;

y así que se conocieron,

después de darse las manos,

uno al otro se ofrecieron.

45

El más viejo se llamaba

Santos Vega el payador,

gaucho el más concertador,

que en ese tiempo privaba

de escrebido y de letor;

50

[4]

El cual iba pelo a pelo

en un potrillo bragao,

flete lindo como un dao

que apenas pisaba el suelo

de livianito y delgao.

55

El otro era un Santiagueño

llamado Rufo Tolosa,

casado con una moza

de las caídas del Taqueño,

muy cantora y muy donosa.
60

Rufo ese día montaba

un redomón entre-riano,

muy coludo el rabicano,

y del cabestro llevaba

otro rosillo orejano.
65

Ello es que allí se juntaron

de pura casualidá,

pero, muy de voluntá,

lo que medio se trataron,

hicieron una amistá.
70

Conviniendo en que se apiaban

por la calor apuraos,

y en que traiban fatigaos [5]

los pingos, como que estaban

enteramente sudaos;

75

Ansí es que desensillaron,

y, a fin que no se asoliasen

los fletes y se pasmasen,

a la sombra los ataron

para que se refrescasen.
80

Luego, al rasparle el sudor

Santos Vega a su bragao,

reparó que a su costao

estaba en el maniador

el rabicano enredao.
85

Y al dir a desenredarlo,

cuando la marca le vio,

tan fiero se sosprendió,

que sin poder ocultarlo

ahi mesmo se santiguó.
90

Tolosa luego también

se asustó de Veja al verlo

triste, y por entretenerlo,

haciéndose como quien

suponía conocerlo:

95

-¿No es usted el amigo Ortega?

Tolosa le preguntó; [6]

y el viejo, así que le oyó

-No, amigo; soy Santos Vega

su servidor, respondió.

100

A esta oferta el santiagueño

se quitó el sombrero atento,

y con todo acatamiento

se le ofreció con empeño

a servirlo al pensamiento.

105

Tal merece un payador

mentao como Santos Vega,

que, a cualquier pago que llega,

el parejero mejor

gaucho ninguno le niega.

De ahí Rufo picó tabaco

y dos cigarros armó;

que en apuros se encontró

para armarlos, porque el naco

medio apenas le alcanzó.

115

Largole a Vega el primero,

y, a los avíos luegoito

echando mano, ahí mesmito

sacó fuego en el yesquero

con un solo golpecito.
120

El viejo, inmediatamente

que su cigarro encendió,

a Tolosa le largó [7]

un chifle con aguardiente,

y Rufo se le afirmó.
125

Luego, los dos a pitar

frente a frente se sentaron;

y, lo que se acomodaron

al ponerse a platicar,

de lo siguiente trataron.

130

- II -

El diálogo. -La marca fatal. -La amistad. -El chifle. -Las ofertas.

SANTOS VEGA

-Amigo, me ha contristao

haber visto en su caballo

una memoria funesta

de ahora muchísimos años,

y que hoy me la representa
5

la marca del rabicano.

¿No me dirá de quién es?

RUFO TOLOSA

-Es marca nueva en el pago,

del uso de un tal Ludueña, [8]

y hace poco há que la trajo.
10

Digo, si es esta, velahí

una Y con flor en el cabo...

Y en el suelo rayó así:

con un alfajor tamaño.

VEGA

-La mesma es sin diferencia,
15

y asimesmo ya no extraño

verla de nuevo en el mundo;

pero sépase, paisano,

que de esa marca fatal

hubo un malevo cristiano.
20

Tan ladrón, tan asesino,

y en suma tan desalmado,

que en el tiempo en que vivió

era el terror de estos pagos,

donde hizo llorar a muchos
25

inocentes desgraciados,

y burlaba la justicia

de este mundo matneriando,

hasta que al fin lo alcanzó

la mano de Dios, y al cabo
30

diole un castigo terrible

del modo menos pensado.

Quisiera tener lugar

hoy para contarle el caso,

pero ya no tengo tiempo,
35

porque es argumento largo. [9]

De manera que otra vez,

si por suerte nos topamos,

o la fortuna me arronja

algún día por su pago,
40

lo que no será difícil

porque yo vivo gauchando...

entonces sí le prometo

hacerle el cuento despacio.

TOLOSA

-Pues yo quisiera, aparcero,
45

que hoy mesmo, si es de su agrado,

se viniera en mi compañía

a saber en donde paro;

y alvierta que, sin lisonja,

yo sería afurtunado
50

haciéndole conocer

a mi chinita y mi rancho,

adonde entre la pobreza

sobresale el agasajo,

con el cual allí le ofrezco,
55

un cimarrón y un churrasco, [10]

y cuatro pesos también,

si usted gusta disfrutarlos.

VEGA

-Amigo, un cariño tal

no es posible despreciarlo;
60

así ya de agradecido

me resuelvo a acompañarlo,

por conocer su patrona

y ponerme a su mandado.

Con que, si gusta, ensillemos,

65

ya que el sol se va ladiando.

TOLOSA

-Al instante; deje estar,

le arrimaré su caballo,

y en el momento...

VEGA

-... No, amigo;
70

yo soy viejito fortacho.

Lárguemelo a mi potrillo;

vaya no más ensillando. [11]

- III -

San Boromdón. -Juana Petrona. - El Rancho. -Carne con cuero. -El fogón.

Luego, después de ensillar,

al chifle, lo que montaron,

otro beso le pegaron,

y salieron a la par;

y, después de caminar
5

cinco leguas de un tirón,

cruzaron un cañadón,

y por último llegaron

a un rancho, donde se apiaron,

cerca de San Borombón.

10

Aunque de facha tristona

era el rancho, en la ramada

con cuero estaba colgada [12]

media res de vaquillona;

porque la Juana Petrona

15

era algo regaloncita,

y desde esa mañanita

esperaba a su marido,

que con el recién venido

cayeron de tardecita.
20

Desensilló el forastero,

y del palenque al bragao

Rufo lo echó acollarao

al campo con un obero;

de ahí le acomodó el apero
25

del cantor en un rincón;

y luego para el fogón

a la caldera acudieron,

y, así que hirvió, se pusieron

a tomar un cimarrón.
30

Un rato largo después,

Rufo, Juana y el cantor,

al frente del asador,

cimarroniaban los tres;

mientras el chifle otra vez
35

andaba de lao a lao,

dándole tiempo a un asao

de entrepierna como un cielo,

que sin quemarle ni un pelo

salió del fuego dorao.
40

Cuando la ocasión llegó,

cenaron a lo divino, [13]

con dos limetas de vino

que la patrona sacó;

y, en cuanto Rufo lo vio
45

a Vega medio alegrón,

le dijo: -Con su perdón,

paisano, le haré cantar,

si lo quiere destapar,

mi chinita en la ocasión.
50

Bajo del bien entendido

que usted también cantará,

y luego se acordará,

que es deuda lo prometido;

razón por la que le pido
55

que no se vaya a olvidar,

y acabando de cantar,

si no tiene inconveniente,

por mucho favor nos cuente

lo que me ofreció contar.

60

-Amigo, a su merecer,

díjole Vega a Tolosa,

me pide muy poca cosa

con tan poco pretender.

¿Qué inconveniente ha de haber

65

que mi palabra quebrante?

Ninguno; así que me cante

su patrona, como es justo,

luego yo con mucho gusto

los complaceré al instante.

70

-Yo de cantora no privo,

la moza a Vega le dijo;

mientras que de usté colijo

que es cantor facultativo. [14]

Ansí mesmo no me esquivo,

75

antes lo voy a obligar-.

Y acabando de templar

la guitarra, por el tres

cantó una cifra después,

que a Vega lo hizo llorar.
80

En seguida el payador,

con tierna voz amorosa,

cantó en tonada quejosa

unas décimas de amor;

y a los trinos del cantor,
85

que hasta el alma penetraban,

Rufo y su mujer estaban

tan de veras conmovidos,

que en silencio enternecidos

de hilo en hilo lagrimiaban.
90

Recién entonces la moza

al payador conoció,

y nunca se demostró

con naides más cariñosa;

así le rogó empeñosa
95

también que contara el cuento,

y Santos Vega al momento

se vido en la obligación

de pedirles atención

para entrar en argumento.
100

A escucharle atentamente

Rufo se determinó,

para lo cual atizó

los tizones diligente.

Su mujercita igualmente
105

se aprontó, pues de carrera [15]

llenó de agua la caldera;

sentose, la puso al fuego...

y Vega su cuento luego

empezó de esta manera.
110

- IV -

La laguna. -El pajonal. -Los mirasoles. -Las cigüeñas. -Las nutrias.

-Como treinta años hará

que en la costa del Salado,

del Paso de la Postrera

un poco más río abajo,

en la banda que hace al norte,
5

no muy lejos de un bañado,

que rodea a una laguna,

con su pajonal dorado

de filosa cortadera

coronada de penachos;
10

donde el agua cristalina

y raudalosa manando

cubre el junco y la totora, [16]

y un cardumen de pescado

que los zamaragullones,
15

constantemente buceando,

bajan al fondo y se comen

el más tierno y delicado;

mientras, en varios islotes

de raíces que andan boyando,
20

flacones los mirasoles

y tristes y corcovados,

se pasan de sol a sol

mirando al cielo embobados;

en tanto que altas cigüeñas
25

con el pescuezo estirado,

plantadas en la masiega,

allí se están atorando

con una víbora entera

de cinco cuartas de largo...
30

víboras que desde chicas

se tragan vivos los sapos;

y donde los patos-riales,

entre otros distintos patos,

se anidan y se confunden
35

con los cisnes y los gansos,

y las gallinetas negras

y los flamencos rosados...

aves todas que matizan

el centro limpio del lago
40

y desde que nace el día

nadan allí retozando [17]

sobre las nutrias miedosas,

que asoman de cuando en cuando,

y zambullen, y se escuenden
45

de la luz, porque aguaitando

esperan la nohecita

para salir hasta el pasto;

donde el altivo chajá,

en vez de tomar descanso
50

después que por las regiones

del aire se ha remontado,

baja allí a pasar la noche.

de centinela del campo,

y con sus gritos está
55

en la oscuridá alertiando,

cerca pues de esa laguna,

o manantial encantado,

hay una loma elevada

que domina todo el campo,
60

a la cual trebo de olor

sumamente delicado

y tierna y fresca gramilla

la cubren de un alfombrado,

que verdea reluciente
65

tres cuartas partes del año, [18]

entre lindas margaritas

de brillante colorado,

y florida manzanilla

de que está el suelo estrellado...
70

fue allí donde sucedió

lo siguiente: oigan el caso.

El natalicio. -La estancia de la flor. -Los forasteros. -Los aprestos. -El vecindario. -Los parabienes.

En la cima de esa loma,

y en un tiempo afortunado,

paraba en su Estancia grande

don Faustino Bejarano,

andaluz rico, rumboso,
5

y en general estimado,

porque fue sin duda alguna

el hombre mas bien portado.

Con él vivía su esposa,

siendo el adorno del pago,
10

doña Estrella, la porteña

más donosa y de más garbo, [19]

que en esos tiempos pisaba

en el suelo americano;

dama la más respetosa
15

y apreciable por su agrado,

con que allí favorecía

a todo el género humano;

así es que a la Estancia grande

el gaucho más desgraciado,
20

aunque fuese forastero,

podía llegar confiado

que de sus necesidades

sería allí remediado

por la señora en persona
25

o su esposo idolatrado.

Con todo, aquel matrimonio,

que vivía en un estado

de riqueza y abundancia,

no se creía afortunado,
30

porque no tuvieron hijos

en una máquina de años.

Así es que se lamentaban,

hasta que el cielo apiadado

le concedió a doña Estrella
35

aquel objeto desiado,

en un hijo que parió

el día de Todos Santos.

¡Qué festejos, qué alegría,

en la estancia y en el pago
40

originó un nacimiento

tan feliz e inesperado! [20]

Corrió luego la noticia

con la prontitú del rayo,

y a ver al recién nacido
45

se descolgó el vecindario,

trayéndole parabienes

al señor don Bejarano,

que a todos los recibía

agradecido y ufano.
50

Luego, mientras doña Estrella

se restableció del parto,

para cristianar al niño

en Chascomús, se aprontaron

en la estancia y en la villa,
55

con un lujo temerario,

todas las cosas precisas,

sin reparar en los gastos.

Algunos días después,

de Buenos Aires llegaron
60

dos coches con dos familias,

y una punta de soldados

de escolta de los viajeros,

que todos eran foráneos,

y que a la cuenta serían
65

personas de mucho rango,

pues las damas y galanes

traiban copete empolvado.

Cayeron de tardecita

y dos días descansaron,
70

hasta el tercero en que todos [21]

Para la villa rumbiaron,

en el coche de la Estancia

y los otros mencionados.

A los tres se les prendieron
75

doce caballos platiados

del crédito del patrón,

y otra tropilla de bayos

arriaba yo de reserva

sin que fueran necesarios,
80

porque los fletes de tiro

eran pingos soberanos,

tanto que sobre la rienda

Y pelo a pelo cincharon

hasta llegar a la villa,
85

donde recién sujetaron.

Doña Estrella y su marido

también nos acompañaron,

y una porción de sirvientes,

además de los soldados
90

de la escolta y los vecinos

más conocidos del pago,

sin contar los que en la villa

ya se hallaban de antemano,

a las mentas del bautismo

95

las funciones esperando,

y a las cuales asistieron

lo mejor acacharpados. [22]

- VI -

El bautismo. -Chascomús. -Los padrinos. -Las damas de copete. -Los caballeros galanes. -
El patroncito.

Por supuesto, a Chascomús

con felicidad llegamos

en la misma tardecita

que de la estancia marchamos;

y, como la nohecita
5

se nos venía acercando,

ya se hallaba de la iglesia

todo el frente iluminado

con más de mil candilejas

y otros faroles pintados.
10

Yo, como era muchachito,

luego que encerré los bayos,

volví corriendo a la iglesia,

y anduve allí curiosando,

a fin de mirarlo todo
15

con muchísimo cuidado.

Por eso hasta ahora me acuerdo

de lo que me embelesaron

los vestidos de esas gentes,

por lindos y currutacos.
20

¡Qué relumbrar esas ropas!

¡Qué maravilla y encanto! [23]

Ya dije antes que las damas

traían copete empolvado,

y esa tarde del bautismo
25

mucho mejor se lo armaron,

en distintos envoltorios

sujetos a un enrejado

de puros hilos de plata

por la cabeza ligados,
30

y después en las orejas

unos grandes zarcillazos,

tan sumamente lucidos

que deslumbraba el mirarlos.

Luego traiban las polleras
35

de terciopelo encarnado,

con dibujos de antejuela

desde el pescuezo hasta abajo,

y por el pecho y las mangas

todas llenas de volados
40

de encajes, como una nieve

de blancos y almidonados;

y de ahí primorosamente

tenían todas las manos,

desde el codo hasta los dedos,
45

cubiertas de un aforrado

o tejido de hilo de oro

muy lindamente cribado.

Ahora, de los caballeros

tampoco estoy olvidado,
50

pues, como si en este instante

los estuviese mirando,

me acuerdo de sus golillas

con unos grandes moñazos,

y luego su calzón corto

55
[24]

(por supuesto que de raso),

un justillo hasta el encuentro

por todas partes floriado.

De ahí, un casacón terrible

con alamares bordados;
60

después, sus medias de seda

rayadas de azul y blanco;

y por último, en los pieses,

encima de los zapatos,

tamañas hebillas de oro
65

ribetiadas de topacios;

y al cinto sus espadines

con vainas de cuero blanco;

una bolsa con la trenza,

y un sombrero todo archado.
70

Vestidos de esa manera

aquellos caballerazos,

cuando pasiaban a pie

daba temor el mirarlos,

tan serios y tan formales,
75

lo mismo que los caranchos

que al redor de una osamenta,

con las alas arrastrando

y la mayor fantasía,

marchan tiesos paso a paso,
80

como si fueran alcaldes

con el copete parado.

Cuando damas y galanes [25]

de los coches se bajaron,

en yuntas de par en par
85

a la iglesia se colaron,

y entre música y repiques

los ollos se comenzaron;

en los que al niño en la pila,

al tiempo de cristianarlo,
90

Ángel le dieron por nombre...

nombre en el que le acertaron,

porque fue luego en la tierra

todo un ángel humanado,

cautivándose el cariño
95

de toditos los paisanos,

que el nombre de patroncito

en seguida le agregaron.

- VII -

El baile. -La cola de la madrina. -El paspié.

En el momento después

que los ollos terminaron,

ya salieron los padrinos,

a la salud del ahijado

desde la iglesia a las casas

5

tirando plata a puñados,

del coche de más atrás, [26]

donde llevaban un saco

grande con temeridá,

y así mesmo lo vaciaron;
10

de suerte que en la marchancha

esa noche hubo muchacho

que hasta seis pesos alzó

en puros reales cortados.

Yo también en la volada
15

salí más que remediado,

pues con los medios que alcé

compré un poncho currutaco,

un sombrero, un ceñidor;

y once riales me sobraron.

20

De ahí, los padres y padrinos,

como les iba contando,

esa noche en una casa

de la villa se quedaron,

donde el cura y el alcalde

25

un gran baile les armaron,

el más alegre y rumboso

que he visto en todos mis años;

al cual también asistieron

otros muchos convidados,
30

entre ellos el comendante

que era un porteño bizarro,

que por ser muy narigón

le llamaban Carlos cuarto.

Para esa fiesta las damas
35

los vestidos se trocaron

por otros más relucientes.

¡Y entonces sí le largaron

todo el valor las puebleras

en las polleras que echaron!
40
[27]

Ansí que los caballeros

y madamas se juntaron,

rompió la musiquería

a tocar, y yo de un salto

me trepé en una ventana,
45

porque estaba lleno el patio

de mirones, que no daban

lugar a ningún muchacho.

Pero yo sobre la reja

prendido estuve mirando,
50

sin perder una pisada

de todos los que danzaron.

Al pararse la madrina

a bailar, largó del brazo

como seis varas de cola
55

del vestido, y relumbrando

atrás de ella la llevaba

por los suelos arrastrando,

mientras seguía el paspié

(nombre de un baile antiguallo),
60

haciéndole cortesías

a un galán, y reculando

con donaire desdeñoso,

y sin trabarse en el paso.

Mas o menos de igual suerte
65

las otras damas bailaron;

y a la más linda de todas

le vide hasta los zapatos,

que eran de estambre lustroso

con unos taquitos altos,
70

moños encima, y después

puntiagudos y enroscados. [28]

- VIII -

La cena. -Los manjares. -Los alegrones. - Los mosqueteros.

Bailaron duro y parejo,

y al primer canto de gallos

salieron los bailarines

de a pares hembras y machos,

y se fueron a otra sala

a cenar juntos, sentados

en rueda de una gran mesa

toda orillada de platos,

y llena de punta a punta

de diferentes guisados,
10

y de muñecos de dulce

en distintos enjaulados,

en forma de castillitos

con flores y embanderados.

Después, había pasteles
15

de toda clase y tamaño,

como igualmente un tendal

de gallinas y de pavos,

y multitud de limetas

de vino superiorizazo,
20

del mismo que yo esa noche

siempre logré echar un trago,

que me lo largó un sirviente [29]

de los que allí se apedaron,

después que los gamonales
25

solamente se alegraron.

Antes de la madrugada

salió el cura cabeciendo,

y más atrás el alcalde

divertido y trompezando.
30

Y así que hicieron la punta

esos dos, ya cabrestiaron

todos los demás; y al fin

barrigones se largaron

los tragaldabas que al baile
35

sólo a tragar se costiaron,

sigún dijeron allí

los que andaban criticando,

ya porque habría de qué,

o ya por andar galgueando;
40

pues de ambas gentes presumo

que no falta en tales casos.

Finalmente, los padrinos,

luego que se retiraron,

toda esa mañana entera
45

durmiendo se la pasaron;

y de ahí, a la tardecita,

a la estancia regresaron,

donde luego los festejos

cuatro días continuaron,
50

en los que se divirtieron

lindamente los paisanos; [30]

pues, sólo para los piones,

me acuerdo que se carnearon

seis vaquillonas con cuero;
55

las que se les entregaron

con dos hornadas de pan,

y un barril de vino blanco,

muchas limetas de caña,

y güena yerba y tabaco.
60

Por último, los padrinos

después que allí voraciaron,

y que a todos los sirvientes

les hicieron un regalo

de tres pesos por cabeza,
65

y cinco a cada soldado,

entre ¡vivas! y algazara

de la estancia se largaron,

otra vez a Buenos Aires

donde eran avecindados.
70

- IX -

La estancia de la flor. -El ombú. -El Pampero. -El río salado.

Ahora un camino distinto

tomará mi relación, [31]

supuesto que de la estancia

tan sólo la situación

he dicho, y nada tocante
5

a su linda población;

que al fin la Indiada salvaje

a sangre y fuego arrasó,

un día que felizmente

doña Estrella y el patrón,
10

por hallarse en otra parte,

no perecieron los dos.

Coronaba aquella loma,

referida en lo anterior,

un ombú, del cual decían
15

hombres más viejos que yo,

que más de cien primaveras

florido reverdeció,

desafiando tempestades

con altiva presunción,
20

hasta que, cuando más fuerte

y arraigado se creyó,

un huracán del pampero [32]

de la loma lo arrancó,

y hasta el río del Salao
25

rebramando lo arrastró,

y ese río torrentoso,

en la mar lo sepultó.

Pues ese ombú, el más soberbio

que en esos campos se vio,
30

erguido se interponía

entre la tierra y el sol,

cubriendo de fresca sombra

a un inmenso caserón

de ochenta varas en cuadro,
35

trabajado con primor,

de adobe crudo, tejado,

y madera superior.

Todo el frente que habitaba

la familia del patrón,
40

del lado que hacia al campo

y de la banda exterior,

con arces de largo a largo

lo ceñía un corredor,

y también a un oratorio,
45

de lo lindo lo mejor.

Después, en los otros puntos

tenían colocación

una tahona, dos cocinas,

el granero y el galpón
50
[33]

del uso de la pionada;

y en seguida otro mayor

para apilar el cuerambre,

y en cierta separación

el sebo, la cerda y lana,
55

con toda ventilación.

De ahí, palomar y cochera,

y después la habitación

que ocupaba el mayordomo;

y al lado un cuarto menor
60

que guardaba un armamento

nuevito y de lo mejor.

Luego, otras piezas asiadas

donde metía el patrón

a las gentes de su agrado,
65

cuando era de precisión.

Además de eso, a la casa,

por si acaso, a precaución,

la rodeaba toda un foso

de cinco varas de anchor,
70

y profundo, de manera

que agua nunca le faltó.

Ansí, del lado de adentro,

de la zanja al rededor,

sauces coposos y eternos
75

ostentaban su verdor;

y álamos que hasta las nubes

se elevan por su altor,

hacían de aquella estancia

un palacio encantador.

80

[34]

Después de eso, una estacada

de ñandubay de mi flor,

tan pareja y tan fornida

que el poste más delgadón

no lo arrastraba una cuadra
85

el pingo más cinchador,

a todito el caserío

le servía de cordón,

dejando entre la estacada

y la paré un callejón
90

para andar holgadamente,

y pelear en la ocasión;

pues para eso en cada esquina

arriba de un albardón

como triángulo empedrao,
95

estaba listo un cañón;

y en la de junto al potrero

en vez de uno había dos,

defendiéndole la entrada.

Así no había temor,
100

encerrando allí la hacienda

en caso de una invasión

de los Pampas o Ranqueles,

que entonces daban terror,

pues en cada luna llena
105
[35]

caiban como nubarrón

a robar en las estancias,

y matar sin compasión,

quemando las poblaciones

entre algazara y furor.
110

Pero no facilitaban

en la estancia de la Flor,

donde, si se aparecían,

en levantando un portón

que hacía de puente al foso,
115

con toda satisfacción

se les peleaba de adentro

como del fuerte mejor

Afuera estaba la chacra,

en tan linda situación,
120

que un arroyo la cercaba

para regarla mejor.

Luego, había tres corrales

de suficiente grandor

dos para hacienda vacuna
125

en los que sin opresión

cabía todo un rodeo

mansito y resuperior.

Después, el tercer corral

tan sólo se destinó
130

para encerrar las manadas,

que eran una bendición,

mucho mas la de retajo,

del esmero del patrón, [36]

por la multitud de mulas
135

que esa manada le dio;

de modo que, año por año,

remitía una porción

para los pueblos de arriba:

trajín que lo enriqueció.
140

Luego, para la majada,

al ladito de un galpón

que cubría seis carretas,

un bote y un carretón,

dejando el chiquero aparte,
145

el corral se les formó;

y para cuidarla bien

ahí mismo a la imediación

dormían los ovejeros,

cada perro como un león
150

que toriaban al sentir

el más pequeño rumor.

Tal era la estancia grande

que don Faustino pobló,

conocida allá en su tiempo
155

por la Estancia de la Flor,

en cuyo sitio, hace poco,

há que un día estuve yo

contemplando una tapera

en triste desolación,
160

y un cardal sobre la loma,

de las raíces al redor [37]

de aquel ombú portentoso

que huracán derribó...

Allí, donde la riqueza,

165

y la amistá, y el amor

hizo dichosos a tantos

que don Faustino estimó;

y allí donde la fortuna

recompensaba el sudor
170

del pobre que trabajaba

con buena comportación;

pues don Faustino tenía

la excelente condición,

que al conocerle a cualquiera
175

una buena inclinación,

y un rigular proceder,

le franquiaba el corazón,

sin más interés ninguno

que el gusto de hacer favor...
180

últimamente, un ingrato

llenó al fin de sinsabor

los días de la vejez

de aquel hombre bienhechor

siendo el caso que allí mismo
185

en la estancia de la Flor,

de dos huérfanos mellizos,

que chiquitos recogió

y con el mayor esmero

hasta mocitos los crió,
190

uno de ellos ¡Virgen santa!

tan desalmado salió,

y tan de malas entrañas,

que los campos aterró,

y él sólo con sus delitos
195
[38]

una cadena formó

de sucesos, que parecen

increíbles a la razón,

del modo que sucedieron;

pero que evidentes son,
200

como lo demostraré

al fin de esta relación,

para que alminen ustedes

¡la Providencia de Dios!

.....

Ahora me permitirán
205

hacer una suspensión

de este cuento, hasta mañana,

que con el favor de Dios

espero poder seguirlo

hasta darle conclusión;
210

pues ya la hora es avanzada,

y hoy he dado un madrugón

que me tiene soñoliento.

Siendo así, con el perdón

de ustedes me voy a echar.
215

-Con toda satisfacción

puede, amigazo, le dijo

Tolosa en contestación,

anidarse cuando guste.

Velay, en ese rincón.
220

-Muchas gracias, dijo Vega;

y al instante se paró

a recibir un hijar [39]

que la moza le alcanzó,

sobre el cual con su recaó
225

su pobre cama tendió;

y dando las buenas noches

él también las recibió,

y antes de echarse a dormir

bajo del poncho rezó.
230

Luego, en los brazos del sueño

los sentidos entregó;

y en cuanto sobre el lomillo

la cabeza reclinó,

batiendo el gallo las alas
235

la media noche cantó.

- X -

La madrugada. -La ramada. -El sol naciente. -Los gauchos recogedores. -El rodeo. -El
venteeveo. - El chimango.

Como no era dormilona,

antes del alba siguiente,

bien peinada y diligente [40]

se hallaba Juana Petrona,

cuando ya lucidamente

Venía clariando al cielo

la luz de la madrugada,

y las gallinas al vuelo

se dejaban cair al suelo

de encima de la ramada.

10

Al tiempo que la naciente

rosada aurora del día,

así que su luz subía,

la noche oscura al poniente

tenebroso descendía.

15

Y como antorcha lejana

de brillante reverbero,

alumbrando al campo entero,

nacía con la mañana

brillantísimo el lucero.

20

Viento blandito del norte

por San Borombón cruzaba

sahumado, porque llegaba

de Buenos Aires, la corte

que entre dormida dejaba.
25

Ya también las golondrinas,

los cardenales y horneros

calandrias y carpinteros,

cotorras y becasinas

y mil loros barrangueros;
30

Los más alborotadores

de aquella inmensa bandada

en la Espadaña rociada [41]

festejaban los albores

de la nueva madrugada;
35

Y cantando sin cesar

todo el pago alborotaban,

mientras los gansos nadaban

con su grupo singular

de gansitos que cargaban.
40

Flores de suave fragancia

toda la pampa brotaba,

al tiempo que coronaba

los montes a la distancia

un resplandor que encantaba:
45

Luz brillante que allí asoma,

el sol antes de nacer;

y entonces da gozo el ver

los gauchos sobre la loma

al campiar y recoger;
50

Y se vían alegres

por varios rumbos cantando,

y sus caballos saltando

fogosos los albardones,

al galope y escarciendo;

55

Y entre los recogedores

también sus perros se vían,

que retozando corrían

festivos y ladradores,

que a las vacas aturdían.

60

[42]

Y embelesaba el ganao

lerdiando para el rodeo,

como era un lindo recreo

ver sobre un toro plantao

dir cantando un venteveo;
65

En cuyo canto la fiera

parece que se gozara,

porque las orejas para

mansita, cual si quisiera

que el ave no se asustara.

70

Ansí, a la orilla del fango

del bañado, la más blanca

y cosquillosa potranca

ni mosquea, si un chimango

se le deja cair en la anca.

75

Solos, pues, sin albeldrío,

estaban los ovejeros

cuidando de los chiqueros,

mientras se alzaba el rocío

para largar los corderos.
80

Después, en San Borombón

todo a esa hora embelesaba,

hasta el aire que zumbaba, [43]

al salir del cañadón

la bandada que volaba;
85

Y la sombra que de aquella

sobre el pastizal refleja,

tan rápida que asemeja

un relámpago o centella,

y velozmente se aleja.
90

Y los potros relinchaban

entre las yeguas mezclaos;

y allá lejos enzelaos

los baguales contestaban

todos desasosegaos.

95

Ansí los ñacurutuces

con cara fiera miraban

que esponjados gambeteaban,

juyendo los avestruces

que los perros acosaban,

100

Al concluir la recogida,

cuando entran a corretiarlos;

y que al tiempo de alcanzarlos

aquellos de una tendida

se divierten en cociarlos.
105

Y de ahí, los perros trotiando

con tanta lengua estirada [44]

se vienen a la carniada,

y allí se tienden jadiando

con la cabeza ladiada:
110

Para que las criaturas

que andan por allí al redor,

o algún mozo carniador,

les larguen unas achuras

que es bocado de mi flor.
115

Tal fue por San Borombón

la madrugada del día,

en que el payador debía

hacer la continuación

del cuento aquel que sabía.
120

- XI -

El santiagueño. -A trajinar. -Las carreras. -La enancada.

Rufo también era un crudo

para eso de madrugar, [45]

pero se dejó atrasar

del sueño, y medio desnudo

vino al fin a yerbatiar.

5

Y más que Rufo, lerdón

Vega anduvo al levantarse;

de modo que al recordarse

bostezando, un cimarrón

tomó al dir a persignarse.

10

Y al punto que sus devotas

oraciones concluyó,

todo se desperezó,

y entresobando las botas

al fogón enderezó;
15

En donde otros buenos días

los dos paisanos se dieron,

y matiando se estuvieron;

y entre varias gollorías

hasta la mañana hicieron.
20

De ahí, Tolosa en calzoncillos

y con la cabeza atada,

salió a darle una vichada

al campo y vido al potrillo

del cantor en la cañada.
25
[46]

Luego, Rufo alzó la mano,

y, dándose redepente

una palmada en la frente,

dijo: ¡Por Cristo! paisano,

que con su cuento, caliente,
30

Ya olvidaba la carrera

que hoy juega el amigo Ramos;

y será güeno que vamos

a ver de alguna manera

si por allá trajinamos.

-¿Qué decís? dijo la moza.

¿Ya te lo querés llevar

para hacerlo trajinar

a este hombre? ¡Miren qué cosa!

¡Y a mí me pensás dejar!...

40

-Yo iré con la condición,

dijo Vega, que permita

la miente a la patroncita

en ancas, con su perdón.

-¿Pues no? dijo la mocita;
45

quiero el envite y consiento,

teniendo a gala y placer

en dir con usted, y volver

a oírle proseguir el cuento,

si acaso pudiera ser.
50

-¡Ah, china! Si es un encanto

para un decir: ¡Oiganlé!

¡Y tan humilde! Ya ve;

por eso la quiero tanto:

dijo Tolosa y se fue.

55

[47]

-Salí, calandria, salí,

Juana dijo; y te prevengo,

que a tu cariño me atengo

cuando te ausentas de mí,

y de pena volvés rengo.
60

Rufo se desentendió,

como que estaba enfrenando

un mancarrón, y saltando

en pelos enderezó

a la cañada rumbiando.
65

Volvió pronto, y almorzaron

un churrasco a la ligera,

y después a la carrera

con hembra y todo surquiaron;

y a la oración regresaron:
70

Platudos y complacidos

y hasta medio divertidos,

pero en muy linda armonía,

habiendo pasao el día

alegres y bien comidos.
75

Con todo eso, un costillar

en el asador clavaron,

y cuasi se lo acabaron.

después de cimarronear.

Luego, sin más esperar,
80

el payador muy contento,

recorriendo el pensamiento, [48]

dijo. -Voy a continuar,

si desean escuchar

que prosiga mi argumento.
85

- XII -

Los mellizos. -El niño perverso. -El mordiscón. -El descuadrillado. -la fuga.

Un tal Bruno Salvador,

porteñazo lenguaraz,

era entonces capataz

de la Estancia de la Flor.

Por mozo trabajador
5

don Faustino lo quería,

y a boca llena decía

que Bruno era sin igual,

honrao a carta cabal

y terne si se ofrecía.
10

Bruno era recién cacao

con una rubia preciosa;

ansí quería a su esposa

con un cariño extremao;

pero fue tan desgraciao
15

que al primer año enviudó,

pues la moza se murió [49]

en un parto de mellizos,

tan grandes y tan rollizos

que al parirlos sucumbió.
20

Esa fatal desventura

a Salvador en seguida

también le costó la vida,

y lo echó a la sepultura.

Luego, llenos de tristura
25

doña Estrella y el patrón,

movidos de compasión

por la yunta de guachitos,

tornaron los mellicitos

bajo de su protección.
30

Allí en la Estancia se criaron

con Angelito a la vez,

y muchos días los tres

de un mismo pecho mamaron;

y al instante que asomaron
35

(como quien dice) la espuela

de gallitos, a la escuela

allí se les destinó,

donde cada uno empezó

a demostrar su entretela:
40

O aquella disposición,

con que a poco de nacer

da un muchacho a conocer

su buen o mal corazón.

Así, desde charabón,

45

[50]

el mellizo más flauchín

descubrió un alma tan ruin,

y perversa de tal modo,

que con buena crianza y todo

salió un saltador al fin.
50

Este se llamaba Luis,

y el otro hermano Jacinto,

criatura de un istinto

humilde como perdiz;

así, a ser hombre feliz
55

trabajando consiguió,

porque el patrón lo estimó

y doña Estrella también,

y el patroncito con quien

como hermano se trató.
60

Pero Luis, un cuchillero

fue a los siete años no más,

y mal pegador de atrás,

vengativo y camorrero;

y era su gusto a un cordero,
65

todavía mamoncito,

enlazarlo y maniadito

echarlo vivo al fogón;

y en verlo hacer chicharrón

se gozaba el muchachito.

70

Una tarde, a un pobre ciego

limosnero lo llevó,

y por gusto lo sentó

sobre unas brasas de fuego;

y otra ocasión a un Gallego,
75

que le enseñó la dotrina,

le trujo de la cocina [51]

un cimarrón de humorada

con la bombilla caldiada,

y le quemó la bocina.
80

Yo no he visto travesuras

como las de ese maldito,

pues cuasi mató a Angelito

en una de sus diabluras,

llevándolo medio a oscuras
85

a un galpón, sin más asunto

que darle un susto por junto.

Así, en cuanto lo metió,

sobre un borracho lo echó,

diciéndole: «¡Es un difunto!»
90

Tan espantoso alarido

de susto el niño pegó,

que al grito el padre salió

corriendo y despavorido.

Entonces Luis, aturdido,
95

quiso juirle, y trompezó;

de manera que rodó

a los pies de don Faustino,

que encima del guacho vino

y medio se desnucó.

Doña Estrella, cuasi muerta

de susto del alarido,

corrió atrás de su marido

con tamaña boca abierta,

y también junto a la puerta
105

sobre un mastín se cayó;

el cual la desconoció,

pues, en ancas del porrazo,

de un mordiscón un pedazo

de las nalgas le arrancó.

110

[52]

Alzaron luego en seguida

al niño Ángel desmayao,

al patrón descuadrillao,

y a la señora mordida;

y de ahí principió la vida

115

delincuente de Luisito;

añadiendo a su delito

que, esa noche se juyó,

y a su hermano le robó

el poncho y un puñalito.
120

Ahora, ocho años pasarán

desde que Luis se juyó

hasta el tiempo en que ocurrió

lo que ustedes no sabrán;

y, aun cuando no inorarán
125

lo primero que refiera,

en lo que sigue pudiera

que no se hallen al corriente,

pues de entonces al presente

van treinta años como quiera,
130

- XIII -

La indiada. -El malón. -El adivino. -Los pichigotones. -Las reparticiones. -Las cautivas.

Siempre al ponerse en camino

a dar un malón la Indiada [53]

se junta a la madrugada

al redor de su adivino;

quien el más feliz destino
5

a todos les asigura,

y los anima y apura

a que marchen persuadidos

de que no serán vencidos

y harán la buena ventura.
10

Pero, al invadir la Indiada

se siente, porque a la fija

del campo la sabandija

juye adelante asustada,

y envueltos en la manguitada
15

vienen perros cimarrones,

zorros, avestruces, liones,

gamas, liebres y venaos,

y cruzan atribulaos

por entre las poblaciones.
20

Entonces los ovejeros

coliendo bravos toread,

y también revoletean

gritando los terutereros;

pero, eso sí, los primeros

25

[54]

que anuncian la novedá

con toda siguridá,

cuando los Indios avanzan,

son los chafases que lanzan

volando: ¡chajá! ¡chajá!
30

Y atrás de esas madrigueras

que los salvajes espantan,

campo afuera se levantan,

como nubes, polvaderas

preñadas todas enteras
35

de Pampas desmelenaos,

que al trote largo apuraos,

sobre sus potros tendidos,

cargan pegando alaridos,

y en media luna formaos.
40

Desnudos de cuerpo entero

traen sólo encima del lomo

prendidos, o no sé cómo,

sus quillapices de cuero

y unas tiras de plumero
45

por las canillas y brazos;

de ahí randas cascabelazos

del caballo en la testera;

y se pintan de manera

que horrorizan de fierazos.
50

Y como ecos del infierno

suenan roncás y confusas,

entre un enjambre de chuzas, [55]

rudas trompetas de cuerno;

y luego atrás en lo externo,
55

del arco que hace la Indiada,

viene la mancarronada

cargando la toldería,

y también la chinería

hasta de a tres enancada
60

Ansí es que cuando pelean

con los cristianos, que acaso

en el primer cañonazo

tres o cuatro Indios voltean,

en cuanto remolinean
65

juyen como exhalaciones;

y, al ruido de los latones,

las chinas al disparar

empiezan luego a tirar

al suelo pichigotones.
70

Pero, cuando vencedores

salen ellos de la empresa,

los pueblos hechos pavesa

dejan entre otros horrores;

y no entienden de clamores,
75

porque ciegos atropellan,

y así forzan y degüellan

niños, ancianos y mozos;

pues como tigres rabiosos

en ferocidá descuelan.
80

[56]

De ahí, borrachos, en contiendas

entran los más mocetones,

para las reparticiones

de las cautivas y prendas;

y por fin con las haciendas
85

de todo el pago se arrean;

y, cuando rasas humean

las casas de los cristianos,

los Indios pampas ufanos

para el desierto trotean...
90

Sin dejar vieja con vida;

pero de las cotorronas,

mocitas y muchachonas

hacen completa barrida;

y luego a la repartida
95

ningún cacique atropella;

y a la más linda doncella

aparta y la sirve en todo,

hasta que luego, a su modo,

también se casa con ella.
100

Y, desdichada mujer

la que después de casada

comete alguna falsiada

que el Indio llegue a saber,

porque con ella ha de hacer
105

herejías, de manera

que a la hembra mejor le fuera

caer en las garras de un moro [57]

o entre las aspas de un toro

que con un Indio cualquiera.

110

En fin, a la retirada

nunca salen reunidos,

sino en trozos extendidos

por la campaña asolada;

y, en toda la atravesada,
115

mamaos atrás van llorando

los que cautiva faltando,

es decir, los que no tienen

mujer, desgracia que vienen

con la tranca lamentando.
120

Y hay cautiva que ha vivido

quince años entre la Indiada,

de donde al fin escapada

con un hijo se ha venido,

el cual, después de crecido,
125

de que era indio se acordó

y a los suyos se largó;

y vino otra vez con ellos,

y en uno de esos degüellos

a su madre libertó.
130

Como ha habido desgraciada

que, escapada del desierto,

sus propios hijos la han muerto

después en una avanzada,

por hallarla avejentada,
135

o haberla desconocido; [58]

y otros casos han habido

que luego referiré;

y antes de eso pitaré

porque estoy medio rendido.

- XIV -

La tristonra. -La gauchada. -El indio borracho. -La vieja cautiva. -El espantado. -La vizcachera.

Oyendo la relación

de Veja, Juana Petrona

con una cara tristonra

demostraba su aflicción;

y Rufo, con la intención
5

de alegrarle el pensamiento,

le cortó al cantor el cuento,

metiéndose a la colada

con la siguiente gauchada

que correspondió a su intento.
10

TOLOSA

-Ya que habló de retirada, [59]

voy a contarle un pasaje

(y perdone que le ataje

su palabra tan honrada)

de una mujer muy mentada
15

por linda como un primor,

con un Indio mamador

que por la casualidá

topó con esa deidá

una noche. -Pues, señor...
20

Sucedió en una ocasión,

que los Indios atacaron

al Salto y se retiraron

muy cerca de la oración,

que un Indio algo vejancón
25

medio mamao se metió

entre un cardal y topó

a una mujer escondida,

cuasi a oscuras, y en seguida

en ancas se la montó.
30

La hembra se dejó cargar

más callada que un difunto,

y el Pampa con ella al punto

alegre echó a caminar;

y a cada rato al marchar,
35

pedía el Indio: «da beso»

y dando vuelta el pescuezo

a su cautiva besaba,

la cual al Indio pensaba

enternecerlo con eso.
40
[60]

Seguía el Pampa y seguía

a besos que se pelaba,

mientras la marcha duraba,

hasta que allá al ser de día

se dio güelta... y ¡Virgen mía!
45

con una vieja se halló,

tan fiera, que se espantó,

pues, sin volverla a mirar,

el Indio por disparar

hasta la chuza largó.
50

La vieja despatarrada

por los garrones salió

del pingó que la solfió,

largándole una patada,

siendo tan afortunada
55

que ni el pelo le tocó;

y felizmente cayó

al pie de una vizcachera,

donde más que de carrera

de cabeza se metió.

60

Metida allí en lo profundo

de la covacha, rezando

se aguantaba, no pensando

salir ese día al mundo;

pero, a la siesta, iracundo

65

un vizcachón la mordió,

y echando diablos salió

la vieja toda embarrada,

y así descuajaringada

para el Salto enderezó.

70

[61]

Dos días tardó en llegar,

pero en cuanto entró a la villa

derechita a la capilla

fue y se puso a confesar;

y luego entró a cavilar

75

sobre el susto con afán,

hasta que se fue a Luján

y de allí al pueblo bajó,

aonde de lega se entró

en las monjas de san Juan.
80

De oírle a Rufo la gauchada

se rieron fuerte y mucho,

pues cuasi se tragó el pucho

Vega en una carcajada;

pero largó la mascada,
85

sin tragarla, felizmente;

y, cuando estuvo al corriente

para platicar, siguió,

y al Santiagueño le habló

de la manera siguiente.

90

[62]

- XV -

Rosa la Lunareja. -Los parecidos.

De esos lances, aparcero,

dijo Vega, una porción

yo también en la ocasión

podría contarle al caso;

pero, si lo hago, un atraso
5

en mi cuento sufriré

cosa sensible, ahora que

voy en el hilo preciso.

Siendo así, con su permiso,

en ese hilo seguiré.
10

Porque es larga la madeja

que debo desenredar,

y no me podré ocupar

de ninguna bruja vieja,

cuando de la Lunareja,
15

tan renombrada por bella,

debo hablarles ya, pues ella

se liga mucho a mi cuento;

así, es preciso al momento

hacerla cair a la güella.

20

[63]

Esa fue una linda moza

que la Indiada cautivó,

y diez y ocho años vivió

en cautividad penosa,

y, aunque se llamaba Rosa,

25

le decían Lunareja,

porque, junto de una oreja

un lunar negro tenía

de forma que se le unía

con el arco de la ceja.

30

Ansí mesuro era preciosa,

y tanto se parecía

a un hermano que tenía,

que eran idéntica cosa

el hermano con la moza

35

en la cara, en el lunar,

en el pelo, en el hablar,

y en los ojos sobre todo,

que eran azules de un modo

precioso y particular.

40

Y por esa identidad,

que, sin duda fue evidente,

vendrá un caso en lo siguiente,

en que bien se explicará

el lance o casualidá,
45

que a un mozo le sucedió

cierto día que se halló

apurado casualmente;

y ese mozo es un teniente

del cual he de tratar yo.
50
[64]

- XVI -

El tigrero Monsalbo. -El cadáver. -Los cuervos y caranchos. -Los mastines fieles. -Gauchos
antiguallos. -El bautismo de las lagunas.

Cuando de la Lunareja

contó Vega los trabajos,

ya Tolosa y el cantor,

sin sentir, de trago en trago,

medio frasco de aguardiente
5

cuasi se habían tomado,

de manera que los dos

estaban algo apedados.

Ansí, en chaucha, el Santiagueño

a Vega le hizo el agravio,
10

no de intención pudo ser,

sino de gaucho mal criado,

pues le cortó la palabra

pasándole el medio frasco

y diciéndole:

TOLOSA

-¡Por Cristo!

15

¡Calle, amigo! ¡Recién caigo

en que esa tal Lunareja [65]

es de juro, a no dudarlo,

cierta viuda, de la cual

hace cosa de dos años
20

há que, en este mesmo sitio,

nos hizo un triste relato

un hombre tan memorista,

tan escrebido y letrado,

y tan cantor como usted
25

que presume de afamado!

Al oír esto Santos Vega,

se quedó allí estupeflato,

como que era en su amor propio

más puntilloso que el diablo;
30

pero dijo: «Aguantaré

de este animal el güascazo.»

El Santiagueño siguió

diciéndole al viejo Santos.

TOLOSA

Ese hombre, sepaseló,
35

ese cantor de quien le hablo,

ese versista sin par

es mi compadre Monsalbo,

hijo, el único que tuvo,

allá en el siglo pasado.
40

en las lagunas del Tala

el guacho más antigualló.

En esos campos del sur, [66]

adonde se hizo afamado,

porque fue el más corajudo,
45

como el más ejercitado

en matar tigres y lions,

desde que tuvo quince años,

hasta que para cueriar.

las fuerzas lo abandonaron;
50

por fin, de la vida el peso

al hombre lo fue encorvando,

hasta que naturalmente

clavó el pico de viejazo,

sin más achaques, dijeron,
55

porque andaba vivo y sano.

VEGA

¡Mire eso! y ¡morirse al ñudo!

Pero, alcánceme otro trago.

-¡Pues no! dijo el Santiagueño;

y él también empinó el frasco.
60

TOLOSA

Pues, como le iba diciendo,

la tal muerte de Monsalbo

decían que era castigo,

porque andaba vivo y sano.

Mas, como para morirse,
65

es achaque necesario

y principal estar vivo,

de vivo... muerto a Monsalbo [67]

dos gauchos por un casual

entre las pajas lo hallaron.

70

Ese casual fue debido

a que esos mismos dos gauchos,

aunque el tigrero vivía

en un baño solitario,

como escondido, porque era

75

de carácter muy huraño,

tan de una vez se perdió

de vista, que sospecharon

que el viejo se habría muerto;

cosa de que no dudaron
80

por el indicio infalible

que allí ciertos pajarracos

dieron, dejándose ver

tres días revoletiendo

al aire sobre el pajal
85

más tupido del bañado,

donde el tigrero vivía

solito en su pobre rancho.

VEGA

¡Pero allí, su triste vida

se la pasaría a tragos,
90

a los que, según sus mentas,

era muy aficionado!

En fin, que Dios lo perdone

y lo tenga en su descanso,

mientras nosotros aquí
95

seguimos besando el frasco [68]

a salú de su compadre,

ese profundo Monsalbo

sin pareja!...

TOLOSA

Sí, señor;

y, como le iba contando,
100

diz que sobre ese pajal

los cuervos y los caranchos

andaban dando graznidos

al viento desde muy alto,

luego que al dijunto viejo
105

le sintieron el olfato.

¡Ya se ve! era peliagudo

y mucho mas que arriejado

bajar a echarle las garras

al muerto, porque ni el diablo,
110

con todo su poderío,

se habría determinado

a acercarse a la osamenta

del dijunto, sin embargo

de que el tigrero murió,
115

sigún dicen, condenado.

Pero; ¡Cristo! ¿Qué demonios,

qué cuervos, in qué caranchos

se arrimaban a un cadáver,

que estaba tan escoltado

120

como se hallaba el tigrero,

piadosamente rodiado

do sus perros doloridos?... [69]

que allí después de enterrado,

al pie de la sepultura,
125

donde sólo le plantaron

una cruz de duraznillo,

los mastines se quedaron

inmóviles día y noche

lastimosamente aullando;
130

hasta que de hambre y flacura,

indefensos y postrados,

de a uno por uno los tigres

a todos los devoraron.

Luego desde el mismo día
135

que allí al viejo sepultaron,

a las lagunas del Tala,

en memoria del finado,

todo bicho hasta hoy las llama

las lagunas de Monsalbo.

140

Ese nombre mi compadre,

que está muy bien informado

de las cosas de aquel tiempo

y de nada se ha olvidado,

dice que se lo pusieron,

145

en el sur, aquellos gauchos

Rojas, Morales, Colman,

el viejo Nutria, Orellano,

Góngora, Báez, Lechuza,

hombres todos arltiguallos
150

nutrieros, pero diablón...

ninguno como Monsalbo. [70]

Luego, tocante a cantores,

mi compadre dijo claro

que no ha salido hasta el día,
155

ni saldrá entre muchos años,

un cantor como Lechuza,

que nació y murió payando,

de contrapunto, con todos

de improviso concertando;
160

sin que a ningún payador,

de todos los afamados,

le regulara Lechuza

la pisada de un chimango.

¡Santa Bárbara! ¡Qué truco
165

para alguno, háganse cargo!

Santos Vega que pensaba

que, de Salomón abajo,

en la redondez del mundo

jamás había pisado
170

un payador de su laya,

pues que habría revolcado

no sólo a santa Cecilia,

sino al diablo coronado,

se le hizo el sordo a Tolosa,
175

y le aguantó el lechuzazo;

pero dijo en sus adentros

«Ahora lo verás, bellaco,

si no te hago relinchar

como bagual encelado.»
180

Ansí, con sangre en el ojo, [71]

pretextó echar otro trago,

y al punto díjole a Rufo:

-Amigo, se va explicando

muy lindamente en su cuento,
185

aunque es un triste relato,

como dijo usted, y por eso yo

estaba ya apichonado

y a punto de lagrimiar,

a no haberme consolado
190

el verle a su patroncita

de la pantorrilla abajo;

aunque se la había visto

cuando la monté...

TOLOSA

¡Barajo!

¿Cómo cuando la montó?
195

A ver, explíquese claro.

VEGA

Sí, pues, cuando la monté

en ancas de mi caballo,

y entonces por un descuido,

o de presumida acaso,
200

me amostró esa preciosura.

Y eso ¿qué tiene de raro?

¡Si así son todas las hembras!...

porque, al fin, Dios les ha dado

lo lindo para lucirlo.
205

Ansí, al verle lo de abajo, [72]

dije yo por un deseo:

¡Ah, pieses! ¡para un malambo

conmigo, que todavía

no estoy del todo olvidado!
210

¿Qué me dice, patroncita?

No me hará un escobillado,

al pedirle este favor,

desde que la estimo tanto?

JUANA

¡Cómo no, si se lo haré!

aunque ruempa mis zapatos,
215

que es todo lo que me ha visto

al montarme en su bragado.

Lo demás de alabancioso

creo que usté lo ha inventado;

pero, como lo aprecco,
220

de sus bromas no hago caso;

y, siendo así, bailaremos

cuando sea de su agrado.

TOLOSA

¡La pu... cha! ¿qué decís, Rosa?

Y mi cuento... ¡voto al diablo!
225

no me lo dejan concluir

por echar un zapatiado?

VEGA

Escuche, amigo Tolosa;

usté nos hace un agravio, [73]

si cree que su mujercita,
230

ni yo mesmo, prefieramos

otro placer a su cuento,

en el que usted ha demostrado,

con cacúmen y memoria,

que no es un hombre negado.
235

Para bailar sobra tiempo;

siga no más su relato,

que es lindo, aunque nos contrista.

Ansí luego, en acabando,

usted debe permitirme
240

el que yo, con el changango,

acá con la patroncita

echemos penas a un lado.

Con que así, amigo Tolosa,

siga el cuento de Monsalbo.

245

TOLOSA

Bueno, amigo, le haré el gusto,

seguiré luego; entre tanto

refrescaré la memoria

mientras que pito un cigarro.

JUANA

Justamente, dijo Rosa;

250

decansá, Rufo, pitando;

y usté, don Vega, si gusta

que bailemos de aquí a un rato,

cánteme alguna cosita

antes de nuestro malambo.

255

[74]

VEGA

¡Pues no, cielo! ¡en el momento!

dijo el cantor; y templando

la guitarra, se dispuso

a darle un picón amaro

al Santiagueño, en desquite
260

de aquel brutal lechuzazo.

A este fin, cantó en seguida

las coplas de más abajo.

VEGA

«Si para explicarte aquí

el amor que te reservo,
265

faltan a mi lengua voces,

ojos elocuentes tengo.»

(Y Santos la miró a Rosa,

y a él lo miró el Santiagueño.)

«Mis ojos pueden decirte
270

lo que oculta mi silencio,

sin que una muda expresión

pueda ofender tu respeto.»

(Volvió Vega a ver a Rosa,

y a él lo vido el Santiagueño.)
275

«Puertas son por donde el alma,

con distintos movimientos,

publica del corazón

los más ocultos secretos;

Y, aunque en las voces no explique
280

los sentimientos del pecho, [75]

te estoy diciendo mi amor

sólo con estarte viendo.»

(Y Vega miraba a Juana;

y a él lo miró el Santiagueño,
285

mostrándole a la evidencia

la comezón de los celos.)

JUANA

¡Ay! señor, qué preciosura,

¡qué expresivos los versos!

¿No te parece, marido?
290

TOLOSA

Que te gustan, ya lo veo;

sólo quisiera saber

de quién son esos compuestos.

VEGA

De Lechuza, el afamado,

de quien dijo usted, aparcero,
295

el que a naidés lo cedía

cuando cantaba, en su tiempo,

la pisada de un chimango

a payador ni a coplero.

TOLOSA

Ansí dijo mi compadre
300

Monsalbo, al que me refiero.

Y, pues que ya he descansao, [76]

voy a dar fin a mi cuento...

Digo, si me lo permiten.

VEGA

¡Cómo no! Siga, aparcero;
305

pero no se precitripe,

ni se turbe, se lo ruego.

Ahora verán la malicia

con que siguió el Santiagueño.

- XVII -

De gaucho a gaucho. -La borrachera. -¡Adiós diablos! -Los dicarachos. -El contrapunto. -
La malicia.

Es cosa cierta y sabida

que al juntarse dos paisanos,

para tomar la mañana

o hacer las once en el campo;

por más amigos que sean,
5

cuando apuran mucho el trago

y se les va la bebida

a la cabeza, ¡adiós, diablos! [77]

la amistad y el parentesco,

el respeto al compadrazgo,
10

las promesas de cariño,

todo eso lo echan a un lado,

y solo a contrapuntarse

se sienten ya preparados.

Ansí fue que esa mañana
15

muy formales se sentaron

Rufo y Vega a platicar;

mas, luego que se vaciaron

de aguardiente una limeta,

al punto que se templaron
20

ya les entró el hozmigueo;

y como estaba encelado

por el canto el Santiagueño,

ansí como el gaucho Santos,

ofendido en su amor propio,
25

se hallaba más que picado

por las muchas indireutas

que ya le había soltado

Rufo, en las ponderaciones

con que lo pintó a Monsalbo
30

y a Lechuza el payador...

Vega y Rufo principiaron

con malicia entre uno y otro

a decirse dicharachos,

y a mirarse haciendo gestos,
35

torciendo la boca a un lado,

con los demás ademanes

que saben hacer les gauchos,

desde luego que se ponen

de la cabeza pesados...

lo que llaman divertirse. [78]

Velay pues, en ese estado

se pusieron ese día

Tolosa y el viejo Santos:

inquietos y cosquillosos,
45

y más que todo, deseando

retrucarse el uno al otro,

al menor equivocado.

Pero, a decir la verdá,

Veja estaba más pesado
50

de la cabeza, al instante

en que Rufo, continuando

de la Lunareja el cuento,

soltó en chaucha un dicharacho,

que verán más adelante;
55

y oigan cómo vino el caso.

Después de que el Santiagueño

antes descansó pitando,

y que Vega le pidió,

fingiéndose interesado,
60

en que prosiguiera el cuento

del menorista Monsalbo;

Tolosa, también fingiendo

seguirlo de buen agrado,

díjoles a Vega y Juana
65

Prosigo pues... Y echó un trago.

TOLOSA

Como les iba diciendo

en ese triste relato,

mi compadre nos contó

que, adonde la cautivaron

70

[79]

a la Lunareja, fue

en la villa de los Ranchos;

y diz que, ese mismo día,

los Pampas le difuntieron

allí mismo sin piedá

75

al marido, que era un guapo.

capitán de los dragones;

pero al infeliz lo hallaron

con una pierna quebrada,

y en la cama lo mataron.
80

Luego, allí mesmo los Indios

a su madre la chuciaron...

VEGA

¡A la suya chuciarían!

porque a la mía, ¡barajo!

no la cogieron los Indios
85

ni a cien leguas de los Ranchos,

porque era santafecina;

y sin salir de su pago,

que fue la misma ciudá,

al cumplir vencidos años,
90

cuando era yo tan chiquito

que me dejaba ganando

por irse a sus devociones,

murió moza, de un empacho

de un choclo con requesón,
95

que un bendito franciscano

al confesaría una siesta

le dio en el confisonario. [80]

TOLOSA

¡La gran punta y truco al choclo,

al requesón y al empacho!
100

Pero, amigo, por las dudas,

dígame: ¿usté es Paraguayo, o

Tarijeño?

VEGA

Soy Puntano.

TOLOSA

Por eso tan puntiagudas

cuchufletas me ha soltado
105

endenantes, cuando quise

decirle, derecho y claro,

que a la madre de la viuda

a chuzazos la mataron;

no a la suya, ni a la mía.
110

¡Ah, viejito vivaracho!

VEGA

¡Díaónde he de ser, si no tengo

ni cosquillas! Pero, veamos

si tiene usté fundamento

al darme ese titulado,
115

mientras yo veo que usté

sabe largarse a lo gaucho; [81]

pues, cuando menos pensé,

me soltó ese chajuarazo

de la «chuciada a su madre
120

en la villa de los Ranchos,»

por lo que yo corcovié

con fundamento sobrado.

TOLOSA

Corcovió de cosquilloso.

VEGA

¡Qué cosquillas, ni qué diablos!
125

Lo mesmo habría hecho usted,

si hubiese estao en mi caso,

o habría hecho otro cualquiera;

y sino, escuche, paisano,

le haré una comparación.

130

Si usted muenta en un caballo,

en el cual tiene confianza

por ser de su silla y manso,

como aquel en que lo vide

el otro día montado,

135

o en cualesquier mancarrón;

si usted muenta y sale al tranco

a pasar con un amigo,

con el cual va platicando

formalmente y de manera
140

que sigue usted paso a paso,

de modo que el mancarrón

va tranquilo morronguiando... [82]

dígame: si de improviso

le pega usted un rebencazo
145

y le cruza las verijas,

¿el pingo más aporriado,

más humilde y sufridor,

no mosquea, y de un colazo

le retruca?... y, si es coludo
150

como usted...

TOLOSA

¡Cómo yo!

VEGA

Déjeme hablar, ¡voto al diablo!

coludo, iba yo a decir,

como usted sabe montarlos,

porque la cola le he visto...
155

TOLOSA

¡A mí, cola!

VEGA

Al rabicano

se la vide en la tapera,

allá adonde nos apiamos;

y adonde del maniador

me acerqué a desenredarlo,
160

y vide que le pasaba [83]

de las ranillas abajo.

¡Qué cola! Así al caminar,

como una reja de arado

surcos hacía en el suelo,
165

y hasta abrojos vino alzando,

que usted se los arrancó

luego, aquí al desensillarlo.

¿No es verdad? Respuéndame.

TOLOSA

Es verdá; pero, entre tanto,
170

más cierto es y más notorio

que usté se va destapando

en vivezas, las que yo

se las he de ir retrucando,

pico a pico, y tiro a tiro,
175

a la fija, sin embargo

de que usté, ya se lo dije,

es viejito vivaracho,

y me lleva la ventaja

de que, siendo veterano,
180

a pelo le ha de venir

aquel refrán antiguallo,

que de un modo incontestable

dice, corto, lindo y claro,

de que, «el diablo sabe más
185

por viejo, que por ser diablo.»

VEGA

Salga, amigo, no eche pelos [84]

en la leche, deje a un lado

todas esas aprensiones

al ñudo; vamos al grano.
190

¿Qué se propone decirme

con todo ese preludiado?

TOLOSA

A eso voy; pero, ¡por Cristo!

no me salga usted chuliando

si me turbo en algún dicho,
195

como hizo hace poco rato,

cuando en su comparación,

aquella del pingo manso,

me prendió muy suavemente

la cola del rabicano:
200

gauchada que le agradezco,

porque el salir de un engaño

me hizo; y le voy a decir

del error que me ha sacado

con respecto a liviandades.
205

Escúcheme, pues, paisano.

Ayer sobre una alcachofa

de cardo seco en el campo

yo vide, sobre sus güevos,

dejarse cair un carancho
210

como usted...

VEGA

¡Como su agüelo!

TOLOSA

¡Otra güelta, voto al diablo! [85]

Como usted debe haber visto,

no digo uno, sino varios.

Bueno, pues; todos sabemos
215

muy bien que esos pajarracos

no pesan lo que un chingolo,

sino que son muy pesados,

lo mismo que sus nidadas;

así, no sé cómo diablos
220

a esa doble pesadez

la apuntala un solo tallo,

débil, güeco, quebradizo;

y de yapa coronado

de la rueda de alcachofas
225

donde se anida el carancho.

Pues allí se deja cair

de golpe, desde muy alto,

con tal maña y suavidá

que apenas se duebla el cardo.
230

Ha visto, amigo, una cosa

más almirable en el campo?

Y dígame: ¿le parece

esa suavidad un milagro?

Pues a mí no me parece
235

tan almirable ese caso,

porque, como antes le dije,

he salido de un engaño,

y estoy más que convencido

que no es tan suave un carancho,
240

al echarse en su nidada, [86]

al vuelo, de lo más alto,

como usted cuando a lo zorro

se le echa encima a un cristiano.

VEGA

¡Ja, ja, ja! Ríase, amigo,
245

no haga en adelante caso

de palabras que yo suelte

sin intención de agraviarlo...

Y permítame, si gusta,

continuar mi preguntado,
250

aquel que usted me cortó

con sus güevos de carancho.

TOLOSA

Corriente, amigo, prosiga,

como fuere de su agrado.

VEGA

Pues, señor, yo iba diciendo...
255

¿Por dónde ibas, viejo Santos?

¡Ah! y, si es coludo el rocín

y en la cola ha levantado,

o la trai sucia por sí,

de aquella especie de emplasto
260

de trébol fresco y purgante

con que se aguacha el ganado,

hasta que como aguacero

de tortillas cubre el campo,

¿qué sucede?... Claro está
265

sucede que del colazo [87]

le echa el pingo una rociada

que lo deja a usted sahumado,

y sin ganas de pegarle

de improviso otro guascazo,
270

como aquel de la chuciada

de los Indios en los Ranchos.

Con que, basta con lo dicho;

ya nos hemos retrucado.

Vámonos, pues, a baraja,
275

y, como güenos paisanos,

acábase el tiroteo,

y quedémonos a mano.

Eso sí, me hará el favor

de proseguir su relato,
280

aquel de la Lunareja,

porque es lindo y de mi agrado.

TOLOSA

Bueno, pues; proseguiré

por el tenor de Monsalbo,

y, como le iba diciendo,
285

a chuzazos le mataron

la madre a la Lunareja,

el marido y el cuñado

como quisieron matarle

a un hijito de dos años,
290

al tiempo que felizmente

como del cielo bajado

el cacique Cocomel,

Indio poderoso y guapo,

y a quien naides lo tachó
295

de cruel ni de sanguinario, [88]

llegose; y, viendo a la viuda

que la traiban arrastrando

dos Indios por arrancarle

el chiquito de los brazos,
300

como un tigre, Cocomel

saltó al suelo del caballo,

echó mano a la cintura,

y alzando veloz el brazo

con una bola perdida
305

al Indio más emperrado

junto al mesmito cogote

le dio tan feroz bolazo,

que allí lo dejó en el suelo

redondo como mataco.
310

El otro Indio, por supuesto,

largó a la viuda espantado,

después que hasta la cintura

ya la habían desnudado.

Al verla así Cocomel
315

desprendiose del quillango,

acercose a la infeliz

que se había desmayado;

la tapó compadecido,

y de su beldá prendado
320

la miró contemplativo. [89]

De ahí, como venía al mando

de toda la Indiada, altivo,

a todos amenazando,

les ordenó respetar
325

a la cautiva, y que, cuando

se alentara, con su hijito

la llevasen a su lado;

porque ya esos dos cautivos

quedaban bajo su amparo:
330

orden que un capitanejo

de cumplir quedó encargado.

Luego, en esa misma tarde

los Indios se retiraron;

y el cacique a su cautiva
335

se la llevó muy prendado

para casarse con ella,

a lo Pampa enamorado;

de manera que a sus toldos

llegó Cocomel casado.
340

De la viuda, desde entonces,

dice el amigo Monsalbo,

que no sabe si han habido

noticias por estos pagos;

pero, de su hijo el cautivo,
345

al cumplir diez y seis años,

diz que allá entre los salvajes

fue el cacique renegado;

y eso, dice mi compadre,

que de dizque no ha pasado,
350

pues ni de la Lunareja,

desde que la cautivaron,

hasta hoy no han vuelto a tener

más noticias en los Ranchos. [90]

Ahora deseo saber,
355

por curiosidá, paisano,

si es esta la Lunareja

de que usted iba a decir algo.

VEGA

Es la misma; y diré sólo

que su compadre Monsalbo
360

del fin que tuvo esa viuda

y su hijo no está informado,

siendo ese fin lo más lindo

que aquí debió haber contado;

pero yo les contaré
365

eso, cuando llegue el caso,

y verán que Dios es grande

y asombroso en sus milagros.

Antes de eso, me parece

que...

TOLOSA

Tomemos un amargo,
370

porque a mí ya como a loro

la lengua se me ha secado;

y usted, para proseguir,

necesita algún descanso.

En efeuto; luego allí
375

una caldera secaron,

y acabada, el payador

dijo: -pues, señor, sigamos. [91]

- XVIII -

Juana Petrona. -Su disgusto. -Sus comparaciones. -Los burros. -Genaro Berdún. -El forzado. -Los blandengues.

Después que cimarroniaron

Santos Vega y sus oyentes,

allí en el fogón sentados,

Juana Petrona les dijo

a Rufo y al viejo Santos:

-Señores, voy a pedirles

un favor, y es necesario

que me lo hagan, porque yo

con disgusto he reparado

endenantes, que los dos
10

ensillaron el picazo,

retrucándose muy fieros

a fuerza de dicharachos,

y eso me da pena y rabia

velay, se lo digo claro.
15

Luego, vos, marido mío,

de alegador y pesado,

por causa de la bebida,

le cortás a cada rato [92]

a don Vega la palabra,
20

a lo mejor que contando

sigue el hombre su argumento.

No, Rufo; en silencio oigamos

en adelante la historia,

y dejémoslo a don Santos
25

que él solo se desenriede;

y, cuando platique, hagamos

lo mismo que hacen los burros,

como vos habrás notado

que cuando rebuzna alguno
30

los demás oyen callados.

-Ahora sí, dijo el cantor,

que usted nos ha traicionado,

tanto a mí como a su esposo;

pues, al fin nos ha tratado
35

como burros a los dos.

-¡Es posible! No hagan caso,

respondió Juana Petrona;

dispénsenme; no he pensado,

ni nunca podré pensar
40

hacerles ningún agravio

a ninguno de los dos;

y por fin, haciendo barro,

de puro yegua he salido.

Dispensen, pues; ya me callo.
45

Ansí ya, en lo sucesivo,

notarán que muy callados

el Santiagueño y su china

van a seguir escuchando

la historia de los Mellizos,
50

que es asunto lindo y largo. [93]

Bajo esa conformidá

Santos Vega prosiguió

de la manera que dijo

en seguida; oigamosló.
55

-Hasta ahora suena la fama

del sargento Vencedor,

sobrenombre que por terne

la paisanada le dio

a un tal Genaro Berdún,
60

el mozo más guapetón

y forzado en ese tiempo.

¡Qué temeridá, señor!

Un día, por la culata

Genaro se la prendió
65

a una carreta tirada

por dos yuntas, y apostó

a que no la dejaría

rodar; y no la dejó.

De balde los picaniaron
70

a los bueyes con rigor;

al contrario, para atrás,

Berdún allí se arrastró

la carreta y las dos yuntas

de bueyes, y los dejó
75

con la boca abierta a todos,

de miedo o de admiración.

Otro día en las carreras

un gaucho lo amenazó

a pegarle un rebencazo;
80

y en cuanto el rebenque alzó, [94]

Genaro muy suavemente,

al parecer, abrazó

al guacho por la cintura,

nada más, y lo soltó
85

hecho una bolsa de güesos,

boguiando como un pichón.

Vean pues, si era forzado

el sargento Vencedor,

que en los Blandengues de entonces
90

con ese cargo empezó

su carrera, y que después

hasta capitán subió.

Yo lo conocí sargento

en tiempo muy anterior,
95

porque, la primera vez

que el mellizo se juyó

de la estancia, a la Chis-chis

vino a dar, y allí paró

en el ranchito infeliz
100

de un Portugués pescador;

el cual le dio de comer,

hasta que al fin descubrió,

a costa de sus rialitos,

que el muchacho era ladrón,
105

ingrato, provocativo

y de perversa intención;

pues, el día en que enojao,

el Portugués le quitó

la plata que le robaba,
110

el muchacho le tiró [95]

de atrás una puñalada

que cuasi lo dijuntió.

Ofendido el Portugués,

se dio güelta y le acertó
115

a pegar, no sé con qué,

un golpe que lo voltió,

azonzao, y allí en el suelo

codo con codo lo ató.

Y luego, ese mismo día,
120

en persona él lo llevó

a Chascomún, y al alcalde

don Valdés se lo entregó;

quien, después de castigarlo,

en seguida lo mandó
125

con Berdún, que lo entregase

en la estancia de la Flor.

Entonces yo conocí

al sargento Vencedor,

el mismo día que trajo
130

a Luis, y se lo entregó

a don Faustino en persona;

y en secreto le contó

las diabluras que en la juida

el mellizo cometi6.

135

A la cuenta, cosas fieras

debi6 contarle, en raz6n

de que al 6irlas don Faustino

mucho enojo demostr6;

y en seguida que de todo

140

el mensaje se inform6, [96]

a presencia del sargento,

severamente el patr6n.

reconvino all6 al mellizo,

y ahí mismo lo sentenció
145

a recibir veinte azotes

por primera reprensión.

Con todo eso, a poco rato

la mitá le perdonó,

atendiendo a que Jacinto
150

y el patroncito, los dos,

intercedieron llorando

por lástima del juidor,

pero este, de la sentencia

retobado se mofó,
155

y maldiciendo a Berdún,

como víbora salió

al patio, y los calzoncillos

y el chiripá se bajó,

al punto que el capataz
160

refalárselos mandó.

De ahí, boca abajo en el suelo

largo a largo se tiró,

y en la picana desnuda

diez lazazos aguantó,
165

sin dar un sólo quejido,

ni tampoco se encogió;

pero, luego que el muchacho [97]

del suelo se levantó,

y apenas los calzoncillos
170

medio, medio se prendió,

como balazo, a Genaro,

renegando enderezó

tirándose los cabellos,

y en cuanto se le arrimó
175

¡Ah hijuna! ¿cómo se llama?

le dijo; y se la juró.

Genaro, de esa amenaza,

por supuesto, se riyó,

y, bien lejos de agraviarse,
180

con bondá le aconsejó

no tuviera en adelante

tan mala comportación,

porque...

-¡Vaya a la gran pu...!

el gaucho le replicó;
185

y al tiempo de darse güelta

esta letra le largó

-¡Algún día... con el tiempo...

deje estar... que espero en Dios!

.

Pero Berdún, ni por esas
190

por agraviado se dio;

al contrario, muy tranquilo

sonriendo se quedó,

y al otro día temprano

del patrón se despidió;
195

y don Faustino del mozo [98]

tan de veras se prendó,

que cuando estuvo a caballo

al estribo le alcanzó

un ceñidor de regalo,
200

y de nuevo le ofreció

sin reserva sus servicios,

y completa estimación.

Agradecido Genaro,

al poco tiempo volvió
205

así como de paseo,

y hasta hizo noche en la Flor;

en donde de los patrones

tanto agrado recibió,

que, en la confianza, después
210

las venidas menudió,

hasta que el mozo en la Estancia

del todo se aquerenció;

y así que el lao de las casas

a los viejos les ganó,
215

cuando ya se le hizo güeno,

a quejársele empezó

a una tal Isabelita,

que allí en la estancia se crió

al cargo de doña Estrella,
220

que en cuidarla se esmeró.

Quince años no más tendría

la mocita a la sazón,

siendo un dije en esa edá

de hermosura y de primor,
225

a extremos que Don Faustino, [99]

por tan linda, le añadió

al nombre de Isabelita

el de Azucena; y bastó

que con ese sobrenombre

230

la llamase una ocasión,

para que ya el paisanaje

siguiera dandoselo;

de manera que Azucena

de firme se le quedó,
235

y en adelante así mismo

tendré que nombrarla yo.

Pues, amigo, de esa perla

Genaro se aficionó,

y hallándola por fortuna
240

blandita de corazón,

luego que de su cariño

perfeuto se asiguró,

una mañana Genaro

ciego de amor se estrelló,
245

y a la señora y su esposo

la muchacha les pidió.

Los patrones le ofrecieron

darle una contestación

poniéndole sólo el conque
250

de tomar información,

con respecto a la conducta

de Genaro, que almitió,

bien seguro como estaba

que de la averiguación
255

debería resultarle

lo mismo que resultó;

pues toditos los informes

fueron a satisfacción, [100]

como que el mozo gozaba
260

la mejor reputación,

de manera que el asunto

muy pronto se terminó,

y al colmo de su deseo

la respuesta recibió.
265

Cinco semanas después

con su prenda se casó,

sirviéndoles de padrinos

doña Estrella y el patrón,

y Azucena la preciosa
270

muy feliz se contempló,

entregándose a un marido

como al que se le entregó.

Es verdá que, a buena moza,

muy poco le aventajó
275

a Genaro, que también

era, sin ponderación,

mozo lindo, en cualquier parte,

y por tal merecedor

de que la más presumida
280

le dispensara un favor;

porque era alto, bien formao,

blanco y rubio como el sol,

y de unos ojos celestes

de un mirar encantador.
285

De ahí, en la mejilla izquierda

era su adorno mejor

un lunar crespo y retinto,

y de una forma y grandor

tan sumamente visible,
290

que de lejos, viendoló, [101]

al golpe lo conocían

por aquella distinción;

y la fama que tenía

de ser el más guapetón
295

de toda la Blandengada

que en ese tiempo existió.

En fin, se hizo el casamiento

y todo el pago asistió

a la fiesta de esa boda,
300

en la cual nada faltó:

de modo que el paisanaje

a gusto se divirtió;

y en medio del beberaje,

me acuerdo que canté yo
305

unos compuestos al caso;

y al fin, una relación,

cosa linda, les eché

en el baile que se armó.

Finalmente, en esa fiesta
310

el padrino se portó;

así fue que el paisanaje

hasta el día fandanguió,

sin tener más desagrado

que el disgusto que causó
315

el mellizo, que esa noche

a la novia le robó

unas prendas de su aprecio;

y de nuevo se juyó

en el caballo ensillao
320

que a Berdún le manotió. [102]

Desde entonces por el sur

ni su rastro se encontró,

hasta los años después

que ya mozo apareció,
325

tan matrero y vengativo,

como asesino y ladrón,

y tan perverso, que fue

de estos campos el terror.

Así fue que la justicia
230

hasta un premio prometió

para aquel que lo agarrara

vivo o muerto al saltador.

- XIX -

La citación. -Los presagios de un malón. -La tristeza de Azucena. -La despedida. -El
caballo doradillo.

Luego que con Azucena

Genaro se desposó

don Faustino a protegerlo

del todo se resolvió;

y como era un hacendao
5

tan de una vez ricachón, [103]

su ahijao ya no precisaba

ninguna otra protección,

porque, seis días después

de casarse, lo llamó
10

su padrino, y muy afable

en su cuarto le soltó

una escritura formal,

haciéndole donación

de legua y media de campo,
15

muy lindo y a inmediación

de la Laguna del Burro,

aonde Berdún se pobló,

llevando a su mujercita

que contenta lo siguió.
20

De Azucena doña Estrella

tampoco se descuidó,

pues ciento cincuenta vacas

de un golpe le regaló.

De ahí, con las yeguas y ovejas
25

que de otro las agenció,

Genaro entre sus amigos

a trabajar se agachó,

con esmero infatigable,

y sin más aspiración
30

que hacer feliz a su esposa,

como se lo prometió.

Pero a pesar de ese empeño,

el mozo no adelantó,

en los primeros seis años
35

de balde se describió;

porque la maldita Indiada

tantas veces lo asaltó,

que acosado el infeliz [104]

por tanto golpe empezó
40

a desconfiar de la suerte,

con fundamento y razón,

desde que seis años largos

de trabajos y tesón

poca ventaja le dieron
45

en sus tareas, sinó

el tener continuamente

sobresalto y sinsabor.

Un día a la madrugada

Azucena reparó,
50

que al levantarse Berdún

tristemente suspiró.

La muchacha, por supuesto,

ya también se acongojó,

y como amaba a Genaro
55

con todo su corazón,

un pesar que aquel tuviera

lo sentía ella mayor.

Por esta pena afligida,

ni un momento vaciló
60

en suplicarle a su esposo,

con la ternura mayor,

el que le manifestase

por qué causa suspiró.

En el instante Genaro
65

un abrazo le soltó,

y deseando complacerla

al punto, sin dilación,

de la manera siguiente

hablaron entre los dos.

70
[105]

GENARO

Mi alma, aunque he disimulao,

ya veo que has conocido,

y ocultarte no he podido

el que estoy apensionao.

Porque ayer muy de mañana,
75

platicando en el palenque,

me hizo acordar Albarenque

de mi desdichada hermana;

y después de ese momento,

de veras ando tristón,
80

teniendo en el corazón

no sé qué presentimiento.

Anoche, ya iba a decirte

que sentía alguna pena,

pero no lo hice, Azucena,
85

porque no quise afligirte.

¡Pobre Rosa! Ya sabés

que vive tan desgraciada

o quién sabe si olvidada

del mundo estará tal vez.
90

¡Quince años, temeridá!

¡Una cristiana cautiva,

cómo es posible que viva

entre Pampas! ¿No es verdad?

Aunque, como Dios es grande,
95

por su bondad todavía

espero de que algún día

por estos pagos la mande. [106]

Sí; Dios nos permitirá

que la volvamos a ver;
100

¡y sino, qué hemos de hacer!

cúmplase su voluntad.

Hasta hoy mi hermana no ha muerto

porque un cautivo escapao,

alentada la ha dejao
105

hace poco en el desierto...

Sin más hijo que Manuel,

el chiquito que llevó

cuando cautiva cayó

del cacique Cocomel.

110

Y no hace mucho há que un viejo,

que del Disierto se vino,

me dijo que mi sobrino

es allá un capitanejo...

Que de puro guapetón,
115

con los Indios por acá

ha venido, y volverá

a darnos algún malón.

¡Pues sería cosa cruel

que me llevase el destino
120

a matar a mi sobrino,

o hacerme matar por él!

Pero, Dios nos librará

a uno y otro de esa pena;

y si no es así, Azucena,
125

cúmplase su voluntad.

Velay, tenés la razón [107]

porque suspiré endenantes,

cabalmente en los instantes

que alvertiste mi pensión.
130

No niego, estoy pensativo;

y, a decirte la verdad,

temo alguna novedá

por el siguiente motivo:

Hoy al alba, entre dos luces,
135

como nunca he reparao

el campo todo sembrao

de gamas y de avestruces;

Y bichos de todas layas

también he visto cruzar,
140

y eso me hace recelar

algún malón. ¡Ah, malhaya!

Hoy que está la Blandengada

en Chascomún reunida,

y como nunca crecida,
145

lo mismo que bien montada...

¿No te parece, Azucena,

que si viniere la Indiada

el pegarle una sabliada

sería cosa muy güena?
150

AZUCENA

Calláte por Dios, Genaro,

mirá que estoy asustada;

y ya sabés que la Indiada

nos ha costado tan caro.

Con que así, no la anunciés,
155
[108]

porque aquí tengo aprensión,

y ojalá de población

mudásemos de una vez.

Azucena esta expresión

de pronunciar acababa,
160

cuando un Blandengue se apiaba

de garabina y latón;

Y maniando su caballo,

rienda arriba lo dejó

al tiempo que le gritó.
165

GENARO

Pase adelante, Ramallo,

diga, ¿cómo le va yendo?

RAMALLO

Lindamente, ya lo ve.

GENARO

Entre pues, y sientesé;

¿díaónde sale, qué anda haciendo?
170

RAMALLO

Vengo, porque el comendante

a decirle me ha mandao

que se le apresente armao,

pues lo precisa al instante.

GENARO

Vea eso, y apenas son
175
[109]

las siete de la mañana;

de suerte que don Quintana

habrá dao un madrugón,

para mandarme citar

con tanto apuro.

RAMALLO

180 ¡Pues no!

él en persona me dio

esta orden alaclarar,

hoy mesmito.

GENARO

Ya lo veo.

¡Voto-alante, qué quedrá!

¿No lo ha colegido usted?
185

RAMALLO

No, señor, tan solo sé

de que en la villa se están

las milicias reuniendo,

desde ayer, que va cayendo

gente con temeridá.
190

Lo mesmo una caballada

crecida ayer vide entrar;

dicen que para montar

a toda la Blandengada...

Quede Luján; el Sanjón,
195

y el Salto, ya en Chascomún

se han reunido al run-run

de que se espera un malón. [110]

Además de estos rumores,

suenan allá infinidades
200

de robos y atrocidades,

que han hecho unos saltiadores...

Por la Viuda y la Salada,

diaonde esa mesma gavilla

ha caído por la Tablilla
205

y por las Encadenadas.

Ansí, no será imposible

que a usté lo quieran mandar

con partida, a escarmentar

a esa gavilla terrible...
210

Que viene capitaniada

por un gaucho muchachón,

que en lugar de corazón

tiene el alma endemoniada.

GENARO

Pues por acá no ha llegao
215

semejante foragido;

a la cuenta habrá sabido

que no se ha dir muy holgao.

RAMALLO

¡Cuándo!... teniendo noticia

de lo terne que es usté,
220

¿a qué ha de venir, a qué?

¿a prenderá la justicia? [111]

Pero, escuche, le diré

que suena como rumor

que el muchacho saltador
225

habla muy fiero de usted.

GENARO

¡La pu... janza! Es cosa extraña,

y no sé cómo me toca

andar al ñudo en la boca

de semejante lagaña.
230

Aunque... mire... estoy pensando

que ese malevo muchacho,

si no es un maldito guacho,

cerquita le va raspando

Y si él fuere, deje estar,
235

que iré por gusto a rastriarlo,

sólo por desagraviarlo

aonde lo llegue a topar.

AZUCENA

¡Ay! ¡Genaro, qué disgusto

me causa esta citación!
240

Te digo de corazón

que ya no puedo de susto.

GENARO

No, hijita, no te asustés,

Albarenque ahora vendrá,

y si hay cualquier novedá,
245

lo que has de hacer, ya sabés;

En derechura a la villa

de un galope te largás, [112]

con tu ropa, y nada más

que Albarenque y mi tropilla:
250

Eso en caso que la Indiada

hoy se dejase sentir,

pues yo pretendo venir

por acá, a la madrugada;

Y si no, de tardecita
255

mañana, no te aflijás,

he de volver, lo verás,

a darte un vistazo, hijita.

AZUCENA

Bueno, mi rubio, te espero

sin falta, no me engañés.
260

GENARO

No, mi alma, ni lo pensés.

Con que, vamos, Baldomero.

RAMALLO

Vamos, señor, al momento.

Y ¿usté va en su doradillo?

¡Ah, pingo! En ese potrillo
265

yo le jugaría al viento.

GENARO

Sí, Ramallo, es cosa buena,

como usté ya lo verá [113]

después... Vamos por acá...

Con que, ¡aditosito, Azucena!
270

La mocita respondió

llorando a esa despedida,

y su marido en seguida

con Ramallo se largó.

Y al instante que salieron,
275

a la par, ya galopearon

hasta que se traslomaron

y de vista se perdieron.

Aquí, Vega nuevamente

su argumento suspendió
280

y proseguirlo ofreció

a la mañana siguiente;

Porque le era de rigor,

para seguir adelante,

el hablar del estudiante
285

de la Estancia de la Flor.

De ahí, los tizones del fuego

con la ceniza cubrieron;

las buenas noches se dieron

y al duermes se fueron luego.

290

[114]

- XX -

El estudiante. -El convento. -El seminario. -Los cursos. -La teología.

En la estancia de la Flor,

tendría Angelito ya

sus catorce años de edad,

y era rigular letor:

cuando un día, a lo mejor,
5

el padre y la parentela

lo sacaron de la escuela

para hacerlo cantar misa:

carrera ilustre y precisa

en tiempo de la pajuela...
10

Cuando cualquier casquivana

familia creiba a nobleza

tener su monja profesa

o un pariente de sotana;

y esa idea veterana
15

la familia del patrón

la sostuvo con tesón,

hasta salir con la suya,

plantándole la casulla

al niño al ser mocetón.
20

Pero, siendo necesario

desde el campo trasportarlo [115]

a la ciudá y entregarlo

al colegio Simenario

para que allí en el brevario
25

la teología cursiara:

como el mocito inorara

del colegio el tratamiento,

pidió que antes a un convento

a cursiar se le mandara.
30

Pidió eso, porque en verdá

el mocito no inoraba

la vidorria que pasaba

cualquier lego en la ciudá,

adonde antes de eso ya
35

su padre don Bejarano

lo trujo a ver a su hermano,

que era un flaire gamonal,

regalón, y provincial

del convento franciscano.
40

Allí, el mocito de las botas

al almorzar se calzaba;

y en seguida se largaba

al bajo a boliar gaviotas.

Luego en juegos y chacotas
45

se pasaba todo el día,

y como el niño quería

ser en su gusto arbitrario,

más ganga que el Simenario

San Francisco le ofrecía.
50

A esa idea extravagante [116]

la madre se resistió,

y que entrara le mandó

de monigote estudiante,

como entró, y como al instante
55

a todos aventajó;

porque en el latín salió

tan hábil el colegial,

que en cuatro años el misal

de memoria lo aprendió.
60

Por supuesto, lo ordenaron

el día de san Faustino;

y cura del Pergamino

poco después lo nombraron;

y allí cuantos le escucharon
65

los sermones en latín,

confesaron de que al fin

era en lo predicador

más profundo y más dotor

que el mesmo san Agustín.
70

- XXI -

El almuerzo gaucha. -El comedido. -El atracón. -La cuajada. -El desengrase.

Con los cuentos cavilando

esa noche el Santiagueño [117]

no pudo cojer el sueño,

y se lo pasó pitando;

tan desvelado que, cuando
5

la aurora empezó a rayar,

se tuvo que levantar;

y desvelao de remate,

calentó agua, tomó mate,

y luego salió a campiar.
10

Sol alto, a ver a su china

de sus trajines volvió;

y a su placer la encontró,

afanada en la cocina

en guisar una gallina,
15

a tiempo que el payador,

como gaucho vividor

que a todo se comedía,

junto al fogón le prendía

un cordero al asador.

20

Luego, los tres almorzaron,

de gallina bien guisada,

cordero asao y cuajada...

con lo que desengrasaron;

y tanto, que se limpiaron

25

hasta aguacharse un librillo,

por lo que Rufo el justillo

entró a desabotonarse,

y Vega empezó a escarbarse

los dientes con el cuchillo.
30

Se hubiera echao a sestiar [118]

Tolosa con su mujer

de buena gana, a no ser

lo ganosos que a la par

estaban de oír continuar
35

el misterioso argumento,

sin moverse del asiento;

y Vega que coligió

tal deseo, principió

a darle seguida al cuento...

40

Cuando ¡socorro! ¡socorro!

desde atrás de la cocina,

al llegar, una vecina

pidió a gritos, viendo a un zorro

que arrastraba una gallina.
45

Vega y Tolosa salieron

medio atropellandose,

pero el zorro viejo ¡qué!

cuando pillarlo creyeron

iba ya por Santa-Fe.
50

Por fin, hasta la vecina,

dejando al bicho largarse,

llevándose la gallina,

entraron a la cocina

y volvieron a sentarse...

55

Riyéndose junto al fuego;

aonde, aun cuando el payador

vido a la gente en sosiego,

suspendió su cuento luego,

diciéndoles: -Pues, señor...

El tal zorro, o la tal zorra,

me ha trabucao de manera [119]

que si ya el cuento siguiera,

haría una mazamorra...

Saliéndome del tenor

en que lo debo llevar.

Voy, pues, un rato a pensar,

para seguirlo mejor

Volviéndome a Chascomún,

aonde sabrán que llegó
70

y qué órdenes recibió

allí el teniente Berdún.

- XXII -

La comisión militar. -Los salteadores. -Las dudas. -La partida de Blandengues. -El pescador asesinado.

Sin demorarse llegó

Berdún a la citación,

pues antes de la oración

a la comandancia entró,

adonde lo recibió

5

el comandante al momento,

diciéndole muy atento

-Lo esperaba a usted al instante,

teniente; pase adelante,

acérquese, tome asiento.

10

[120]

Pues, lo he mandado llamar

para que inmediatamente

una comisión urgente

salga usted a desempeñar.

Quince hombres va usted a llevar
15

por vía de precaución;

pues marcha usted en situación.

en que aquí nos preparamos,

como que aguardando estamos

de los Indios un malón.

20

Pero, puede usted contar

que si esa chusma viniese,

sea el número que fuese,

la vamos a escarmentar.

Sin embargo, usted al marchar

25

ponga esta noche cuidao,

porque estoy bien informao

que hoy mesmo a la madrugada

se ha dejado ver la Indiada

por el paso del Venao.

30

Esta alvertencia le echó,

muy afable el comendante,

al teniente que al instante

por alvertido se dio;

y, en seguida recibió

35

la orden escrita en su pase,

para que se le auxiliase

de todo cuanto pudiera

necesitar donde quiera

que con su gente se apiase.

40

[121]

Luego, el principal asunto

que se le encargó a Berdún,

fue salir de Chascomún

a las ánimas en punto;

porque el día antes, dijunto
45

fresco y muerto a puñaladas,

allá en las Encadenadas,

al pobre viejo Machao

diz que lo había encontrao

un gaucho de la Salada.
50

Machao pescando vivió

veinte años en las lagunas

del Chis-chis, en donde algunas

tarariras comí yo;

y él mismo me las asó
55

como a gusto las asaba

para todo el que llegaba

a su rancho al mediodía;

por eso la gauchería

en general lo apreciaba.
60

Esa muerte, el comprobante

fue de que dos malhechores

por allá hacían horrores,

sigún supo el comendante

y el alcalde, que al instante
65

resolvieron la medida

de mandar una partida

atrás de un buen rastriador, [122]

para que al más saltador

le buscara la guarida.
70

Ansí pues, se le previno

a Berdún, que no extrañase

que en el campo lo buscase

el rastriador San-Juanino,

para ponerlo en camino
75

de prender por malhechores,

primero que al tuerto Lores,

conocido por Vizcacho,

al Tigre que era un muchacho

saltador de saltadores.
80

-En cuanto a Lores le alvierto,

también el jefe le dijo,

que aquí se suena de fijo

que otro saltador lo ha muerto;

y me dicen como cierto,
85

que su matador ha sido

el Tigre, ese foragido,

que es capaz de asesinar

a un ministro del altar,

cuanti-más a otro bandido.
90

Por fin, si fuere verdá

de que lo han muerto a Vizcacho,

desde que usted prienda al guacho,

su comisión llenará;

y desde entonces podrá
95

venirse usted en retirada;

pero, ¡cuidao con la Indiada! [123]

pues nada extraño sería

que mañana antes del día

nos pegue acá una avanzada.
100

Con esta orden, en seguida

Genaro al cuartel marchó,

donde a recibir entró

junto con la bien-venida

el mando de la partida;
105

y en cuanto se hizo presente

y lo conoció su gente,

los soldados se palmeaban

de gusto, porque marchaban

con el querido teniente.
110

Luego, este mandó ensillar,

y él solo desensilló

su doradillo, y pidió

lo dejasen revolcar,

porque se lo iba a llevar
115

de tiro, por de contao

para en el caso apurao

de aparcársele a cualquiera,

aunque al infierno juyera,

tener caballo sobrao.
120

Después, inmediatamente

que acabaron de ensillar,

hizo a la tropa formar,

y les dijo puesto al frente

-Muchachos, naides se ausente
125

de aquí, porque una merienda

he pagao en la trastienda

de la... ¿No la ven entrar? [124]

Vamos pues a merendar,

con el pingo de la rienda.
130

Mesmamente: allí trujeron

gutifarras, pan y queso;

y los soldaos de todo eso

apenas medio mordieron,

cuando justamente dieron
135

las ánimas; y el teniente

se acordó precisamente

de la orden del comendante,

porque en ese mismo instante

mandó montar a su gente.
140

-Ahora, dijo el payador,

debo otra vez recular

y de Chascomúm saltar

a la estancia de la Flor.

- XXIII -

El viaje de don Faustino. -La pascana en la Salada. -Don Fausto Barceló.

Diciembre estaba al concluir

el día que don Faustino

con su familia en camino

para el pueblo salió en coche. [125]

Pero, no pudo salir,
5

sino tarde esa mañana;

ansí, a su primer pascana

llegó cuasi al ser de noche.

Paró junto a la Salada

en una estancia rumbosa,
10

donde la más cariñosa

acogida recibió.

Con todo, a la madrugada

volvió su viaje a emprender,

sin quererlo detener
15

por más que se le rogó.

Don Faustino, ya se ve,

era hombre que no podía

faltar a lo que ofrecía,

por súplicas, ni por nada
20

Virtú por la cual le fue,

no falta de voluntá,

sino una necesidá

largarse de madrugada;

Pues para ese mesmo día,
25

víspera de Navidá,

don Faustino había ya

escrito a la Magdalena...

A un cuñao que allá tenía,

para que se preparase,
30

y sin falta lo aguardase

a pasarla noche güena. [126]

De la Salada el patrón,

al decir don Bejarano

que había ya de antemano
35

escrebido de la Flor,

Le encontró causa y razón

en que se juera apurao,

habiéndolo allí tratao

de lo lindo lo mejor.

40

De esa Estancia era el patrón,

otro andaluz que se vino

por gusto con don Faustino

desde la ciudad de España,

Habiendo hecho la intención

45

allá mesmo de largarse

a la América, y poblarse

en el sur de esta campaña.

Así es que don Bejarano

con don Fausto Barceló,
50

en cuya estancia paró,

tenía grande amistá.

Primero por ser paisano,

luego porque se largaron

juntos, y acá trajinaron
55

plata con temeridá.

¡Qué cena le presentaron

de pavos y de gallinas,

pasteles y golosinas!

¡y qué sabroso atracón
60

De manjares se pegaron! [127]

y ¡qué pedo a lo divino

con mistela y rico vino!

¡Y al último, qué alegrón

Tuvieron la noche aquella,
65

en medio de la jarana

de esa dichosa pascana,

cuando llenos de alborozo,

Don Faustino y doña Estrella,

vieron entrar por acaso
70

y le dieron un abrazo

al teniente valeroso!

Ahora me falta explicar

cómo, desde Chascomún,

en la Salada Berdún
75

a sus padrinos topó.

Pero déjenme pitar,

y después de esa topada

sabrán a la madrugada

todo lo que sucedió.

80

- XXIV -

El madrugón de las ánimas. -Los sacristanes. -La partida en marcha. -Los nutrieros.

En los pueblos de campaña

las ánimas (si se dan), [128]

es cuando allá al sacristán

se le antoja, o se da maña.

Y, aun cuando a tocarlas debe,
5

según el uso cristiano,

en las noches de verano

precisamente a las nueve;

Solía en el Baradero

al sacristán cierta china
10

decirle: «ché, en la cocina

a las ánimas te espero.»

Y el hombre tal se apuraba,

que apenas oscurecía

a las guascas se prendía
15

y las ánimas tocaba,

Como sabía olvidarlas,

cuando de alguna jarana

a la una de la mañana

recién venía a tocarlas.
20

Pero, las más ocasiones,

un sacristán por sus citas

a las ánimas benditas

les pega unos madrugones,

Como el que pegó a Berdún,
25

que a las nueve no se fue,

sino a las siete, porque

esa tarde en Chascomún, [129]

El sacristán se mamó,

y por equivocación
30

vino a tocar la oración,

y las ánimas tocó...

De modo que al oír tocar

las campanas el teniente,

hizo montar a su gente
35

y al tranco mandó marchar.

Luego, del cuartel, algunas

siete cuadras sólo anduvo,

cuando ya noticias tuvo

del sur y de esas lagunas.
40

Al topar con dos nutrieros

de pajuera, que venían

al pueblo, como solían

bajar a vender sus cueros,

Mandolos llamar; y al punto
45

que Berdún los espulgó

a preguntas, se informó

que esos nutrieros, por junto,

Esa siesta, una topada

desagradable y casual
50

tuvieron junto a un pajal

de la laguna Salada,

Con un gaucho desgreaño,

de tal facha, que luegoito [130]

dijieron: «Este maldito
55

debe ser un desalmao;»

Pues, cuanto los devisó

el gaucho, ya de soslayo

hizo trotiar su caballo

y en el pajonal se entró;
60

Pero, que iba tan bebido

que nada extraño sería

que estuviera todavía

en ese pajal dormido...

-¡Ahi-juna! ¡si otra topada
65

me diera ese gaucho a mí!

dijo Berdún: y de allí

rumbió al trote a su Salada.

- XXV -

La saladá. -Los auxilios. -El churrasqueo. -Los padrinos. -El ahijado Berdún. -La despedida.

En la Estancia iban a dar

la cena por terminada, [131]

cuando toda la perrada

de la Estancia entró a toriar,

al sentir cuasi al llegar

un grupo de hombres armaos;
5

y estos eran los soldaos

de Berdún, que allí venían

a mudar, porque sentían

a sus caballos pesaos.

La tropa desensilló
10

del corral no muy distante;

y de ahí Genaro al instante

a las casas se allegó,

y del patio le mandó

su pasaporte al patrón;
15

que siendo algo cegatón

le dijo a don Bejarano:

-Lea, y dígame, paisano,

que dice ese papelón.

-Dice así: «Pasa el teniente
20

don Gena... «¡Qué veo yo!

¡él es!... Y ya se salió

de la sala rede pente

tan apresuradamente,

que se llevó por delante
25

a Berdún, en el instante

que a la sala, muy ufano,

lo hacía entrar de la mano

su amiguito el Estudiante.

¡Viesen qué alegría aquella
30

la que esa noche mostró, [132]

cuando a su ahijado miró

la señora doña Estrella!

Pues lo llamó cerca de ella

y a su lado lo sentó,
35

y después que lo abrazó,

con placer enternecida,

de su Azucena querida

nada más le platicó.

Entre tanto, don Faustino
40

hablaba con el patrón

de la Estancia, a quien sin duda

lindamente lo informó

de las prendas de su ahijao,

y se lo recomendó;
45

pues luego de allí don Fausto

al teniente se acercó,

y le dijo afablemente

vengo a decirle, señor,

que esta casa y mi persona
50

está a su disposición:

con que así, mande y ordene

con toda satisfacción.

-Mil gracias, dijo Genaro;

sólo lo ruego, señor,
55

me dispense haber llegao

a pedirle por favor

unos cuantos mancarrones.

-Eso ya se lizo, señor,

afablemente a Berdún
60

don Fausto le contestó;

ya mandó que se le dieran

caballos, y ya mudó [133]

su tropa, pues justamente

en el corral encontró
65

la manada, y enlazaron

de lo bueno lo mejor;

y ya ensillaron también

pero antes les mandé yo

buena carne y mucha leña;
70

así es que han hecho un fogón

adonde están churrisquiando

muy contentos: crealó.

Sólo falta, caballero,

el que usté me haga el honor
75

de tomar algo en la casa

de su amigo Barceló,

porque ya desde esta noche

su amigo quiero ser yo.

Y usted, señora madrina,
80

a este hombre cuidemelo.

-Sí, sí, dijo doña Estrella,

tome, ahijao: y le arrimó

nada menos que un relleno

de pavo, o de qué sé yo,
85

una limeta de vino

y un pedazo de alfajor.

A esa friolera Genaro

de firme se le ajachó

pues no venía cansao,
90

pero sí muy delgadón.

Por supuesto, a lo soldao [134]

de priesa el buche llenó,

tan a tiempo, que ni bien

el último trago echó,
95

cuando a la casa un soldao

vino, y desde el corredor

le hizo decir al teniente,

que estaba esperandoló

en el patio el San-Juanino.
100

Genaro, luego que oyó

decir que allí lo esperaba

tal hombre, se levantó

muy cortés a despedirse,

como que se despidió
105

primero de sus padrinos,

y en seguida del señor

don Fausto y de su familia,

a quienes manifestó

el pesar con que dejaba
110

tan pronto esa reunión

de gente tan honorable,

y tan de su estimación;

pero que debía al punto

marchar sin más dilación,
115

encontrándose en el caso

de cumplir su obligación.

Finalmente, a sus padrinos,

a don Ángel, y al patrón

de la casa, con cariño
120

la mano les apretó,

y dando las buenas noches

les dijo el último adiós. [135]

- XXVI -

El rastreador. -El difunto. -La laguna tablilla. -La pista del asesino.

Las once estaban colgando

en el reló del patrón,

al instante que su asiento

dejó Berdún y salió

desde la sala hasta el patio,
5

donde luego se encontró

con Anselmo el San-Juanino

y afamado rastriador;

quien, sacándose el sombrero,

a pié a la par caminó
10

con Genaro, que al instante

risueño le preguntó:

-¿Qué dice, señor Anselmo?

Ya estaba esperandoló,

para que me diga, si
15

lo hallaremos.

ANSELMO

¡Cómo no!

¡si ayer desde la Chis-chis,

ya salí pisandoló;

y ya sé más que el alcalde,

tocante a ese saltiador!

20

[136]

BERDÚN

¿Cómo así? ¿Quién lo ha informao?

ANSELMO

Mis ojos no más, señor.

BERDÚN

¿Luego unté ha visto al malevo?

ANSELMO

No he precisado, señor,

verlo para asegurarle
25

donde estuvo ese ladrón

hará como doce días,

y lo que allí se robó;

y, ese robo quién lo tiene,

ya sé también: crealó;
30

y sepa que lo tenemos

cerquita, tocandoló.

BERDÚN

¡De veras! ¿Y no se irá?

ANSELMO

¡Aónde se-mia-dir, que yo

no se lo encuentre! [137]

BERDÚN

Veremos.

35

ANSELMO

Vamos a verlo, señor;

no se ha de morir de antojo.

BERDÚN

Bueno, Anselmo, vamonós

al instante si el caballo

de usted se halla...

ANSELMO

¡Superior!

40

BERDÚN

Entonces, no hay que esperar,

dijo el teniente; y llamó

al Blandengue que atrás de él

se vino del corredor;

y le dijo seriamente:
45

«Vaya, cabo Centurión,

mande que carguen las armas,

lo que apaguen el fogón;

y haga montar a caballo.

Vaya pues, que alla voy yo.»
50

Así lo hizo; pues, en cuanto

su doradillo montó,

al frente de la partida

al tranco suave marchó, [138]

a la par y platicando,
55

con Anselmo el rastrador;

el cual, desde que salieron

de la pasearla tomó

el mismo rastro que trujo

cuando a la estancia llegó.
60

Como marchaban despacio,

el teniente precisó

de tomar otras noticias

que necesarias creyó,

y por eso al San-Juanino
65

marchando le preguntó

-Conque, Anselmo, digamé;

¿a qué horas fue que salió

usté ayer de Chascomún?

ANSELMO

Antes de nacer el sol;
70

porque, muy de mañanita,

el alcalde me llamó

y me dijo: «Ahora mesmito,

de juro y de obligación,

es que salga usted a rastriar
75

a un malevo mocetón

que ayer tarde en la Chis-chis

alevemente mató

a Machao en su ranchito,

donde muerto lo encontró
80

un nutriero que allí mesmo

como pudo lo enterró. [139]

BERDÚN

¿Pero, qué nombre, o qué señas

del asesino le dio?

ANSELMO

Con siguranza ningunas,
85

pues el alcalde me habló

apurao por despedirme,

y a dizques se refirió

diciéndome: «Ese malevo

es un guacho mocetón
90

que, ahora cosa de siete años,

diz que juido se escapó

de la cota del Salao;

y que entonces, por diablón,

don Blas el finao alcalde
95

(que esté gozando de Dios)

dizque acá, en la mesura villa,

lo lizo agarrar, y mandó

que le pelaran la cola;

y que luego se perdió
100

el muchacho de estos pagos,

hasta hoy, que corre el rumor,

que por la guardia del Monte

ha vuelto a cair mocetón,

y diz que completamente
105

hecho un bandido feroz,

que anda robando y matando

por el sur, donde mató [140]

ayer mesmo en la Chis-chis

a Machao el pescador;
110

lo que es cierto. Con que así

vaya pues; busqueseló

a Berdún, que prevenido,

atrás de usted, a la oración,

o un poco más tardecito
115

va a salir sin dilación

con una buena partida,

y en la misma dirección

por donde va usted a rastriar

a ese asesino ladrón,
120

que es, dicen, un yesquerudo

de los de marca mayor.»

Velay tiene, mi teniente,

lo poco que supe yo,

por boca del mismo alcalde
125

al darme esta comisión.

BERDÚN

Pues, Anselmo, no es tan poco

a mi entender; sepalo.

Ahora, dígame: y después

de eso, ¿qué le sucedió?
130

ANSELMO

Que al ranchito de Machao,

hoy llegué como a las dos

de la tarde, y al instante

de apiarme ya vide yo, [141]

que un gaucho de bota fuerte
135

había el día anterior

llegao allí, y cuando el viejo

a recebirlo salió,

en la puerta, de parao

ese gaucho lo mató.
140

BERDÚN

¿Y, al dijunto, usté lo ha visto?

ANSELMO

Medio así, de refilón;

pues estaba junto al rancho

mal enterrao; pero yo,

cuando lo iba a ver de cerca,
145

a ese tiempo mi atención

la fijé en unas pisadas

de un caballo tranquilador,

que las conocí al momento;

y dije: -gracias a Dios,
150

que agarrar me facilita

dos pájaros de un tirón

es decir, al asesino,

y al parejero mejor

que ahora loco le robaron
155

en el Monte a mi patrón,

que fue don Roque Valdés:

robo que lo supe yo

estando enfermo hace poco,

cuando el patrón me llamó;
160

y, no pudiendo ir de pronto, [142]

sin duda el hombre mandó

que rastriaran su caballo

a alguno otro rastreador;

y hasta ahora no lo ha encontrao
165

sin duda, porque sinó

el rastro de ese alazán

no lo habría visto yo,

esta tarde en la Chis-chis,

ni tampoco un salteador
170

vendría montao en él;

pues no hay duda que se apió

allí de ese parejero,

y que a montarlo volvió

en la Chis-chis, porque junto
175

al rastro del mancarrón,

pegao está el de las botas;

y, como allí no vi yo

más rastro que aquel del gaucho

que al pescador enterró,
180

con el que vi de las botas

y el caballo me bastó;

y ya dije: -anda, calandria,

que yo sigo atrás de vos

hasta hacerte enchalecar,
185

andá no más, saltiador. [143]

- XXVII -

El salteador. -El pajonal. -El bramido de un tigre. -Las precauciones. -El encuentro con el bandido. -Las boleadoras. -La rendición.

Legua y media habría andao

Berdún desde que salió

de la estancia, platicando

con Anselmo el rastriador,

cuando este le dijo: -Aquí,
5

si usted permite, señor,

haremos alto un ratito;

y luego, con precaución

y silencio seguiremos;

pues por aquí el saltador
10

esta noche muy borracho

en ese pajal se entró:

velay, junto a ese hormiguero.

BERDÚN

Bueno pues, paremonós...

Y en el instante hacer alto
15

a la partida mandó.

Luego, allí mesmo al San-Juanino

de nuevo le preguntó,

si había visto borracho

al malevo, cuando entró
20

esa noche al pajonal, [144]

ANSELMO

No lo he visto, no, señor;

pero, por el rastro, digo

que venía pesadón,

y mucho; pues su caballo
25

ha trotiao sin dirección

fija, porque al bamboliarse

de un lao a otro el saltador,

el movimiento del cuerpo

le ha seguido el mancarrón,
30

dando a la zurda dos trancos,

y a la derecha otros dos.

Y, al ver ese culebreo,

por supuesto, me bastó

para decir entre mí,
35

va mamao ese ladrón

juicio en que me confirmé,

cuando a eso de la oración

sobre el rastro alcé estos chifles.

Velay, pues, por el olor

40

se ve que son de aguardiente,

y que están secos los dos:

lo que dice claramente,

que ese diablo los secó

hasta mamarse, y que luego

45

con la tranca los perdió,

por supuesto, sin sentir;

y, por eso digo yo,

que a eso de las nueve y media

esta noche se metió

50

[145]

borracho en ese pajal;

y ahí debe estar...

BERDÚN

¿Qué horas son?

ANSELMO

Voy a decirle al instante;

déjeme ver mi reló...

y mirando a las estrellas,
55

son las doce, respondió.

Serena estaba la noche,

y en tal silencio, que no

se sentía en aquel punto

ni volar un moscardón.
60

A esa medida hora la luna,

llena y pura como el sol,

en el centro de los cielos

brillaba con resplandor,

aunque a veces la tapaba
65

uno que otro nubarrón,

para dejarla salir

luego con más esplendor.

Eran las doce cabales,

como dijo el rastrador,
70

cuando al dar allí el teniente

de ¡Alto y pié a tierra! la voz,

la partida allí mesmito

hizo alto y se desmontó.

Desenfrenen los caballos:
75
[146]

volvió a decir, y ordenó

que amarrasen los coscojos

de los frenos, pues notó

que hacían ruido en la marcha

y para mas precaución,
80

como traiban los soldaos

sables vainas de latos,

adonde cascabeliaban

las argollas, les mandó

que las ataran con tientos
85

todo lo que se cumplió

hasta enfrenar los caballos.

Cuando ya pronta quedó

para volver a montar

la partida, sucedió
90

que a toda la luna entera

una nube la tapó

de manera, que en tinieblas

todo el campo se quedó.

A ese mismo tiempo un tigre
95

allí muy cerca bramó,

tan fiero, que a los caballos

tal inquietú les entró,

que estaban por disparar,

cuando el teniente mandó
100

que montaran al instante

lo que al vuelo se cumplió,

porque, de un salto en su flete

cada soldao se horquetió. [147]

Iban a marchar de allí,
105

cuando en esa situación,

mirando Genaro al rumbo

diadonde el bramido salió,

vido a una cierta distancia

varias chispas, y alvirtió
110

que el lince aquel San-Juanino

al mismo tiempo las vio;

porque, le dijo al instante

al teniente, a media voz...

-Velay, luce el yesquerudo
115

de la Chis-chis su eslabón;

o será algún tuco-tuco...

¿Qué le parece, señor?

BERDÚN

Me parece que el yesquero

se lo voy a romper yo
120

solito.... Déjense estar;

no se muevan. -Y se apió;

y echándose sobre el pastó,

de medio lao, afirmó

la oreja izquierda en el suelo,
125

y la otra se la tapó

con la mano, un instantito

nada más, porque volvió

a montar apresurao,

y de nuevo en baja voz
130

dijo: -Es un jinete solo;

viene al paso, dejenlo. [148]

¡Ah, Cristo! si por fortuna

fuese quien presumo yo,

aunque pájaro se vuelva
135

no se me va. ¡Creanlo!

Déjenme dir adelante

solito; y, por si o por no,

vénganse ustedes atrás

en linea de a dos en dos
140

tendidos como en guerrilla.

Y usté, Anselmo, sigalós

en el centro, siempre al paso,

hasta que los llame yo,

o hasta que le pegue el grito
145

a ese diablo saltador,

Y afirmándose el trabuco

por delante, desató

apriesa las boliadoras,

y a toparse enderezó
150

con el gaucho que vendría

soñoliento, o qué sé yo;

porque, como a veinte varas

del teniente se acercó,

cuando este le pegó el grito
155

¡Quién vive! Y lo atropelló.

¡Qué contestarle el malevo!

sin duda se le trabó

la lengua en ese momento,

pues apenas atinó
160

a dar güelta como un trompo

su caballo, y disparó.

¡Qué pingo traería el gaucho,

entre las piernas, señor

que apenas lo hizo dar güelta
165
[149]

como centella rompió

y atrás más de media cuadra

a Genaro lo dejó!

Pero ¡ay, mi alma! el doradillo,

cuanto Berdún le aflojó,
170

luego se le puso a tiro,

cuando el matrero salió

del centro del pajonal,

a un medio limpio, y creyó

cruzarlo en la disparada;
175

pero ahí mismo lo midió

medio del lao de enlazar

el teniente, y le soltó

las bolas con tal certeza,

que al tiro se las ató
180

en las manos al rocín,

de suerte que allí rodó,

y al gaucho, haciendo cabriolas,

por las orejas lo echó.

De parao salió el malevo,
185

como que era parador,

y creyendo resistirse,

a su pistola acudió;

pero, al dir a martillarla,

ahí mesmo se le cayó
190

el pie de gato del arma;

y entonces, quiso el facón

pelar de entre las caronas, [150]

pero tiempo no le dio

Genaro que se le vino
195

listo encima, y le abocó

el naranjero, y le dijo

¡Échate al suelo, ladrón!

Boca abajo; échate ya,

ligero, porque si no,
200

ni para enfermo te dejo

de un trabucazo... ¡Por Dios!

Al oír Anselmo el ¡quién vive!

con seis hombres se lanzó

sobre el rastro de Genaro;
205

y, justamente llegó

a rodar al asesino

cuando Berdún lo postró.

Entonces para amarrarlo

también Anselmo se apió,
210

pegadito a la cabeza

del malevo, y se agachó.

para atarlo tan de firme,

que no lo descoyuntó,

porque ahí mesmo al San-Juanino,
215

más arriba del talón,

el prisionero iracundo

tal mordiscón le prendió,

que cuasi desgarretao,

renguiando Anselmo salió;
220

porque, la bota de potro

y los niervos le aujerió. [151]

Finalmente, allí el malevo,

como un cristo se dejó

amarrar codo con codo;
225

y de allí no se menió

hasta que lo levantaron,

y un Blandengue lo paró

de modo que le asentase

en la cara el resplandor
230

de la luna... Entonces fue

que, al verlo, reconoció

Berdún a Luis el Melizo,

de la Estancia de la Flor.

- XXVIII -

La confesión del bandido. -El alcalde fingido. -Las astucias. -La comisión cumplida. -La entrega en Chascomús.

De un guapo no hay que esperar

que tiranice a un vencido:

vean pues cómo al bandido

lo hizo Genaro tratar

después de haberlo rendido.

5

Se opuso serio el teniente

a que a Luis lo enchalecaran

ni de grillos lo cargaran; [152]

con esposas solamente,

dijo que lo aprisionaran.
10

Eso sí, le hizo quitar

el caballo parejero

(por ser robao), lo primero,

y le mandó registrar

las maletas y el apero.
15

Esta maniobra se hacía

allí en la misma parada

adonde fue la apretada

de Luis, y cuando sería

la una de la madrugada,
20

Genaro estaba paciente

viendo hacer la operación;

mientras... quería el ladrón

con los ojos al teniente

abrasarle el corazón.
25

Del registro resultó

que, habiéndosele encontrao

varias prendas de Machao,

ya el Mellizo confesó

que él lo había difuntiao.
30

Luego, aparte, al rastriador

el teniente dijolé

«Anselmo, preguntelé

en qué día al pescador

lo mató, dónde, y por qué.

35

Y... oiga, me parece bien

que usted que es tan vivaracho

le dé a entender a ese guacho, [153]

el que sabemos también

que él mismo mató a Vizcacho.»

40

Al instante el San-Juanino

la engañifla penetró,

y dijo: «Dejemelo,

mi teniente, al asesino;

yo voy a espulgarselo.»

45

Anselmo era viejo asiao

por las prendas que lucía,

y, desde que no venía

vestido como soldao,

luego dijo: «Aquí es la mía.»
50

Finjiose, pues, ser alcalde

del partido, y de improviso

serio le dijo al Mellizo

-Ché, gauchón, aquí es de balde

el que te hagás el petizo;
55

Porque desde ayer sabemos

que vos mataste a Machao;

sólo él porque has reservao:

y saber también queremos

a quién más has dijuntao.
60

EL MELLIZO

¡Cómo es eso!... Digamé,

por más alcalde que sea [154]

¿por qué me gruñe y tutea?

¿acaso es porque me ve

aprisionao con manea?
65

ANSELMO

Es porque así merecés

de justicia ser tratao

por malevo consumao;

ansí, no te retobés

y aguanta, guacho mal crio.
70

A Luis se le conocía

que la cólera lo ahugaha

cuando Anselmo lo miraba,

pues de rabia se mordía

y a dos manos se rascaba.
75

Al ver eso el San-Juanino,

volvió a decirle taimoso

-Yo soy alcalde cargoso;

respondé pronto, asesino,

y no te hagás el sarnoso.
80

Hablá pues, que no tenés

ni frenillo ni mordaza,

ni yo he de tener cachaza;

y si no me respondés,

ya verás lo que te pasa.

85

EL MELLIZO

¡Amenazas!... riasé

como yo me río aquí;

aunque presumo, eso sí,

el que amenazas a usté

no lo harán reír como a mí.

90

[155]

Y escuche, señor alcalde

a güenas preguntemé,

y a todo responderé;

pero, a rigor es de balde,

ni a balazos hablaré.

95

ANSELMO

Velay tiene; así me gusta,

se lo digo sin malicia,

que es para mí una delicia

ver que a un hombre no lo asusta

ni el rigor de la justicia...
100

Vamos a ver pues, señor,

si sós quiebra verdadero

o sós un maula embustero.

¿Por qué has muerto al pescador?

respondé, gaucho coquero.
105

-Porque me agravió Machao

hace tiempo, dijo Luis,

cuando yo era un infeliz;

por eso ayer me he vengao

de esa ofensa en la Chis-chis.
110

-Ya sé qué a eso te costaste,

dijo Anselmo, y sé de cierto,

que a tu compañero el tuerto

Lores también lo mataste;

¿pero, qué has hecho del muerto?
115

Aunque yo sé dónde está, [156]

asigún noticias tengo,

pero a las tuyas me atengo,

por ver si hablás la verdá

e te hacés el chanco rengo.
120

EL MELLIZO

Yo a Vizcacho a la verdá,

causa de sus groserías,

recién hace cuatro días

que contra mi voluntá

lo maté en las Averías.
125

Porque Lores pesadón

en la cara me escupió,

y en chanza le puse yo

medio de punta el facón

aonde él mismo se ensartó.
130

Eso fue fatalidá;

y pongo a Dios por testigo,

que es lo cierto esto que digo,

como también es verdá

que Lores era mi amigo.
135

Ahora, dónde está el dijunto,

si quieren los llevaré,

pues yo mesmo lo arrastré

a un baño, donde por junto

con carrizos lo tapé
140

En fin, ya me ha preguntao

todo lo que usté ha querido,

y con lo que he respondido [157]

bastante hemos platicao

con que así... asunto concluido.
145

En cuanto supo Berdún

de Luis tal declaración,

creyó concluir su misión

entregando en Chascomún

al asesino y ladrón.

150

Hizo pues montar su gente,

ordenando que un soldao

llevase al preso enancao,

como provisoriamente

hasta salir del baño.
155

Luego ajuera separó

tres hombres de su partida,

y un cabo, al cual en seguida

al criminal le entregó

con la orden bien entendida:
160

Que de allí sin dilación

a la Salada marchase,

y que allá luego montase

al preso en un mancarrón;

y a Chascomún lo llevase...

165

Derecho, de las Saladas

a la villa, y sin ladiarse

al poniente, ni acercarse

mucho a las Encadenadas;

y que al instante marchase.
170

Esta orden le dio Berdún

al cabo, por la razón,

que al darle la comisión [158]

se le dijo en Chascomún

que esperaban un malón.
175

Ansí, el teniente quedría

del saltador aliviarse,

para en caso de toparse

con los Indios ese día

con sus doce hombres floriarse.
180

Luego el deseo y la pena

con que Genaro se hallaba,

por ir a ver como estaba

su idolatrada Azucena,

a otro rumbo lo llevaba.
185

Finalmente, a la Salada

el cabo al trote salió,

al mismo tiempo que vio

que así a las Encadenadas

Genaro también rumbió.
190

Y el tal cabo se portó

perfectamente asigún

las órdenes de Berdún,

que esa noche a Luis lo halló

enjaulao en Chascomún.

195

[159]

- XXIX -

La Providencia de Dios. -La derrota de los indios. -El entrevero. -El chuzazo. -La rendición del cacique.

Al ponerse en retirada

Genaro, medio rumbió

al poniente, por llegarse

de paso a su población,

donde estaría Azucena
5

ansiosa esperandoló,

desde que volver a verla

su rubio le prometió

sin falta, al día siguiente

que de ella se despidió.
10

Iba al tranco la partida,

y adelante el rastriador

con Berdún, que alguna cosa

a lo lejos distinguió,

al tiempo que de San-Juanino,
15

de la luna al resplandor,

al cruzar un peladar

en el suelo conoció

una rastrillada fresca,

y de Berdún se ladió
20

para apiarse, pretextando

tener una precisión. [160]

Pero no hizo nada de eso,

pues luego que se abajó

y anduvo unos cuantos pasos
25

a pié, de nuevo montó,

y apareándose a Genaro,

ya le dijo a media voz

«Mi teniente: ¡moros-costas!»

GENARO

Eso he maliciado yo

y ya estuve, creamé,

tiernito a decírselo

precisamente al instante

que usted se me separó.

ANSELMO

Entonces: ¿a qué le sirvo,
35

si usted es más lince que yo,

desde que me da a entender

haber visto? ¿el qué, señor?

Pues los moros están lejos.

GENARO

Pero, los venados no,
40

y menos los avestruces

pues ya los he visto yo

y sigo viendo... ¡Velay!

allá cruzan, mirelós,

todos vuelven para afuera;
45

y como esos bichos son

olfatiadores de lejos,

ya habrán tomao el olor

a los Indios que vendrán [161]

muy de atrás arriandolós,
50

en redota por supuesto,

juyendo... ¡permita Dios!

pues ayer el comendante

me dijo y me asiguró

que los iban a sabliar,
55

si hoy llegaban.

ANSELMO

Pues, señor:

cuando más hará hora y media,

si no me equivoco yo,

por lo que he visto en el rastro

todavía frescachón:
60

repito, que hará hora y media

ha que han pegado el malón

en la villa y han dao güelta,

porque allí se les volvió

la vaca... toro: eso es fijo;
65

y que bazuriandolos,

viene atrás la Blandengada,

también lo presumo yo;

como el que ya los tenemos

encima...

GENARO

Bien: dejelós.

70

¿No les parece, muchachos?

Genaro les preguntó

a sus soldaos, y toditos

respondieron a una voz:

-Sí, mi teniente: que vengan,
75
[162]

les daremos un rigor

de aquellos que con usted

no es difícil darselo.

Y, si vienen asustados,

entonces... ¡válgales Dios!
80

GENARO

Así creo que vendrán

más que apuraos; y si no

que vengan de cualquier modo.

Marchemos. -Y enderezó

a una tapera de adobe,
85

donde hizo alto y se emboscó.

Llegado allí, sin apuro,

echar pié a tierra mandó;

y viendo junto al tapial

un gran ombú, le ordenó
90

a un soldao que se trepara

a vichar con atención,

al lao por donde la Indiada

se vendría en borbollón.

Ahora, vean si el teniente
95

era hombre de buen humor,

y conocía los güeyes

con que araba. Oigamosló.

Refregándose las manos,

poco después que se apió
100

la partida, el comendante [163]

risueño al frente salió,

preguntándole al sargento

si estaban buenos o no

los caballos para un lance.
105

El sargento contestó

que estaban superiorazos,

porque no había razón

para crerlos fatigaos

desde que don Barceló
110

en la Salada les hizo

ensillar de lo mejor.

Genaro, entonces, de chusco,

por oír la contestación

de uno de esos sus soldaos
115

muy gaucho y ponderador,

díjole al sargento: ¿y, cómo

es que Ramiro ensilló

a ese laucha malacara

que al verlo da compasión?
120

EL SOLDADO

¡Cómo dice, mi teniente!

¿Qué ando en laucha? ¡Se engañó!

¡Mirá, maula mi caballo!

¿Quiere que le agarre al sol,

ahora, luego en cuanto asome
125

la cabeza? Digaló; [164]

y verá si de las greñas

lo traigo...

GENARO

Salí, pintor;

¡qué ha de ser tu Malacara!

por la facha, quizás pior
130

que ese cebruno en que Ruiz

quiere pegar un rigor.

¿Qué piensa de su sotreta;

dígame, Ruiz? Porque yo

puedo estar equivocado.
135

RUIZ

Fieramente; sí, señor

y escúcheme, mi teniente.

A mí me ha dicho un doctor

que la luz en este mundo

es la cosa más veloz,

pues corre ochocientas leguas
140

por hora. A eso, digo yo

el que, si la luz del día

de alguna yegua nació,

esa mesmísima yegua

a este pingo lo parió;
145

pues, al cerrarle las piernas,

cuando anoche se ofreció

aflojarle en el pajal, [165]

¡qué luz, ni qué exhalación!

si no lo sofreno a tiempo,
150

a esta hora estaría ya

de güelta de Patagones,

por gala, y para que no

pudiera naides decir,

que Ruiz era resertor.
155

GENARO

¡Barbaridá! y ¿qué me dice

usté, cabo Centurión?

¿Por qué está tan empacao,

mostrándose enojadón

y tieso como si hubiera
160

tragao algún asador?

CENTURIÓN

Porque estoy juntando rabia

para pelear... Pero ¿no

ha sentido, mi teniente,

como un tiro de cañón?
165

GENARO

Dice bien: y siendo así,

vamos aprontandonós.

Diez minutos pasarían,

cuando el vichador gritó

-¡Ahí viene la polvadera
170

de los Indios, ellos son!

Y ya empezó en la tapera [166]

a sentirse el pororó.

Montaron luego a caballo,

cuando vino el rastrador
175

diciendo: velay, se acerca

la salvajada, pues yo

oigo ya hasta el tiroteo

de lejos: y en dispersión

los miro venir en trozos
180

medio cercandosenós;

y el más fornido que viene

juyendo a esta dirección;

si la vista no me engaña,

yo calculeo que son
185

lo menos, noventa infieles;

siguramente...

GENARO

Mejor

y en lugar de ser un trozo,

¡ah, malhaya, sean dos!...

A este tiempo, la algazara
190

de los Indios se sintió,

y entonces dijo el teniente:

-¡firmes, muchachos! y no

se precitripe ninguno

a matar, hasta que yo
195

no mande pegar la carga.

¡Silencio, pues, y atención!

Ahora bien: esa tapera,

donde Berdún se emboscó,

les alvertiré que estaba
200

[167]

por fortuna en situación

que, del naciente al poniente

se aguantaba un paredón

o tapial de adobe crudo,

que tendría de largor
205

algunas catorce varas,

y nueve cuartas de altor.

Como venían del norte

los Indios en dispersión,

Genaro, naturalmente,
210

tras del tapial se formó

en ala con sus Blandengues;

pero, no se descubrió;

pues, cuando más, treinta varas

de la paré se alejó,
215

y dando la espalda al sur

quedose en disposición

de pegar su cara al sejo;

o haciendo una conversión

a la rinda o la derecha.

220

Todo esto lo resolvió

un instante antes de ver

que de Indios un nubarrón,

por juntito a la tapera,

a rebenque y a talón

225

quiso pasar apurado,

cuando los atropelló

Berdún, y de una descarga

ocho salvajes voltió;

y, como allí el adivino
230

fue el primero que cayó,

ya la Indiada perdió el rumbo,

y a disparar no atinó;

ansí es que remolineando

fieramente se enredó.
235

Ya se ve: la salvajada,

en lo que menos pensó,

fue en que allí la sujetaran,

de modo que se espantó;

y en ese instante Genaro,
240

sable en ruano la cargó...

¡Y, qué te cuento más vale!

al primer atropellón

hubo hombre, que cinco Pampas

solito se difuntió.
245

¡Qué matanza, Virgen mía!

¡qué tenaz persecución,

y de ahí, qué casualidá!

Escuchen con atención.

Ya se sabe, entre los maulas
250

nunca falta un guapetón;

ansí es que en ese entrevero

salió un Indio mocetón,

altanero y bien montao

en un zaino volador,
255

y a reniegos alaridos,

furioso, amenazador,

y dándose aires de ser

algún salvaje mandón, [169]

pretendía a todo trance
260

contener la dispersión

a pechadas con los Pampas,

que sin prestarle atención

disparaban azoraos,

porque la persecución
265

era terrible y sangrienta;

mucho más cuando se unió

la gente de Chascomún;

que al momento conoció

hallarse allí reunida
270

al teniente Vencedor.

En una de las sentadas

del Indio aquel quebrallón,

que algún cargo demostraba,

con Anselmo se topó,
275

que andaba en el entrevero

de recluta y chapetón;

y así mesmo se portaba,

hasta que se cosquilló

porque el Pampa bravo aquel
280

con la chuza le pinchó,

la picana al San-Juanino,

y del pingo lo bajó.

Por casualidá, Berdún

ese lance presenció,
285

y en seguida como fiera

sobre el Indio se lanzó.

El Pampa, así que Genaro

cerquita se le arrimó, [170]

sable en guardia amenazante,
290

el salvaje le largó

con cuerpo y todo un chuzazo

y atravesarlo pensó;

cuando de un quite Genaro

le partió la chuza en dos.
295

Al mirarse desarmao

el salvaje disparó,

creyendo de las caronas

poder sacar el facón;

para lo cual le daría
300

tiempo el zaino volador,

y de ahí volverse furioso

sobre quien lo desarmó.

Mesmamente: en la rompida

el Indio le aventajó
305

un trecho largo a Genaro;

pero, ahora, acordemonós

que este iba en su doradillo;

ansí, apenas lo apuró,

treinta varas adelante
310

del salvaje lo sentó

de una rienda, dióle güelta

frente al Indio que lo vio

venírselo encima, al tiempo

que el primer rayo del sol
315

que nacía en ese instante,

majestuoso y brillador,

sobre el rostro distinguible

del teniente reflejó. [171]

Entonces el Pampa altivo,
320

cuando de frente miró

la cara de su contrario,

del caballo se tiró

al suelo, donde postrado

de rodillas lo encontró
325

Berdún, cuando iba a partirlo

largándole el corte dos.

Pero le puso las manos

el salvaje, y exclamó:

¡No matando, ché, Berdún,
330

Amico, que mi parió

Lunareca!

-¡Dios bendito!

dijo Genaro, y soltó

el sable, que en la dragona

colando se le quedó...

335

y, viendo que hecho una estauta

postrado el Pampa siguió,

el teniente, conmovido,

del caballo se bajó,

y le dijo al prisionero
340

-¡Levante! ¿Quién sós vos?

-Manuel, amico, pariente

Lunareco, lindo vos,

Lunareca linda mesma,

Hermana tuya...

Bastó

345

esto para enternecer [172]

de Berdún el corazón;

pues sin demorarse más

con el Indio se abrazó,

y en ese grato momento
350

juntos lloraron los dos...

Pasaba en aquel instante

allí cerca Centurión,

y al mirar a su teniente

a pie, como lo miró,
355

abrazao con un salvaje,

sosprendido se arrimó,

sin creer lo mismo que vea;

pero, luego lo creyó,

cuando el teniente le dijo:
360

-No se almire, Centurión,

este es Manuel mi sobrino.

Vaya pronto por favor,

se lo mando, y digalés

a mis soldaos, de que yo
365

les pido de que se vuelvan;

pues aquí esperandolós

me quedo, con mi sobrino.

Vaya pues, digaseló.

En efecto, en aquel punto
370

la partida no siguió

la matanza, que ese día

fue tan crecida y atroz,

como grande la manguada

de Indios, que envuelta llegó
375

a la orilla del Salao,

y en el río se azotó

espantada, de manera [173]

que cuasi toda se ahugó;

pues hasta allí los Blandengues
380

mataron de sol a sol.

Por supuesto, la partida,

como Berdún lo ordenó,

allí adonde la esperaba

vino y se le reunió,
385

felicitándose al ver

que el teniente Vencedor

abrazaba a su sobrino,

que era el cacique mayor.

Ahora moralizaré;
390

diciendo por conclusión,

que, si del trozo de Indiada

que con Berdún se topó,

algún salvaje con vida

ese día se escaló,
395

fue por quererlo Berdún;

o más bien lo quiso Dios,

quien allá en sus altos juicios

desde ese día empezó

a mostrar como casuales
400

los casos que encadenó,

hasta que de su clemencia

la medida se llenó;

y entonces, de aquellos casos

justiciero se sirvió,
405

para castigar al fin

a quien castigar debió.

Eso lo sabrán después,

dijo Vega, y se calló. [174]

Luego, al dir a levantarse,
410

en el Santiagueño vio

otra estauta, pues estaba

mudo mirando al fogón,

lloroso, y con las quijadas

de una tercia de largor.
415

Ansí, acongojada Rosa,

redepente se cayó

de espaldas y convulsiva

a pataliar empezó:

porque de haber oído el cuento
420

le dio el mal de corazón.

En ese batiburrillo,

por desgracia del cantor,

la caldera de agua hirviendo,

que estaba allí en el fogón,
425

de la primera patada

Rosa se la redamó

en las canillas a Vega,

que zapatiando acudió

a sujetarle las piernas,

430

como que la sujetó

cuando ya se le quemaban

las naguas y el camisón.

Por supuesto, su marido

el primero la cogió
435

por la cintura y los brazos,

de suerte que le impidió

que la enferma se arañase,

como otra vez se arañó.

Ansí cargaron con Rosa
440
[175]

desmayada, y de ahí los dos

la llevaron a la cama,

donde cuando la soltó

el viejo, dijo entre sí

«¡Ah, piernas! ¡qué tentación!
445

pero, vamos a dormir,

porque me apura el calor.»

- XXX -

La angustia. -Los socorros.- El curandero. -El desvelado. -Las pulgas.

En la mañana siguiente,

guapa Juana amaneció

aunque medio trasijada;

porque la noche anterior,

como era su curandero

5

Rufo, apenas la tendió

en la cama acidentada,

el corpiño le sacó,

y cuando afligidamente

del todo la desnudó,
10

con injundia de lagarto [176]

por encima le atracó

ciertas friegas, con las cuales

la moza rompió en sudor.

Ansí, sana al otro día,
15

después de nacer el sol

muy bien emperifollada

vino a sentarse al fogón,

aonde de la recogida

Tolosa alegre volvió,
20

porque le traiba un peludo

muerto, que se lo soltó

en las faldas, y le dijo

-Mira si te quiero yo;

esto es para que almorcés.
25

Dame un beso... Y la besó.

Entre tanto, Santos Vega

por lo que vido y palpó,

la noche del patatús,

quién sabe lo que soñó
30

o qué desvelo tendría;

pues siendo madrugador,

esa mañana recién

sol alto se levantó,

con la cara como un cuajo,
35

pálido y de mal color.

Ansí mesmo, a la cocina

llegose de buen humor,

y de la puerta no más, [177]

atándose el ceñidor,
40

les dijo a Rosa y su esposo,

medio sorprendiendolós

¡Santos y felices días!

-¡Ansina se los dé Dios!

Adelante, tome asiento;
45

que estaba extrañandoló,

dijo Rosa: al mismo instante

que un amargo le alcanzó.

RUFO

Pero, amigo, ¿cómo es esto,

diaónde acá tan dormilón?
50

Aunque recuerdo que anoche,

en cuanto usted me soltó

la mano y las buenas noches,

luego le conocí yo

calentura en los riñones;
55

y estuve, creamelo,

por decirle en ese instante,

vaya al arroyo, señor,

y métase hasta el encuentro

para que largue el calor.
60

VEGA

¡Qué calentura; no crea!

Lo que anoche tuve yo

fue que rascarme hasta el día;

porque vino y se rascó

su perro sobre mi cama

65

[178]

y un pulguero me soltó.

Además de eso, al echarme,

el sueño se me ahuyentó

cavilando con la pena,

que presumo les causó

70

anoche mi cuento aquel,

y lo demás que pasó.

RUFO

No lo dude; pues a mí

del todo me entristeció,

y a Rosa, ya usted la vido.
75

JUANA

Es verdá; me enterneció

eso de cuando Berdún

con el Pampa se abrazó,

y que el tío y el sobrino

lloraron juntos los dos.
80

VEGA

Entonces, hoy trataré

de darle otra dirección

más alegre a mi argumento;

aunque sería mejor

suspenderlo hasta mañana.
85

¿Qué les parece?

RUFO

No, no

pues mañana, si Dios quiere,

estoy en la obligación [179]

de llevarlo a usted con Rosa,

para que canten los dos
90

en la yerra de mi amigo

Birrinchín, que hoy me rogó

el que lo llevase a usted.

¿Con qué, iremos?

ROSA

Pero, yo...

iré solo si me muenta
95

en las ancas el señor,

como cuando a las carreras

en su bragao me llevó.

Digo, si quiere don Santos

hacerme el gusto y favor.
100

VEGA

Desde luego, patroncita,

quedo a su disposición,

porque me gustan las yerras.

RUFO

Iremos, pues...

VEGA

¡Cómo no!

Pero, antes de ir a esa fiesta,
105
[180]

les haré una relación

para mostrarles que tengo

a las yerras afición.

Permítame: voy y vuelvo.

Ansí fue, se levantó;
110

y volviendo al poco rato

en su lindo se explicó,

cuando del modo siguiente

habló de la marcación.

- XXXI -

Jacinto el otro mellizo. -El novillo aspas rubias. -El enlazador. -La argolla rota. -La postema.

De los trabajos del campo

ninguno hay tan deleitable,

para mí, como la yerra,

aunque un dijusto muy grande

tuve un día en que mi amigo
5

Jacinto, aquel apreciable

mellizo, hermano del otro

criminal abominable:

por desgracia, ese mi amigo

vino a sufrir un contraste,
10

del cual en pocas palabras

voy ahora mesmo a informarles. [181]

Sucedió pues ese día,

del que no podré olvidarme,

que un novillo yaguané,
15

cuerpo de güey por lo grande,

aspas rubias y enconosas

como todo el mundo sabe,

atropelló del corral

sin que lo enlazara naidés,
20

pues todos le abrieron cancha

temiendo que los comiase.

Suelto pues, y enfurecido

con los ojos centellantes,

salió el toro del corral,
25

y se llevó por delante

la fila de pialadores

de un costado, sin que naides

de otros los espantados

a echar un pial alcanzase:
30

ansí, aquel toro furioso

disparaba a todo escape.

Mi amigo estaba allí cerca

a caballo, sin mezclarse

todavía en los trabajos;
35

mas, viendo al toro escaparse,

Jacinto desató el lazo

de los tientos, y al instante

se largó atrás del novillo,

haciendo una armada grande
40
[182]

que se la llevó a la rastra,

hasta que alzando arrogante

el brazo, y doblando el codo

en la forma y lo bastante

para revoliar la armada,
45

díjole al toro pujante:

«¡Ahora lo verás, Ternero,

si conmigo has de jugarte;

y si de un tirón no te hago

dar dos güeltas en el aire,
50

si es que no te descogoto!»

Y ya resolvió soltarle

por sobre el lomo la armada,

tan fijo y en sus cabales,

que al toro se la cerró
55

en las aspás, sin tocarle

ni el hocico, ¡ah, cosa linda!

y después tan lamentable;...

horque la casualidá

quiso que al dir a pegarle
60

aquel tirón prometido,

se partiera en dos mitades

la argolla, en la misma armada

del lazo, que vino a darle,

de retroceso a Jacinto,
65

un chicotazo tan grande

en el costado derecho,

que allí comenzó a echar sangré,

hasta caírse del caballo,

pálido como un cadáver.
70

Desde ese día Jacinto

ya comenzó a lamentarse

de que tenía postema, [183]

u otra cosa semejante;

y aunque allá, de cuando en cuando
75

solía hasta desmayarse,

y su pobre mujercita

creía enviudar cada instante,

Jacinto vivió y vivió,

hasta que vino más tarde
80

a morir, y así vivió

con más salud en adelante.

Ahora, para proseguir,

déme, amigo Rufo, un mate...

que se le dieron; y luego
85

dijo: vamos adelante.

- XXXII -

La yerra. -Santos Vega en el convento. -El fraile Salomón. -Los curiosos. -El apero. -El eclipse.

Pues, sí, señor; el trabajo

de campo en que sobresalen

en agilidad y destreza

los gauchos de estos parajes,

es la yerra, en donde suelen
5

hacer cosas almirables,

luciendo allí con primor

su saber el paisanaje. [184]

¡Eh, pucha! Si es un encanto

ver los diferentes lances
10

de prontitú, de fijeza,

de fuerzas y de coraje

con que un mozo pialador

suele en la playa florearse;

y el tino y la inteligencia
15

con que saben, al istante,

unos a otros muchas veces

en un peligro auxiliarse.

¡Que vengan facultativos

en cencias, de todas clases,
20

los más profundos! ¡Que vengan

de Uropa y otras Ciudades

esos leídos y escribidos,

y en ancas nuestros manates

puebleros!... no digo todos,
25

pues todos no son iguales;

hablo tan solo de aquellos

tan fantásticos, que no hacen

caso de un pobre paisano,

sin duda porque no sabe

30

como ellos, cuándo la luna

de un vuelco debe empacarse

frente al sol, y hacer un clise:

es decir, que nos ataje

la luz del sol y en tinieblas
35

ponga el campo a media tarde.

Y eso ¿qué tiene de raro?

Cualquier triste gaucho sabe

que esa oscuridá resulta

de una sombra semejante
40

a la que (pongo por caso) [185]

dentro de un rancho se le hace,

cuando es preciso, a un enfermo,

sólo con atravesarle

un cuero o cualquier carona
45

por entre el candil y el catre.

Pues bien; los sabios que explican

la causa de casos tales

y que por esa razón

piensan que todo lo saben,
50

ya que son tan entendidos,

que vengan a estos parajes

y todas nuestras costumbres

las miren bien y las palpen,

y luego que nos expliquen
55

de corrido, sin turbarse,

la cencia de nuestras bolas

y el poder de nuestros piales,

para con un tiro a tiempo

postrar a un toro indomable.
60

Que vengan, vuelvo a decir,

de todos los gamonales,

y miente el más vanidoso

y llegue sin escaldarse

a estos campos de un galope;
65

y acá, entre los pajonales,

en una noche nublada

y oscura, después de darles

un par de güellas a pie,

que conteste o que señale
70

a qué rumbo se entra el sol

o el lado por donde nace...

¡Y qué acertaba! ¡Nunquita!

siendo una cosa tan fácil, [186]

como que cualquier paisano
75

tan sólo con agacharse

y medio tantiar las pajas

secarronas, luego sabe

que cuando las tuesta el sol,

siempre cain al marchitarse
80

con las puntas al Naciente,

y no hay cómo equivocarse.

Algunos presumirán

que estas son barbaridades;

entre tanto, es la evidencia
85

sin ponerle ni quitarle,

y que no podrán negarlo

más de cuatro que no saben

tampoco decir la causa,

por que no suele la carne
90

cocerse de dos hervores;

pero, luego que la saquen

de la olla y en la agua fría

la zopen por un instante,

dándole un tercer hervor,
95

tierna como choclo sale.

Lo mesuro es la mazamorra;

ninguno podrá negarme

que se cuece, fijamente,

en una tercera parte
100

del tiempo que se precisa,

siempre que acierten a echarle

una argollita entre la olla,

o un clavito, o tanto vale

una losita cualquiera,
105

para que hierva al instante. [187]

Además, a esos engreídos

también quiero preguntarles

¿por qué razón un bagual

soberbio, alzado, indomable,
110

cuando lo bolea un gaucho,

desde el punto que lo agarre

y le dueble las orejas

para adentro, y se las ate

de firme con unas cerdas
115

que de la cola le arranque,

el animal más bellaco

en pelos deja montarse,

y el jinete lo endereza

como oveja a cualquier parte?
120

Después de esto, a un avestruz

es perder tiempo de balde

correrlo, porque a ese bicho

ni el demonio que lo ataje:

pero, lo bolea un gaucho,
125

y le impide que dispare

con cuatro plumas de la ala

que suelen atravesarle

por medio de las narices;

y de ahí lo sueltan a que ande;
130

y con las plumas en cruz

se lo arrean por delante

y lo arriman a las casas,

sin temor de que se escape.

Estos prodigios las bolas
135

únicamente los hacen;

pero de esto a los puebleros

poco les gusta informarse:

hasta que vienen al campo [188]

donde lo único que saben
140

es maltratar mancarrones

y charquiar y desollarse.

Sin embargo, en otras cencias

hay hombres interminables

en cacumen y saber,
145

y es preciso tributarles

todo el respeto debido

por lo que enseñan y saben.

Yo conocí un Franciscano,

que era ¡un Salomón! el flaire:
150

y una ocasión que bajé

a pasiar a Buenos Aires

desensillé en el convento,

y en su misma celda el padre

me trató unos ocho días
155

con el agrado más grande.

Allí supe muchas cosas;

porque solean juntarse

los amigos de Fray Justo,

ricachones, gamonales,

160

y hombres de letra menuda,

pero todos muy tratables,

y tan corteses que entre ellos

solía yo entreverarme

haciéndome el infeliz,
165

siendo capaz de tragarme

a todo el convento entero;

pero, dejaba palmiarme [189]

por tomar las once a gusto,

pues solían convidarme,
170

y luego me divertía

viéndolos contrapuntarse,

alegando hasta en latín

y, siempre antes de largarse,

se divertían conmigo
175

a fuerza de preguntarme

cómo trajinan los gauchos

en el campo, y obligarme

a desatar mi recaó

para que les amostrase
180

las bolas, el lazo, el freno,

y en fin todo el cangallaje.

Luego, como una indireuta

o el deseo de enseñarme,

en cuanto a bolas, solían
185

decirme que la más grande

es la del mundo que tiene

(me aseguraban formales)

algo más de ocho mil leguas

en el redor, (y quién sabe
190

contadas cuándo y por quién);

mas, ninguna duda cabe

que cada veinticuatro horas,

esa bola formidable

siempre en una mesma güella
195

da una güelta sin pararse

ni perder el equilibrio

(que es decir, sin balanciarse),

sino rodando parejo:

del mismo modo que lo hace
200

en sus regiones la luna, [190]

que es otra bola notable,

aunque nos parece un queso

porque la vemos distante,

por allá arriba a las güeltas,
205

en los circuleos que hace

diariamente hasta que suele

algún día atravesarse

por entre el sol y la tierra,

y entonces es que nos hace
210

el clise, en cuanto la luna

pone el cuero por delante.

Con esto, que es la verdad,

solían embelesarme;

pero, en lo que me hacían
215

de sorpresa santiguarme,

era con la siguranza

que me daban, al contarme

que al sol, la luna y el mundo

Dios los mantiene en el aire
220

suspendidos, dando güeltas,

sin permitirles ladiarse

del círculo señalao,

sino que giran costantes,

con aquella liviandá
225

primorosa con que saben

en el campo muchas veces

serenamente elevarse,

dando vuelta suspendidas,

las finas flores que esparce
230

sobre un tostado cardal

la alcachofa al marchitarse,

y que a los soplos del viento

suelta estrellas relumbrantes. [191]

- XXXIII -

El callejón de Ibáñez. -La cárcel de Buenos-Aires. -Los portales del cabildo. -Los alimañas.
-¡Qué gente aquella!

Ahora, me dirán ustedes

y el Pampa y Luis ¿dónde están?

dónde diablos los llevaron

después que los agarraron?

Bueno; les voy a contar,

primero, dónde fue a dar

el saltador esa vez

y del cacique después

su fin también contaré.

Tiempo al tiempo... escuchenme.
10

El día de su vitoria,

al entrar con vanagloria

el valeroso Berdún

esa tarde en Chascomún, [192]

en ese instante preciso
15

el cabo aquel que al Mellizo

lo traiba de la Salada,

hizo en la villa su entrada;

y en la cárcel lo bajó

a Luis, y allí lo entregó
20

con recibo al carcelero

que era un otro cancerbero

pues apenas olfatiaba

a un preso, ya lo calaba

desde la punta del pelo
25

hasta el pisar en el suelo.

Así cuanto le echó el ojo

a Luis, con llave y cerrojo

en un calabozo brete,

a especie de vericuelo;
30

luego lo incomunicó;

y después que le plantó

un centinela de vista

dijo entre sí: ¡Dios te asista!

después de la Caridá,
35

que pronto te cargará

del banco de las perdices,

cuando su auxilio precises

para ponerte en aquel [193]

cuartito de san Miguel...
40

De ahí el alcalde llegó

a ver al preso; y mandó

atracarle un par de grillos

de aquellos que los anillos

tienen juntos con pegao,
45

y que los han bautizao

de las ánimas, sin más

que ser de notemovás,

pues que sólo la chaveta

pesa una libra completa.
50

A la mañana siguiente

despertó el juez impaciente,

a causa de haber soñado

que Luis se había escapao

y, antes que con maniador,
55

bozal, estaca y fiador,

el Mellizo se le fuera,

a la cárcel, de carrera,

le dijo a su escribinista,

que fuese a ver por su vista,
60

si estaba seguro el preso;

y que le hiciera el proceso,

apuntándole toditos

los crímenes y delitos

que ese malevo debía:
65

pues que (el alcalde) quería

mandarlo a la brevedá

escoltao a la ciudá,

antes que Luis se escapase

y ni el cuento les dejase.

70

[194]

Al otro día a las siete

de la mañana, un piquete

de Blandengues bien armaos

ya se encontraban formaos

al frente de la prisión,

75

puesto a disposición

del alcalde que al momento

vino y le largó al sargento

del piquete, un envoltijo

de papeles, y le dijo
80

que ya podía llevarlo

al saltador y entregarlo

en la ciudad con aquel

envoltijo de papel.

Entonces más que ligero

85

abrió el brete el carcelero

diaonde a Luis lo sacaron

cargao, y ansí lo llevaron;

pues vieron que no podía

caminar, porque tenía
90

por el peso de los brillos

llagaos hasta los tobillos.

Cargado así lo trujieron

cuatro hombres y lo tendieron

en un triste carretón,
95

tirao por un mancarrón

viejo, bichoco y petizo;

y cuando de allí el mellizo

bien escoltado salió,

el sargento recibió
100
[195]

del alcalde orden expresa

de hacerle humiar la cabeza

sin lástima, donde quiera

que escaparse pretendiera.

Media semana trotiaron,
105

y a Buenos Aires llegaron

el día del año nuevo,

cuando al bajar al malevo

frente al Cabildo, pasaban

los colegiales que andaban...
110

de paseo (digo yo),

y casualmente lo vio

a Luis en aquel instante

don Ángel el estudiante

que a su colegio llegaba,
115

pues el Simenarío estaba

de la cárcel a un ladito.

Por supuesto, el patroncito

al ver con grillos a Luis

y en trance tan infeliz,
120

luego se puso a llorar;

y les mandó suplicar

a sus padres que vinieran

y al Mellizo socorrieran.

Al instante don Faustino
125

con doña Estrella se vino,

no con tanta voluntá

como por curiosidá;

pues ya siete años hacían

a que de Luis no sabían,
130

y a que lo habían sumido

en el rincón del olvido. [196]

Con todo, se conmovieron

los patrones, y vinieron

a la cárcel en un coche;
135

pero llegaron de noche

cuando ya Luis encerrao

estaba incomunicao.

De ahí, cuatro días siguieron

viniedo, y no consiguieron
140

don Faustino ni su esposa

el saber la menor cosa

del preso; pues sucedió

que a Buenos Aires llegó,

cuando las escribanías
145

se lo pasan muchos días

sin tomar declaraciones...

quién sabe por qué razones;

pero creo que el asunto

es darles treguas por junto,
150

para que los cabildantes

se lo lleven de pasiantes:

ansí es de que todo alcalde

gana su jornal de balde,

y lo pasa sin fatiga
155

rascándose la barriga.

Luego, al final de ese asunto

diz que se les abre el punto

allá por el diez de enero,

que vuelve el embrolladero
160

de los pleitos y custiones

entre robaos y ladrones,

que andan allí confundidos,

y que son tan parecidos

que no los distinguirá
165
[197]

naides en la inmensidá

de jueces, procuradores,

escribanos y doctores,

y otra recua de alimañes

que en el callejón de Ibáñez;
170

allí bajo los portales

del Cabildo, por dos riales

le arman a usté un caramillo

para sacarle el justillo

diciendo que lo ha robao,
175

aunque usté lo haiga compraó

ese día en la Recoba:

y, como usté se retoba

al ver que su acusador

es el mesmo vendedor,
180

y usté lo trata de vil,

se le vuelve un aguacil;

y ahí mismo en el callejón

de un soberbio manotón

lo agarra a usted del cogote,
185

y lo lleva al estricote

a meterlo en las crujías,

donde pasa usted ocho días,

y diaonde lo sueltan seco,

sin fama y sin el chaleco,
190

y para colmo de ultraje,

le hacen pagar carcelaje.

Esto le pasa a cualquiera

allá en la cárcel pueblera.

En fin, de ese callejón
195

lo espantaron al patrón

don Bejarano, sabiendo

que el hombre andaba queriendo [198]

proteger al asesino;

de modo que don Faustino
200

aburrido y petardiao,

sin haber jamás hablao.

A Luis el mellizo allí,

dijo pues: «quédate aquí,

juidor mal agradecido;
205

y, aun cuando me has ofendido

tanto, yo te auxiliaré

en tu prisión, y veré

si a fuerza de diligencia

te hago aliviar la sentencia;
210

pero desde ahora te alvierto

que arronjas olor a muerto.»

Hecha esta resolución,

don Faustino la cumplió

fielmente, y ya no volvió
215

a pasar el callejón;

pero Luis en su prisión

tan bien asistido estaba,

que ya no salir desiaba

de aquellas cuatro paredes,
220

adonde verán ustedes

la suerte que allí aguardaba. [199]

- XXIV -

El reo. -El escribano Siete-pelos. -El juez del crimen. -La sentencia. -Los empeños.

Más de mes y medio hacía

ya que al Mellizo encerrao

y siempre incomunicao

la cárcel lo consumía:

hasta que el alcalde un día,
5

sin quitarle las prisiones,

a un corredor con balcones

del Cabildo lo llamó;

y en su cuarto le empezó

a tomar declaraciones.
10

Ese alcalde era un marrano

llamao don Judas Meirelos,

y a un don Tomás Siete-pelos

tenía por escribano:

viejo diablón y vaquiano
15

para eso de escarmenar,

y para hacerlo enredar

en las cuartas a cualquiera, [200]

que a Siete-pelos creyera

que lo podía engañar.
20

A ese cuarto, pues, entraron

dos soldaos con el Mellizo,

y en un banquito petizo

encogido lo sentaron;

y allí detrás se quedaron
25

los dos soldaos de plantones,

¡ojo al cristo! y de mirones

ni uno ni otro resolló,

hasta que Luis no acabó

de dar sus declaraciones.
30

Allí, a la primer sentada

leyéronle el envoltijo

de Chascomún; y le dijo

el juez, peluca empolvada

que no le iba a pasar nada,
35

si pronto, con claridá

y de buena voluntá,

confesaba de que aquel

envoltijo de papel

explicaba la verdad.
40

Sirviéronle de consuelo

al preso las expresiones

del juez, que allí en dos renglones

las escribió Siete-pelos;

y ya Luis sin más recelos
45

se dispuso a confesar

sus mañas, sin ocultar

ninguna; y por consiguiente,

confiado y humildemente,

así empezó a declarar:

50

[201]

-Sí, usía, dijo el Mellizo;

por mi poca edá, confieso

que he sido medio travieso

¡cómo ha de ser! ¡Dios lo quiso!

pero ahora hago el compromiso
55

de que me voy a enmendar,

por esta cruz , y a dejar

de cometer más locuras,

que al fin tantas amarguras

me están haciendo pasar.
60

Entre tanto al viejo usía;

aquello que Luis hablaba

por una oreja le entraba,

y por la otra le salía;

de balde el preso ese día,
65

queriendo hacerse el potrillo.

hizo allí un batiburrillo

de excusas y de promesas:

el juez oía esas ternezas

serio, y tomando polvillo.
70

El alcalde a quién miraba

era a don Tomás, que a un lao

iba escribiendo apurao

todo lo que Luis hablaba;

y cuando concluida estaba
75

la declaración del preso,

Siete-pelos dio un bostezo,

y a Luis lo mandó parar,

y una cruz le hizo rayar

con tinta al fin del proceso.

80
[202]

De allí al Mellizo lo echó

el alcalde a las crujías

de la cárcel, y ocho días

después de nuevo ordenó

el subirlo, y le tomó
85

la confesión sin sentarlo;

y luego para enmendarlo,

descargando su conciencia,

el juez le dio por sentencia

nada más que ajusticiarlo.
90

El trueno de una centella

no habría aterrado tanto,

ni causádole el espanto

con que supo doña Estrella

la fatal sentencia aquella
95

de muerte contra el juidor;

pues decía: «es deshonor

para mí el ajusticiar

a quien le dí de mamar

en la Estancia de la Flor...
100

Pues, aunque se haiga extraviado

ese muchacho aturdido,

¡infeliz! yo no me olvido

que Luis con mi hijo se ha criado.»

Luego, el patrón azorado
105

con su esposa y Angelito

a empeñarse a lo infinito;

los tres en coche salieron,

y a ver al virrey se fueron

todos llenos de conflicto.
110

Por llegar de prisa al Fuerte

los patrones se afligían, [203]

pues salvar a Luis querían

a lo menos de la muerte;

y tuvieron tanta suerte,
115

que a la primer diligencia

los recibió en su presencia

nada menos que el virrey,

por quien torcía a la ley

a veces la Rial Audiencia.
120

El virrey se enterneció

del pesar de doña Estrella;

y al verla llorar tan bella

el hombre se apichonó,

tanto, que la consoló
125

diciéndole: -Deje estar,

amiga, no hay que llorar;

vaya, tranquilícese,

que yo espero pronto el que

todo se ha de remediar.
130

El virrey dijo, sin duda:

«todo se ha de remediar,

sin saber ni calcular

que la cosa era morruda;

pero, aunque era peliaguda,
135

del Mellizo la escapada,

el virrey de una cuartiada,

y atendido a que dos testas

tiran más que diez carretas,

cumplió con la remediada.
140

Gracias a eso, le achicaron

la sentencia al delincuente,

y al presidio solamente

por diez años lo soplaron; [204]

y allí al entrar le atracaron
145

su cadena con grillete,

que a Luis se le hizo juguete

dejar que se la prendieran,

por tal que no lo volvieran

a las crujías ni al brete.
150

En el presidio pasaba

Luis la gran vida en chacota,

o en jugar a la pelota,

pues que nada le faltaba;

y allí tanto lo cuidaba
155

la esposa de don Faustino,

que hasta le mandaba vino,

azúcar, yerba, café,

ropa, tabaco, y lo que

precisaba el asesino.

160

Así Luis, bien socorrido,

los patrones lo tuvieron,

y a los dos años creyeron

que se hallaba corregido

o que estaba arrepentido;

165

pero ¡cuándo!... si en la vida

es cosa cierta y sabida

y a probarla el tiempo viene,

que, «quien malas mañas tiene,

tarde o nunca las olvida.»

170

[205]

- XXXV -

La visita al presidio. -Doña Estrella. -Sus bondades. -La conmutación de la pena. -La hipocresía del preso. -La Semana Santa.

Una tarde de febrero

Luis iba a echarse a sestar,

cuando lo mandó llamar

el alcaide carcelero,

y a su cuarto lo hizo entrar.
5

La entrada imprevista aquella

le hizo al Mellizo cosquillas,

y al ver allí a doña Estrella

y a su hijo junto con ella,

Luis se postró de rodillas.
10

Al crujir de la cadena

cuando el juidor se postró,

la señora se espantó,

y de sorpresa o de pena

cuasi allí se desmayó.

15

De ahí, don Ángel el primero

a llorar grueso empezó,

doña Estrella lo siguió;

y en fin, hasta el carcelero

allí también lagrimió.
20

Mientras, sin dar un sollozo, [206]

seguía el Mellizo hincado,

creyendo hacer demasiao:

como que el facineroso

jamás se había postrao.
25

Desahogada con llorar,

la señora al carcelero

le suplicó, lo primero,

que allí lo hiciera sentar

un instante al prisionero.

30

Así fue, Luis se sentó,

pues la señora llevaba

un papel que allí mostraba;

en el cual, presumo yo,

que alguien la recomendaba.
35

Cuando entre ansias manifiestas

la dama al preso le habló,

sus palabras fueron estas

«Muchas lágrimas nos cuestas,»

y nuevamente lloró.
40

Después, menos afligida,

le dijo: -No te apensiones;

pues los buenos corazones

que te han salvado la vida

aliviarán tus prisiones.

45

Aguanta dos años más,

desde hoy que hemos conseguido,

que, el día que haigas cumplido

veinte años, libre saldrás

y esto a decirte he venido.
50

Ya hemos hecho lo imposible [207]

al conseguir por clemencia

nuevo alivio a tu sentencia;

porque tu causa es horrible.

Sufrí, pues, Luis, con paciencia.
55

Ya sabes que en la ciudá,

o adonde quiera que estemos,

ni un solo día queremos

que tengas necesidá,

sin que te la remedemos.
60

Bien tratao aquí has de ser,

como en otra cualquier parte;

pues no hemos de abandonarte:

por eso vengo a saber

si tenés de quién quejarte.
65

-No, señora, el preso dijo:

no me quejo aquí de naide,

pues hasta el señor alcaide

me hace tratar como un hijo;

ansí, muy poco me aflijo
70

en mi infeliz situación,

y sufriré la prisión,

de la cual saldré dichoso,

si usted y su señor esposo

me conceden su perdón.
75

Solamente desearía

que mi turno se llegara,

para que así me tocara

ver las calles algún día;

pues de aquí a la presería
80

siempre la veo salir,

a trabajar o pedir

limosna para los presos;

y conforme salen esos,

bien podría yo salir.

85

-Bueno, Luis, yo voy a ver,

esperando conseguir

el que te dejen salir

la limosna a recoger,

los días que hacen poner

90

en el pretil de San Juan

a los Santos, que pondrán

en esta Semana Santa,

cuyos días... allí tanta

limosna las gentes dan.

95

Entonces a la señora

le dijo afable el alcaide:

-No se empeñe usted con naide;

supuesto que usted no ignora

que debo yo desde ahora,
100

por la orden que se me da,

hacer a su voluntá

lo que pida por el preso,

sin reserva, menos eso

de ponerlo en libertá...
105

Así le prometo a usted,

que en esta Semana Santa,

si don Luis aquí se aguanta,

sin falta lo mandaré [209]

a San Juan; y le pondré
110

su mesa junto al Jesús

Nazareno, que su cruz

al frente mirando está:

y allí don Luis juntará

hasta güevos de avestruz.
115

-¡Entonces, qué más querés,

le dijo a Luis la señora,

si me ofrecen desde ahora

que el jueves santo saldrés!

Pero ese día día debés
120

ponerte tu ropa buena;

aunque ya pienso en la pena

que me dará el verte allí,

conforme te veo aquí,

con grillete y con cadena.
125

Luego, allí cuando al juidor

un atao le regalaron,

dos soldaos se lo llevaron

del presidio al interior.

De ahí el alcaide mayor
130

con su facha pobretona,

sin sombrero y en persona,

acompañó a doña Estrella

hasta el coche, donde aquella

le dio una onza narigona.
135

A tal regalo quedó

el alcaide agradecido,

y cumplió lo prometido

tal cual como lo ofreció: [210]

pues, el jueves santo, yo,
140

en San Juan, me acuerdo que

al ver a Luis me acerqué,

y echando mano al bolsillo

cogí un medio cordoncillo,

y en un plato se lo eché.
145

Muchas limosnas le dieron;

pues, al verlo allí sentao

tan joven y encadenao,

todos lo compadecieron.

Ansí, esa tarde tuvieron,
150

para disfrutar los presos,

mucho pan, tortas y quesos,

güevos, manzanas, membrillos,

atados de cigarrillos;

y en plata ¡sesenta pesos!

155

Para el alcaide, un encanto

fue lo que Luis entregó,

así a San Juan lo volvió

a mandar el viernes santo:

y en ese día otro tanto,
160

o algo más que el anterior,

trajo el dichoso juidor;

y desde ya el carcelero

lo destinó a limosnero

al astuto saltiador.
165
[211]

- XXXVI -

El cacique en Chascomús. -Indulto. -El comandante complacido. -Berdún capitán.

Ya dije antes que Berdún,

después que la orden cumplió

con prender en la Salada

al Mellizo saltiador

y dejar muerto a Vizcacho,
5

con los Indios se topó

luego en esa madrugada,

cuando al cacique rindió.

Ya ustedes saben también

que el teniente regresó
10

esa tarde a Chascomún

a rendir su comisión.

Ahora me falta contarles

que en la villa se encontró

Genaro con su Azucena,
15

quien su casa abandonó

la noche antes que pegaran

los salvajes su malón;

pues por fortuna a la moza

un Blandengue que pasó,
20

trayendo el parte a la villa

que avanzaba la invasión,

que disparara a Azucena [212]

ese hombre le aconsejó.

Ansí, asustada esa noche
25

Azucena disparó,

del modo que su marido

al dejarla le encargó;

y por eso en Chascomún

con Genaro se encontró
30

en medio de los festejos

a que el pueblo se entregó,

después que la Blandengada

a los Indios redotó.

Bueno pues: voy a contar
35

el cómo se presentó

Genaro con su sobrino,

a su vuelta, ante el señor

comendante general;

y cómo lo recibió
40

don La Quintana esa vez

al teniente Vencedor.

Antes de ver a su esposa,

Genaro fue y se bajó

en la Comendancia, adonde
45

con su sobrino dentro,

y en seguida al comendante

a Manuel le presentó.

Don Quintana, al ver un Indio

con Berdún, se sorprendió;
50

pero este, que la sorpresa

del comendante notó,

para sacarlo de dudas

de esta manera le habló:

-Vengo a darle parte a usía,
55
[213]

como es de mi obligación,

de que ya completamente

la orden que usía me dio

he cumplido: y además

vengo a pedirle, señor,
60

que para este Indio aparente

me conceda su perdón;

y me permita llevarlo,

porque no es pampa, sino

hijo de aquel valeroso
65

capitán Sotomayor,

que ahora más de catorce años

la Indiada lo asesinó

en la villa de los Ranchos;

cuando cautiva cayó
70

mi hermana, la Lunareja,

la única que se salvó

con este hijo de dos años...

EL COMENDANTE

¡Es posible!

BERDÚN

Sí, señor:

75

pues ese día funesto

hasta mi madre murió

a chuzazos por los Indios;

y, como antes dije yo,

sólo mi hermana y este hijo

de esa matanza salvó,

gracias a que Cocomel

el cacique la libró. [214]

EL COMENDANTE

Cierto es, dijo el comendante,

y hasta ahora lamento yo
85

la muerte de ese oficial,

que indefenso lo mató

la Indiada, porque postrao,

por desgracia, lo encontró

en la cama, de resultas
90

que el capitán se quebró

la pierna en una rodada

que el caballo lo apretó,

por una fatalidá...

¿No fue así?

BERDÚN

Es verdá, señor
95

como es cierto que chiquito

a este solo hijo dejó,

que es mi sobrino, sin duda;

y es cristiano como yo;

pues lo vide bautizar
100

poco después que nació,

en la iglesia de los Ranchos,

adonde se cristianó:

y además, su cara dice

que es mi sobrino; y si no,
105

ahora que aquí está presente

tan cerquita, mireló

usía, y verá el retrato

del finao Sotomayor. [215]

EL COMENDANTE

Sin duda, es muy parecido.
110

BERDÚN

Además de eso, señor,

hoy mesmo de mañanita,

apenas Manuel me vio

en medio de la pelea,

al punto me conoció.

115

A la cuenta, allá mi hermana

de mí algún día le habló,

y de lo que me parezco

a ella, porque es como yo

Lunareja, ojos azules,
120

muy rubia y de mi color.

Pienso así, porque Manuel

hoy apenas me miró,

aunque andaba como furia,

al acercármele yo,
125

tirándose del caballo

humilde se me postró,

y más manso que asustao

por mi nombre me llamó,

y me dijo: ¡«Lunareco;
130

tu hermana a mí me parió!»

¿Qué mas prueba para creer

que es mi sobrino?

EL COMENDANTE

¡Pues no!

Esas sensibles palabras. [216]

demasiadas pruebas son
135

que este mozo es su sobrino;

y como tal, llevélo;

porque de eso y mucho más

es usted merecedor

por tanto, lo felicito;
140

y en cuanto a su comisión

usted la ha desempeñado

muy a mi satisfacción.

Ahora, quiero prevenirle,

de que hoy mismo supe yo
145

que este mozo su sobrino

es cacique y valentón,

y quien mandaba la Indiada,

hoy al venir el malón

de manera que ha hecho usted
150

una presa superior;

la cual pudiera servirnos

si usted aconsejandoló

lo reduce para que,

cuando llegue la ocasión,
155

también nosotros le demos

a la Indiada un madrugón;

y entonces de Cocomel,

que ya está muy vejancón,

quizá a Rosa la libremos...
160

¿Qué le parece?

BERDÚN

¡Ah, señor!

Usía en este momento

dice lo mesmo que yo

he pensao esta mañana, [217]

al ver que Manuel lloró
165

acordándose de Rosa...

y creo, que hasta me dio

a entender lo mismo que ahora

pensamos, usía y yo.

EL COMENDANTE

Bueno pues: usted y su esposa,
170

vayan preparandoló;

porque también le prevengo

el que, pronto, espero en Dios,

les daremos a los Pampas

tal susto y atropellón,
175

que al sur de la Cordillera,

o del infierno al rincón,

con su chusma y toderías

irán del arrempujón.

Ahora, vaya a descansar,
180

porque tiene precisión

de reposo; y sepa usted

que a más de su comisión

ha hecho usted otro gran servicio,

que no he de olvidarlo yo.
185

Vaya, pues, con su sobrino.

BERDÚN

Mil gracias; adiós, señor.

EL COMENDANTE

¡Adiós, capitán Berdún!...

Y Genaro comprendió, [218]

que ese adiós del comendante
190

no era una equivocación.

- XXXVII -

Azucena y su sobrino. -El abrazo. -¡Que olor a potro!

Luego que se despidió

Berdún de su comendante,

con el sobrino al instante

medio al galope salió;

porque allí se anotició
5

que Azucena se encontraba

en la villa; y dónde estaba

le dijieron igualmente,

y que fuera prontamente

porque ansiosa lo esperaba.

El teniente se apuró

desde que con gusto y pena

supo que estaba Azucena

ansiosa aguardandoló;

pero, de ahí reflexionó
15

que no debía apurar

su caballo, a no llegar

de carrera y sosprender

redepente a su mujer,

y fiero hacerla asustar.

20

[219]

Pero esta, apenas sintió

que alguien llegaba a caballo

a su casa, como un rayo

trastavillando salió,

y por el zaguán corrió

25

pisándose la pollera

hasta la misma vedera,

donde a Genaro abrazó

de firme, y se le quedó

prendida como collera.
30

Después, cuando se calmó

de ese arrebató amoroso,

recién al Indio garboso

lo vido, y se sorprendió

tanto, que le preguntó
35

a su esposo, ¿a qué venía

ese Pampa, y qué quería?

Y entonces al Indio aquel

le dijo Berdún: «Manuel,

dale un abrazo a tu tía.»

40

Como era poco ladino

el cacique, no entendió

lo que Berdún le mandó,

hasta que Azucena vino

y cariñosa al sobrino
45

un fuerte abrazo le dio,

aunque la moza quedó

sin ganas de pegarle otro,

por el fiero olor a potro

que al sobrino le tomó.
50
[220]

Luego, en la sala, al mirar

a Manuel tan lindo mozo,

y sobrino de su esposo,

dijo ella, lo he de curar

sin más que hacerlo sahumar
55

con alhucema, y poner

brotes de álamo a cocer,

y que de esa agua olorosa

beba, porque es santa cosa;

en fin, veremos a ver.
60

Después allí lo vistieron

lindamente a lo paisano,

y al otro día temprano

para la estancia se fueron;

donde por fortuna vieron
65

que no les faltaba nada

pues, si por allí la Indiada

pasó a la juria al malón,

pior juyó al arrempujón

que le dio la Blandengada.
70

Con todo eso, le tenía

Azucena a ese lugar

tal odio, que sin cesar

a Genaro le pedía

seguido, día por día,
75

que buscase otro rincón

en cualesquier situación,

y fuera como se fuese,

por tal que la complaciese

mudando de población.

80

[221]

Finalmente, con Manuel

tantos extremos hicieron

que muy pronto consiguieron

hacerse estimar por él

y nunca amigo más fiel

85

tuvieron, hasta que allá,

por una casualidá

se hizo el sobrino perdiz;

y, de ese caso, un feliz

desenlace resultó.

90

- XXXVIII -

El centinela Masramón. -La seducción astuta. -Los abusos del soldao. -El vicio.

Volvamos ahora al presidio,

donde el Mellizo quedó

recomendao al alcaide

don Silvestre Lobatón

por doña Estrella en persona,
5

a la cual le prometió

ese mesmo don Silvestre,

que en adelante al juidor

lo mandaría salir, [222]

ansí como lo mandó
10

el jueves y viernes santo,

cuando en San Juan recogió

tanta plata, de la cual

la mitá se bolsiquió

el alcaide, porque luego
15

esa pascua pelechó

y muy currutacamente

anduvo de levitón.

Alvierto que don Silvestre

era un viejo socarrón,
20

como que fue presidario

sus seis años de un tirón

decían que solamente

por la amorosa razón,

de que en tres años no más
25

cuatro veces se casó

con diferentes mujeres,

y de ninguna enviudó...

Háganse cargo, qué peine

seria el tal Lobatón!
30

Luego, el Mellizo... no piensen

ustedes que se turbó

el viernes santo en San Juan;

pues también se solivió

del plato unos doce riales,
35

para cierta operación

que esa misma tarde allí

astuto la maniobró. [223]

Oigan cómo: el viernes santo,

cuando el Mellizo salió
40

del presidio a limosniar,

dir al cuidao le tocó

de un soldao que parecía

por lo grande un fantasmón

mata siete, pero en suma
45

era todo un bonachón

maturrango, veterano

hablantín y preguntón

tan sumamente curioso,

que, al instante que salió
50

del presidio, ya al mellizo

el soldao se le apareó;

y sin andar con rodeos

lueguito le preguntó,

¿por qué siendo tan muchacho
55

estaba en esa prisión?

Luis, que ni un pelo tenía

de lerdo, le contestó:

-Me encuentro en este trabajo,

le asiguro ¡como hay Dios!
60

por nada más que porque

me desgracié una ocasión,

que en el campo lastimé

a un Portugués pescador,

el cual muchos rebencazos
65

con un torzal me pegó [224]

porque le comí un pescao;

y de pura rabia yo

le di un tajo en las quijadas:

y como al hombre le entró
70

pasmo en la lastimadura,

esa noche se murió.

De ahí, sin más culpa ninguna,

la justicia me agarró,

y el alcalde que era amigo
75

del dijunto pescador,

sólo por ese motivo,

de Chascomún me mandó

por tres años al presidio,

adonde ya más de dos
80

y medio llevo pasaos,

sin tener, gracias a Dios,

la menor necesidá;

porque nunca me faltó

plata, ni buena comida,
85

y felizmente, señor,

cuando más de acá a tres meses

se acabará mi prisión

MASRAMÓN

-¿Y usted tiene quien lo asista

acá en el pueblo?

EL MELLIZO

¡Pues no;

si tengo acá a mi padrino,

que es un hombre ricachón

y el Gallego más rumboso

de cuantos alumbra el sol! [225]

MASRAMÓN

¿Que es gallego su padrino
95

me dice usted? Pues, señor;

entonces es mi paisano.

EL MELLIZO

Me alegro; pues trateló

en su casa, y cuando guste

francamente ocupeló
100

en cualquier necesidad;

verá un hombre servidor

y amigo de sus paisanos

sí, aparcero, crealó.

En fin, ya platicaremos;
105

dijo Luis, cuando llegó

al punto adonde el alcaide,

conforme se lo ofreció,

junto al Jesús Nazareno

la mesita le plantó;
110

y allí en una pobre silla

el Mellizo se sentó

con su morruda cadena

y el soldado de plantón.

A esa hora precisamente
115

ya el gentío principió

a pasar por esa calle;

por donde naides pasó

sin ver al preso tan joven

y tenerle compasión.
120

Ansí fue que a la media hora [226]

después que allí se sentó,

tanta moneda le dieron

que de ella se manotió

seis pesetas colonarias
125

que al soldao se las soltó,

diciéndole: -Tome, amigo;

remédiese, pues que Dios

que amanece para todos

hoy para usted amaneció.
130

Sin hacerse de rogar

el centinela agarró

el mono, y dando las gracias

agradecido trató

de hacer buena aparcería
135

con Luis, a quien ofreció

servirlo cuando quisiera

ocuparlo en la prisión

para cualquier diligencia;

y para una precisión
140

le hizo allí saber su nombre,

diciéndole: -Amigo, yo,

desde que me cristianaron

me llamo Cruz Masramón,

soldado de la primera
145

del segundo Batallón

de fusileros del Fijo.

Ansí, con satisfacción

ocúpeme, pues ya sabe

que soy siempre asistidor
150

a las guardias del presidio.

-Ya lo he visto; ¡cómo no! [227]

dijo el Mellizo; y ya sé

que usted es hombre servidor,

desde que una portaviandas
155

de comida me alcanzó;

pues de casa diariamente

me las traen, y a veces yo,

por no poder recibirlas,

no les tomo ni el olor.
160

Ansí, cuando usted las vea,

si acaso, hágame el favor

de traírmelas, y tendremos

con qué hacer boca los dos;

si puede ser, aparcero.
165

-¡Pues no he de poder, señor!

no sólo eso, pues si gusta,

hasta de vino carlón

puedo traerle una vejiga,

con la reserva mayor,
170

si es que me fía el pulpero.

-Eso, amigo, dejeló

a mi cargo; porque siempre

tengo a mi disposición

cuatro pesos que gastar,
175

el Mellizo respondió.

Ansí pues, desde ese día,

siempre que de guardia entró

en el presidio, las viandas,

recibía Masramón,
180

y para el vino el Mellizo [228]

la chágua le aflojó

ansí el soldado se puso

algo más que barrigón,

porque cerca de tres meses
185

la pitanza le duró.

Entre tanto el presidiario

seguía cebandoló

y dejando trajinarse;

porque el soldao abusó
190

muy mucho de la confianza

que el preso le dispensó;

esperando que algún día

al confiado Masramón

le ajustaría las cuentas;
195

pues luego que le notó

que Cruz a empinar el codo

tenía más que afición,

dijo el Mellizo entre sí

déjate estar, borrachón,
200

que si te gusta chupar

¡ya chuparás de mi flor!

[229]

- XXXIX -

El patroncito. -La visita al presidio. -La orden del tribunal. -La astucia del Presidario. -La codicia del alcaide.

Como dos meses después

que a la Estancia de la Flor

doña Estrella y don Faustino

se fueron juntos los dos,

y que sólo el patroncito

5

en la ciudad se quedó

cursiando en el Simenario

un domingo que salió

a pasiar por la mañana,

al presidio se largó;
10

solito, como otras veces,

allí fue y lo socorrió

a Luis, dejándole auxilios

de toda laya y valor.

Por supuesto, la visita
15

don Silvestre no extrañó

así fue que al señorito

muy cortés lo recibió

con el bonete en la mano;

y al instante le ofreció
20

una silla, que don Ángel

esa vez no le almitió, [230]

porque, dijo, que venía

apurado y alegrón.

Ansí, de la faltriquera,
25

luego el mocito sacó

un papel, y muy contento

al viejo se lo pasó,

diciéndole: lea, amigo,

y alégrese como yo.
30

Don Silvestre, algo tembleque,

los antiojos se plantó,

y en el papel escribida

la orden siguiente leyó.

«Al alcaide del presidio
35

don Silvestre Lobatón.

-Sáquesele la cadena

al preso Luis Salvador;

y con grillete, al trabajo

de las calles mandeló
40

con los demás presidiarios,

cuando hubiese precisión.»

-Me alegro, dijo el alcaide,

con todo mi corazón;

ansí, mañana temprano

45

antes de que salga el sol,

le haré quitar la cadena;

porque hoy, usté ve, señor,

que es domingo, y no se puede.

-Sí, sí; tiene usted razón:
50
[231]

pero, si hoy fuere posible,

he de agradecerle yo,

le entregue esta encomienda...

Y al alcaide le soltó

un paquetito pesao,
55

pidiéndole por favor

de parte de doña Estrella,

que en persona, Lobatón,

le diera ese regalito

como albricias al juidor;
60

porque, entre dos meses más,

saldría de esa prisión.

-Lo creo, dijo al instante

el avariento sobón:

pues usted estará seguro...
65

-Y bien seguro, señor:

porque el virrey, mi padrino,

en persona hoy me entregó

la orden esa que usted ha leído:

y también me aseguró
70

esta mañana temprano

lo que a usted le afirmo yo;

cuya noticia padrino:

en el Fuerte me la dio,

cuando le fui como siempre
75

a pedir la bendición.

Vea usted, pues, don Silvestre,

si estaré seguro o no;

con que, será hasta otra vista,

me voy; quede usted con Dios.

80

[232]

-Y vaya usted con la Virgen,

señorito, contestó

el alcaide, y a don Luis

a mi cargo dejeló,

que aquí se lo he de cuidar
85

como hasta ahora...

-Bueno; adiós:

dijo afable el patroncito

y del presidio salió.

Luego, la codicia al viejo,

mas que el deber lo tentó,
90

a registrar el bultito

aquel que se le dejó

para entregarle al Mellizo;

y al instante Lobatón,

por el peso y redondel
95

del bultito, conoció

que era ungüento de aquel mismo

con que la mano le untó

la señora doña Estrella;

pero no se contentó
100

con esa creencia el alcaide,

porque luego le raspó

una orilla al paquetito,

¡y al mirar que amarilló

el ribete del tortero,
105

tamaños ojos abrió!

Y entre sí, echando sus cuentas,

dijo ufano: «estas son dos;

de las cuales una al menos

voy a trajinarme yo.»

110

[233]

Caliente así con el plan

del trajín que calculió,

antes de que se le enfriara

la cosa, determinó

que trajieran al Mellizo

115

custodiao, como llegó

a presencia del alcaide,

que a su cuarto lo metió

entrecerrando la puerta;

de suerte que se quedó
120

en el zaguán el soldao.

Luego a solas, Lobatón,

risueño le dijo al preso:

-Ya veo que esta prisión

no le prueba mal, don Luis:
125

pues, le afirmo, y crealó,

que lo miro a usté más gordo

que cuando recién entró.

Ya se ve, usté no trabaja

ni tiene acá más pensión
130

que el hallarse detenido;

pero, ya a su conclusión

su acerca eso, porque pronto

saldrá usté, sepaseló;

por tanto, lo felicito
135

con todo mi corazón.

-Se lo agradezco en el alma,

el Mellizo respondió:

y ya sé que en libertad

saldré pronto y...

140 -¿Quién le dio

a usted esa buena noticia? [234]

pues recién la supe yo,

hace una hora.

-El changador

ayer con la portaviandas

me trajo ese noticia,
145

de parte del mayordomo

que en el Simenarío habló

ayer con el patroncito,

cuando fue allí y le llevó

las cartas que le llegaron
150

de la Estancia de la Flor.

-Pues, que sea enhorabuena,

don Silvestre repitió;

y antes de entregarle el mono,

mañoso le preguntó
155

y ¿de salú cómo está?

-¿De salú? Luis contestó;

me siento muy de una vez

atrasao, desde que no

salgo a ningún ejercicio
160

y eso me tiene tristón,

y así como envaretao.

-Vamos; esa es aprensión,

dijo el viejo: deje estar,

que en esta semana yo
165

lo mandaré, si usted quiere,

salir.

-Veremos, señor: [235]

pues el jueves a la tarde

la señora y el patrón

llegarán sin falta alguna
170

de la Estancia de la Flor;

y si yo lograra el viernes,

ir a casa ¡santo Dios!

A mi señora madrina

le daría un alegrón...

175

-¿Cómo dice usted, don Luis

pues, si mal no entiendo yo,

doña Estrella es su madrina.

-Y algo más, porque me dio

de mamar cuando chiquito,
180

hasta que me despechó

así es que con Angelito

de hermano me trato yo;

y hoy, como es día domingo,

estaba esperandoló.
185

¡Quién sabe si estará enfermo!...

-No está enfermo, crealó

pues aquí estuvo hace un rato,

sintiendo mucho el que no

tenía tiempo de hablarlo;
190

pero, velay, me entregó

para usted este paquetito

tome pues, recibaló.

Luis, sin mostrar interés,

el envoltorito abrió,
195

y, al ver que dos onzas de oro

del papel desenvolvió,

dijo con indiferencia: [236]

-No sé para qué, señor,

me manda acá mi madrina
200

tanto dinero al botón;

si aquí nada me hace falta.

Así es que la plata, yo

la reparto entre los presos,

porque me da compasión
205

el ver que algunos no tienen

ni con qué comprar jabón.

Por lo tanto, don Silvestre,

le suplicó por favor,

el que de estas mojigangas
210

tomé usted una de las dos,

siquiera para mostrarle

cuánto le agradezco yo

los favores que usted me hace.

-No, amigo, esto sí que no
215

debo almitirle, porque

es usted muy regalón,

y eso puede hacerle falta.

-¡Qué me ha de hacer! no señor;

mientras tenga a mis padrinos,
220

que como mis padres son,

de nada he de carecer;

al contrario, y crealó,

que si salgo alguna vez,

ya verá usted la porción
225

de moneda y otras cosas

que le traigo a esta prisión.

Eso es si salgo; pues digo [237]

que no he de salir, señor,

aunque de ganas me muera;
230

no he de salir, crealó,

desde que se niega usté

a tomarme por favor

esta onza, y me desprecea.

A tal decir, Lobatón,
235

Haciéndose el desganao,

medio ladio se arrimó

al costao del presidario;

de modo que el bolsicón

de la chapona y del viejo
240

quedase en disposición

de que el Mellizo embocara

con la onza, como embocó;

porque sin perder el tino

ahí no más se la soltó;
245

y después de esa gauchada

el presidario esperó

a verlo venir al viejo;

que al último le vendió

muy formal esta alcaldada
250

a manera de favor:

-Bien pues; el viernes sin falta

saldrá usted, pero antes yo

le haré sacarla cadena

para que usted ande mejor.
255

Solamente su grillete

no puedo quitarselo; [238]

y un soldao con bayoneta

irá acompañandoló

hasta las tres de la tarde;
260

hora en que por precisión

estará usted aquí de vuelta,

si quiere que otra ocasión

le dé licencia más larga.

¿Está contento?

-¡Pues no!

265

y agradecido también;

dijo Luis, y se agachó

callao, hasta que el alcaide

le dijo: -Vaya con Dios;

y apróntese para el viernes.

270

Después de esto, Luis volvió

caviloso a la crujía,

en donde ya principió

a formar planes horribles,

propios de su corazón.

275

.....

A este tiempo dio un bostezo

y les dijo el payador:

-Ahora me permitirán

suspender aquí mi cuento,

porque ya estoy soñoliento
280

conforme ustedes lo están,

Además, ahora serán

las doce, presumo yo;

y desde que oscureció [239]

he hablao a troche moche;
285

y...

Mesmo: era la media noche,

porque el gallo la cantó.

- XL -

La requisa a los presos. -El cartelero. -Los reniegos. -Los planes del presidario.

Por su turno al otro día,

que fue lunes, le tocó

venir de guardia al presidio

al grandote Masramón;

esa mañana también

5

después de nacer el sol,

lo mismo que al patroncito

don Silvestre le ofreció,

el herrero del presidio

al Mellizo le sacó
10

la cadena, y un grillete

livianito le dejó.

En el instante después

que el herrero se largó.

con la cadena en la mano,
15

ya el Mellizo principió. [240]

a recibir parabienes

de los presos que al redor

se le juntaron, y entonces

Luis allí les afirmó
20

que en un mes, a más tardar,

salía de la prisión:

sigún promesa formal.

del tribunal superior.

Al oír esto, un presidario
25

que estaba en la reunión

de los felicitadores

¡ché, ché! dijo, y se riyó;

diciéndole a Luis: -Amigo,

podrán largarlo, si no
30

se les cuaja la memoria

a sus jueces, porque son

o se hacen olvidadizos;

así es, amigo, que yo

de esas promesas me río
35

desengaño; y ya no

hago caso de ninguna

desde que se me ofreció

hace un año el que saldría

en libertad, y ya van dos
40

y ocho meses há que sigo

apretao; y sabe Dios

si mi juez anda en el mundo

o el diablo se lo llevó.

-Dice bien el compañero,
45

dijo otro preso barbón;

pues a mí que siempre tuve [241]

empeños y protección,

mesmo, así, me han engañao.

fiero más de una ocasión;
50

por lo que estoy convencido

que todos los jueces son

¡unos hijos de la gran

pulida que los parió!

y ¡ah, malhaya, en los infiernos
55

los viese ardiendo en montón!

Oyendo tales reniegos

motivaos o sin razón,

decía Luis entre sí:

qué me importa, dejenlós
60

a esos diablos que me olviden;

lo que deseo es que no

se olvide de mí el alcaide;

y luego, a los jueces, yo

les sabré sacar el cuerpo
65

el viernes; espero en Dios.

Don Silvestre en ese instante

a la crujía dentro,

otra vez con el herrero;

y que formase mandó
70

en fila a los presidiarios

mandato que se cumplió

con la más pronta y humilde

obediencia a Lobatón.

Alviertan, que en el presidio
75

se hace así una vez o dos

por semana, y luego, en esa [242]

repentina formación,

va el herrero registrando

si están limadas o no
80

las chavetas de los grillos,

o grilletes, porque son

muy diestros los presidiarios,

tocante a esa operación

de sacarse las prisiones
85

en cualesquier situación.

Finalmente, don Silvestre,

la requisa presenció,

y no hallando novedá,

para la puerta rumbió
90

en retirada; y entonces

junto al Mellizo pasó,

a quien sólo una mirada

de antoridá le pegó.

Esa seriedá al istante
95

el Mellizo la entendió,

pues, apenas don Silvestre

de la crujía salió,

Luis decía en sus adentros

«Andá, bellaco mandón,
100

que no pierdo la esperanza

de montarte mansejón.»

Esa mañana a las siete

o algo más se relevó

en el presidio la guardia:
105

y a las nueve le tocó

la centinela en un patio [243]

al soldado Masramón,

que al ver a Luis sin cadena

el Gallego se alegró.

El Mellizo que con ansia

estaba esperandoló,

para hacerle una tantiada,

luego no más se arrimó

a Cruz y le dijo: -Amigo,
115

como se lo dije yo,

muy pronto voy a salir

en libertad, crealó

pues ya me ve sin cadena,

y el viernes, sepaseló,
120

que en compañía de un soldao

saldré a pasiar, sí, señor

sin falta...

-Pues, aparcero,

dijo ufano Masramón:

el viernes, precisamente,
125

acá de guardia entro yo;

de modo, que si usted gusta

el que salgamos los dos,

francamente, sin rodeos

desde ahora digameló
130

pues, sin tapujos le alvierto,

que con esa prevención

del cabo del primer cuarto,

a costa de un rial o dos,

o algo más si es necesario,
135

conseguiré, crealó, [244]

que el viernes cuando usted salga

vaya en su compañía yo.

¿Qué le parece mi plan?

-Lindo, amigo; pero no
140

permitiré, dijo Luis,

que gaste usted cuando yo

siempre tengo algunos reales

aquí a su disposición.

Con que así, permitamé
145

aviarlo; y ya le entregó

una cocorita rubia

de dos pesos de valor,

diciéndole: velay, tome

estos medios, gastelós;
150

y si acaso no le alcanzan,

¡qué Cristo! digameló

al trairme las portaviandas.

Ahora, separemonós,

y luego platicaremos,
155

si se presenta ocasión.

Con que, hasta luego, amigazo,

-Vaya, aparcero, con Dios,

dijo Cruz; y la comida,

ya usté sabe de que yo
160

se la llevo en el instante

que la trai el changador.

Dicho esto, se separaron

el Mellizo y Masramón.

De propósito, luego
165

Luis enfermo se fingió; [245]

y, cuando las portaviandas

trajó Cruz, se las volvió

el presidiario, y le dijo:

-Vaya, amigo, Masramón,
170

y disfrute con su cabo

de esa comida, pues yo

acá estoy medio encogido,

sufriendo un retorcijón

en las tripas, y no pienso
175

comer nada hasta que no

se me ablande la barriga

y se me pase el dolor;

para lo que le suplico

que me compre un rial de ron,
180

y acabando de comer,

si puede, traigameló.

Velay, tome una peseta;

el otro rial gasteló

en buen vino, y con su cabo
185

a mi salú bebanló.

Ansí fue; poco más tarde

Cruz con el Mellizo habló

otro rato, y por la reja

del presidio le escurrió
190

como chispa, ocultamente,

la vejiga con el ron,

del cual dos terceras partes

ya las traiba Masramón

en el buche, pues de veras
195

el hombre era chupador.

Ansí en chispa, dijolé

al Mellizo: -Pues, señor, [246]

he comido con el cabo

y me ha dao un alegrón
200

al haberme prometido

y asegurado que yo,

el viernes cuando usted salga,

iré acompañándolo.

Ahora, pues, hasta ese día
205

temprano, creo que no

le veré a usted por acá,

por la siguiente razón...

El miércoles a la tarde

de imaginaria entro yo,
210

y en la cuadra del cuartel

pasaré de velador

la noche, sin pestañar;

y el jueves, por precisión

me lo llevaré durmiendo;
215

pero el viernes, crealó,

aquí de guardiá estaré:

no faltaré, no, señor.

Con que así, todo está dicho,

aparcero Luis, y adiós.
220

.....

Y ya en no verse hasta el viernes

se conformaron los dos. [247]

- XLI -

La pulpería. -La seducción. -La borrachera de Cruz. -Las entrañas del mellizo.

El jueves, la más inquieta

noche atariada pasó

Luis, hasta que se limó

del grillete la chaveta,

y después la aseguró.
5

Maniobra que es muy sencilla,

cuando hecha la limadura,

la chaveta se asegura

con ponerle una estaquilla

abajo, en la ojaladura.
10

Pues toda barra en la punta

por donde pasa el grillete,

tiene un ojal, y ahí se mete

la chaveta, y se le junta

la estaquilla que la apriete.
15

Por fin, el viernes llegó,

y cuando la presería

salió al trabajo ese día,

el alcaide resolvió

mandar trair de la crujía
20

Al nene Luis, y para eso [248]

pidió a la guardia un soldao

veterano y apropiado,

como para fiarle un preso

que iba a salir custodiao.
25

Un cabo, luego, al instante

le presentó a Lobatón

en vez de un hombre, ¡un hombrón!

y el alcaide... ¡qué gigante!

dijo, al ver a Masramón.

30

Tan serio, tan bien plantao,

y que, a más de ser grandote,

las patillas y el bigote

le daban el engestao

de un temible soldadote.

35

Ansí, don Silvestre se hizo

para sí esta reflexión:

«Este hombre de un manotón

hecho una plasta al Mellizo

lo mete entre el alzapón.
40

Eso, si Luis quiere juir;

pero ¿qué necesidá

tiene de juir, cuando está

de un día a otro por salir

en completa libertad?

45

Luego, yo; vamos a ver

por la orden que he recibido,

no dirán que no he cumplido

ni faltao a mi deber,

si hoy el Mellizo ha salido.

50

No hay, pues, por qué no dejarlo [249]

que salga el mozo un ratito;

y, además, que al patroncito

es preciso no engañarlo,

porque es muy buen amiguito.
55

Sí, sí; lo voy a llamar

a Luis, pues ya son las diez,

y desde ahora hasta las tres

de la tarde, puede andar

hoy por la primera vez.

60

Eso sí, de limosnero

con una bolsa en el brazo

lo mandaré, por si acaso,

que busque si algún pulpero

le da aunque sea un pan bazo.»

65

Después que estas reflexiones

el alcaide concluyó,

y que la bolsa entró

también en sus precauciones,

desde la puerta llamó...

70

-¡Cabo de guardia. -Señor!

contestó un cabo arrogante.

-Mande usted que en el instante

al preso Luis Salvador

me le pongan por delante.

75

Lueguito se presentó

Luis, al lao de Masramón,

y allí el viejo Lobatón

en la pareja miró,

a un poste, al lao de un horcón.

80

[250]

Entonces, con altivez

al soldado le ordenó

-Vaya usted, custodieló

a este preso, y a las tres

sin falta, traigameló...

85

-Corriente: señor alcaide,

dijo Cruz; aquí estaré

a esa hora en punto, porque

hasta ahora no dirá naide

que a mi obligación falté.

90

Ahora, a usted alvertirle quiero,

díjole a Luis Lobatón;

que cumpla su obligación,

pues sale de limosnero

por la primera ocasión.

95

Tome el saco: y salga ya,

sabiendo que son las diez;

y que sin falta, a las tres

de la tarde, aquí estará

puntualmente: vaya, pues.
100

Luis con la bolsa salió

diciendo entre sí: «¡A las tres,

viejo cochino, querés

que vuelva a verte! ¡pues no!

¡hi-juna-pú... ya sabrés!»
105

.....

Tan fresco el viernes entró [251]

Masramón a su servicio,

que, ni a despuntar el vicio

con un trago se animó

«Pues temprano, dijo, no
110

será bueno ni prudente,

que borracho me presente

al alcaide, de acá un rato;

y ese diablo que no es ñato

me tome olor a aguardiente...
115

Pero, si Cristo clavao

en la cruz bendita y santa

pidió mojar la garganta,

¿qué haré yo, pobre soldao,

estando desgañotao
120

como estoy por la sequía?

De la cual me aliviaría,

si ahora lograrse, por suerte,

tomar algo chirle y fuerte,

aun cuando fuera lejía.
125

O si pudiera largarme

hasta el boliche, allá en frente,

con dos dedos de aguardiente

quizás podría aliviarme;

pero, no debo meniarme
130

de aquí, para no arrear

a que me mande llamar

el alcaide rede pente,

y si no voy prontamente

ponga a otro hombre en mi lugar.»

135

[252]

En esta lamentación

triste se hallaba el soldao,

al tiempo que fue llevao

delante de Lobatón,

quien con un tono mandón

140

al Mellizo le entregó,

diciéndole: «Lleveló,

bajo la conformidá

de que usté responderá

por el preso. Entiendaló.»

145

Cuando apenas se largaron

del presidio puerta afuera,

al llegar a la primera.

boca calle, la doblaron;

y luego se aparearon,
150

después de haber calculao

Masramón, por decontao,

en empinar pronto el codo:

y el Mellizo en pagar todo

hasta mamar al soldao.
155

Este, cuando se arrimó

al costado del Mellizo,

diciendo: «¡No te preciso!»

la bayoneta envainó;

y luego dijo: -Esto, yo,
160

aparcero, francamente,

lo hago así, porque la gente

no crea que voy llevando

a un preso, sino de que ando

con un amigo o pariente.
165

Luego, usté traí tan cubierto

su grillete, que no hay Cristo [253]

que pueda háberselo visto:

por Dios, que me caiga muerto!

Pero sepa, que ahora alvierto
170

a modo de un retorcido

de tripas, que me ha venido,

sin duda alguna, porque

a el alba me levanté,

y hasta ahora ni agua he bebido.
175

-Pero, ¡qué casualidad!

dijo Luis; porque yo siento

en este mismo momento

igual incomodidad.

Siendo así, bueno será
180

que a una pulpería entremos,

donde solos nos sentemos

y como buenos amigos,

sin mirones ni testigos,

la mañana tomaremos.

185

Porque es pesada molienda

estar frente al mostrador,

de parao, cuando es mejor

sentarse en cualquier trastienda;

aunque el pulpero nos venda

190

lo que valga dos, por tres,

muchísimo mejor es,

en la trastienda sentarse,

tomar allí sin cansarse

y salir en paz después.

195

-Bueno, pues: dijo impaciente

el soldado, por chupar; [254]

sígame, vamos a entrar

a esa trastienda, allí enfrente,

donde afortunadamente

200

es mi amigazo el pulpero,

porque fuimos compañeros

en un mismo regimiento;

y en su trastienda contenta

nos recibirá, aparcero.
205

Convenidos, se apuraron

desde luego a caminar,

y al instante de llegar

a la trastienda dentraron;

y allí al patrón lo encontraron,
210

el cual, viendo a Masramón

-¡Ché! le dijo, ¡en qué ocasión

se te ha ocurrido venir!

Pues ahora acabo de abrir

un barrilito de Ron.
215

-¡Qué suerte! Pues, camarada,

le dijo Cruz al pulpero;

traime acá un vaso, ligero...

-Amigo, un vaso no es nada,

dijo Luis; de una sentada
220

yo me lo pienso secar.

Siendo así, ¿a qué hemos de andar

con vueltas? Tráigase el frasco,

patrón; pues naides le hace asco

al ron, cuando es rigular.
225

El pulpero, ¡qué más quiso!

dos vasos luego llenó, [255]

por los cuales le pagó

una peseta el Mellizo;

pero, a Cruz no fue preciso
230

decirle: pruebe, aparcero;

porque del beso primero

que a su vaso le pegó,

en el buche se lo echó

como en un resumidero.
235

Después de eso, Masramón

le dijo a Luis: -Digamé,

aparcerito, ¿por qué

lo veo medio tristón?

-Amigo, es por la razón,
240

le dijo Luis, de que ayer

como no lo pude ver,

ni usted tampoco me vio,

no pude decirle yo

lo que ahora le haré saber.
245

Ayer, como siempre, vino.

trayéndome la comida

el changador, y en seguida

me dijo, que mi padrino,

por estar fiero el camino,
250

y pantanoso un baño,

el hombre se ha demorao,

y que sólo llegaría

el domingo a mediodía;

por eso estoy disgustao.

255

Pues usted se acordará

que por hoy, si yo salía,

derecho a casa quería [256]

que fuésemos: ¿no es verdad?

Pero, hoy ¿a qué? ¿si no está

260

allí más que el cocinero

y otro viejazo portero,

que nada nos pueden dar!

Ansí, iremos a pasiar,

si es de su gusto, aparcero;
265

O, al Güeco de Cabecita

vamos, a la pulpería

que tiene una hermana mía;

adonde alguna cosita

nos ha de dar mi hermanita:
270

como ser un buen asao,

güevos fritos o pescao;

en fin, allá comeremos,

y puede ser que logremos

algún matambre arrollao.
275

-Pues, justamente, aparcero,

dijo Cruz; por ahí cerquita

al Güeco de Cabecita,

tengo un pariente chanchero,

diaonde, si vamos primero
280

que a casa de su hermanita,

yo llevaré otra cosita,

de lo de mi amigo viejo:

¿sabe lo qué? ¡un vino añejo

que a los muertos resucita!
285

-Pues bien, amigo; rumbiemos,

si usted quiere, desde acá,

y comeremos allá,

aunque dos pesos gastemos;

y allí entonces probaremos
290
[257]

ese resucitador

vino añejo superior,

después que ahigamos pelao

un costillar adobao,

que es bocado ¡de mi flor!
295

-Listo, dijo Masramón,

vamos; pero necesito

para abrir el apetito

otra cañita de ron.

Pues, alcáncelo, patrón;
300

díjole Luis al pulpero,

que no anduvo tan ligero

en llenarle a Cruz el vaso,

como este en doblar el brazo

y echárselo al tragadero.
305

Cuando entre los dos vaciaron

el frasco hasta la mitá,

dijieron; vámonos ya,

y la trastienda dejaron

desde adonde enderezaron
310

de acuerdo a la chanchería;

y al dejar la pulpería

para largarse a comer,

apenas podrían ser

las once y media del día.

315

[258]

- XLII -

El hueco de cabecita. -La plaza nueva. -La agonía de las ollas. -La hambruna. -La chanchería. -Los asesinatos. -La fuga.

Iban por la Plaza nueva,

cuando ya Luis maquinó

encender un cigarrillo

en un candil que miró

prendido y relampaguiando,
5

arriba del mostrador

de una de aquellas esquinas,

a la cual Luis se metió

con su aparcero, y le dijo

¡Eh, pucha, que hace calor!
10

Ansí, aquí de buena gana

tomara un refresco yo,

si usted gusta acompañarme.

A eso Cruz le contestó

-¿Refresco dice? No, amigo:
15

tome usted solo; que yo

tengo por vicio y virtud

el ser hombre seguidor

de lo que empiezo a tomar.

El Mellizo comprendió,
20

porque con una sangría [259]

pidió un vasito de ron,

que, ni bien se lo pusieron

arriba del mostrador,

cuando el Gallego, de una hebra
25

entero se lo embuchó.

¡La pu...janza, qué garganta,

tenía el tal Masramón!

Cuando salieron de allí,

el hambre los apuró,
30

porque eran las doce en punto;

pues San Nicolás tocó

la agonía de la ollas,

y ya en chaucha Masramón

iba escupiendo una babas,
35

a manera de almidón,

y echándoselas encima

él mismo, por distracción;

que sufría en el encuentro,

así es que de cuando en cuando
40

pegaba su tropezón.

Por fin, galguiando el soldao

y cuasi ciego llegó

a la esquina del chancero,

que era viejo barrigón,
45

llamándose casualmente

don Cirilo Tinajón.

Además, era achacoso

a causa de un burujón [260]

que sufría en el encuentro
50

desde un golpe que se dio

al cair en un albañal,

cierta noche que salió

de rezar una novena,

porque era muy santulón.
55

Por fin, era el don Cirilo

pariente de Masramón,

un maturrango infeliz,

trajinista, bonachón,

medio sordo o sordo y medio;
60

pero un hombre tan collón

que de todo se asustaba.

Luego, era muy dormilón,

pues ya estaba morronguiando

allí atrás del mostrador,
65

y por echarse a dormir,

al tiempo que Masramón

conociendo la sordera

del viejo, se le metió

a la esquina y de cerquita:
70

¡Buenos días! le gritó.

El chanchero sosprendido

los ojos se refregó;

y después, con buen agrado,

cuando a Cruz lo conoció
75

(como acostumbran los sordos),

bajito le replicó

-¡Qué buenos días, pariente,

viene a darme; si ya son

las doce y media! Adelante
80

¿Díaónde sale; ya comió? [261]

-A eso es a lo que venimos

acá, dijo Masramón,

con este amigo, que es mozo

platudito y gastador;
85

a quien le he dicho que usted

tiene un vino superior,

y también buenos bocaos...

-Ya se ve, por el olor,

dijo Luis también a gritos;
90

y, si nos deja el patrón

que entremos a la trastienda,

allá sí, con gusto yo

estos riales gastaré:

y encima del mostrador
95

le puso dos pesos fuertes,

diciéndole: -Guárdelos,

patrón viejo, como suyos;

porque, de su casa yo

no me de ir sin redetir

100

esos tejos y otros dos

si es preciso, a fin que usted.

nos quiera hacer el favor

de darnos para comer

de lo bueno... lo mejor.
105

-¡Dos duros! dijo el chanchero

entre sí... Muy bien, señor;

comerán perfectamente

entren pues... Y les abrió

paso para la trastienda,
110

que era un rancho del grandor

de siete varas en cuadro, [262]

sin enladrillao, y no

tenía más que una puerta

a la calle, que la abrió
115

don Cirilo cuando entraron

el Mellizo y Masramón,

por otra puertita chica

que usaba el viejo patrón

para pasar de la esquina
120

al cuarto del bodegón.

En ese cuarto, la yunta

de Luis y Cruz se sentó;

y en una mesa estrechita

se acomodaron los dos,
125

sentándose frente a frente

en un banco Masramón

y en otro igual el Mellizo;

que, ni bien se acomodó,

cuando muy afable al viejo
130

chanchero se dirigió

a gritos, diciendolé:

-Vamos a ver, pues, patrón

para principiar, le pido

que nos haga por favor,
135

una fritada de güevos

con chorizos y jamón:

luego, un costillar de adobo,

pan blanco, vino carlón,

aceitunas, dos chicholos,
140

queso fresco... y... Se acabó.

Con esta balaca el viejo [263]

muy contento se largó,

puso un anafe a encender

con virutas y carbón;

145

y para no perder tiempo,

mientras el fuego prendió,

junto a la mesa el chanchero

del cuerpo se desató

su delantar, que tenía
150

más cochambre que algodón,

y a la moda de su tierra

en la mesa lo tendió.

Luego, sobre el delantar,

como pudo, acomodó
155

dos cucharas de metal,

la una de cabo rabón,

la otra aujereada en el medio,

pero no cosa mayor:

después, dos vasos de estaño,
160

y de su vino carlón

medio frasco hasta el gollete,

y al mismo tiempo un porrón

de agua fresca, que al mirarlo

hizo un gesto Masramón;

165

pero, que no hizo lo mismo

el Mellizo, cuando vio

que el viejo puso un cuchillo

de una tercia de largor,

puntiagudo como alesna,

170

aunque medio gastadón.

Cuando el viejo todo aquello [264]

en la mesa colocó,

a poco rato después

que los güevos se friyó,
175

se vino con dos hogazas

y en la mesa las soltó;

y, echando pringues de grasa,

al mesmo tiempo plantó

el sartén con la fritada
180

de unos veinte o veintidós

güevos, con cuatro chorizos;

pero, ni bien colocó

el sartén sobre la mesa,

cuando ya lo levantó
185

más limpio que una patena;

porque el buitre Masramón

a cucharadas los güevos

se los tragaba de a dos...

¡Qué buche! ¡Barbaridá!

Y ¡qué pipa! ¡santo Dios!

Ansí, luego el medio frasco

con los güevos se acabó;

y, a que le pidieran otro,

el chanchero no esperó,
195

porque lo trujo al instante;

de lo que Luis se alegró,

reparando que bebía

ahugándose Masramón.

Últimamente, el adobo,
200

y todo cuanto pidió

Luis que trujera el chanchero,

lo trajo, y ahí se quedó [265]

de parao junto a la mesa

jipando de cansadón.
205

Entonces le dijo Luis:

-Pero, siéntese, patrón,

aquí junto con nosotros,

y descanse; si es que no

le debo algo por el gasto,
210

-Ya estoy pagado, señor,

si usted no pide otra cosa,

el chanchero respondió.

-Nada más se nos ofrece,

el Mellizo replicó;
215

y, si no le molestamos,

eso sí, permitanós

acabar nuestra comida;

y, apenas sean las dos

de la tarde, nos iremos
220

con mi amigo Masramón.

Con que, vaya a descansar

a su gusto, y dejenós.

El chanchero, que en su vida

ni una siesta perdonó
225

sin dormir, dijo: -Muy bien:

voy a sentarme... Y salió

renguiando para la esquina,

donde cansao se sentó;

y según su maña vieja,
230

recostao al mostrador, [266]

al instante de sentarse,

como un tronco se quedó.

En el momento que al viejo

los ronquidos le sintió,
235

y al mismo tiempo que Cruz

a cabeciar principió,

bajo las asentaderas

el Mellizo se escondió

el cuchillo de la mesa.
240

A ese tiempo, Masramón

estaba ya como una uva,

o lo mesmo que un pichón

de loro, que la cabeza

menea bamboleador:
245

porque aquel su ponderao

vino resucitador

era puro aguardientazo,

mezclado con ¡qué sé yo!...

de suerte que, a lo infinito,
250

el pobre Cruz se apedó

y a bostezar soñoliento

por la tranca principió.

A eso de la una y tres cuartos,

cuando el sueño lo apuró,
255

y después que enteramente

hasta el buche se llenó,

el soldao le dijo a Luis,

en un tono secarrón

-Aparcero, es tardecito,
260

vamos retirandonós. [267]

-¡Qué tarde ha de ser, amigo!

el Mellizo contestó;

le parece a usté no más

nos iremos a las dos,
265

así que medio asentemos

los chorizos...

-No, señor,

no me parece: que es tarde,

el soldado replicó;

y el presidio está lejazo
270

no embrome, pues; vamonós,

y, por su madre, no me haga

faltar, a mi obligación...

Pero se dejaba estar

en su banco Masramón.
275

Todo el volcán del infierno

Luis entre el cuerpo sintió,

al conocerle al soldao

la firme resolución

de arriarlo para el presidio,
280

diciéndole: «vamonós,

y no me haga, por su madre,

faltar a mi obligación».

Las entrañas al Mellizo,

cuando así Cruz lo apuró,
285

le comenzaron a hervir,

y le ardía el corazón

al fuego de los istintos

feroces de saltiador;

pero su ira y su despecho
290

un instante sofrenó

para decirle al soldao: [268]

-Bueno, amigo, vamonós;

déjeme armar un cigarro...

Pero, ¡ahi-juna! lo que armó
295

fue medirlo bien a Cruz,

pues que ni tiempo le dio

para levantarse nunca,

porque el Tigre le prendió

una sola puñalada
300

tan mortal y tan feroz

que le rompió dos costillas,

y al lado del corazón

¡hasta la misma virola

el cuchillo le sumió!
305

Ni ¡Jesús! dijo el soldao:

solo apenas se ladió,

y allí sin dar un suspiro

muerto en el suelo quedó.

El chanchero, aunque era sordo
310

como un tapial, despertó

por su desgracia al instante

en que Masramón cayó,

muerto allí junto a la mesa,

adonde se agazapó

315

junto al dijunto el Mellizo,

esperando a que el patrón

se arrimase sin gritar,

para trajinarselo.

Ansí fue; el viejo renguiando
320

a la mesa se arrimó;

luego que dos bultos vido [269]

abajo, y se presumió

que allí Luis y su pariente

mamaos estaban los dos,
325

sin poderse levantar...

Pero ¡ah, Cristo! cuando vio

que estaba muerto el soldao,

el viejo sólo exclamó:

¡Virgen mía del socorro!
330

cuando ya Luis lo cazó

del pecho de la camisa;

pero el tiempo le faltó

para matarlo parao;

pues, tan fiero se asustó
335

el viejo, al verle los ojos

al Tigre, que se cayó

de espaldas accidentao;

y en las uñas le dejó

las tiras de la camisa.
340

Ansí mesmo el saltador,

bajo de un sobaco al viejo

el cuchillo le enterró

puñalada que el chanchero

entonces no la sintió,
345

porque, mas muerto que vivo,

fue que antes se desmayó.

La puerta de la trastienda

entonces Luis la cerró,

y saliendo por la esquina,
350

de abajo del mostrador,

donde tenía su cama

el chinchero, le robó

el cuchillo, un poncho lindo, [270]

veinte riales del cajón,
355

un buen rebenque, un yesquero;

y en pago, allí le dejó

el dijunto y el grillete,

diciendo: «Ahora, vamonós.»

Era el rigor de la siesta,
360

cuando el Mellizo salió

a la calle apresurao,

y disierta la encontró,

de modo que a bocha-libre,

a medio correr, llegó
365

luego al güeco de los Hornos,

donde por fortuna vio

a un caballo atao a sogá

con bozal y maniador,

cuyo animal se colige
370

que sería de algún pión

que allí estaría durmiendo;

porque Luis fue y desató

el caballo, sin que naides

saliera a impedírselo.
375

Ansí no más con bozal,

en pelos se le sentó

más livianito que un gato;

y entonces recién salió

en camisa y calzoncillos
380

un hombre que le gritó

«¡Suelte, amigo, ese caballo!»

Cuando ya Luis se largó

sobre el pingo echando chispas [271]

como cohete volador
385

pues, en colino de su dicha,

el flete era superior.

- XLIII -

Los apuros. -El lego limosnero. -Las costillas de San Antón. -Los difuntos. -El susto. -Los socorros. -La justicia.

Ahora para no enredarme,

dijo el viejo payador,

del Güeco de Cabecita

no debo salir, sino

cuando aquí haiga relatao

todo lo que allí ocurrió,

después de muerto el soldao,

y de que se accidentó,

boca arriba junto al muerto,

el chanchero barrigón.

10

Luego saltaré al presidio,

aonde esa tarde se vio

en grandísimos apuros

el alcaide Lobatón. [272]

Voy pues. por la chanchería
15

a empezar... Y así empezó.

Como a las tres esa tarde

por allí se apareció

un donao de San Francisco,

que en ese día salió
20

a recoger la limosna

y el chanchero Tinajón

los viernes, para el convento

tenía la devoción

de darde una longaniza;
25

y allí sobre el mostrador

solía darle al donao

una gutifarra o dos,

junto con una limeta

de aquel su añejo carlón.
30

Todo esto le daba al flaire

don Cirilo el bonachón,

en pago de las reliquias

que el donao nunca cesó

de trairle a su amigo viejo
35

el chanchero santulón;

a quien el flaire engañaba

tanto, que un día cogió

unas costillas de oveja

que en la basura encontró,

40

y envueltas en tres papeles,

sucias no más se las dio,

diciéndole de rodillas

a su amigo Tinajón:

-Tome, hermano, rece-les
45

a estas costillas, que son [273]

las reliquias milagrosas

del glorioso san Antón,

que fue como usté chanchero;

y hasta ahora, con su lechón
50

está el santo en un altar

de San Roque... Crealó:

y don Cirilo le creiba

todo al lego trapalón.

Pues bien, ese mesmo flaire
55

con sus alforjas se entró

a la esquina del chanchero,

pero no encontrandoló

como siempre lo encontraba

allí atrás del mostrador,
60

como tenía confianza

con el viejo, se coló

a la trastienda a buscarlo;

pero, ni tres pasos dio

adentro del cuarto aquel,
65

cuando peló un refalón

y con alforjas y todo

de costao luego cayó

sobre la panza del viejo.

Chanchero, que relinchó
70

al golpe de aquella carga;

y nada más, pues siguió

medio muerto en su desmayo.

El lego, apenas se alzó

con las manos embarradas
75

de sangre y de cosa pior, [274]

siempre refalandosé,

fue todo asustao y abrió

la puerta de la trastienda,

porque ya se presumió
80

que había gato encerrao

adentro del bodegón.

Pero, ¡ah, Cristo! al darse güelta,

y que difuntos miró

dos cristianos en el suelo,
85

tal julepe se pegó

el flaire, que apresurao

ahí no más se arremangó

el hábito hasta el cogote,

y las alforjas dejó
90

para salir a la calle,

aonde a gritar comenzó

¡Socorro!; ¡misericordia!

¡vengan, hermanos, ¡por Dios!

¡que aquí hay dos muertos juntos
95

y mataos sin confesión!

¡Auxilio, Virgen del Carmen!

Cuasi se desjañotó

pidiendo auxilio el donao

hasta que luego llegó
100

puntiando el teniente alcalde,

y el boticario dotor

médico del vecindario,

que al chanchero principió

por echarle en las narices
105

agua fuerte, o qué sé yo; [275]

y entonces que estaba vivo

el viejo gordo se vio.

Por último, la justicia,

registrando allí, encontró
110

el grillete del Mellizo;

y entonces se conoció

que el asesino era un preso.

Finalmente, resultó

muerto del todo el soldado;
115

de suerte que a la oración

ya estaba en San Nicolás

enterrado Masramón,

y en el hospital también

el chanchero Tinajón.
120

Al sonar las cuatro en punto

tocadas por el reló

de la torre del Cabildo,

y que el preso no volvió

al presidio, ni el soldao
125

a don Silvestre le entró

mucha inquietú, y la barriga

del todo se le aflojó.

Ansí, lleno de suicidio,

a calculiar empezó
130

qué podría sucederle

si se le iba el saltiador,

y entonces sobre su tema [276]

de esa mañana volvió:

-pero... ¿por qué me han de hacer
135

nada, dijo, cuando yo

creo que en nada he faltao

tampoco a mi obligación?

Sí, pues; y vamos a ver...

Y de le mesa agarró,
140

para leer de nuevo, aquella

orden que se le mandó

y le trajo el patroncito,

la cual, renglón por renglón

para tomarle sustancia,
145

sin apuro, así leyó...

«Al alcaide del presidio

don Silvestre Lobatón...»

Ese soy yo.

«Sáquesele... la cadena...
150

al preso Luis Salvador...»

Se le sacó...

«y con grillete al trabajo...»

Se le dejó...

«de las calles mandeló...»
155

Estornudó...

«con... los demás presi....» Cacá...

cacá, dijo Lobatón;

ya veo que la embarré,

porque el Mellizo salió
160

sólo como limosnero,

y no con la reunión

de los demás presidiarios,

que hoy a trabajar salió [277]

por las calles, ¡mire el diablo!
165

¿Qué haré pues?... ¡Válgame Dios!

¡Cómo me fui a descuidar!

¿Por qué no lo mandé yo

juntó con la presería

que esta mañana salió
170

a tapar ese pantano,

aonde ayer cuasi se ahugó

el virrey en carricoche?...

Cuando de San Juan salió

y apenas la plaza grande
175

por entre un barrial cruzó

causado por las carretas

que allí están siempre en montón

con los güeyes desuñidos;

y cuando de allí tomó
180

el virrey para el Retiro,

ni tres cuabras caminó,

porque frente a la Mercé

ahí no más se empantanó;

y gracias a que la guardia
185

del Piquete lo auxilió [278]

y lo sacaron de allí,

que por eso salvó.

Pero, eso ¿a mí qué me importa?

Lo que ahora pienso es que yo
190

me voy a ver en trabajos,

si se me va el saltador,

por bruto no más que he si...

En esta meditación

hallábase don Silvestre,
195

cuando el cabo se le entró

trompezando en la alcaldía,

y ahí mismo, de sopetón

le dijo: -¡Malas noticias!

oiga, y no dude, señor,
200

que el Mellizo se ha escapao,

y lo ha muerto a Masramón

y a otro viejo...

-¡Jesucristo!

dijo asustao Lobatón;

pero... ya... si... deje estar,
205

y espere, cabo, que yo,

voy ligero... Y olvidando

las botas y el levitón,

echó a correr del presidio,

y hasta ahora esperandoló
210

está el cabo; pues se dijo,

que esa tarde se embarcó

el alcaide, y puede ser;

pero, ni el cuento dejó;

y hasta hoy, naides ha sabido
215

para dónde se largó. [279]

- XLIV -

El Parana. -Sixto Berón el chaná. -El robo de la montura. -La china Melchora. -El Rastro del ladrón. -La isleta del talar.

Como una hora o poco más,

antes de ponerse el sol,

la justicia en la ciudá

con espanto se informó

de aquellos asesinatos,
5

y fuga del malhechor.

Al vuelo la Polecía

a raja cinchas mandó

chasques y requisitorios

a la campaña, y soltó
10

partidas a todo rumbo.

Luego, el Cabildo ordenó

que de todo el virreinato

no se dejase un rincón

sin escribirle, diciendo:
15

que aonde quiera al saltador

vivo o muerto lo prendieran;

órdenes que las llevó

el correo a las provincias,

con el nombre y filiación
20
[280]

del asesino; y también,

la orden decía el color

del caballo en que se fue.

Ahora, Luis que disparó

el viernes a media tarde,
25

al otro día pasó

a la seis de la mañana

el arroyo de Pabón.

¡Vaya unas asentaderas

de gaucho disparador!
30

Entonces, del Paraná

a la costa se arrimó,

conociendo que ya estaba

su caballo pesadón;

pues más de sesenta leguas.
35

en quince horas se tragó,

hasta que frente a la güelta

de Montiel se le aplastó.

No había en aquel entonces,

por allí, más población

40

que una estancia en San Vicente,

aonde hace el campo un rincón

a este lao del Paraná

que corre allí en un cajón

de barrancas, y las cuales,
45

ya se sabe de que son

a pique como tapiales

de a nueve brazas de altor.

Allí pues, en ese campo,

a la entrada del rincón,
50

estaba entonces la estancia [281]

del chaná Sixto Berón

hombre gaucho, alegre, guapo,

ruano abierta y servidor;

así todos le tenían
55

respeto y estimación,

porque en aquellos parajes

no tan sólo era Berón

el alcalde del partido,

sino diablo y rastriador.
60

Pues, en esa rinconada

fue donde Luis se metió

en el monte, y cuatro días

matreriando se aguantó,

hasta que una nohecita
65

a la estancia se allegó

a pie no más, y de allí

el apero le robó,

quién sabe de qué manera,

nada menos que a Berón.
70

Al rato después que Luis

con el recaó se largó,

una china de la casa

vino a mostrarle al patrón,

que de por allí cerquita
75

le traiba un sobrepellón

que le parecía el suyo.

-¡Barajo! Dijo Berón; [282]

esto quiere decir algo.

Y así fue, porque buscó
80

su apero en donde solía

dejarlo, y no lo encontró.

Entonces dijo el chaná:

-Me lo han robao, sí, señor;

¿pero, quién? Vamos a ver.
85

Y a la cocina rumbió,

adonde estaban sus piones

en rueda junto al fogón

platicando sosegaos.

Allí pues, se convenció
90

el chaná de que, sin duda,

era foráneo el ladrón.

Con esa siguridá,

de la cocina llamó

a sus piones, y les dijo:
95

-Vengan, muchachos, que yo

preciso cojer a un zorro,

y para eso del galpón

vayan a trairme tres cueros,

aunque es bastante con dos,
100

como sean de novillo.

Vayan, pues, traiganmelós,

y con ellos busquenmé

por ahí atrás del galpón,

adonde me encontrarán.
105

Luego a la china llamó [283]

y le dijo: -Andá, Melchora,

a trairme pronto el farol

encendido, y te vendrás

lueguito, para que vos
110

me amostrés en qué lugar

alzaste el sobrepellón.

Había ya oscurecido

cuando la china volvió;

y alumbrándole al chaná
115

hasta pasar del galpón,

como a diez o doce varas,

dijo Melchora: -Patrón,

velay, es acá mesmito

donde alcé el sobrepellón.
120

-Bueno, pues, dejate estar

quietita, dijo Berón;

dame la luz, eso sí.

Y apenas con el farol

dio una güeltita el chaná
125

agachao, luego pidió

que le alcanzaran los cueros,

con los cuales, solo a un pi6n,

le dijo que le ayudase

a tapar, como tap6,
130

solamente el retacito

del suelo aquel, donde vio

el rastro de un hombre a pie;

y luego se enderez6,

dici6ndoles a sus piones
135

riy6ndose: -Pues, se6or:

en cuanto salga la luna,

que ha de ser como a las dos, [284]

bien montaos de acá saldremos

a rastriar en el rincón
140

al zorro ese que les dije;

que es un foranio ladrón,

que me ha robao el apero

anoche: sepanseló.

Y no es ningún camilucho;

145

pues, por lo que he visto yo,

no debe ni ser roto,

ni tampoco pisador

de barro para ladrillos,

porque no es gaucho patón;
150

pues, por el rastro, sus pises,

puedo asegurar que son

más grandes los de Melchora.

¡Habrased visto, bribón!

¿Díaónde demonios será
155

ese alarife?

-Señor,

le diré ahora que me acuerdo,

díjole entonces un pión;

el sábado de mañana,

cuando ya picaba el sol,
160

de lejos vide a un jinete

en pelos que se metió

en la isleta al tranco largo;

pero, al verlo pensé yo

que fuese algún montaraz

165

[285]

de aquellos que hacen carbón,

y que andaría buscando

en el talar del rincón

leña buena y...

-¡Las botijas!

El chaná le respondió;
170

te engañaste, Rudesindo:

¡qué leña ni qué carbón,

ni montaraz ha de ser

el que viste en el rincón,

el sábado de mañana
175

cuando te picaba el sol!

Nada de eso: y ¡voto a cristal!

Ahora, recién caigo yo,

sigún la orden que ayer mesmo

del Rosario me mandó
180

el alcalde don Cipriano;

que, el hombre a quien vistes vos

es, sin duda, un presidario

que el viernes se difuntió,

a la siesta de Buenos Aires,
185

al soldao que lo sacó

del presidio, y a un pulpero

y que luego se escapó

en pelos, en un caballo

con bozal y maniador.
190

Por eso en pelos lo vistes,

Rudesindo, creemeló;

y respóndeme también: [286]

¿No era zaino el mancarrón,

y pingo de buena laya?

195

-Mesmamente, dijo el pión;

aunque de lejos lo vide

cuasi al tiempo que se entró

en la isleta, a la derecha

de la entrada del rincón.

200

-Pues, velay, dijo el chaná;

ese mismo saltador

me ha robao aquí el apero,

a pie, porque acá llegó

con el caballo cansao,
205

y en pelos, como salió

juyendo de Buenos Aires,

apurando el mancarrón,

hasta que aquí al otro día

el rocín se le aplastó;
210

de suerte que acá no más

debo agarrarlo: ¡pues no!

Si tengo orden de matarlo

como a perro cimarrón,

porque tiene más delitos
215

que Judas y el mal ladrón;

así es que pienso mandarlo

a que le dé cuenta a Dios

mañana, por la mañana.

Ahora, retiremonós
220

vayan a aprontar sus armas;

porque, a la una y media, yo

tendré el caballo ensillao.

¿Han oído bien? [287]

-Sí, señor

a la una en punto estaremos
225

prontos, esperandoló,

los seis piones respondieron...

Y el chaná se retiró.

.....

Ansí, con perdón de ustedes;

díjoles el payador,
230

me voy a echar a dormir;

pues que ya las doce son.

Con que, será hasta mañana.

-Si Dios quiere, contestó

Juana Petrona; y luego
235

apagaron el fogón.

- XLV -

El maturrango. -El cazador. -La cerrazón. -Las ilusiones. -El jabalí. -El zorrillo. -El Paraná.
-El desesperado.

La costa del Paraná,

donde vivía Berón,

era sólo barrancosa

y sin montes, pues que no

tenía más que una isleta

5

o talar, donde se entró, [288]

con su caballo cansao,

a esconderse el saltador.

El talar era tupido,

y cuando se entra al rincón
10

queda a la mano derecha

después, las barrancas son

llanuras como la pampa,

con uno que otro albardón;

pero escasonas de montes,
15

hasta allá, a la imediación

del río Colastiné,

donde ya las costas son

hasta el Chaco, según dicen,

montes, sin ponderación,
20

que empiezan por el Naciente

y acaban donde entra el sol;

pues así lo aseguraba

el capitán Pascualón,

que no sabía mentir
25

aunque mamando aprendió.

Pero, dejando eso a un lao

volviendo al saltador,

vamos a ver cómo y dónde

le echó las mansas Berón
30

con toda la inteligencia

de un gancho buen rastriador.

Esa noche que el chaná

a dormir se tendió,

tan cuajao estaba el cielo
35

de estrellas, que el resplandor [289]

era como el de la luna

en menguante, que empezó

a subir a la una larga,

y medio turbia subió
40

al tiempo que el viento sur

enteramente calmó,

y una especie de neblina

a levantarse empezó

la misma que a poco rato
45

se volvió una cerrazón

de aquellas que no permiten

a veces ver un galpón

a una cuadra de distancia.

Ahora: ¿cómo es, digo yo,
50

que en esas mismas neblinas

se ve una contradicción

tan notable? Pues si un hombre

no alcanza a ver un galpón

a distancia de una cuadra,
55

sucede alguna ocasión

que al mismo hombre lo alucina

esa misma cerrazón,

que a una distancia cortita

aumenta tanto el grandor
60

de los bultos en el campo,

donde cualquier chapetón

suele ver en ocasiones,

pongo por caso, a un ratón

y lo toma por carnero,
65

o a un venao por mancarrón

o a un cuervo por avestruz;

ansí, a mí me sucedió,

cierto día de nieblina, [290]

que la vista me engañó,
70

pues fui a cojer un peludo.

y en sapo se me trocó.

El santiagueño Tolosa

la carcajada soltó;

y Juana también de risa
75

cuasi se descostilló;

pero, ahí no más Santos Vega

les dijo de buen humor

¿Se ríen?... pues, oigan esta

más fiera equivocación
80

a causa de la neblina.

Por la primera ocasión,

sin conocer la campaña

de Buenos Aires, salió

a cazar un maturrango.
85

por esos laos de Morón,

a pata y con garabina;

cinco leguas caminó

matando, algunas gaviotas

y chimangos que encontró,
90

hasta que, medio empampao,

una espesa cerrazón

redepente al Uropeo

en el campo lo agarró.

No sabiendo aónde rumbiar,
95

en el suelo se sentó

con su garabina al lao;

y en esto, el hombre creyó

a una distancia cortita

ver a un chancho cimarrón,
100

del tamaño de un ternero. [291]

¡Cómo! dijo el chapetón

¡Un jabalí! ¡qué fortuna!...

Y en el instante

agarró su garabina, a la cual
105

tres balines le metió,

porque solamente estaba

cargada con munición

y ¡zas, tras! al jabalí

un tiro le cerrajó.

110

El animal en seguida

dando saltitos juyó,

y viendo eso el maturrango,

a la cuenta presumió

haberle quebrao las patas
115

al chancho y ya se largó

a cogerlo; pero, cuando

al animal se acercó,

dijo el hombre: ¡cómo es esto,

que el chancho que he visto yo
120

aquí se ha vuelto conejo...!

Pero, en fin, no es de lo pior

para hacer un buen guisao;

y en seguida se agachó

a levantar al conejo,
125

y ahí mesuro se le volvió

un zorrillo, que del chorro de

orines que le soltó,

desde la punta del pelo

hasta el cuadril lo bañó
130

de pestilencia insufrible,

y tal que lo atolondró; [292]

y a revolcarse en el suelo

el Uropeo empezó

hasta quedarse desnudo,
135

porque allí mismo tiró

la montera, la chapona,

la camisa, el pantalón,

los calzoncillos, las botas...

y desnudo se quedó.
140

Después, más de siete días.

lo tuvo enfermo el jedor,

hasta que para soltarlo,

el hombre se rasquetió.

Vean, pues, todos los chascos
145

que causa una cerrazón.

Ahora, voy a proseguir,

dijo Vega el payador,

como les iba diciendo

del chaná Sixto Berón.

A eso de la una y tres cuartos,

cuando el caballo ensilló,

era espesa la ñeblina,

pero, así mesmo el patrón

al ratito dijolés
155

a sus piones: Vamonós;

y luego cuando me traigan

difuntiao al saltador

y mi recaio, les prometo

que a gusto les daré yo
160

a ustedes, para los seis,

un novillo, o su valor [293]

que son nueve riales justos;

y allá repartanselós

de a rial y medio cada uno.
165

Ya saben pues: vamonós;

pero no se me retiren

de atrás, por la cerrazón

que nos viene de perilla.

De ahí, viendo al suelo siguió,
170

porque era como de gato

la vista del rastreador.

Así marchaban al tranco

hasta que el chaná llegó

a un arroyo pantanoso,
175

que atraviesa aquel rincón

de costa a costa, y no da

paso a ningún chapetón

sin que dejé allí enterrao

en el barro al mancarrón,
180

no yendo al paso preciso

que es adonde fue Berón.

Echaron pie a tierra allí,

y apenas vio el rastriador

la orilla de la barranca
185

del arroyo ese, llamó

a sus piones y les dijo:

-Vean; aquí se sentó

a descansar ese diablo

que el recaó me manotió;
190

velay adonde lo puso

hasta que se levantó

para pasar el arroyo,

dejando como dejó [294]

esta rayita en la arena;
195

y esta raya la formó

con la argollita que tiene

en la punta mi cinchón;

porque, desde aquí el recaó

en los brazos lo llevo;
200

pero, luego, a la cabeza

al pasar se lo cargó.

Y este arroyo, estoy seguro

lo conoce el saltador,

como cualquiera de ustedes,
205

o quizá mucho mejor.

Ahora, muenten, y pasemos

el arroyo, y luego yo

les diré cómo y adónde

se ha dirigido el ladrón.
210

Ansí fue; inmediatamente

que el arroyo atravesó,

bajándose del caballo

en el suelo se fijó,

y a los piones dijolés
215

-Ayer tarde ese bribón

hasta aquí vino con botas;

pero acá se las sacó,

para pasar el arroyo

a pie, y descalzo siguió
220

hasta casa, cuando fue

y el apero me robó.

Luego anoche, tardecito,

acá vino y repasó

el arroyo, y al talar
225
[295]

siempre descalzo siguió,

pues las puntas de sus pieses

miran a la dirección

de la isleta; no me engaño,

ahí debe estar, creanló.
230

Ahora les digo también;

que de aquí no se apuró

a caminar, pues primero

con cuchillo se raspó

el barro de las canillas,
235

y así se desembarró,

dejando como virutas

el barro que se sacó;

en esto no tengo duda,

velay está, veanló.
240

En fin, vamos a pillarlo...

Dijo el chaná, y ya surquió

ojo fijo sobre el rastro,

aún cuando la cerrazón

seguía, pues ni por esas
245

al gaucho se le apartó

de la vista un sólo instante

el rastro del saltador.

Serían como las tres

cuando a la isleta enfrentó.
250

el chaná, y cuando la luz

de la luna se mezcló

con la que a soltar la aurora

a ese tiempo principió.

El rastriador bien sabía
255
[296]

aonde estaba, aunque no vio

de tres cuadras al talar,

causa de la cerrazón;

pero, así mesmo a su gente

hacer alto le mandó,
260

y al punto que se pararon,

serio, les dijo Berón:

-De aquí no se mueva naides,

hasta que no vuelva yo

con Rudesindo... Y allí
265

el chaná se desmontó,

y que se apiara también

ahí mesmo le dijo al pión.

Dejando allí los caballos,

a pie rumbiaron los dos
270

para el talar, donde anduvo

algunas cuadras Berón

por la orilla de la isleta

que mira para el rincón,

a lo largo, nada más;
275

y por allí se agachó

unas tres o cuatro veces

hasta que le dijo al pión

-Ya he visto lo suficiente,

Rudesindo, vamonós.
280

Por supuesto, se volvieron,

y al llegar el rastriador

adonde estaba su gente,

en el instante montó

a caballo y dijolés
285

-¿No se lo decía yo

no ha salido del talar

todavía ese ladrón; [297]

pero pronto va a salir

de por fuerza, creanló
290

como el que saldrá rumbiando

a la entrada del rincón

para pasar el arroyo

por donde anoche pasó,

si no quiere empantanarse
295

junto con su mancarrón.

En seguida, si pasara

el arroyo ese bribón,

y se escapara de que

las bolas le prienda yo,
300

o cualesquiera de ustedes,

rumbiará por precisión

para el Chaco, sin remedio

ni más escape, pues no

ha de volver para adentro,
305

donde persiguiendoló

ya andarán por todas partes.

Con que, así, esperemoslo

abajo de la barranca

del arroyo, porque no
310

tiene otro paso por donde

salirse de este rincón,

y ahí se nos ha de acercar

mucho por la cerrazón.

Vámonos pues, que ya viene
315

el día apurandonós.

Y apenas se dieron vuelta,

cuando de atrás relinchó

a lo lejos un caballo. [298]

Entonces dijo Berón
320

-Ahi viene; ¿no se lo dije

pero, por la cerrazón

no nos ha visto; sigamos

a emboscarnos, dejenlo

y hagan lo que yo les mande.
325

Lueguito no más llegó

al arroyo con sus piones

y la barranca bajó,

adonde se apeñuscaron

esperando al saltador.
330

Allí, más formal que nunca

volvió a decirles Berón:

-Aquí estamos, bien lo saben,

en el centro del rincón;

y, como va a disparar
335

cuanto nos vea el ladrón,

no lo dejen arrimarse

a la isleta, cortenlo

los que están más bien montaos;

por ejemplo, ustedes dos
340

Salazar y Barrionuevo.

Usté Gil, y Calderón,

sálganle por la derecha,

mientras Rudesindo y yo

con Almansa lo apuramos
345

por el centro; y dejenlo

que se embolse en la manguera;

pero les pido que no

le tengan lástima alguna

el que pueda... mateló
350

apenas lo agarre a tiro. [299]

Ni bien el chaná acabó

allí de darle a su gente

las órdenes que les dio,

cuando el Mellizo a la orilla
355

de la barranca llegó,

y luego como avispero

redepente le salió

la emboscada del arroyo.

Sorprendido el saltador,
360

dio güelta el pingo al instante

para juir, y se ofuscó

entonces tan fieramente,

que, al primer hombre que vio,

dijo: ¡Es Berdún!... y furioso
365

maldiciéndolo juyó.

Salazar y Barrionuevo,

como el chaná les mandó,

le ganaron la derecha,

porque el malevo intentó
370

arrecostarse al talar;

pero, cuando se encontró

atajao por la derecha,

a la zurda se ladió,

donde también lo cortaron
375

listos Gil con Almirón.

No teniendo más escape,

por el centro del rincón

corriendo Luis se embolsaba,

y en esto, de atrás Berón...
380

¡tumb! ¡tumb! ¡tumb! a un mesmo tiempo

tres tiros le cerrajó, [300]

de los cuales una bala

al Mellizo le llevó

con media oreja el sombrero.
385

Entonces Luis se creyó

cuasi del todo perdido,

y dijo entre sí: «¡valor!

el hombre cruje y no llora;

aquí no me rindo yo,
390

aunque me arranquen de raíz

los bofes y el corazón;

y finalmente ¡qué Cristo!

mi vida y mi salvación

voy a fiársela a un abismo.
395

Con esta resolución,

antes de rendirse allí,

para el fondo del rincón

lo mismo que una centella

al caballo enderezó;
400

y en el trance postrimero

de su desesperación,

cuando a tiros lo quemaban,

y cuando al borde llegó

de la barranca, al caballo
405

con el poncho le tapó

la cabeza hasta el hocico,

de modo que lo cegó,

y el animal infeliz

ciego se desbarrancó
410

de quince varas de altura

y en el Paraná se hundió,

sin salir más sobre el agua;

pero el Mellizo salió,

nadando corriente abajo;
415
[301]

y así mesmo le largó

otros tiros la partida;

y al último el saltador

pegando una zambullida

se les desapareció,
420

sea porque el Paraná

torrentoso lo llevó

al recodo que hace el río

en la punta del rincón,

donde el Mellizo no estaba
425

lejos cuando zambulló

herido, o sea porque

duraba la cerrazón.

A pocos días después

que al Paraná se azotó
430

el Mellizo, una chalana

de montaraces halló

en las islas de San Pedro,

mucho antes de la oración,

a un ahugao, solo con botas;
435

que naides lo conoció

con siguranza, porque

desnudo se le encontró

allí entre los ñapindaces,

aonde el ahugao se prendió;
440

porque esos árboles tienen

unas espinas que son

como anzuelos, o más bien

como las uñas de un león. [302]

Ansí fue que al muerto allí
445

ni una hilacha le quedó

en el cuerpo; y además,

era tanta la hinchazón,

la desnudez, los arañños,

y la desfiguración
450

del ahugao, que al verlo allí

naides lo reconoció:

y aunque muchos se creyeron

que el muerto era el saltador

escapado del presidio,
455

otros decían que no.

Con todo eso, a los tres días

en Buenos Aires salió

una gaceta diciendo:

«Luis el Mellizo se ahugó
460

en el Paraná juyendo,

cuando el alcalde Berón

en la vuelta de Montiel

a perseguirlo salió,

el día que ese asesino
465

al Paraná se lanzó.»

Entonces, ya en la provincia

ninguna duda quedó

de la muerte del Mellizo:

noticia que la creyó
470

aún la misma doña Estrella,

y una misa le mandó

decir en Santo Domingo,

aunque tanto la ofendió. [303]

- XLVI -

El desaparecido. -El gran malón. -El terror. -Los incendios. -Los fugitivos. -Las apreturas.

Que Dios lo haiga perdonao

debemos desiarle a Luis,

supuesto que el infeliz

se dice que murió ahugao:

mientras sigo yo enredao

5

para concluir mi argumento;

pero, no dudo un momento

que lo desenredaré,

y feliz me contaré

si al fin les gusta mi cuento.
10

Para esto, voy desde acá

a volverme a Chascomún

donde lo dejé a Berdún

lleno de felicidad;

voy, pues, a buscarlo allá,
15

y no he do perder el tino;

pues con Berdún, el sobrino

y la Lunareja, espero

probar que fue justiciero

de Dios el poder divino.
20

A que agarró en la Salada

Berdún al finao Mellizo, [304]

y de más hazañas que hizo

esa mesma madrugada,

hasta hoy, van de una tirada
25

cuasi tres años; ¡pues no!

Como há que Berdún tomó

prisionero a su sobrino;

y ahora verán el destino

con que ese mozo nació.
30

Entonces fue la sabliada

y aquella redota fiera

que junto a la cordillera

obligó a juir a la Indiada:

y como allí sosegada
35

tres años se dejó estar,

ya naides volvió a pensar

que los Indios, ni soñaran,

cuanti-más el que pensaran

con los cristianos peliar.
40

Esa creencia ilusionó

a alguno que otro hacendao

que del norte del Salao

pasó al sur y se pobló:

y uno de estos le ofreció
45

a Genaro un buen campito,

que le gustó, y que luego

con Azucena arregló

el mudarse, y se mudó

al rincón del Cardalito.
50

Genaro, naturalmente,

llevó a su lao al sobrino [305]

que ya era mozo ladino,

como atento y complaciente;

y además inteligente
55

que hasta escrebir aprendía;

y así mesmo no podía,

por más que disimulaba,

ocultar de que abrigaba

alguna melancolía.
60

Ansí, una ocasión llegó

a decir «mi madre ha muerto

de pesar en el desierto,

luego que le falté yo.»

Y Berdún le dijo: -No
65

te desesperés, Manuel;

pues se acerca el día aquel

en que iremos a buscarla,

seguros de libertarla

del cacique Cocomel.
70

Prepárate, pues, sobrino;

porque pronto, espero en Dios,

para el desierto los dos

estaremos en camino:

pues conmigo así convino
75

el general La Quintana,

hace más de una semana,

que en la expedición vendrás,

y que nos ayudarás

a libertar a mi hermana.
80

Esa fortuna esperó

Manuel sus dos años largos;

y muchos ratos amargos

esperándola sufrió; [306]

Ansí mesmo, se aguantó,
85

como un hombre agradecido,

sin juirse, habiendo podido;

pero apreciaba a su tía,

y a Genaro no quería

dejarlo comprometido.
90

Sigueros de esa lealtá,

en la casa lo querían

y cada vez le tenían

más cariñosa amista:

y fue una felicidad
95

para Berdún, el primero,

haber hecho prisionero

a un caudillo en quien halló,

cuando el caso se ofreció,

un amigo verdadero.
100

Como al año de poblarse

Genaro aonde se mudó,

redemente comenzó

la cosa medio a enturbiarse;

pues principió a susurrarse
105

por allí entre los paisanos

que unos malditos cristianos,

que con los Pampas andaban,

de hacerlos unir trataban

con los indios Araucanos.
110

Y mientras otros decían

«ya no vuelven los infieles»,

hasta los indios Ranqueles [307]

con los Pampas se entendían

pero en Chascomún no hacían
115

caso las autoridades,

diciendo: «Esas novedades

son mentiras, y más nada;

porque, ni suena la Indiada

en esas barbaridades.»
120

Pero, bien suelen decir

que tiene resultas crueles

el soldao que, en sus laureles

primeros, se echa a dormir,

cuando debe proseguir
125

batallando sin fatiga,

hasta el día en que consiga

a su enemigo ultimarle,

y no entrar a despreciarlo,

echándose de barriga.
130

En fin; llegó una forzosa

necesidad en que Berdún

tuvo que ir a Chascomún

acompañado de su esposa;

y, creyendo demorosa
135

su vuelta del pueblo aquel,

dejó en su estancia a Manuel

como haciendo de patrón;

pues, con sobrada razón,

tenían confianza en él.
140

A los tres días de estar

allí en la villa Berdún,

el jefe de Chascomún

de prisa lo hizo llamar;

y apenas lo vido entrar
145
[308]

le dijo; -Me han informao

que los Indios han lanzao

ayer a la madrugada

una partida avanzada

a esta banda del Salao.
150

Esta es una novedá,

capitán, algo alarmante;

y que yo estaba distante

de tenerla por acá;

pero hoy no dudo que ya
155

la Indiada está reunida

y a pasar tan decidida,

que ayer mesmo tempranito

al rincón del Cardalito

lanzó su primer partida.
160

Y por allí han corretiao

a muchos que dispararon,

y no sé a quién se llevaron

al repasar el Salao.

Esto me han participao
165

en un parte mal escrito:

y por eso necesito

que esta tarde marche usted

con diez hombres, a ver qué

sucedió en el Cardalito.
170

Luego, al toque de oraciones,

he mandao que estén montadas

otras partidas, formadas

de Blandengues y Dragones,

que a distintas direcciones
175
[309]

para el Salao marcharán;

y si los Indios nos dan

de tregua tan solamente

cuatro días, ciertamente

muy pocos escaparán.
180

Pero, esta vez se engañó

el general, y muy fiero;

porque en su triunfo postrero

haber concluido creyó

con la Indiada, y despreció
185

los rumores que corrieron,

y a gauchos que le dijeron

que la Indiada se venía,

«no lo crean» respondía,

hasta que lo sorprendieron.
200

Pues la gente que mandó

para atajarle a la Indiada

los pasos, de disparada

a Chascomún se volvió;

en donde luego trató
205

todo vicho el guarecerse

en un fuerte, y defenderse

cuatro días sin comer,

pues, ni pudieron meter

carne para mantenerse.
210

Sólo Berdún consiguió

hasta su casa llegar,

adonde tuvo el pesar

que el solo pi6n que encontr6

sollozando le cont6

215

[310]

que all6 los Pampas vinieron,

y en cuanto lo conocieron

a don Manuel, lo abrazaron

y luego se lo llevaron;

pero, que da6o, no hicieron.

220

-Por último, dijo el pión;

don Manuel aquí me dio

un abrazo, y me encargó

el decirle a usté, patrón,

que siempre en el corazón
225

su sobrino llevaría

a su tío y a su tía:

para quienes dejó aquí

su vincha y su quillapi

hasta volver, algún día.
230

Genaro desconsolao,

al ponerse en retirada,

le dio una triste mirada

a la costa del Salao;

y al ver de polvo un ñublao,
235

que en la costa se extendía,

conoció que ya venía

la salvajada avanzando;

y fue en ese instante cuando

Berdún al pión le decía:
240

«Nos vamos a retirar;

venga conmigo, Roballo;

vaya pues, miente a caballo, [311]

y vámonos a poblar

aonde Dios nos dé lugar.
245

Miente, no cierre la puerta;

déjela no más abierta,

que así mismo, si usted pasa

mañana junto a esta casa,

ni con la tapera acierta.
250

Como el Cardalito estaba

retirao de Chascomún,

la partida de Berdún

fue la última que llegaba,

cuando allí también entraba
255

el vecindario juyendo;

pues los Indios destruyendo

a sangre y fuego venían,

y de Chascomún se vían

al sur los ranchos ardiendo.
260

Dos mil Indios solamente

a Chascomún circuliaron,

y tres mil más avanzaron

al norte como un torrente.

Ansí es que por San Vicente
265

y la Guardia de Luján,

hasta ahora se acordarán

de esa funesta invasión,

y su horrible destrucción

en la vida olvidarán.
270

Tres días sólo duró

de los Indios ese arrojó;

pues pronto y como rastrojo

media campaña arrasó,

y al desierto se volvió

275

[312]

por distancias separadas,

llevando inmensas arriadas

yeguarizas y vacunas

y cautivas, como algunas

ciento treinta desgraciadas.

280

Pues, cuando mil veteranos

que por acá reunieron

y tras los Indios salieron

con trescientos milicianos,

ya los Pampas y Araucanos
285

como los indios Ranqueles,

sin dormirse entre laureles,

trotaban al otro lado

de la costa del Salao

al son de sus cascabeles.

Por fin, dijo el payador;

en esa invasión terrible

fue la destrucción sensible

de la Estancia de la Flor:

¡con qué furia y qué rigor
295

los salvajes la incendiaron,

cuasi entera, y la robaron!...

Sin estar por suerte en ella

el patrón ni doña Estrella

que con tiempo se salvaron.
300

Ansí, humiando una por una,

las poblaciones halló

Genaro cuando volvió [313]

a su estancia, sin ninguna

esperanza de que alguna
305

casa por allí existiera,

y que entonces no estuviera

completamente robada,

y finalmente quemada

desde el suelo a la cumbrera.
310

Cenizas sólo encontró

Berdún por donde pasaba;

pero cuando se acercaba

a sus campos, se almiró,

y a su pión le preguntó
315

desconfiando: -Digamé,

Roballo, ¿eso que se ve

son ranchos, o es ilusión?

Y entonces díjole el pión:

-¡Esa es la estancia de usté!
320

A pesar de eso dudó

Berdún, hasta que llegaron

a su casa y la encontraron

lo mismo que él la dejó;

pero, en una cruz miró
325

que al pie tenía un papel

donde, escribidas, Manuel

estas palabras dejó:

¡Dios me ayudará, pues. Yo

llevo una esperanza en él!
330

[314]

- XLVII -

La Vitel. -Los asilados. -El terror. -La pobreza de Berdún. -El Cupido. -El ramo fatal.

Después de aquella avanzada

horrible de los salvajes,

las gentes de esos parajes

del sur, aterrorizadas,

dejaron abandonadas

5

ardiendo sus poblaciones,

y en distintas direcciones

al norte se guarecieron,

donde así mismo vivieron

llenas de tribulaciones.
10

Porque la ensoberbeció

tanto ese triunfo a la Indiada,

que un año envalentonada

dando malones siguió;

de suerte que se llevó
15

hasta el ultimo ternero:

siendo a Berdún el primero

que las vacas le robaron,

y hasta la cruz le quemaron

sin dejarle otro letrero.

20

[315]

Y gracias a que escaparon

de allí Azucena y Berdún,

a pesar que a Chascomún

cuasi desnudos llegaron;

pues tal madrugón pegaron

25

y juyeron tan de prisa,

que salieron en camisa;

y, cuando Berdún volvió

a su casa, no encontró

más que un montón de ceniza.

30

Sólo su marca encontró

y el pobre cargó con ella:

siendo esta la marca aquella,

que al verla se santiguó

Santos Vega, cuando habló

35

con Rufo la vez primera

que lo topó en la tapera,

donde se dieron la mano,

y le vido al rabicano

fresquita esa marca entera.

40

Después del contraste aquel,

con su Azucena Berdún

muy cerca de Chascomún

se guareció en la Vitel:

y del sobrino Manuel
45

poco o nada se acordó;

pues solamente pensó

en reparar sus quebrantos;

y a pesar que fueron tantos

no se descorazonó.
50

Tan atrasao se escapó

Genaro del Cardalito,

que en un estrecho ranchito

en la Vitel se metió;

y medio se acomodó
55

con trastes que le prestaron;

pues los suyos los quemaron

los Indios, con casa y todo,

robándolos de tal modo,

que en pelota lo dejaron.
60

En la Vitel, Azucena

únicamente tenía

la siguiente trastería:

dos sillas, una alacena,

una mesa medio buena,
65

una tinaja rajada,

una olla pata quebrada,

un asador, un mortero,

un catrecito de cuero,

una batea... y más nada.
70

Con todo, nunca quejosa

de la suerte se mostró:

al contrario, prosiguió

con Berdún más cariñosa;

y estaba tan linda moza,
75

que todos cuantos la vían

tan bonita, se lambian

por decirle, tan siquiera

¡Ay, mi alma! ¡quién mereciera!

pero, no se le atrevían.

80

[317]

Mas, un refrán muy formal

dice, que «en el campo, al fin

siempre la oveja más ruin

es la que ruempe el corral;»

ansí un mocito fatal,

85

de quien luego trataré,

tuvo gran parte en lo que,

con muchísimo pesar,

aquí les voy a contar

ahora no más: oiganmé.
90

Berdún también soportaba

la vida penosa aquella

en que estaba, y salir de ella

de un día al otro esperaba;

pero, para eso faltaba
95

asigurar la frontera,

a fin que se contuviera

de los Indios la arrogancia;

pues al sur no había estancia

que repoblarse quisiera.
100

Pero, en vano se afanaban

acá en reunir soldaos;

pues estos, de resabios,

cuando a diez acuartelaban,

catorce se resertaban;
105

es verdá que eran los piores,

mientras que de los mejores

sólo en los campos se vían

las partidas que salían

a perseguir resertores.
110

Más de un año se pasó

en esas preparaciones, [318]

y la Indiada sus malones

entre tanto menudió:

y cuando se consiguió
115

el volverla a escarmentar,

Azucena, de un pesar

terrible que la asaltó,

loca de atar se volvió

y la tuvieron que atar.
120

Celos que fingidamente

Genaro le dio a su esposa,

de esa locura furiosa

fueron un antecedente

y a la moza infelizmente
125

tantas penas le acarriaron,

que a lo último le costaron

el estar encarcelada

inocente y desgraciada,

porque un crimen le achacaron.
130

Fue por broma, y no otra cosa,

que Berdún se le fingió

celoso, pues no dudó

nunca de su fiel esposa:

cuando Azucena preciosa
135

seguía cada vez más;

y ningún hombre jamás

al respeto le faltó;

hasta que a eso se atrevió

un mocito muy audaz.

140

Pues si mentao fue Genaro

por guapazo y generoso,

de Cupido y de tramposo [319]

más fama tuvo un Alfaro,

el mozo de más descaro

145

que en ese tiempo privaba;

porque ese no respetaba

ni casada ni soltera,

a quien no se le atreviera

sin tener ningún reparo.
150

De la Vitel donde estaba

el ranchito de Berdún,

la villa de Chascomún

tan cerquita se encontraba,

que con frecuencia bajaba
155

Genaro con su mujer,

a ese pueblito, por ver

y visitar a una tía,

que nunca le permitía

salir de allí sin comer.
160

Allí también visitaba

ese trapalón Alfaro,

y allí también con Genaro

cuasi siempre se encontraba

de intento, pues lo esperaba;
165

y en cuanto Berdún venía,

allí Alfaro se metía;

y de Azucena al costao

se estaba como pegao

sin moverse todo el día.
170

Genaro disimuló

esa pesadez cargosa,

y hasta un día que a su esposa

Alfaro un ramo le dio:

que Azucena lo tomó

175

[320]

sin ver que allí acomodao

venía en papel picao,

con muchísimo primor,

una décima de amor

en tono desvergonzao.

180

En la décima decía

Alfaro, muy claramente

«que a Azucena ciegamente

apasionao la quería,

y que ya le parecía
185

el que la moza pudiera,

o más claro, el que quisiera,

por cariño o compasión

buscar alguna ocasión

en que lo correspondiera.»
190

Azucena ni miró

la bestial décima aquella;

pero, luego dio con ella

su marido y la leyó.

En seguida resolvió
195

sin agraviarse el guardarla,

solo pensando jaliarla,

sin tener otra intención

que en chanza y por diversión

a su mujer embromarla.
200

La tarde esa que salió

Berdún de lo de su tía,

se vino a una pulpería

con Azucena, y compró [321]

yerba, que se la envolvió
205

el pulpero en un retazo

de Gaceta... Y es del caso

que pronto les cuente yo,

en cuánto contribuyó

a una desgracia ese acaso.
210

La ante-víspera del día

último en que a Chascomún

con su mujer fue Berdún

a visitar a su tía,

la viejita los había
215

en la Vitel visitao:

y sufrió un trance pesao,

pues ahí se le defondó

la silla en que se sentó,

sin haberla calentao.
220

Ahí no más la veterana,

por desdicha y suerte, a gatas

boca abajo, en cuatro patas

cayó en figura de rana:

ansí la alzarón sin gana

225

de sentarse en la otra silla;

porque viendo la polilla

que la primera soltó,

diría: «No quiero yo

romperme aquí una costilla...»

230

De allí, quien la levantó

fue Azucena, que al momento

como no había otro asiento [322]

en su cama la sentó,

pero la anciana sintió
235

tal dureza en el colchón,

que en confianza, y con razón,

díjole a su sobrinita:

-¡Qué colchón tan flaco, hijita!

más lana tiene un pellón.
240

Esto me da mucha pena;

ansí, al fin de esta semana,

yo voy a mandarte lana

y lienzo, cosa muy buena,

para que hagas, Azucena,
245

un colchón; no te aflijás,

pues también recibirás

entonces otra cosita:

y, Dios sabe, sobrinita,

que no puedo darte más.
250

Ahora, dijo el payador,

no piensen que he paroliao

al ñudo, y descaminao

del asunto; no, señor,

no he dicho aquí la menor
255

palabrita y circunstancia,

que no tenga concordancia

con esta parte del cuento;

y ahora, dentro de un momento,

verán la concomitancia.

260

[323]

- XLVIII -

Los celos. -La gaceta atrasada. -Don Pedro Corbata. -Don Domingo Paniqueso. -El ahogado. -Los recuerdos. -La entristecida.

A la media hora después

que Vega se levantó,

vino a proseguir su cuento;

pero al instante que entró,

antes que tomara asiento,
5

Juana Petrona codió

al Santiagueño, y le dijo

que venía el payador

desalentao y que traiba

el semblante muy tristón.
10

Tolosa, viendo lo mesmo

que Juana, le preguntó

al viejito si sentía

alguna indisposición.

Santos Vega, sin rodeos,
15

su congoja confesó,

diciéndoles al sentarse:

-Siempre que relato yo

lo que ahora voy a contarles [324]

con amargo sinsabor;
20

desde que recapacito

sobre aquello que pasó

de afligente en aquel tiempo,

reciamente al corazón

me estrujan esos recuerdos;
25

y de allí creo que son

las lágrimas con que mezclo

esta triste narración,

que, a pesar de ser memorias

de un siglo que ya pasó,
30

no hay día en que no me sean

una mortificación

de pesadumbre, y por eso

ahora estoy medio tristón.

Ansí mesmo, a continuar
35

voy, para hacer relación

de aquello que en la Vitel

infaustamente ocurrió,

esa noche en que Azucena

del todo se enloqueció.
40

Pues, como dije endenantes,

cuando la moza volvió

con Genaro aquella tarde,

la última en que visitó

a su tía en Chascomún,
45

antes de ponerse el sol

vino a su rancho, y entonces

en un jarro colocó

con agua fresca las flores

que Alfaro le regaló.

50

Después que así puso el ramo, [325]

sin tomarle ni el olor,

al poco rato Berdún

entre las flores miró

el papelito picao,

55

y al instante presumió

fuese algún atrevimiento

del Cupido trapalón.

Por ese pensar, Genaro

el papelito sacó
60

de entre el ramo; y ya sabemos

la décima que leyó,

como ya saben que luego

al bolsico se la echó,

para fingirse celoso,
65

y después por diversión

embromar a su mujer

sin ninguna otra intención.

Como a su casa llegaron

temprano, allí se trató
70

de tomar mate, y al punto

que la agua se calentó,

Genaro trajo el cartucho

de yerba, y se lo pasó.

a su mujer, que en un tarro
75

de hojalata lo vació;

y el pedazo de Gaceta,

en que esa yerba envolvió

el pulpero en Chascomún,

Azucena lo guardó.
80

Al concluir de tomar mate

era más de la oración,

y como estaba escurito [326]

luego la moza encendió

una vela, que en la mesa
85

la puso, y ahí se sentó

enfrente de su marido,

que al sentarse le soltó

desdeñoso una mirada

y ni palabra le habló:
90

desden en el que Azucena

poco o nada se fijó,

porque Genaro tenía

sus ratos de mal humor,

como debía tenerlos
95

un hombre en su situación.

Fue pues, en ese momento,

que Azucena se acordó

del pedazo de Gaceta,

que allí lo desarrugó
100

para lerlo, no teniendo

más medio de distracción.

La Gaceta era viejaza,

y el pedazo, que leyó

la moza, era de la cola,
105

en donde sólo encontró

unos cuatro o cinco avisos,

siendo los primeros dos

graciosamente imprentas

por el siguiente tenor:
110

Año de mil ochocien...

Buenos Aires... Marzo dos... [327]

A viso risible.

... Ayer

diez y nueve, se escapó

del hospital de Belermos,
115

aonde estaba en curación,

don Pedro Corbata, el loco,

quien saltando el paredón

del fondo del campo-santo,

desde el bajo disparó
120

hasta el güeco de la Yegua,

adonde lo desnudó,

como a las diez de la noche,

un pillo que le dejó

solamente la corbata;
125

y así en pelota lo halló,

a las once, una patrulla

que al hospital lo volvió

tapado con una estera,

pero con su corbatón.
130

Y va de locos.

... El jueves

diez y siete, se salió

don Domingo Paniqueso,

poco antes de la oración,

de la Cuna en donde estaba,
135

y desde allí enderezó

apurao por el Retiro; [328]

mas, luego se le ocurrió

irse al Treato, adonde fue

a sentarse en el portón,
140

poco antes que comenzara

la comedia que se dio

del Licenciado Vidriera

y como no consiguió

don Domingo entrar de balde,
145

allí afuera se quedó

mirando entrar a la gente

por la cochera o portón,

que es la entrada principal

del Treato, donde miró
150

que, abajo de la escalera

de las mujeres, metió

toda su fruta el puestero

que vende allí en el portón

sandías, duraznos, naranjas:
155

todo lo que arrinconó

al empezar la comedia.

Entonces se solivió

muy fresco, el tal Paniqueso,

el más morrudo melón,
160

que lo menos tres cuartillos

era su justo valor.

«Pero, dijo don Domingo,

me lo voy a chupar yo

a la salud del puestero.»
165

Así se lo manotó,

y a la Zanja de Matorras

fue a dar a comerselo;

pero, de la misma zanja [329]

el puestero lo sacó
170

a tirones de la leva,

y después que le atracó

una rigular paliza,

don Domingo se escapó

por la calle del Correo
175

que toda se alborotó;

pues hasta la Ranchería

todo el mundo disparó

y las puertas se cerraron,

porque un muchacho gritó:
180

¡Ahí viene un perro rabioso,

disparen, que es mordedor!

«¡Pobre don Domingo!» dijo

Azucena; y prosiguió

dando güelta la Gaceta
185

al otro lado, aonde vio

con letra gorda imprentao:

Aviso oficial.

... Llegó

de San Pedro, ayer temprano,

un oficio que mandó
190

el alcalde de aquel punto,

diciendo, que allí salió

en una isla frente al pueblo

un ahugao, que se encontró,

después de reconocerlo,
195
[330]

no ser como se pensó

que fuese el joven Alfaro,

pues luego se averiguó

que Alfaro esta en Chascomún

con salú y de emprendedor.
200

El muerto es un presidario

llamado Luis Salvador,

por otro nombre el Mellizo

de la Estancia de la Flor;

el que, al juirse del presidio
205

la otra semana, mató

a un soldado y a un chanchero

ese día, y se escapó

a la siesta, en un caballo

famoso que lo robó
210

en el Güeco de los Hornos.

Ese Luis fue el saltador

más terrible de estos tiempos,

y era joven, porque no

tenía veinte y cuatro años
215

cumplidos, cuando se ahugó

a los cuatro o cinco días

que del presidio juyó,

y fue a dar junto al Rosario;

aonde el alcalde Berón
220

en la vuelta de Montiel

con siete hombres le salió

a prenderlo, y el Mellizo

en su desesperación

por no poder escaparse,

225

[331]

herido, determinó

antes de rendirse allí

perecer, y se lanzó

a caballo al Paraná,

siendo allí donde se ahugó

230

y a las islas de San Pedro

la corriente lo arrastró.

Habiendo leído este aviso,

Azucena se quedó

sumamente enternecida;
235

y después que redamó

algunas lágrimas dijo:

-¡Alabado sea Dios!

¡cómo se nos pasa el tiempo!

pues, sólo pensaba yo
240

que hiciera, a lo más un año

a que el pobre Luis murió;

y según esta Gaceta,

veo que hacen más de dos,

y que fue en los mismos días
245

en que Manuel nos dejó.

Entonces Berdún le dijo

de un modo medio burlón:

-No te aflijas, Azucena,

mientras no te deje yo,
250

o que me dejes a mí;

porque, ya creo que vos

estás algo fastidiada

de tu rubio, y con razón;

pues que los hombres sin plata
255

tienen siempre mal olor. [332]

-¿Te has vuelto loco, Genaro?

Azucena replicó.

¿Qué quieres darme a entender

con ese modo gauchón
260

de explicarte? ¿Estás borracho?

-No, ingrata, lo que estoy yo

es viendo que en mi pobreza

ha venido a verte Dios,

trayéndote en mi lugar

265

un auxilio superior

en Alfaro, que ya tiene

cabida en tu corazón...

-¡Jesús! ¡Qué barbaridá,

o qué maldita ilusión!

270

dijo la moza agraviada...

Y de allí se levantó

para acostarse a dormir,

como luego se acostó

callada hasta el otro día.
275

Ansí esa noche no habló

con Berdún ni una palabra;

ni Genaro le volvió

a decir cosa ninguna,

pero continuar pensó
280

su broma al día siguiente...

y bien caro le costó. [333]

- XLIX -

El huracán. -El rancho sin puerta. -La olla pata quebrada. -La mazamorra. -La separación.

Era de otoño a la entrada,

esa noche que Azucena

se acostó con mucha pena

por los celos disgustada;

ansí, triste y desvelada

5

algunas horas pasó,

pero por fin se durmió;

y, no siendo rencorosa,

al otro día la moza

tranquila se levantó.
10

Entre su rancho hizo fuego,

pues ni cocina tenían

ni levantarla querían

pensando en mudarse luego,

y por no tenerle apego
15

a ese lugar donde estaban,

como que allí lo pasaban

con mucha incomodidá:

pero por necesidá

las molestias soportaban.

20

Luego, entonces ya no había

de Chascomún al redor [334]

donde anidarse mejor,

pues la gente que acudía

a ese punto, no cabía;
25

y hubo familia completa,

que con sólo una maleta

y algunas jergas pasó,

el tiempo que allí vivió,

adentro de una carreta.
30

Después de esa disgustada

noche, que pasó Azucena,

muy fresquita y muy serena

fue la nueva madrugada

no habiendo en el cielo nada
35

que una tempestá anunciase,

ni temor de que se alzase

redepenete una tormenta,

tan furiosa y tan violenta

que los ranchos arrancase.
40

Pero, a las nueve del día.

poco más, o poco menos,

fue cuando se oyeron truenos;

y que al poniente se vía

un nubarrón que subía
45

el horizonte cubriendo

de oscuridá, pareciendo

lo mesmo que resultó,

pues luego eso reventó

en un huracán tremendo.
50

Media hora no más duró [335]

la furia del ventarrón,

que árboles y una porción

de ranchos arrebató;

pero Berdún consiguió
55

de que al suyo bamboleando

le dejase el viento, aun cuando

al principio le arrancó

la puerta, y se la llevó

muy lejos revoletiendo.
60

Cuando sin puerta se vio

Genaro, con un hjar

esa noche el remediar

aquella falta logró;

ansí en el marco amarró
65

el cuero con unos tientos,

lo que hizo pocos momentos

antes de echarse cansao:

porque había trajinao

a quedarse sin alientos.
70

Entre tanto, su mujer,

pasao el primer conflicto,

a las tres un asadito

sólo hizo para comer:

y gracias que pudo hacer
75

eso la pobre Azucena,

después que tuvo la pena.

en su triste situación

de mirar que el ventarrón

le maltrató su alacena.

80

Cuando el huracán pasó,

esa tarde hasta las tres

lloviznó, pero después [336]

muy lindo el tiempo siguió:

porque de nuevo salió
85

el sol, y esa tardecita

ni una sola nubecita

en todo el cielo quedó;

de suerte que continuó

la tarde muy serenita.
90

Estando pronto el asao,

junto al fogón se pusieron

a comerlo, y lo comieron

en el asador clavao;

luego el asador pelao
95

ahí quedó junto al fogón,

que hacían por precisión

en el rancho aonde dormían,

desde que allí no tenían

más cocina ni galpón.
100

Ya estaban por levantarse

al acabar de comer,

porque debían hacer

algo para resguardarse

del frío, cuando allegarse
105

miraron a un carretón,

que le traía una porción

de cosas para Azucena,

con la prometida y buena

lana para otro colchón.

Entró pues a descargar

el pión las cosas aquellas;

siendo la primera de ellas

un buen sobrecostillar

con cuero: además, un par

115

[337]

de gallinas, y un atao,

aonde había maíz pisao,

yerba, azúcar, y a más de eso

un hermosísimo queso

perfeutamente amasao.
120

Su tía, en fin, se portó

muy lindo en esa ocasión;

pues para el nuevo colchón

ni del lienzo se olvidó;

y para el fuego mandó
125

unos postes recortaos

en tres trozos bien rajaos:

cosa que necesitaban,

pues ya de leña se hallaban

en la Vitel apuraos.
130

Al ver Azucena al pión

que entró al rancho con su lana,

le dijo: «Aquí, hasta mañana

déjela en este rincón;

retirada del fogón
135

póngamela desatada;

pero bien arrinconada,

que luego yo la ataré;

y al volverse llevelé

a mi tía su frezada.»

140

Después que allí concluyó

el pión su descarga aquella,

se fue por la misma güella,

que hasta la Vitel surquió:

adonde algo churrasquió,
145

porque estaba sin comer;

y como él tuvo que hacer [338]

su churrasco, retardó

la vuelta, y cuando salió

las nueve debían ser.
150

Antes de la retirada

del pión para Chascomún,

ya la mujer de Berdún

andaba algo acoquinada

por el frío de una helada
155

que se había descolgao

estando el tiempo templao,

cuando naides la esperó,

y esa noche los pilló

con el rancho algo estropiao.
160

Ansí apurada Azucena

por el frío, se acordó

del maíz pisao que guardó

poco antes en la alacena,

y dijo: «con leña buena
165

como tengo en la ocasión,

puedo dejar el fogón

ardiendo, y de mañanita

de mazamorra tiernita

tener una provisión.»
170

Para eso determinada,

entró la moza a pensar,

cómo podría parar

a su olla pata-quebrada,

no teniendo allí más nada
175

por lo pronto en qué poner [339]

su mazamorra a cocer;

pero luego se amañó

y el pie a la olla le suplió

como lo van a saber.

180

Las ollas que los Ingleses

nos traín, para en los fogones

meterles fuego en tizones

abajo, tienen tres pieses

que hacen de trebes las veces;

185

pero, en llegando a faltarle

una pata, para hallarle

acomodo en el fogón,

debajo, por precisión,

una piedra hay que atracarle.

190

Pero Azucena no usó

de piedra ni de ladrillo,

encontrando más sencillo

el modo con que pensó

parar la olla, cuando vio

195

su marca que estaba allí,

cuya marca era una Y,

con la cual la olla calzó

por el fondo, y la dejó

firme, y bien parada así.
200

Entre tanto, su marido

trajinando continuó,

hasta que medio tapó

ciertas rendijas que vido

entre el rancho, sacudido
205

ese día como fue, [340]

con tanta violencia, que

cuando paró el ventarrón

les hizo allí una porción

de aujeros en la paré.
210

Cuando Genaro acabó

su tarea, muy cansao

vino al fogón y sentao

callado un rato pasó,

hasta que se le ocurrió
215

por broma, viendo el montón

de lana allí en el rincón,

el decir: -¿Quién será el mozo

bien querido y muy dichoso

que estrenará ese colchón...?
220

-Debe ser el aturdido,

dijo Azucena impaciente,

el grosero, el imprudente,

o el loco de mi marido,

el que, cuando esté concluido
225

mi colchón, lo estrenará;

pero, desde ahora hasta allá,

le juro, que no ha de ver

a su lao a su mujer,

y que solo dormiré!...
230

Luego, dejando el fogón;

un poncho blanco agarró

Azucena, y se envolvió

marchando para el rincón

donde encima del montón
235

de lana, toda encogida,

se acostó tan resentida,

que, aunque Genaro trató [341]

de acariciarla, lo echó,

y al fin quedose dormida.
240

Genaro desengañao

de lo inútil que sería

rogarle a quién no quería

pasar la noche a su lao,

como estaba tan cansao
245

y era tarde se acostó;

pero en el fuego dejó

a la mazamorra hervir,

y en cuanto se echó a dormir

como un tronco se quedó.
250

.....

Ya no puedo proseguir

por ahora, dijo el cantor;

y les pido por favor

que me permitan dormir;

porque, principio a sentir
255

una triste desazón,

que, siempre en toda ocasión,

en esta parte del cuento,

me causa tal sentimiento

que me duele el corazón.
260
[342]

- L -

El asesino. -La fantasma. -El hombre marcado. -La fuga.

En esa separación

como tres horas pasaron;

de ahí dormidos se quedaron

cada cual en su rincón,

y de todo se olvidaron.

5

Por supuesto, allí dejó

Azucena, abandonada

su mazamorra desierta,

que al fin se le redamó

alla al ser de madrugada:

10

Cuando ya estaba en sazón,

riquísima, porque hirvió

hasta el alba que duró

sin apagarse el fogón,

y hecho ascuas amaneció.

15

Pero a el alba ya era escasa

la llama que el fuego hacía,

pues la ceniza cubría

de cada tizón la brasa,

que ardiendo siempre seguía.
20

De manera, que el fogón

a esa hora sólo soltaba [343]

la llama que se escapaba

de alguno que otro tizón,

que el fuego reconcentraba.
25

Mucho después de la una

de la noche, apareció

resplandeciente y subió

a medio cielo la luna,

y la pampa iluminó.

30

El campo en tranquilidad

por la Vitel todo estaba;

pero, a el alba se escuchaba

de cuando en cuando a un chajá,

que lejos al sur grazniaba.
35

Lo mismo a los terutereros

apenas se les oía

de lejos la gritería;

pero son tan noveleros,

que eso poco suponía.
40

Las tres Marías a esa hora,

algo separadamente

una de la otra, al poniente

antes de nacer la aurora

bajaban lucidamente.
45

Mientras que con desconsuelo,

entonces, todas aquellas

tan luminosas estrellas

del Naciente, ya en el cielo

no brilla ninguna de ellas:
50

Cuando la luz refulgente

del sol antes de nacer [344]

las viene a empalidecer,

y luego completamente

las hace desaparecer:
55

A esa hora pues, sin ningún

ruido, un gaucho se bajó

del caballo, y se arrimó

al ranchito de Berdún,

y sin puerta lo encontró.
60

Con curiosidá prolija

luego el gaucho procuró

por donde vichar, y halló

en la puerta una rendija

que el cuero abierta dejó.
65

Y aunque adentro de la casa

no hacía candil prendido,

seguía el fuego encendido;

y por esa luz escasa

el gaucho en un catre vido:
70

Durmiendo profundamente

al hombre que iba a buscar;

y en el momento al hjar

le cortó muy suavemente

los tientos para dentrar;
75

Pero antes de eso metió

la cabeza solamente,

a ver si había más gente,

y como a naidas más vio,

entrose resueltamente.
80

Y al catre se dirigió

lo más pausado que pudo; [345]

pero, iracundo y ceñudo,

cuando a la cama llegó

llevaba un puñal desnudo.
85

Esa tarde por casual,

Genaro para abrigarse

del frío, y por no resfriarse,

su chaqueta de oficial

tenía hasta al acostarse.
90

Ansí, el infeliz, cansao,

se había acostao vestido,

y boca arriba dormido

estaba despechugao,

cuando el gaucho forajido...
95

Con una furia infernal

en cuanto se le arrimó,

en el pecho le enterró

cuasi entero su puñal,

y allí al juir se lo dejó:
100

Pues cuando quiso el bandido

sacarle el puñal, sintió

que del brazo lo agarró

como tenaza el herido,

y un rato lo sujetó.

110

Antes, una exclamación

tan fuerte Berdún soltó

cuando la herida sintió,

que Azucena en su rincón

confusa se despertó:

115

Y el poncho en esa sentada

se lo metió por el cuello, [346]

cuando del fuego a un destello

fugaz, en una mirada

vio la infeliz todo aquello.
120

Y le fue tan comprensible

todo lo que entonces vio,

que al instante resolvió

una venganza terrible;

pero el furor la cegó:
125

Pues, cuando gatiando vino

al fogón para agarrar

el asador y ensartar

por la espalda al asesino,

sólo atinó a levantar...

130

La marca que había puesto

al dejar apuntalada

a su olla pata-quebrada;

y la marca, por supuesto,

se mantenía caldiada.

135

Ansí, al sacarla volcó

la olla encima del fogón;

y, entre el vapor y el montón

de ceniza que se alzó,

una fantasma o visión

140

Vio el gaucho tan sorprendido,

cuando Berdún lo soltó,

que para juir procuró

la puerta despavorido...

por la fantasma que vio:
145

Y, en ese oscuro camino,

en la espalda al ir saliendo

del rancho, de un modo horrendo, [347]

Azucena al asesino

le plantó la marca ardiendo.
150

Cuando el fierro lo quemó

al gaucho, dio un alarido

y disparó persuadido

que la fantasma que vio

¡el demonio habría sido!
155

Ansí, espantado juyó;

y al fin, la espalda completa

del justillo y la chaqueta

la marca allí le arrancó,

al quemarlo en la paleta.
160

- LI -

La loca ensangrentada. -El puñal. -El sargento asustado. -El malón. -El incendio.

Al disparar el bandido,

recién Azucena vio

que había agarrao su marca

por cojer el asador;

y después de maldecir
5

esa su equivocación,

una vaga y triste idea

solamente le quedó

de haber sentido chirriar

la espalda del malhechor.
10
[348]

Como el rancho quedó oscuro,

porque el fuego se apagó

en cuanto la mazamorra

encima se le volcó,

una vela, ansiosamente,
15

medio temblando encendió,

y a socorrer a su esposo

llorando a gritos corrió.

Genaro estaba dijunto,

asigún le pareció

20

a la desolada esposa

cuando el puñal le arrancó,

y la sangre a borbollones

por la herida le saltó.

Al ver eso, atribulada
25

Azucena se sacó

una media, y dobladita

con una faja la ató

sobre la herida, y entonces

la sangre se le estancó;
30

pero Genaro no hablaba,

ni Azucena consiguió

el hacerle abrir los ojos;

y cuando allí lo besó

en la cara, el frío helao
35

de la muerte le sintió.

Entonces desesperada

y fuera de su razón,

con el puñal en la mano

ensangrentada salió
40

al campo a pedir socorro:

cuando errante se encontró [349]

casualmente a una patrulla

que pasaba a la sazón

por allí cerca del rancho,
45

y andaba en persecución

de unos soldaos resertores

por aquella imediación.

De esa patrulla, el sargento

al istante se avanzó
50

a la viuda, cuando daba

fuertes gritos de clamor.

Naturalmente, el sargento

lueguito le preguntó,

lleno de curiosidá,
55

¿diadónde y por qué razón,

vestida a la madrugada,

tan llena de confusión

salía con un puñal?

Azucena contestó
60

fuera de sí: -¡Porque han muerto

a Berdún!...

-¡Cómo! exclamó

el sargento. ¿A qué Berdún?

-A mi esposo, respondió

la viuda, temblando de ira;
65

y al sargento se acercó.

-Pero, ¿dónde está el dijunto?

venga usted a mostrármelo.

-Ahí está; en ese ranchito,

bien cerquita; vealó.
70

-Y ¿quién ha muerto a su esposo?

-¡El demonio! O qué sé yo

si no habrá sido usted mismo, [350]

el maldito matador...

Sí, sí; ya no tengo duda,
75

usted ha sido el malhechor.

-¡Cómo dice!... ¿Está borracha?

-Es usted el muy borrachón,

y asesino...

-¡Voto al diablo!

dijo el sargento... Y mandó
80

amarrarla en el momento:

lo que apenas se logró;

porque, furiosa Azucena,

a un soldao que se arrimó

para agarrarla del brazo,
85

con el puñal lo embistió

al tiempo que otro soldao

de atrás vino y la abrazó,

y entonces con mucho riesgo

el puñal se le quitó.

90

El día estaba naciendo

al tiempo que esto ocurrió,

y cuando al rancho el sargento

con dos soldaos se metió,

lo vido muerto a Berdún;

95

pero naidés lo tocó,

porque en ese mesmo instante

otra patrulla pasó,

disparando a media rienda

y gritando: «¡Vamonós
100

a reunir, que ya viene

la Indiada cercandonós!»

Ansí, al alba los chafases

anunciaban el malón; [351]

y también los teruteros
105

gritaban en confusión;

pues de lejos les tomaron

a los Indios el olor:

y eso fue precisamente

cuando la aurora apuntó.
110

Mesmamente; a poco rato

ya la algazara se oyó

tan cerca de la Vitel,

que la patrulla juyó

con Azucena en las ancas
115

de un soldao que la cargó,

y de allí hasta San Vicente

el sargento la llevó,

adonde al juez del partido

al instante la entregó
120

atada, y con el puñal

que al prenderla le quitó.

A las cuatro, esa mañana,

en la Vitel no quedó

del ranchito de Berdún,
125

más que un escaso montón

de ceniza, y nada más:

ni siquiera un chicharrón

de Genaro pudo hallarse,

por más que se registró.
130

Ansí, al dijunto, decían

que el fuego lo consumió;

y su muerte todo el sur

mucho tiempo lamentó, [352]

sin poderse averiguar
135

nunca quién lo asesinó:

pues, no se pudo rastriar

a naides, porque dejó

una infinidá de rastros

la Indiada, cuando quemó
140

los ranchos en la Vitel,

y de allí se retiró

arriándose como siempre

todo el ganao que pilló.

Por fin, como iba diciendo,
145

la partida disparó,

y esa tarde a San Vicente,

poco después de las dos,

vino a entregar a Azucena;

y, al punto que la entregó
150

al alcalde y que le vido

el ceño amenazador

a la moza, y como estaba

de ensangrentada, mandó

ponerla en el calabozo,
155

en incomunicación,

pero que la desataran

al mismo tiempo ordenó.

Luego, el alcalde al sargento

a declarar le obligó,
160

el cómo, el cuándo y adónde

a la mujer agarró.

El sargento, como es ley,

antes de todo juró

que diría la verdad,
165

y a declarar principió [353]

diciendo: Que, muy al alba,

esa mañana topó

con Azucena en el campo,

juyendo; y que la encontró
170

vestida, y con el puñal

con que a la cuenta mató

ella mesma a su marido;

pues que el sargento lo vio

recién muerto en su ranchito;
175

y que su gente rondió

por allí toda esa noche,

y que a naides se miró

junto al rancho del finao,

hasta la hora en que salió
180

como a escaparse Azucena:

cosa que no consiguió,

porque parecía estar

borracha cuando cayó

en medio de la patrulla,
185

y al sargento le achacó.

la muerte de su marido;

y que, cuando se trató.

de asigurarla, a un soldao

con el puñal lo embistió,
190

felizmente al mismo tiempo

que otro soldao la abrazó

por detrás, hasta quitarle

el puñal, que lo soltó

a fuerza de tironiarla;
195

y que entonces se fingió

la loca para entregarse.

Por último declaró

el sargento, que la Indiada [254]

allí cuasi lo agarró,
200

y que a Chascomún no pudo

meterse, por la razón

que los Indios lo cortaron

cuando a ese lao disparó.

Y después de ese chorizo
205

de mentiras que ensartó

con verdades y apariencias,

su declaración firmó.

Dos soldaos de la partida

también su declaración
210

hicieron ante el alcalde,

más o menos al tenor

de aquella que dio el sargento:

que esa tarde se largó

a Cañuelas con su gente;
215

y Azucena se quedó

tirada en el calabozo,

diaonde luego la llamó

el alcalde a que le diese

también su declaración.
220

Para eso, descoyuntada

la infeliz se presentó,

loca rematadamente,

cosa que el juez no creyó.

.....

Santos Vega iba a seguir
225

hablando, pero alvirtió

que estaban Juana Petrona [355]

y su marido, los dos,

lagrimiendo tristemente;

y temiendo el payador
230

que a la moza allí le diera

otro mal de corazón

y empezara a pataliar,

a Vega le pareció

prudente el no proseguir

235

el cuento; y lo suspendió

al instante en que por suerte

o casualidad cuadró

que el gallo medio-nochero

las doce en punto cantó.
240

- LII -

La villa de San Vicente. -La prisionera. -El calabozo. -El juzgado de campaña. -El alcalde
tilingo. -El interrogatorio. -La reyerta.

Ahora verán la reyerta

que en esa triste ocasión

entre el alcalde tilingo

y Azucena se trenzó,

la tarde que en San Vicente
5

el sargento la entregó. [356]

Era alcalde en esa villa

un Montañés fanfarrón

muy porro, y cuasi redondo

como bala de cañón,
10

desasiao en su persona,

pero medio bonanchón.

Yo lo conocí, y me acuerdo

que, cuando se festejó

la jura de Carlos cuarto
15

en Buenos Aires, se armó

una comedia, de puros

comediantes de afición;

en la cual a dicho alcalde

hacer de Rey le tocó,
20

mostrándose enamorado

de una Turca, o qué sé yo.

El maestro de la comedia

tres semanas trabajó,

lidiando con el alcalde
25

día a día con tesón,

para enseñarle a poner

la mano en el corazón,

y así decirle a la Turca

al mostrarle una pasión:
30

¡Tengo en el pecho un volcán!

Mas, cuando el caso llegó

de que saliese al tablao,

las liciones olvidó,

o no sabiendo el Monarca
35

lo que era un volcán, salió [357]

su saca-rial-majestá

medio azoran, y gritó

con la mano en el gañote

¡Tengo en el pecho un balcón!...

40

La Turca soltó la risa

y de babas le llenó

la cara al Rey pescuecero,

y el auditorio salió

a la calle a carcajadas,
45

y ol primero que puntió

entonces fue don Faustino,

que de reírse se enfermó

lo mesmo que otros puebleros;

de suerte que se acabó
50

la comedia el empezarse,

y solito se quedó

su majestá en el tablao

como piedra de mojón.

Pues bien, ese fue el alcalde
55

mulita que le tomó

a la infeliz Azucena

su primer declaración.

Para eso, del calabozo

un soldao se la llevó
60

en ayunas, como estaba,

porque allí no se le dio

ni agua a beber ese día

que hizo un terrible calor. [358]

Ansí, sumamente débil,
65

el tal soldao la obligó

a ir al cuarto del alcalde

adonde Azucena entró

sollozando, y desconfiada

con la vista registró
70

del lugar en que se hallaba

hasta el último rincón.

Luego, con gestos y muecas

de extrañeza, reparó

que atrás de una mesa grande
75

parecida a mostrador

estaba sentao el juez,

muy tieso, y con su bastón,

en una silla de suela

adonde cabrían dos.

80

Al mirar eso, Azucena

en su delirio creyó

que aquel hombre era barbero,

o a lo menos pescador,

porque tenía una caña

85

de tres varas por bastón.

Una triste risotada

con esa creencia soltó;

pero, otra vez lagrimiendo

Azucena se agachó
90

para ver bajo la mesa,

donde con asco miró

que el juez estaba en chancletas

y con medias de pisón. [359]

De ahí, frunciendo las narices,
95

dijustada se sentó.

El alcalde, que en silencio

estuvo desde que entró

la loca, a quien él miraba

con muy prolija atención,
100

esperando verle así

el fondo del corazón,

cuando la vido sentarse

tan confiada, le gritó:

-¡Cómo es eso! paresé
105

ligero, porque aquí no

se sienta preso ninguno...

Azucena se riyó,

y altiva díjole al juez:

-Pues, aquí me siento yo,
110

y no quiero levantarme

ni entrar en conversación

con usted, señó barbero

chancletudo, sepaló;

pues no me gusta su traza,
115

y le tomo fiero olor,

porque usted nunca se lava

los pieses. Laveselós,

y hágase cortar los vasos:

eso le será mejor
120

que encerrar a una mujer

desdichada como yo,

después de ser usted el mismo

que a mi esposo asesinó. [360]

-¡Esta, sí, que es taculona!
125

¿si estará loca?... Aunque, no

dijo el alcalde entre sí.

Esta gaucha veo yo

que es una desorejada,

astuta de profesión,
130

que pretende hacerme creer

que ha perdido la razón,

haciéndome comulgar

con ruedas de carretón.

No me equivoco, y consiento
135

en mostrarme bonanchón,

hasta ver adónde van

sus maquinas: veamosl6...

Bueno, pues: dejese estar

sentada, el juez replic6;
140

pero, a decir la verd6.

prep6rese, porque no

le han de valer fingimientos,

ni muecas, ni esa porci6n

de suspiros, lagrimeos
145

y gestos, que todos son

maquines; y nada más.

Aquí lo que quiero yo

es que hable usted la verdad

como delante de Dios,
150

¡porque yo soy la justicia!

-Pues, oiga, le contestó [361]

Azucena; yo lo creiba

un barbero, o pescador;

pero ahora veo que tiene
155

facha de ajusticiador,

o verdugo, que es lo mismo;

por eso usted me amarró

hoy, cuasi a descoyuntarme,

y hasta que me desató
160

al meterme en ese cuarto

jediondo, aonde me encerró...

Pero... deje estar no más:

todo se lo diré yo

a Gena... Y en ese instante
165

la lengua se le anudó.

-Esta es cómica..., entre sí

dijo el juez, y la dejó

proseguir la pantomima

que el Montañés presumió
170

que estaba haciendo Azucena;

pero cuando se paró

pálida, desmelenada

y convulsiva, temió

el juez no hallarse seguro:
175

y de miedo, a precaución,

el puñal que estaba encima

de la mesa, lo agarró

a un descuido de Azucena

y con llave lo guardó.
180

Luego, en seguida el alcalde

suavemente le mandó [362]

que tranquila y sin recelo

diera su declaración,

para mandarla a su casa
185

esa tarde a la oración.

Azucena, a tal oferta

algo se tranquilizó;

pero, siempre sollozando,

nuevamente se sentó.
190

En ese momento el juez,

lo primero que le habló

fue preguntarle su nombre.

-Isabel, le contestó.

-Vamos, vamos, dijo el juez;
195

no es ese su nombre, no,

mire que aquí la conocen.

Hable la verdá: si no,

tendrá usted que padecer;

y eso no deseo yo.
200

Usted se llama Azucena.

¿No es verdá esto?

-No, señor:

eso no es cierto, velahí;

a mí se me bautizó

con el nombre de Isabel
205

eu Chascomún: crealó.

-Bueno: y ¿díaónde viene usté?

-Del cuarto aonde me encerró

usté mesmo, ¿no se acuerda?

Y, ¿por qué así me trató,
210

supuesto que me conoce?

-Vamos, eso ya pasó.

Ahora la voy a tratar, [363]

creo que mucho mejor,

si usted me contesta bien.
215

Azucena se cubrió

la cara para llorar,

y sus lágrimas secó

sirviéndole de pañuelo

la manga del camión.
220

-Dígame, dijo el alcalde:

¿en qué parte la prendió

hoy al alba la partida?

-¡Qué prender, ni prendedor!

A mí naides me ha prendido;
225

fui, por mi desdicha, yo

que topé a esos malhechores

en mi desesperación.

-Y ¿díaónde venía usted

cuando a esos hombres topó?
230

-¡Díaónde vine! De mi rancho,

donde muerto se quedó

mi desgraciado marido...

-Pero; allí, ¿quién lo mató?

-Eso ha de saberlo usted
235

que es tan averiguador.

-Ya lo sabré; deje estar,

el alcalde replicó;

pero, siga respondiendo:

¿a qué horas se recogió
240

usted anoche?...

-No me acuerdo.

-¿Ni de con quién se acostó

no quiere acordarse aquí?

-Con naides me acosté yo. [364]

-Entonces, ¿durmió solita?
245

-Dormí sola, sí, señor.

-¿Y, por qué durmió solita?

-¡Qué! ¿es usted mi confesor?

No sea tan majadero:

¡vaya un hombre preguntón!
250

Cuando ya siento que aquí

me duele hasta el corazón.

-¿Por qué, pues, durmió solita

-Porque la gana me dio;

y no sea fastidioso...
255

ya basta; porque, si no,

ahí lo dejaré sentao

detrás de su mostrador,

y me mandaré mudar:

de otro modo, a la oración
260

no podré estar en mi casa,

pues ya va a ponerse el sol,

y si piensa entretenerme

usté, con mala intención,

puede dirse a los infiernos,
265

y al diablo entretengaló.

-¡No sea desvergonzada!

el alcalde le gritó

con tal furia, que Azucena

del grito se intimidó,
270

mucho más cuando el alcalde,

levantando su bastón,

le dijo: ¡Respetemé,

como debe! Pues, si no,

vuelvo a mandarla encerrar

275

sin más consideración.

Respuesta atenta, si quiere [365]

que la suelte a la oración;

pero, diga la verdad

¿a qué hora se levantó,
280

esta madrugada, usted,

vestida como salió

y armada a pedir socorro?

Azucena recordó

aquel aciago momento,
285

y llorando contestó:

-¿Qué quiere que le respuesta?

¡Cómo pude saber yo

a qué hora me levanté,

o más bien me despertó
290

el doloroso quejido

que mi Genaro lanzó!

¡ay de mí! Cuando a la aurora

al lado mío espiró...

-Y, ¿cómo estaba vestida
295

usté? y ¿por qué madrugó

a oscuras? Respuendame.

-Pero, por amor de Dios:

yo estaba vestida así,

como el día me agarró
300

con mis medias, la camisa,

las naguas y el camisón.

-Y ¿por qué para acostarse

usted no se desnudó?

y, ¿por qué de su marido
305

anoche usted se apartó?

-¿Qué le importa eso por qué...?

No quiero decírselo

a usted ni a nadie; y tampoco [366]

quiero más conversación:
310

lo que quiero es irme a casa...

Y a salir se preparó.

-Pues basta, dijo el alcalde,

que de esa separación,

que hizo esté de su marido
315

cuando solita durmió,

no declare aquí el porqué

claro lo comprendo yo,

desde que al amanecer,

cuando su esposo espiró,
320

usté, queriendo escaparse,

ansí vestida salió

con el puñal en la mano...

¿no es verdá? Confieseló.

-¡Qué puñal! Yo nunca tuve
325

puñal ninguno, ¡por Dios!

-¡Cómo es eso! Dijo el juez:

¿niega usted que se le halló

este puñal en la mano?...

Y el juez se lo presentó
330

ensangrentao hasta el cabo,

diciéndole: ¡vealó!

y mírese usted esa sangre

que tiene en el camión:

sangre con la que su esposo
335

el vestido le manchó,

cuando usted... sin duda alguna,

este puñal le clavó.

-¡Ah, pícaro! Dijolé

Azucena... y se lanzó
340

como tigre sobre el juez; [367]

pero, al vuelo, la agarró

el soldado que estaba atrás,

a quien furiosa mordió

la infeliz: y convulsiva
345

desmayada se cayó.

Así mismo, desmayada,

el juez de nuevo mandó

meterla en el calabozo.

Luego, el alcalde escribió,
350

hasta tarde de la noche,

con otro que le ayudó

a cumplir esa tarea,

y después que reunió

todas las declaraciones,
355

hizo un lío y lo pegó

con miga de pan mascao.

Después, a un cabo llamó

y le dijo: -Aprontesé

para salir a las dos
360

de la mañana, sin falta,

con tres soldaos: busquelós

entre los de más confianza;

porque irá usted en comisión

a Buenos Aires derecho,
365

llevando con precaución

a una mujer criminal

que esta mañana mató

al marido en la Vitel.

Estos los papeles son
370

con que usted la entregará;

pero, entonces, hagalo

después de tomar recibo, [368]

y el recibo traigalo.

¡Cuidao con estos papeles!
371

no los pierda: tomelos.

A la presa llevala

desde acá en el carretón

livianito, que ahí está

debajo de mi galpón;
380

pero, mande que le pongan

en el lecho una porción

de paja, o de pasto seco.

Ninguna conversación

le permita en el camino
385

con naides: entiendaló;

y con cerrojo y candao

cierre bien el carretón.

Ensillen buenos caballos,

y mañana a la oración
390

estará usted en Buenos Aires

sin falta. Vaya con Dios.

Estas órdenes el cabo

puntualmente las cumplió;

así fue, que a la ciudad
395

al otro día llegó

a las siete de la noche,

y en la cárcel entregó

a la infeliz Azucena

tan loca, que, cuando entró,
400

el alcaide compasivo

al verla se conmovió;

y al instante, el que le dieran

algo qué comer mandó. [369]

- LIII -

La encarcelada. -El médico Gafaró. -Pica-pica. -La rasquiña.

Treinta y un años cumplió

la viuda en el mes aquel,

que Berdún en la Vitel

asesinado murió;

y poco desmereció
5

Azucena en su hermosura,

hasta que al fin la locura

en algo la quebrantó,

y así mesmo conservó

cuasi toda su lindura.
10

En la mesura tarde aquella,

que a Buenos Aires llegó

Azucena, recibió

la noticia doña Estrella;

y don Faustino con ella,
15

de su casa, sorprendidos,

en el momento afligidos

a la cárcel se vinieron,

donde en la alcaidía fueron

cortésmente recibidos.
20

La señora, atribulada,

al alcaide en cuanto entró

temblando le preguntó: [370]

¿si era su querida ahijada

la presa recién llegada?
25

Y el alcaide, por no errar,

se redujo a contestar:

-Señora, yo he recebido

una presa que ha venido

del campo, y loca de atar:
30

Y, aunque me ha dicho un soldao

que acá el juez la ha remitido

porque mató a su marido,

tanta lástima me ha dao,

que en un cuarto separao
35

ya está con toda asistencia;

pues creo en Dios y en conciencia,

que, si llega a recobrar

la razón, ha de probar

su más completa inocencia.

40

Mucho trabajo costó

para hacerla entrar aquí;

pero, delante de mí

la furia se le calmó:

es verdá que entonces yo
45

tan cariñoso le hablé,

que cuando le pregunté:

¿cómo se llama, amiguita?

llorando la pobrecita

dijo: Me llamo Azucé...
50

Y el alcaide no acabó

el nombre, o palabra aquella,

cuando, al suelo doña Estrella

acidentada cayó;

y don Faustino salió

55

[371]

gritándole a su cochero

«¡Andá, Juan, traime ligero

al médico Gafaró!»

quien tan ligero asistió,

que se vino sin sombrero.

60

En cuanto vio a la señora,

dijo el médico; «A sangrarla

voy al instante, y dejarla

que descanse aquí media hora;

pongámosla por ahora
65

aquí en este canapé;

pues cuasi no dudo que

esto pronto pasará;

luego, a su casa de acá

yo con ustedes iré».
70

Ansí lo hizo; la sangró

al instante a la señora,

y esperando su mejora

allí el dotor se quedó;

entre tanto, le rogó
75

el patrón que ¿si podía,

y el alcaide consentía,

el médico allí de paso

darle a Azucena un vistazo,

a ver qué le parecía?

80

Como el alcaide cedió,

imediatamente fueron

con el médico, y abrieron

una prisión, aonde entró

el doctor y se encontró

85

[372]

con Azucena en cuclillas,

los codos en las rodillas,

muy arrinconadita,

y con las manos quietita

puestas sobre las mejillas.
90

-Buenas noches, paisanita,

díjole con voz serena

el dolor; pero Azucena

lo miró muy tristecita.

¿No me conoce, amiguita?
95

Le repitió conmovido

el médico. -¡Sí! Usted ha sido,

contestó la loca, al que

en la espalda lo marqué,

cuando mató a mi marido...
100

Y furiosa se paró,

amenazando lanzarse

al doctor, pero al pararse

como muerta se cayó.

Así la reconoció
105

el dotor calmadamente,

y dijo: -Ya es suficiente,

señor alcaide. Estoy cierto

de que esta loca no ha muerto

a naides, y está inocente.
110

Pongámosla en su camita,

que pronto se dormirá;

y la luz llevemoslá,

porque no la necesita;

y luego, la pobrecita,
115

si con luz se levantara [373]

disvariando, y se pasase,

no sería cosa rara,

que a la vela se arrimara

la infeliz, y se quemase.
120

De allí al instante volvió

el médico a la alcaidía,

y doña Estrella seguía

cuasi como la dejó;

entonces se resolvió
125

el que sería acertao,

el llevarla con cuidao,

bien abrigada en el coche,

a su casa, aonde esa noche

pasó el dotor a su lao.

De la cárcel, al marchar

en el coche, a don Faustino

el médico le previno,

que un instante iba a bajar;

y así fue que, al enfrentar
135

a una botica, se apió;

pero, como algo extraño,

allí le dijo al cochero

-Préstame, Juan, tu sombrero,

y andá no más, ya voy yo.
140

El dotor en la botica

apurao compró un frasquillo

de agua de olor a zorrillo

y un papel de pica-pica;

polvo que a quien se le aplica,
145
[374]

aunque sea en un talón,

luego le da comezón,

y le causa un rascadero

que se pasa el día entero

en aquella diversión.
150

De ahí, el médico corrió

con la medicina aquella,

y sin habla a doña Estrella

estirada la encontró;

pero, en cuanto le arrimó
155

el frasquito a la nariz,

a manera de lumbriz

la señora se encogió;

y desde ya principió

su mejoría feliz.
160

Volvió el dolor a arrimarse

y en las sienes la pulsó,

y la señora empezó

las orejas a rascarse...

¡Bueno! Ya va a mejorarse,
165

dijo el doctor muy ufano;

y al agarrar de la mano

al patrón para sentarse

a su lao, luego a rascarse

principió don Bejarano.
170

-¡Qué diablo de rascadero,

dijo el patrón, nos ha entrao!

A la cuenta hemos sacao

de la cárcel un pulguero;

¡sea por la Virgen! Pero,
175

¿qué piensa usted de mi ahijada?

-Que está loca rematada, [375]

dijo el doctor tristemente,

y también que es inocente

de lo que viene acusada:
180

Y que es de necesidá

la más precisa y urgente,

sacarla inmediatamente

del lugar en donde está;

mudanza que ordenará
185

en justicia el tribunal,

si el médico principal

reconoce la locura,

y pidiere con premura

la manden al hospital.
190

-No, amigo: eso no se hará,

dijo el patrón; si Azucena

fuese al hospital, de pena

mi esposa se morirá.

A nuestra casa vendrá,
195

y eso lo conseguiremos;

y en casa la cuidaremos

con esmerada asistencia;

pues también de su inocencia

ninguna duda tenemos.
200

Lo que es necesario hacer,

y ya debemos tratar,

es, amigo, de engañar

a mi afligida mujer,

haciéndole comprender
205

por ahora, tan solamente,

que Azucena está demente;

y que en cuanto a su marido, [376]

de quién lo ha muerto o herido

no se sabe hasta el presente.

210

Ansí mesmito lo hicieron;

en cuanto se mejoró

la señora, se creyó

todo lo que le dijeron;

y en ancas le prometieron,

215

que en su casa la tendría

a su ahijada en ese día,

lo más tarde a la oración

diligencia que el patrón

hacerla solo debía.

220

Mas, a pesar de que el juez,

con la mayor y más buena

voluntá por Azucena,

tomó en su alivio interés,

sólo tres días después
225

de que a la cárcel entró,

su locura se probó;

y entonces, de aquel destino

a su casa don Faustino

llevar su ahijada logró.
230

Larguísimo, y cosa dura

ahora sería el contar

los trabajos sin cesar,

los sustos y la amargura

que en dos años de locura
235

Azucena allí le dio;

hasta que al fin consiguió,

siempre a cariños con ella,

la señora doña Estrella

su deseo, y la curó.

240

[377]

Entre tanto, del marido

de Azucena, ni se hablaba;

pues medio mundo afirmaba

que Berdún había sido

por el fuego consumido
245

el día que lo mataron,

y los Pampas le quemaron

su pobre ranchito, aquel

en la laguna Vitel,

aonde al difunto no hallaron.
250

.....

Ahora, yo debo dejar

las cosas en este estao...

dijo el payador cansao

o con ganas de pitar;

porque voy a refrescar

un istanle la memoria,
255

sin tener escapatoria,

no queriéndome turbar

cuando estoy al rematar

de los Mellizos la historia.

[378]

- LIV -

Pacto con los indios. -El virrey Sobremonte. -Los misioneros. -Las cruces de palo. -Los cambalaches. -La paz.

En aquel malón funesto,

cuando al infeliz Genaro

su estancia del Cardalito

los Ranqueles le quemaron,

Cambien a la de la Flor

solamente le dejaron,

las taperas y el ombú.

Era allí tanto el ganado

que tenía don Faustino,

que todo no se lo arriaron
10

esa ocasión los salvajes;

porque disparó asustado

a esconderse el novillaje

en las costas del Salado.

Luego, como las Indiadas
15

por espacio de dos años

siguieron dando malones,

el patrón don Bejarano

en repoblar a la Flor

no pensó, pues asustado
20

dispuso mudarse al norte,

donde tenía otro campo. [379]

A esa mudanza resuelto,

trató de trair el ganado

que pudieran recogerle
25

en la costa del Salado,

adonde dejuramente

debería andar alzado,

pues a no cair al rodeo

ya se habría acostumbrado.
30

Como era hombre tan platudo

el patrón don Bejarano

todo lo facilitaba;

así, con plata y mandando

trujo su ganado aquel,
35

y consiguió aquerenciarlo

muy cerca del Pergamino

en las puntas de Ramayo,

y fue allí que se pobló

a inmediación del curato,
40

donde estaba el patroncito

de cura hacían tres años.

De allí a tres cuartos de legua,

siempre enfermo y atrasado

vivía el otro Mellizo,
45

Jacinto, el apostemado,

por el golpe que en el pecho

le dio la argolla del lazo,

aquel día que en la yerra

enlazó un novillo bravo

50

[380]

y se le rompió la armada

al tiempo de sujetarle.

Desde esa ocasión, el pobre,

Jacinto tuvo un atraso

infeliz en su salú,

55

y quedó inutilizado

para seguir su trajín

de acarriador de ganado,

con el cual mucho agenciaba

porque estaba acreditado.

60

Ya dije, y creo que ustedes

quizás no habrán olvidado,

que Jacinto y el curita

de un mesuro pecho mamarón,

y ese fue el de doña Estrella
65

cuando güerfanos quedaron

los Mellizos en la Flor,

y a su cargo los tomaron

don Faustino y la señora

y como a hijos los trataron.
70

Luego como allí Azucena

era muchachita cuando

Luis, Jacinto y el curita

a caminar empezaron,

al ser algo grandecitos,
75

ya se trataban de hermanos

con Azucena también,

la más linda de los cuatro,

y la que les enseñaba

a rezar a sus seis años.
80

Por estos antecedentes, [381]

citando infeliz y postrado

de salú se vio Jacinto,

era en un todo auxiliado

por don Ángel el curita,
85

y el patrón don Bejarano;

pero, así mesmo el enfermo

siempre trajinaba en algo,

y sin salir de su casa

se entretenía sembrando,
90

ayudao por su mujer

y su hijita de cinco años,

perla que se la envidiaba

¡Alma bendita! Genaro,

a quien no le dio Azucena,
95

en el tiempo de casado,

mas que dos hijos varones;

pero los dos no pasaron

del mal de los siete días;

y ya no tuvo más parto.
100

Ahora, dejaré a Jacinto

en su chacra trajinando,

donde pronto volveré

por necesidá a buscarlo;

pero, antes de eso preciso
105

todavía decir algo

de la loca en Buenos Aires,

para seguir mi relato.

Por supuesto, a doña Estrella,

en su casa el primer año,
110

de su locura Azucena

le dio sustos y trabajo,

hasta que a los trece meses [382]

la loca empezó despacio

a recobrar su razón;
115

pero, allí de cuando en cuando,

de golpe se le aflojaba

la chaveta; y, sin embargo

no era cosa de temerle,

sino que por el contrario
120

el oirla desatinar

divertía en ciertos casos.

Siendo el señor don Faustino

un hombre hasta emparentado

en la ciudad con la gente
125

más copetuda y de rango,

visitaban en su casa

los médicos y abogados,

los oidores, el obispo,

y el virrey recién nombrado
130

en ese tiempo, que fue

en mil ochocientos cuatro:

cuando al marqués Sobremonte

el rey de España ese cargo

le mandó y la facultá
135

(se dijo) de hacer un palo

de convenio con los Indios,

para comprarles los campos

que sin plata pretendían

trajinarles los cristianos;
140

enviándoles misioneros

con cruces y escapularios,

bendiciones, estampitas

y ofertas de bautizarlos.

A eso, en tropillas los padres,
145
[383]

aunque bien intencionados,

se largaban al disiento;

y como en un campo-santo

en las tierras de los Indios

plantaban cruces de palo,
150

y con bendecirlas creiban

el negocio terminado.

Pero los Indios querían

cruces de pesos cortados,

que había muchos entonces,
155

porque venían situados

de pura plata cortada

y de pesos colunarios.

Eso querían los Indios,

no santitos ni rosarios,
160

prendas que no conocían.

¡Pata en tierra, plata en mano!

por sus terrenos, decían;

o al menos cambalacharlos,

proponían los salvajes,
165

por aguardiente y tabaco;

u otras cosas, como ser,

bayeta, liencillo y paño;

que es lo que les dio el virrey,

pero ¡plata! ni un otavo.
170

Pues bien, así consiguió

tan de una vez contentarlos,

que luego en puntas los Indios,

apenas se firmó el pato [384]

de la paz, confiadamente
175

con sus chinas principiaron

a venirse de sus toldos

con mancarrones cargados

de jergas y ponchos pampas,

quillapices de guanacos,
180

plumas de avestruces, chuspas,

cueros de gama y venado,

cargas de sal en zurrones,

vendiendo o cambalachando

todo eso, hasta en Buenos Aires,
185

adonde muy sosegados

venían a sus trajines,

que hacían con los cristianos

en esa paz que duró

felizmente un tiempo largo;
190

y por eso las estancias

en el sur se repoblaron,

y algunas se establecieron

al otro lao del Salado.

Pues bien, a esa paz dichosa

195

sucedió luego un milagro

portentoso (dijo Vega);

y muchos que desgraciados

para siempre se contaban,

fueron muy afortunados,
200

y felices de la vida

que hasta hoy están disfrutando.

Eso lo sabrán después,

porque ahora estoy en el caso [385]

de darle otro giro al cuento,
205

pues hablar es necesario

de un truquiflor muy reñido,

que en cierta noche jugaron

cuatro personas en casa

del patrón don Bejarano.
210

- LV -

El truquiflor. -El obispo. -El oidor. -El patrón. -Los gritones. -El gato asustado. -El pelado.
-El vale cuatro. -Los reproches.

Pues que de un partido al truco

ahora voy a contar algo,

dijo el viejo Santos Vega,

empezaré recordando

un refrán gaucho, que dice
5

¡No hay hombre cuerdo a caballo!

A lo que yo añadiré...

¡No hay hombre serio jugando

al truquiflor! Esto es cierto;

y ahora voy a demostrarlo.

Cuasi todos los parientes [386]

del patrón don Bejarano,

en el invierno de noche

venían de tortulianos

y en su casa a la baraja
15

se entretenían jugando

a la biscambra, al tresiete,

y al truco de cuando en cuando;

juego en el que eran capaces

de asustar al mismo diablo,
20

con los gritos que se daban

al calentarse trucando,

o al echarse un contraflor;

por supuesto, jaraneando,

pues, allí todos los que iban
25

eran de don Bejarano

(como se suele decir)

amigos de rancho y gancho,

y unos a otros se decían

bromas de todo tamaño.

30

A las siete, noche a noche,

y otras veces más temprano,

los tahures de la partida

ya estaban allí orejiando

las cartas: pero, a las nueve,

35

apenas el campanario

tocaba en Santo Domingo

la agonía, bostezando

ya se iban los jugadores

a sus nidos trompezando.
40

El obispo y un oidor [387]

eran muy aficionados

al truquiflor, y por eso

se venían muy temprano

a fin de hallar en la mesa
45

asientos desocupados.

Estos dos mismos señores,

una noche que dentaron

a casa de don Faustino,

a la oración, lo encontraron
50

tan solo con doña Estrella

en la sala platicando.

Su ilustrísima el obispo,

luego que le dio la mano

a besar a la señora,
55

preguntó por el estado

en que se hallaba Azucena,

y en su salud interesado,

pues que la apreciaba mucho

por haberla él confirmado.
60

El patrón y la patrona

lueguito le contestaron

que ya estaba cuasi buena,

como iba a verla el prelado,

porque Azucena venía
65

a la sala a cada rato.

-Pues, señor, dijo el obispo,

me alegro; y vamos armando

entre los cuatro un partido

al truco...

-Sí, señor, vamos,

70

[388]

dijo el patrón; y en seguida

en la mesa se cruzaron

doña Estrella y don Faustino

contra el oidor y el prelado,

quien siempre jugando al truco

75

gritaba a puño cerrado.

Para no olvidar el vicio,

cuando estuvieron sentados,

se tomó una narigada

de polvillo colorado
80

el obispo, y preguntó:

-¿Hasta qué pieza jugamos,

hasta el siete?...

-No, hasta el dos,

contestó don Bejarano.

-Me gusta, dijo el obispo.
85

-Pero bien ¿cuándo paramos?

doña Estrella preguntó

con su bolsita en la mano.

-¡Dos riales! dijo el oidor,

una peseta sacando

del bolsico, siendo un viejo

platudo y acaudalado.

-¡Dos riales! ¿tenés valor,

primo? No seas tacaño,

doña Estrella replicó;
95

al menos, juguemos cuatro.

-¡Cállate, mujer! ¿no sabes

que el dinero anda a caballo

hoy día? dijo el oidor. [389]

No, prima mía, no paso
100

de dos riales. Aquí están

los míos...

De ahí, bolsiquiando

el obispo, don Faustino

y la señora, juntaron

la parada, y la pusieron
105

en un platito dorado.

Debo advertir que el obispo

allí se había sentado

a la zurda del patrón;

quien de un naípe empaquetado
110

sacó los ochos y nueves,

y después de barajarlo

dio las cartas, y de muestra

echó el Perico de bastos.

En esa primera dada,
115

el patrón, sin ser extraño,

le dio al obispo una flor

con la Perica y el cuatro,

y de yapa la espadilla

que es truco superiorazo.
120

En esa dada también

el mismo don Bejarano

se dio otra flor infeliz

compuesta del rey de bastos,

que es decir, con el Perico,
125

un cinco y un cuatro falsos. [390]

Luego que vido sus cartas

el obispo, siendo mano,

como que estaba a la zurda

de don Faustino sentado,
130

cantó... ¡Flor!

-Como la mía,

díjole don Bejarano,

al tiempo que doña Estrella

le hizo seña, que en la mano

el dos de triunfos tenía
135

felizmente asegurado.

-Flor chica, dijo el obispo.

-Pues críela con cuidado,

contestole don Faustino,

con intención de agarrarlo
140

en el truco y presumiendo

atracarle un vale cuatro,

o un retruco por lo menos.

Después de que se achicaron,

por delante la espadilla
145

jugó a su vez el prelado.

Como tenía el perico,

le trucó don Bejarano.

El obispo que guardaba

la perica con el cuatro
150

todavía de reserva:

-¡Quiero! dijo, esperanzado

en que la espadilla es triunfo.

Entonces con el caballo

le hizo la primera baza

155

[391]

el patrón, y... ¡háganse cargo!

con qué intenciones saldría

jugando su cinco falso...

A esta carta con un tres

salió el oidor apretando,
160

y al tres con el siete de oros

la señora le dio palo.

Su ilustrísima que estaba

con dos triunfos en la mano,

a pesar que la señora
165

le venía forcegiando:

-¡Retruco! dijo el obispo,

dándole tal puñetazo

a la mesa, que del susto

echó a disparar el gato.
170

-No me lo asuste al morrongo

ni a mi mujer... ¡Vale cuatro!

Y del grito que pegó

clon Faustino, disparando

con la cola entre las piernas,
175

el pelao salió ladrando.

-¡Quiérole...! largó el obispo

lo mesmo que un cañonazo;

y al siete de doña Estrella

le metió ahí mesmo el prelado
180

su perica, y muy garifo [392]

jugó en seguida su cuatro,

que al truquiflor, ya se sabe,

es un triunfo soberano.

Al ver tal triunfo en la mesa,
185

y que el patrón Bejarano,

que fue el de la flor, no pudo

apretarla, y no contando

con su prima para nada,

gritó el oidor muy ufano:
190

-¡Que viva mi compañero!

-Primo, te has equivocado

y yo quiero corregirte,

díjole con mucho garbo

doña Estrella. Decí, primo:
195

¡que viva este dos de bastos!...

Y como una tapadera

lo puso encima del cuatro,

dejándolo a su pariente

con las quijadas colgando.
200

Al mirar así al oidor,

le dijo serio el prelado:

-No me siga haciendo señas;

usté, amigo, me ha engañado,

y me ha hecho perder el truco,
205

causa de haberme mirado,

abriendo ¡tamaños ojos!

pues yo retruqué confiado

en que usté tenía el dos... [393]

-¡Qué abiertos ni qué cerrados!
210

respondió luego el oidor;

no, señor; no hay que negarlo;

¡El truco lo hemos perdido,

porque no lo hemos ganado!

- LVI -

Un acceso de locura. -Los ultrajes. -La mansedumbre del obispo. -Las visitas. -El bergantín volador. -Noticias de Bonaparte.

Como sucede en el truco:

cuando el obispo perdió,

sin pensar el vale-cuatro,

al instante se quedó

sin ganas de jugar más,
5

y un poco de mal humor;

pero, al ver que entró la loca,

su ilustrísima esperó

divertirse a costa ajena.

No fue así; la viuda entró
10

de luto muy riguroso,

como que se lo estrenó [394]

por primer vez ese día,

y eso la destornilló

a la cuenta, pues de entrada
15

a ninguno saludó,

y al lado de su madrina,

medio inquieta se sentó,

apenas un instantito,

porque luego se paró
20

y a mirar de arriba abajo

al obispo principió

gruñendo medio entre dientes.

El prelado la miró,

y corro le conocía
25

las viarazas, sonrió

diciendo con mansedumbre:

«Creo que esta noche yo

seré irremediablemente

el pavo de la función;
30

pero sufriré, y que sea

todo por amor de Dios.»

Al decir esto el obispo...

-¡Qué suerte, dijo el oidor,

será que a mí no me saque
35

a bailar el pericón

esta loca, que me da

tantísima compasión!

La pobre loca seguía

de firme mirandoló
40

al obispo, y con los ojos

quería comerseló.

A pesar de eso, y siguro [395]

completamente el patrón

que Azucena les daría
45

un rato de diversión...

-Dime, Azucena, le dijo,

¿no conoces al señor?...

señalándole al obispo.

-Sí; la loca contestó
50

con impaciencia notable;

sí, mi padrino, ¡pues no!

Lo conozco y lo aborrezco

a este viejo saltador,

aunque como mojiganga
55

se ha disfrazao de intención,

poniéndose la camisa

encima del levitón.

¡Condenao! ¡Maldito sea!

Este brujo asesinó
60

a Berdún en la Vitel...

-No, Azucena: no fui yo,

dijo el obispo riendo;

pues todo el mundo se echó

a reír como reventando,
65

mientras la loca siguió

con su tema; hasta que allí

doña Estrella la sentó

muy cariñosa a su lado,

diciéndole: -Es un error
70

ese en que estás, Azucena

porque te aseguro yo

que este es el señor obispo

que a la estancia de la Flor

fue, a las fiestas que allá hicimos
75

cuando Ángel se bautizó [396]

en Chascomún. ¿No te acuerdas,

que también te confirmó

el señor obispo allí,

y luego te regaló
80

un cartucho de confites...?

Azucena se quedó

como en dudas, por un rato;

y, al verla en tal suspensión

-No dudes más, ahijadita,
85

la señora repitió;

porque si dudas me agravias,

cuando bien sabes que yo

te quiero, y nunca te engaño.

Puede ser que el matador
90

de tu marido esté aquí

en la sala; pero no

ha sido el señor obispo.

A ver; míralo al señor:

dijo en broma doña Estrella
95

señalándole al oidor:

-¡Por la Virgen! No le digas

nada más, le suplicó

el primo...

Pero Azucena

dijo: -Ni preciso yo
100

queme digan nada más;

porque (díjole al oidor)

ahora, sí, ya estoy segura

que es usté el gaucho ladrón

que asesinó a mi marido.
105

¡So pícaro, malhechor!

De balde anda de casaca. [397]

A ver; desnudenmeló,

y sáquenle la camisa;

verán la marca que yo
110

le puse cuando pensé

ensartarle el asador.

Ahora lo verán si es él

que no se escape ¡por dios!...

Y llorando les pedía
115

al obispo y al patrón

le ayudasen allí mismo

a desnudar al oidor.

Estando en ese delirio,

aletargada cayó
120

en brazos de doña Estrella,

que tristemente lloró.

Felizmente en ese instante

el médico Gafaró

con oros tres caballeros
125

entraron de buen humor

a la sala, sin saber

nada de lo que ocurrió

antes de que ellos entraran;

y nada se les contó.
130

Cuando entraron, don Faustino

en general preguntó:

-¿Qué traín ustedes de nuevo?

-Algo traímos: respondió

el menos viejo de aquellos
135

llegados con el doctor.

-Vamos a ver, ¿qué nos cuentan

ustedes? Dijo el oidor. [398]

-En las gacetas que ha traído

el bergantín Volador,
140

que con ciento ochenta días

de feliz navegación

desde Cádiz hasta acá

esta mañana llegó,

por ser barco muy velero,
145

nos dicen: que Napolión

Bonaparte es un tirano

hereje, y usurpador

horroroso, a quien la Uropa

le ha tomado un odio atroz,
150

porque se la va tragando

con insaciable ambición,

ahora que lo han coronao

haciéndolo emperador.

Ahí tienen lo que se dice
155

del franchuti sabliador.

-Pues eso, dijo el obispo,

es poco en comparación

de lo que me han dicho a mí,

no hace mucho. Escuchenlo.
160

Me han dicho, claro, en mi cara,

que yo soy un saltador,

una mojiganga, un brujo

y un condenao matador...

-¡Virgen santa! ¿Quién ha dicho,
165

ilustrísimo señor,

todos esos sacrilegios?

Preguntaron a una voz.

-No está muy lejos de aquí,

el obispo respondió;

170

[399]

bien cerca está: que lo diga

mi compañero el oidor,

a quien le han dicho también

que es un gaucho malhechor,

aunque viste de casaca,

175

siendo asesino, ladrón,

y marcao en las espaldas...

-Vamos: ya conozco yo

a la infeliz que esas bromas

ha dicho, dijo el doctor,
180

riyéndose a su pesar.

A este tiempo levantó

Azucena la cabeza,

y al primer hombre que vio

de los que estaban allí,
185

fue al médico Gafaró.

-¿Cómo se halla usted, amiguita?

el doctor le preguntó.

A eso, con triste sonrisa

Azucena respondió,
190

dándole afable la mano:

-¡Cuánto me alegro, señor,

de verlo, y poder decirle

que sigo mucho mejor

día por día; a pesar
195

que hoy he tenido dolor

en la cabeza y modorra;

pero ya se me pasó

con dormir; aunque he soñado

cosas que quisiera yo
200
[400]

no recordarlas ni en sueños,

porque me causan horror

y, no sé, no sé, Dios mío!...

En ese instante el patrón,

por distraela, dijolé
205

-Azucena, miraló,

aquí está el señor obispo.

-Ya lo veo, sí, señor;

y a besarle la sortija

al obispo se acercó.
210

El prelado conmovido

echole su bendición,

después que humilde la viuda

el anillo le besó;

y luego muy expresiva
215

diole la mano al oidor.

En seguida, atentamente

de todos se despidió,

y con su amable madrina

de la sala se marchó
220

abatida, pero linda

en todo, a la perfección. [401]

- LVII -

La arenga del patrón. -Los odores roncadores. -La rabieta de don Faustino. -Cuatro verdades.

Como dije antes que de algo

le sirvieron a Azucena

sus locuras, a probarlo

ahora voy a la evidencia.

Váyanme, pues, escuchando;
5

dijo Vega a sus oyentes.

Después que se retiraron

de la sala doña Estrella

y su ahijada, se quedaron,

lo menos media hora larga,
10

sin jugar los tortulianos;

porque allí se les volvió

el patrón, gauchi-abogado;

y les soltó en una arenga

todos los rollos del lazo.

15

[402]

Quedáronse, como he dicho,

sin jugar los tortulianos

divididos en dos grupos,

compadeciendo y hablando

de la infeliz Azucena,
20

y de lo muy intrincado

que era probarle el delito...

-¡Qué es eso que están hablando!

No digan barbaridades.

¿Qué delito, ni qué diablos,
25

(con permiso del Obispo),

dijo el patrón Bejarano,

piensan ustedes probar...?

Ustedes, digo, porque hablo

delante de tres oidores
30

por mi primo principiando,

que oye poco y ronca mucho

en el tribunal sentado,

donde duerme a pierna suelta;

a lo que están habituados
35

también el que tengo al frente

y este otro que está a mi lado

a quienes yo los he visto

que se largan bostezando

del tribunal, sin saber
40

de lo que allí se ha tratado,

y sin hacer más, por fin,

que escribir un garabato;

cosa que hacen, cuando más,

dos o tres veces por año.
45

Esta es verdá: como es cierto,

que el preludio que he largado

es propio de mi carácter; [403]

no se anden pues cosquillando,

tengan paciencia y aguanten,
50

porque yo soy campuzano,

pero, al clavar el rejón,

ya sé los güeyes con que aro.

Siendo así, escuchen con calma,

conforme yo he aguantado
55

el que ustedes, en la causa

de Azucena, haigan lerdido

para declarar que no hay

tal delito ni intrincado;

y hacen ya veintidós meses
60

a que siguen mañerando

y aburriéndonos a todos.

No hay pues, tal enmarañado

en ese brutal proceso

que el alcalde embalcado,
65

a quien todos conocemos

por hombre precipitado

a decir barbaridades,

como nos lo ha demostrado

en público, y ya sabemos
70

que ese hombre destornillado

en San Vicente a mi ahijada

le hizo alzar, mal informado

por un funesto sargento,

que los Indios espantaron
75

en la Vitel, al instante

en que hirieron a Genaro.

El sargento ese fatal,

esa mañana asustado,

se encontró con Azucena,
80
[404]

por desgracia en un estado

de delirio o de locura

y dolor desesperado

por la muerte de su esposo:

ahí tienen el intrincado.

85

Mi ahijada no estaba en sí

en aquel momento aciago;

y, porque al torpe sargento

de un modo desatinado

le dijo Azucena allí
90

lo que le ha dicho al prelado

y a mi primo, hace un momento,

el sargento atropellado

la hizo amarrar como a un Cristo,

sin conocer el estado
95

en que mi ahijada se hallaba

en aquel instante amargo.

Después; amarrada así,

en las ancas de un caballo

la hizo montar, y de allí
100

salió el hombre disparando

a llevarla a San Vicente,

donde la entregó azorado;

y el alcalde del balcón

remachó por fin el clavo
105

de la locura en mi ahijada...

después de haberla encerrado

en un calabozo inmundo,

y de allí haberla sacado

más loca que cuando entró,
110

para hacerle el sainetazo

que hizo, levantandolé

el proceso que ha formado, [405]

solamente porque allí

el sargento y dos soldados
115

de la partida asustada

por los Indios, declararon

diciendo: «Que en la Vitel

quedaba muerto Genaro,»

sin más averiguación;
120

porque, ni se le arrimaron

para ver si estaba muerto

o tan solo lastimado.

Me han dicho que únicamente

en eso que declararon
125

los dos soldaos y el sargento,

el alcalde se ha fundado

para achacarle a mi ahijada

el crimen de asesinato;

y también en que fue presa
130

con un puñal en la mano;

y además, en que tenía

todo el vestido manchado

con la sangre del marido

poco antes apuñaliado;
135

y que con tales indicios

estaba cuasi probado

que la viuda debe ser

quien lo había asesinado...

A juicio del Montañés.
140

Pero ¡por Dios soberano!

Esos no pasan de indicios,

y yo, sin ser abogado,

digo; que eso no es bastante

para que se le haga un cargo
145

tan infamante a mi ahijada,

porque no sería extraño [406]

que el pobrecito Berdún

que fue siempre desgraciado,

y no pudo adelantar
150

en quince años de trabajo,

infatigable, juicioso

y completamente honrado,

hallándose reducido

al más pobrísimo estado,
155

después de que los salvajes

su propiedad le quemaron,

y que ni un solo ternero

en su estancia le dejaron;

y siendo además un hombre
160

puntilloso y delicado,

pues vivió toda su vida

del sudor de su trabajo,

y que a naidas molestaba,

pues a mí, siendo mi ahijado,
165

ahora poco en su infortunio

muchas veces se ha negado

a recibir mis socorros;

¿qué tendría pues de extraño;

que en su triste situación,
170

demente o desesperado,

en un momento fatal

él se hubiera suicidado

con ese mismo puñal

que a mi ahijada le encontraron?
175

O, ¿quién sabe si ese día

los salvajes no mandaron

algún Indio de bombero,

y ese Indio mató a Genaro? [407]

porque en ese mismo instante
180

de su muerte atropellaron

los Pampas a la Vitel

y su rancho le quemaron.

Puede esto haber sucedido,

y yo me siento inclinado
185

a crerlo; porque Azucena

se acuerda de haber quemado

con su marca al asesino;

y es un tema continuado

que, hoy mismo, acá la infeliz
190

furiosa lo ha recordado

en presencia de mi primo

y delante del prelado.

Últimamente, señores;

yo, Faustino Bejarano,
195

asiguro por mi honor,

y con mi fortuna afianzo,

que mi ahijada está inocente;

pues, habiéndola educado

en nuestra casa, sabemos
200

sin duda, que hemos formado

una virtuosa mujer,

y una esposa que no ha dado

jamás el menor disgusto

a su esposo infortunado.
205

Y dijo más: ¡oiganló!

pues voy a explicarme claro,

aunque les haba cosquillas;

si hasta hoy no se ha declarado

de Azucena la inocencia

210

[408]

es porque siguen lerdando

los jueces en ver su causa,

como están acostumbrados

a dormir sobre las otras;

pero, no tengan cuidado,

215

déjense no más andar,

porque yo hago poco caso

de las mañas de los jueces;

así es que, en este verano...

dígoles (entre parientes)
220

me mando mudar al campo

con mi mujer y mi ahijada,

si no me ponen atajo

los chochos del tribunal,

y voy del todo confiado
225

en que curaré a mi ahijada;

y si la curo, me encargo

de trairla a donde me ordenen,

si así fuere necesario,

No tengo más que decirles.
230

-Sí: Faustino, andate al campo,

el día que se te antoje,

luego allí le contestaron

los tres odores que estaban;

pero, esta noche aguardamos
235

que acá nos dés chocolate,

pues ya lo ves: cabeceando

nos ha dejao tu discurso,

y ya queremos largarnos

diciéndote al despedirnos:
240
[409]

andate, Faustino, al campo,

y por allá nos veremos,

si Dios quiere, este verano.

- LVIII -

La villa del Pergamino. -El veraneo. -El curato. -Los recuerdos de la Flor.

En Buenos Aires andaba

el rumor acreditao

que las paces, o el tratao

con las Indiadas, ya estaba

cuasi, cuasi terminao.

5

Y eso mesmo se pensaba

del campo en las poblaciones,

viendo ya lo mansejones

que en sus toldos se aguantaban

los Indios sin dar malones.
10

El verano principiaba,

cuando salió don Faustino

con su familia en camino

para su estancia, que estaba

cerquita del Pergamino.
15

Pero, ni apurando el coche, [410]

no era posible el llegar

a la villa, sin pasar

en el camino una noche

para medio descansar.
20

Así fue, en Giles pasaron

la noche cómodamente;

y de allí al día siguiente

al Pergamino llegaron.

con zozobra solamente:

25

Fijándose en que Azucena,

cuanti-más se amejoraba,

tanto más se acongojaba

día por día, y más pena

en su semblante amostraba.

30

Todo lo que era debido

a que la infeliz perdió

el juicio, al punto que vio

asesinar al marido;

y, como se enloqueció...

35

Aunque luego fue acusada

del crimen, a esa ocasión,

ofuscada en su razón

dos años vivió privada

de saber su acusación.
40

Pero, luego que se vido

en estao de comprender

su situación, y al saber

que acusada había sido,

principió a desfallecer;
45
[411]

Y, no queriendo afligir

a sus padrinos, sufría

su pena, y se consumía;

deseando pronto concluir
50

la vida que aborrecía.

A la muerte de Berdún

dos años y un mes hacían;

y cada vez lo sentían

más y más en Chascomún,
55

donde tanto lo querían:

Pero, ninguna noticia

tocante a quien lo mató,

hasta entonces no llegó

con certeza a la justicia
60

por más que la procuró.

Sólo el juez de San Vicente

fue el único que mandó

aquel enriedo que armó,

cuando como delincuente
65

a la viuda procesó.

Mas, desde su mocedá

ese juez fue sin agüelo

de cantimpla, y bajo el pelo

tenia la enfermedá
70

de pajaritos al vuelo.

Pues, ni debió suponer

que Azucena había sido

criminal, siendo sabido [412]

que esa virtuosa mujer
75

adoraba a su marido.

Pensando así, el rastriador

Anselmo, aquel San-Juanino,

decía: «Que el asesino

del capitán Vencedor,
80

era su mismo sobrino».

El caciquillo Manuel,

que agraviao se le escapó

a Berdún, que lo agarró

prisionero, «el día aquel
85

en que herido salí yo...»

Ansí, Anselmo se expresaba

al ñudo y de alabancioso,

muy trompeta y rencoroso

cuando un crimen le achacaba
90

por venganza a un guapo mozo.

Siendo de alvertir al caso,

que en regla peliandoló,

ese Manuel le prendió

al San-Juanino un chuzazo,
95

y esto nunca lo olvidó.

Pero, voy perdiendo el tino:

dijo Vega el payador,

y por moralizador,

el viaje de don Faustino
100

he cortao a lo mejor. [413]

Dispensen, pues la memoria

ya me va medio flaqueando;

bien que por fortuna es cuando

al remate de esta historia
105

mucho me voy acercando.

Prosigo, pues. -El patrón,

cuando de Giles salió

ese día, se apuró;

y después de la oración
110

cuasi loco se volvió.

Porque tuvo un arretrato

de alegría repentino,

cuando con su esposa vino

a bajarse en el curato
115

de su hijo en el Pergamino.

¿Y Azucena? Háganse cargo

del gozo que sentiría,

cuando a ver feliz volvía,

después de un tiempo tan largo,
120

a quien tanto la quería:

Pues Ángel nació en la estancia

de la Flor, donde se criaba

Azucena, y lo cargaba

al patroncito en su infancia,
125

y en la cuna lo arrullaba.

¡Cuánta sorpresa esa noche

de placer tuvo el curita,

y su familia todita!

Luego, al bajarse del coche,
130

¡qué extremos! ¡Virgen bendita! [414]

¡Qué de abrazos se pegaron!

¡qué de cariños se hicieron

unos a otros! ¡cómo fueron

recebidos, y gozaron
135

los días que allí estuvieron!

Pero, complacencia y pena

tuvo el bondoso curita,

cuando abrazó a su amiguita

la inconsolable Azucena,
140

¡y la miró tan marchita!...

-No te aflijas, le decía:

pues Dios es justo y clemente,

y su poder no consiente

que la calunia o falsia
145

mortifique a un inocente.

Consólate, pues ya estás

con nosotros, hermanita.

Aquí serás cuidadita

y todo lo olvidarás;
150

espero en Dios, amiguita.

-¡Ángel! Quizá olvidaré

la muerte de mi marido,

pues así Dios lo ha querido;

pero, en vida, no podré
155

jamás echar en olvido...

Dijo llorando Azucena,

que de esa muerte ¡acusada

he sido yo!... ¡La enlutada!

Esa amarguísima pena
160

podré olvidarla... ¡enterrada! [415]

A eso el cura repetía

lleno de esperanza y fe:

-No, por Dios; consuelaté.

Ya no está lejos el día

165

en que feliz te veré;

Pues tengo el presentimiento

de que muy pronto serás

dichosa, como jamás,

porque Dios hará un portento
170

para eso: ya lo verás.

-Si eso esperas, hermanito,

también debo esperar yo,

Azucena respondió;

porque tú eres un bendito...
175

Y las manos le besó.

En esta conformidad

religiosa, se apartaron

a esperar, y no esperaron

mucho a la felicidad
180

tan completa a que llegaron.

.....

Ahora, pues, permitanmé,

dijo Vega, el levantarme;

voy a medio refrescarme

y al momento volveré.

185

[416]

- LIX -

La estancia de los Milagros. -La fonda de los Mogollones. -Las buenas noticias. -La paz arreglada.

Don Faustino y su familia

dos días no más pararon

en la villa, con el cura,

sin moverse del curato;

donde, por supuesto, fueron
5

diariamente visitados

por toda la gente honrada

que había en el vecindario;

y también por la familia

del Mellizo apostemado,
10

a cuya hijita el patrón

allí le hizo un buen regalo.

Al tercer día después

que en el curato almorzaron,

contentos y cariñosos
15

del cura se separaron,

prometiéndole volver

de continuo a visitarlo;

y a las diez de la mañana

al Pergamino dejaron.
20

La nueva estancia que al norte

pobló el patrón Bejarano, [417]

se hallaba sobre una loma

en las puntas de Ramayo;

y por nombre le pusieron
25

«la estancia de los Milagros.»

No estaba del Pergamino

sino a dos leguas y cuarto,

de manera que de allí,

por paseo hasta el curato,
30

siempre día de por medio

de mañana en el verano,

el patrón y las señoras

se venían a caballo,

pues que para un galopito
35

era delicioso el campo,

y el trébol recién nacido

soltaba olor delicado

luego que lo reventaban

las patas de los caballos.

40

El caserío en aquella

estancia de los Milagros,

era, sin ponderación,

una especie de palacio...

digo yo, como el mejor

45

de los que he visto pintados

en esos titilimundis

que amuestran los Italianos

de noche, en la vereda ancha, [418]

en cajones alumbrados,
50

y con vidrios por afuera,

cada vidrio como un plato.

Todas las comodidades

a que estaba acostumbrado,

tenía allí don Faustino;
55

porque era hombre acaudalado

y tan voraz de rumboso,

que, habían averiguado,

que él solo con su familia,

para vivir regalado,
60

gastaba tanto en un día

como el virrey en un año.

Alviértase que la estancia

tenia, por decontado,

buena chacra, linda quinta,
65

un jardín que era un encanto,

árboles de todas layas,

especialmente paraísos,

y esos fragantes aromos

que dan botones dorados:
70

ricas frutas y verduras,

aves de todo tamaño,

corderos gordos, lechones,

conejos, y hasta pescado [419]

se agenciaba algunas veces;
75

y, como con mucho agrado

recebía a los amigos

que iban allí a visitarlo,

era su estancia una fonda

de mogollas en verano.
80

En fin: dejemos por ahora

la paja, y vamos al grano.

El veintiocho de diciembre

de mil ochocientos cuatro,

hacía ya dos semanas
85

há que el patrón Bejarano

con su familia habitaban

la estancia de los Milagros.

Ese día doña Estrella

el patrón se levantaron
90

muy tempranito, pero antes

había ya madrugado

alegrecita Azucena.

Al verla así, se alegraron

la señora y don Faustino,
95

y quisieron a caballo

sacarla a pasiar viniendo

a la misa del curato,

que se decía a las ocho; [420]

.y, como estaban a un paso
100

de la iglesia, muy a tiempo

de un galopito llegaron;

oyeron misa, y después

con el curita almorzaron,

quien les dio unos chunchulines
105

que los dedos se chuparon,

y unos pichones de loro

perfeutamente guisados.

De la mesa todavía

no se habían levantado,
110

al tiempo que el sacristán,

con un papel imprentado,

que acababa de llegar

del pueblo, entró muy ufano

diciéndoles: -¡Caballeros!
115

Buenas noticias les traigo...

y, para que las leyera,

se las dio a don Bejarano.

El tal papel se llamaba

entonces: El Telebrajo,
120

el cual decía esa vez,

que, de las paces el pato

o convenio con los Indios, [421]

lo había el virrey firmado

el veinticinco en el Fuerte,
125

adonde se lo aprobaron

muy conformes seis caciques

de aquellos más respetados

por los Indios: y que, ya

en esas paces confiados,
130

(decía el mismo papel)

deberían los cristianos

como amigos a los Indios

recebirlos y tratarlos,

como ir a sus tolderías
135

sin recelo ni cuidado

de que allá los agarrasen;

pues, también rezaba el pato

del referido convenio,

que, a partir del día cuatro
140

de enero del año entrante,

los cautivos que agarraron

los Indios, y estén entre ellos

siendo cautivos cristianos...

sin quedarse con ninguno,
145

debían ser entregados

por los Pampas, y en los puntos

adonde los cautivaron

en cualquier tiempo y edá,

y fueran hembras o machos:
150

-¡Bendita sea la paz,

y el Señor sea alabado! [422]

dijo el curita gozoso

y a todos felicitando.

-¡Y que la Viren permita,
155

dijo Azucena llorando,

que yo vea a mi cuñada

la Lunareja, que tanto

la quería y se acordaba

de ella mi pobre Genaro!
160

-Y, también permita el cielo,

dijo el patrón Bejarano,

que yo vea lo que espero

en su justicia confiando...

A su ahijada doña Estrella
165

entonces le dio un abrazo,

y besándola en la frente

le dijo: -Anoche he soñado

que vas a ser muy feliz

el día menos pensado.
170

A las doce, en ese día,

habían ya regresado

muy contentos a la estancia,

por las noticias del pato

y las paces con los Indios;
175

ansí es que determinaron

don Faustino y su señora

el montar siempre a caballo,

y desde el día siguiente,

día por día temprano,
180

seguir yendo al Perganino

a oír la misa del curato, [423]

hasta la pascua de Reyes

que se venía acercando

y, ahora verán esas misas,
185

al fin en lo qué pararon...

- LX -

La invocación gaucha. -El lindo nacimiento. -La estrella de los magos. -El lujo del pesebre.
-La Maldición a la mula.

«¡Virgen Santa de Luján!

¡madre de Dios soberano!

Que sois en nuestra campaña

la abogada de los gauchos.

«¡Y vos también, madre mía
5

y señora del Rosario!

Abogada de imposibles

y de los desamparados;

dénmele a mi pecho voces

y expresiones a mis labios,
10

ahora, al fin, que explicar debo

los prodigiosos milagros [424]

que tan repetidas veces

ha hecho Dios en estos campos.

«¡Señor de la Redención!
15

que fuistes crucificado

hasta morir en la cruz;

y en gloria resucitado

a la diestra de Dios padre

y del Espíritu Santo,
20

para insecula sin fin

seréis del género humano

juez, y eterno protetor

misericordioso y sabio.

«Por vuestra pasión y muerte,
25

yo, mal coplero y negado,

a causa de la inorancia

con que he vivido en el campo;

que iluminéis mi memoria,

Dios mío, os pido postrado
30

y también que a mis palabras,

de expresivas les deis algo,

porque no podré explicarme

sino como un rudo gaucho,

ahora que de tu clemencia
35

voy a contar los milagros.»

Después de su invocación,

sentándose el gaucho Santos

recorrió su pensamiento

en el semblante amostrando,
40

que iba a contar con placer

sucesos afortunados;

y seguidamente dijo

en tono alegre y pausado... [425]

El primer día de pascua
45

de Reyes al Pergamino,

a las diez de la mañana,

aún no había aparecido,

y ya cuasi no esperaban

que viniese algún cautivo
50

de los que soltar debieron,

el día cuatro, los Indios.

Desesos de ver algunos,

el día seis tempranito,

después de nacer el sol,
55

doña Estrella, don Faustino,

y Azucena madrugaron

y salieron en camino

desde la Estancia al curato

antes que fueran las cinco;
60

y una preciosa mañana

en ese día les hizo.

¡Qué fragancia la de aquellos

árboles del paraíso!

¡la del jardín y del campo!

65

¡Qué cantar los pajaritos

y qué jugar saltando

las cabras y los cabritos!

¡Qué celajes al Naciente,

de topacios y rubizos,
70

hizo el sol cuando empezaba

a nacer! ¡y qué fresquito

tan delicioso soltaba

del sur un viento blandito!

¡Qué brillar el pastizal
75
[426]

con las gotas del rocío,

donde el sol se reflejaba

lo mismo que un espejitos!

pero, en aquella mañana,

lo maravilloso y lindo,
80

o para mejor decir,

lo celestial y divino,

era ver en todo el cielo

azul celeste purísimo

millares de nubecitas
85

todas de igual tamaño,

tan blancas que parecían

majadas de corderitos

que de los campos al cielo

a echarse habían subido;
90

celajes que por acá

muchas veces hemos visto.

Pues bien, como iba diciendo;

poco después de las cinco,

con las señoras llegó
95

al curato don Faustino,

y al llegar, en la capilla

ya el cura había concluido

de arreglar para la fiesta

un nacimiento muy lindo,
100

que para la adoración

de los Reyes, fue preciso

agregarle muchas cosas.

Así fue, tres reyecitos,

del altor de una limeta
105

cada uno, estaban juntitos,

recién llegaos de sus tierras,

un blanco, un negro y un indio; [427]

a cual de ellos más garboso

y ricamente vestido,
110

hincados junto al pesebre

de Jesús recién nacido

en el portal de Belén,

que era un y galpón peladito.

Ahí estaban los tres Reyes
115

de rodillas, cono he dicho,

adorándolo a Jesús;

y queriendo allí mesmito

entregarle de regalo

prendas de precio infinito,
120

que le hacían mucha falta

al pobre niño bendito,

que estaba allí tiritando

en pelota desnudito,

porque nació sin tener
125

ni camisa el pobrecito,

pues por toda vestimenta

tenía un chiripacito.

Pero, entre tanto, el pesebre

era de ¡hilo de oro fino!
130

Porque así lo mandó hacer

el cura del Pergamino,

en lugar de que lo hicieran

de pura paja de trigo.

En fin, como era el curita
135

el hijo de don Faustino,

todo lo podía hacer

y todo lo hizo muy lindo. [428]

Qué aperos y qué chapiaos

traiban los tres caballitos
140

de los Magos! un cebruno

un alazán y un tordillo.

Luego, adentro del portal,

a mas de los Reyecitos,

también San José y la Virgen
145

estaban cuidando al niño,

el uno junto a una mula,

la otra junto a un buey barcino

que con su resuello estaba

calentando al angelito;
150

mientras la mula al pesebre,

como era paja de trigo,

se lo empezaba a comer;

y por eso la maldijo

la Virgen, diciendolé;
155

¡No parirás! Y así ha sido,

que desde entonces hasta hoy

ninguna mula ha parido.

Pero lo más asombroso

que en ese portal se vido,
160

(se entiende, en el nacimiento

que se hizo en el Pergamino

para esa pascua de Reyes,

en mil ochocientos cinco),

fue la estrella de los Magos.
165

Dejuramente, un prodigio

de resplandor debió ser [429]

esa estrella, porque la hizo

otra estrella la patrona

con los mejores zarcillos
170

de diamantes que tenía,

del tamaño de un cuartillo

el más chiquito de todos;

siendo ochenta cabalitos

con los que armó ese lucero
175

la esposa de don Faustino.

Ansí, a la luz de esa estrella

era un encanto divino,

almirable, celestial,

ver la nube de angelitos
180

que le cantaban gloriosos

v al vuelo al recién nacido.

Luego, afuera del portal,

era todo un laberinto

de puras preciosidades,
185

como casitas, ranchitos,

arboledas, gramillales,

sembrados y jardincitos;

bailarines y pastoras

que bailaban el cielito
190

con guitarra y panderata;

y las viejas ¡ojo al Cristo!

En la pastizal sentadas,

sin querer tomar polvillo,

por vichar cada una a su hija
195

cuando entregaba el cuerpito [430]

para que se le prendiese

a valsar el pastorcito.

De ahí, el campo estaba lleno

de albardones, y arroyitos
200

y lagunas, donde andaban

gansos, cisnes y patitos;

y en el gramillal se vían

vacas lindas y toritos,

y yeguitas retozando
205

con baguales clinuditos.

Así fue la preciosura

del nacimiento divino,

con que celebró en su iglesia

el cura del Perganino
210

a la pascua de los Reyes,

en mil ochocientos cinco.

.....

Finalmente, Santos Vega

sintió que era tardecito,

porque empezó a bostezar,
215

y soñoliento les dijo

a Rufo y Juana Petrona;

me estoy quedando dormido

y lo mismo están ustedes

desiando meniar ojito;
220

Por lo que les aconsejo

que se vayan a su nido,

y yo, con perdón de ustedes,

me largo a mi rinconcito. [431]

- LXI -

El oidor de llegada. -La misa cantada. -La sorpresa de los repiques. -El aparecido. -La Lunareja. -El volido de Azucena. -El grupo de los cinco.

Como tres horas después

que llegaron don Faustino

y su familia al curato,

cata-aquí que el señor primo

de doña Estrella, el oidor,
5

allí se hizo aparecido,

y en la sala se metió

luego de golpe y zumbido,

diciéndoles: -¡Buenas Pascuas!

Aquí estoy, porque he venido;
10

y con esto digo todo.

¡Vaya un abrazo, sobrino!

¡otro a mi prima! ¡otro a ti,

regañón viejo Faustino;

y a mi amiguita Azucena
15

un amable apretoncito

de manos y parabienes,

pues que tan guapa la miro.

Por supuesto, alegremente

el oidor fue recibido

20

[432]

y allí no más, de parao,

le dijo al cura; -Sobrino,

mándame dar chocolate

pronto, espeso y bien batido,

que aunque vengo desganao

tomar algo necesito.

-Sí, sí, dijo doña Estrella.

-Muy bien, repitió el sobrino;

chocolate con bizcochos,

tráinganle pronto a mi tío,
30

aunque viene desganao.

-¡No, no! dijo don Faustino;

porque eso será exponerlo

a que le dé un tabardillo.

Déjenlo que se repose,
35

y así, que beba enterito

un balde de agua del pozo

que le abrirá el apetito;

pero...

-Aquí está el chocolate,

velay, tómelo, mi tío,
40

díjole el cura: porque

aprontarme necesito

para la misa cantada...

¿que oirá usted?

-Sí, sobrinito,

dijo el oidor: y de un soplo
45

se despabiló el pocillo

con ocho o diez bizcochuelos;

y entonces dijo. Estoy listo;

iremos pues a la iglesia

cuando gustes, Angelito.

50

[433]

Al momento repicaron

las campanas, y al ratito,

con dos padres forasteros

amigos del padrecito,

se hizo una misa cantada,

55

grandiosa en el Pergamino,

con música y camaretas

y cuhetes como es de estilo.

Acabada la función,

el cura con sus amigos,
60

los otros dos sacerdotes,

y tragaldabas su tío,

Azucena, doña Estrella

y el rumboso don Faustino

se pusieron a almorzar...
65

¡háganse cargo! A lo ricos.

Cuasi acabando el almuerzo,

oyeron que en el pueblito

con música y cuhetería

daban vivas repetidos
70

cera de la comendancia,

donde estaban reunidos

en muy alegre algazara

cuasi todos los vecinos.

Por supuesto, en el curato,
75

a ese sonar tan festivo

todos pararon la oreja, [434]

sin saber a qué atribuirlo;

hasta que dijo el oidor:

-Quizás se habrán recibido
80

grandes noticias de España,

y estas acá habrán venido...

A este tiempo el sacristán

que entró sin ser sentido,

medio loco de contento,
85

por su cuenta y sin permiso

del curita, y sin tener

fundamento conocido,

se les prendió a las campanas

de la iglesia, y... ¡Cristo mío!
90

Empezó un repicadero,

que salieron aturdidos

todos, menos el oidor,

que se quedó a dos carrillos

comiendo un pastel de choclo
95

y se lo engulló él solito.

Salieron, pues, el patrón

y el cura muy afligidos,

creyendo que el sacristán

hubiera perdido el juicio,
100

o se hubiera emborrachao.

El cura, en cuanto lo vido,

le preguntó al sacristán;

-¿Qué es esto, don Celestino?

Está usted loco o mamao?
105

¡Respuesta!... [435]

Pero el bendito

y entusiasmao sacristán

se hacía el desentendido,

y déle guasca, seguía

a las campanas prendido,
110

repicando y repicando

como a sacarles el quilo,

sin hacer caso del cura.

Serio entonces don Faustino,

díjole allí: -¿Qué demonio
115

es el que se le ha metido

a usted? ¿Díganos por qué

repica?...

-¿Por qué repico?

¡por un milagro de Dios!

pues por mis ojos he visto
120

llegar a la comendancia

¡sano y bueno! Ahora mesmito,

al capitán don Berdún

con su hermana y su sobrino.

¡Velahí están! ¿No los ven
125

apiándose?

-¡Jesucristo!

exclamó don Bejarano;

y corrió llamando a gritos

¡Azucena! ¡Estrella! Corran,

vengan, ¡Genaro ha venido
130

bueno y sano! ¡Y acá está

con su hermana y su sobrino!

¡Gracias a Dios! ¡veanlós! [436]

No fue correr, fue un volido

con el que salió Azucena
135

a encontrar a su marido,

y de placer en sus brazos

se le quedó sin sentido.

Allí mismo doña Estrella,

el curita y don Faustino,
140

sobre Azucena y Genaro

un grupo hicieron de cinco,

abrazaos unos sobre otros;

y de gozo sorprendidos

riyendo y llorando a un tiempo
145

se encontraban confundidos,

ya creyendo, ya dudando

de ver al aparecido.

Cuando Azucena volvió

a recobrar el sentido,
150

en los brazos de su esposo,

dudaba de verlo vivo;

pero, así mismo mostraba

un inmenso regocijo.

En igual caso se hallaban
155

doña Estrella y su marido;

lo que no le sucedía

al cura don Angelito,

porque, con fe y esperanza,

de Dios esperó un prodigio
160

que salvara la inocencia

de Azucena; y que el castigo

también Dios se lo daría

algún día al asesino. [437]

Pasao el primer momento
165

de goces tan repentinos,

de allí a Genaro a la sala

con su hermana y su sobrino,

entre mil demostraciones

de placer y de cariño,
170

los llevaron, al instante

que en el patio se deshizo,

donde mesmo se formó,

aquel grupo de los cinco;

pero Azucena siguió
175

abrazada a su marido.

Entraron, pues, a la sala,

todavía sorprendidos

por el gozo que tuvieron

al ver al recién venido,
180

y al conocer a su hermana,

pues nunca la habían visto;

pero que de su belleza,

eso sí, habían sabido;

y tocante a esa lindura
185

voy a decir lo preciso.

Treinta y nueve años tendría

la Lunareja cumplidos,

cuando con su Hijo Manuel

de los disiertos se vino
190

en compañía de Berdún,

aquel su hermano querido,

que no murió en la Vitel

por serle tan parecido. [438]

Esta hermana de Genaro,
195

a pesar de haber sufrido

cautiva de Cocomel

diez y nueve años cumplidos,

al fin de su cautiverio

muy poco había perdido
200

de su garbo y donosura

así llegó al Pergamino

en el día seis de enero

de mil ochocientos cinco,

siendo Rosa todavía
205

de preciosura un prodigio.

¡Qué cabeza y qué garganta!

¡qué cuerpo tan redondito!

¡qué brazos como torneos!

¡qué pieses tan arquiaditos!
210

Hebras de oro eran sus trenzas

de rubios cabellos finos,

que en sus espaldas brillaban

naturalmente esparcidos.

Eran de carmín sus labios,
215

y en su sonrisa, al abrirlos,

entre su preciosa boca

amostraba dos cintillos

de dientes como de nácar.

El rosado morenito
220

de su rostro era un esmalte,

donde estaban embutidos

como luceros sus ojos, [439]

color celeste subido;

que a quien se los dirigía
225

era como darle un tiro

de aquellos que el corazón

le ponen a uno blandito

para entregarse al amor...

En fin, de los atractivos
230

tenía Rosa el conjunto:

pero, el adorno más lindo

de su cara era el lunar,

tan crespo y tan renegrido

y de tan preciosa forma,
235

que tenía en un carrillo

como una flor de azabache,

y, a ese lunar fue debido

el que, al fin y para siempre,

felices hubieran sido,
240

ella, su hermano Berdún

y Manuel el caciquillo.

Luego que estuvieron todos

en la sala reunidos,

tomaron asiento en rueda;
245

y mirando de hito en hito

a Berdún, como dudando

doña Estrella y don Faustino,

desconfiaban todavía

de que allí estuviera vivo,
250

aquel hombre a quien sin duda

muerto lo habían creído:

y sobre qué le dirían

se encontraban indecisos.

Genaro les conoció
255
[440]

ese dudar, y les dijo

con una voz conmovida:

-No tengan dudas, padrinos;

yo soy Genaro Berdún,

gracias a Dios que estoy vivo;
260

y después de Dios, le debo

estar aquí... a mi sobrino.

Él me salvó en la Vitel,

el día que un asesino

creyó de una puñalada
265

haber mi vida concluido;

y hasta ahora, quién fue ese alevé

averiguar no he podido;

pero ya lo he perdonao,

sea quien hubiere sido;

270

porque nunca la venganza

encontró en mi pecho abrigo.

Lo único que en el desierto

me hizo saber mi sobrino,

fue, de que los Araucanos
275

quemaron el Cardalito,

por no encontrarse él allí,

pues que lo habría impedido.

Bien pues, esa madrugada

cuando yo fui mal herido,
280

y quedé como un dijunto

desangrado, y sin sentido,

mudo, sin habla y sin vista,

solo en mi catre tendido,

allí me habría quemao
285

adentro de mi ranchito, [441]

porque ya empezaba a arder,

cuando a Manuel mi sobrino

que ni sabía el que yo

me hallara en ese destino,
290

la Providencia lo trajo

allí, a mi rancho mesmito,

de adonde un Indio salió

con mi chaqueta, y le dijo;

¡OFICIAL BLANDENGUE MUERTO,
295

ACÁ ADENTRO, MOZO LINDO!

Al oír al Pampa, Manuel

entró, y en cuanto me vido

me conoció, y, de sorpresa

o de pesar dando gritos,
300

mandó que entraran sus Pampas

y les dijo: «¡Este es mi tío!

Genaro Berdún, de quien

tantas veces les he dicho,

que para mí en este mundo
305

es el hombre más querido;

vamos a llevarlo pronto,

¡con cuidao, porque está vivo!...»

Manuel, que está aquí presente,

hasta ahora jamás me ha dicho
310

cómo fue que me llevó

de allí a sus toldos consigo.

Yo sólo sé que allá estuve

veinte meses asistido

por el memo Cocomel,
315

por mi hermana y mi sobrino,

y dos buenos curanderos

de los que tienen los Indios. [442]

Después de esos veinte meses

enderezarme he podido,
320

hasta hoy, que gracias a Dios,

del todo restablecido,

tengo la felicidad

de hallarme aquí reunido

a mi adorada Azucena,
325

a mis amados padrino;

y para alabar a Dios

al cura del Pergamino.

Ahora por fin les diré

que para siempre venimos
330

a vivir cerca de ustedes,

sin recelo de los Indios,

ni haber agraviao a naides;

pues Cocomel nos ha dicho,

abrazándonos a todos
335

al tiempo de despedirnos,

que siempre y en todas partes

será nuestro buen amigo;

y que nos hará querer

y respetar por los Indios.
340

Cuando Genaro acabó

su relación, don Faustino

a Manuel le dio un abrazo

muy apretao, y le dijo:

-¡ Ya lo quiero a usted de veras!
345

Porque es hombre agradecido.

Disponga usted pues de mí,

para siempre, como amigo.

A este tiempo a festejar

a los que habían venido

350

[443]

libres de su cautiverio

y llegao al Pergamino,

el comendante, el alcalde

con otros varios vecinos

y seis músicos, allí

355

en el curato mesmito

tocaron musiquería;

y se alborotó el corrillo

hasta las seis de la tarde

que se fueron divertidos
360

todos los festejadores,

a costa de don Faustino.

La aneurisma. -El matasanos. -El gaucho forastero. -El muerto repentino. -La velada. -El viaje al cementerio.

Llenos de júbilo estaban

esa noche en el curato,

sin saber que llorarían,

al otro día temprano,

la muerte del infeliz
5

Jacinto, el apostemado,

que esa noche, el día seis,

espiró sin más amparo [444]

que el de Rita su mujer

y su hijita de cinco años.

10

De cómo fue esa desgracia

voy a referir el caso.

Jacinto, en lugar de un pión,

tenía sólo a un muchacho

que le ayudaba a sembrar

15

y le hacía los mandados,

con la mejor voluntá

y por un corto salario.

Como era pascua de Reyes

ese día infortunado,
20

Jacinto, para pasiar,

le dio licencia al muchacho

por día y medio, en razón

que el mocito iba a un fandango,

allá cerca de Arrecifes,
25

en casa de su cuñado

que se llamaba Pascual,

y vivía retirado

de la casa de Jacinto.

Ello es que montó a caballo
30

el mocito, y se largó

después de haber almorzado.

A las ocho de la noche

todavía estaba claro

y como hacía calor,
35

Jacinto andaba pasiando [445]

muy contento en su quintita,

y sintiéndose cansado

quiso, sin duda, sentarse;

pero allí trompezó en algo
40

que lo hizo cair al instante,

por desdicha boca abajo,

y con el pecho acertó

sobre la punta del banco

en que solía sentarse;
45

y en el suelo, largo a largo,

sin poderse levantar,

quedó el pobre vomitando

sangre por boca y narices,

y mortalmente postrado.
50

Apenas cayó lo vido

su hijita, y corrió llorando

a donde estaba su madre

y le dio cuenta del caso.

La pobre Rita al instante,
55

asustada, disparando

a socorrer a Jacinto

fue, y lo encontró boca abajo,

inmóvil como un dijunto,

y de sangre sobre un charco.
60

Poderlo dar vuelta allí,

lo costó tanto trabajo

como lágrimas y susto;

pues la infeliz, apurando

todas sus fuerza, apenas
65

consiguió medio sentarlo

en el suelo, y sostenerlo

como muerto entre los brazos; [446]

mientras le dijo a su hijita

que se fuera disparando
70

a traírle un poncho de abrigo

y agua del pozo en un jarro.

La niñita por fortuna,

o por desgracia, a caballo

vio llegar a un forastero
75

formalote, y muy asiado

pidiendo, porque venía

con su mancarrón cansado,

que por plata, o por favor

le prestasen un caballo,
80

para ir a ver a un enfermo

que tenía que curarlo.

¡Un médico! ¡qué fortuna!

Dijo la niña llorando,

y le rogó se acercara
85

a ver en el triste estado

en que su padre se hallaba

en la quinta acidentado.

Era médico el viajero,

o más bien un matasanos
90

de mala cencia y concencia,

de aquellos que faroliando

la echan acá en la campaña

de doctores afamados,

siendo capaz de matar
95

a Cristo resucitado. [447]

El tal médico, al mirar

que estaba un rocín atado

a sogá junto a la quinta,

le dijo a la niña: -Vamos,
100

vamos, hijita, al instante,

porque yo vengo apurado

La niña corrió adelante

naturalmente, gritando:

-¡Mamita, acá está un doctor
105

que por fortuna ha llegado!

Aquí viene a ver a tata;

consuélese, va a curarlo.

Fue el dotor, y vio a Jacinto

todavía entre los brazos
110

de su esposa inconsolable;

y el médico sin pulsarlo,

nada más que al ver la sangre

que Jacinto vomitando

había echado del pecho,
115

dijo el dotor... ¡Malo, malo!

Luego medio lo pulsó;

y Rita anegada en llanto

entonces le pregunto:

-Señor ¿qué remedio le hago?

120

aconséjeme, por Dios...

-Señora, yo soy muy claro,

dijo el doctor y no encuentro

más remedio que enterrarlo,

pues su marido está muerto,

y no hay cómo remediarlo.

-¡Misericordia de Dios! [448]

exclamó Rita llorando.

¡Muerto mi pobre marido!

¡y yo aquí tan sin amparo!
130

¡Ah, señor! Por caridá,

ayúdeme usted a llevarlo

hasta la cama, pues yo

sola no podré cargarlo.

-Eso sí puedo hacer yo,
135

dijo el doctor apurado;

y también le ayudaré

si usted quiere amortajarlo,

porque no me queda duda

que su marido ha espinado
140

a causa de una norisma

que ahora se le ha reventado,

y eso no tiene remedio.

Así, vamos a llevarlo,

A Rita en ese momento
145

los alientos le faltaron

para cargar el dijunto;

y fue en ese instante, cuando

otro hombre desconocido

se abajó allí del caballo,
150

y al ver que en la quinta estaban

afligidas y llorando

una mujer y una niña,

sin alientos, y tratando

de cargar, al parecer,
155

a un hombre muy lastimado...

allá fue el recién venido

con el sombrero en la mano

(y puede ser que sabiendo

adonde se había apiado),
160
[449]

y le suplicó a la viuda,

mostrándose apensionado,

le permitiera cargar

a su enfermo hasta acostarlo.

-¡Qué enfermo! dijo el dolor:
165

este es un muerto, paisano,

y es hombre a quien yo quería

mucho, por ser un ahijado

de mi compadre y amigo

don Faustino Bejarano.
170

Y este muerto a quien conozco

hacen ya más de siete años,

es Jacinto Salvador...

-Es verdá, dijo llorando

la triste viuda; es Jacinto,
175

el mismo que usté ha nombrado,

señor dotor, es mi esposo;

vamos, vamos a llevarlo.

Después de esto, los dos hombres,

solos, de allí lo cargaron
180

al dijunto hasta su cama,

y ya estaba frío helado.

Ahora bien: aquel dolor

que allí se había alabado

de tener con don Faustino
185

mucha amistá y compadrazco,

a pocos días después

se supo de un modo claro

que había sido el cochero

más ruin de don Bejarano.
190

Así fue que de la casa [450]

de la viuda, muy callado,

se largó sin despedirse;

pero desató el caballo

del dijunto, lo ensilló,
195

y dejó el suyo cansado.

A esa hora completamente

la noche había cerrado,

y el hombre desconocido

no se había separado
200

de la cama de Jacinto.

Allí lo estaba mirando

fijamente y conmovido;

y allí por fin balbuciendo

a la viuda le rogó,
205

de un modo muy contristado,

le permitiera el velar

en esa noche al finado,

y servirle a la familia

en todo lo necesario.

-Sí, señor, díjole Rita

agradecida y llorando

ahora mismo puede usted

desensillar su caballo,

y un grandísimo favor
215

nos hará en acompañarnos,

pues de buena voluntad

confío en que usted, paisano,

también nos ayudará

de madrugada a cargarlo
220

al dijunto en la carreta,

en que iremos a enterrarlo

en la villa, pues no está [451]

por desdicha mi muchacho,

que acostumbra a uñir los güeyes
225

del castillo y...

-No hay cuidado,

le dijo el desconocido,

de todo eso yo me encargo;

y de picar la carreta.

Aquí estoy a su mandado
230

con toda mi voluntad,

mándeme usted sin reparo,

se lo suplico, señora.

-Dios se lo pague, paisano,

díjole Rita; y de allí
235

se fue a cortar de un atado

cuatro velas, que, encendidas,

vino y las puso al costado

de la cama del dijunto,

junto a la cual vio al foráneo
240

sentao a la cabecera,

medio ansí como rezando.

Entonces, recién la viuda

un instante hizo reparo

en la cara de aquel hombre,
245

y vido que era un extraño

desconocido para ella;

porque era tan picotiado

de virgüelas como arnero, [452]

y además tenía un tajo
250

desde la frente a la barba,

el cual le había vaciado

el ojo de la derecha;

después, le había cortado

la boca, dejandolé
255

como horquetas los dos labios

y traiba además el hombre

los cabellos desgñados,

y las barbas cuasi, cuasi,

de media vara de largo.
260

Con todo, ningún recelo

le tuvo Rita al paisano;

porque le dio a conocer

que estaba determinado

para servirla en un todo
265

en aquel momento amargo.

Cuasi toda aquella noche

tristísima se pasaron,

la viuda y su muchachita,

angustiadas hilbanando
270

o cosiendo una mortaja

humilde, de lienzo blanco;

con la cual de madrugada

al muerto lo amortajaron.

A las tres apunta el día,
275

ya se sabe, en el verano;

por eso, a las tres y media,

Rita le rogó al paisano

que saliera a uñir los güeyes

del castillo, en que cargado
280

debían llevar al muerto [453]

al Pergamino a enterrarlo;

y le alvirtió que los güeyes

debería de encontrarlos

allí no más, muy cerquita
285

de la quinta pastoriando.

Jacinto tenía solos

tres güeyes para el trabajo,

que no era mucho en su chacra,

sino arar de cuando en cuando;
290

pero entre los tres había

uno recién descornado,

el que a tirar en el yugo

estaba ya acostumbrado,

a pesar que se solía

espantar en ciertos casos.

El paisano fue y cogió

los que vido más a mano;

y de aquellos que agarró,

raro era aquel descornado
300

pero así mesmo lo uñó

sin que le diera trabajo,

porque al uñirlo, el toruno

entró al yugo voluntario.

Luego que acabó de uñir,
305

trujo la carreta al patio;

y la toldó con dos colchas

que le habían preparado.

Al rato la triste viuda,

rompiendo en copioso llanto,
310
[454]

díjole al recién venido

-¡Carguémoslo!... son las cuatro;

y se dispuso parada

para ayudar al paisano.

¡Díaónde poder la infeliz
315

cargar al amortajado,

viéndose desfallecida

de llorar y de quebranto!

Al ver eso, el forastero

solito cargó al finado,
320

y lo puso en la carreta

lo mejor acomodado,

sobre un colchón con almuada,

y con los brazos cruzados,

porque el muerto los tenía
325

en ese instante muy blandos.

Luego, aquel desconocido,

después que llevó cargado

a Jacinto hasta el castillo,

se quedó tan contristado
330

como la infeliz esposa

de el que estaba amortajado.

Antes de marchar, la viuda

allí le rogó al paisano

la dejase adelantar
335

con su hijita hasta el curato,

que se hallaba muy cerquita,

para hacer que sin retardo

cavasen la sepultura,

mientras seguía el paisano
340

más atrás con la carreta

y en el pértigo picando. [455]

-Sí, señora; así lo haré,

vayan no más sin cuidado,

contestó el desconocido;
345

pues ya sé que el campo santo

está cerquita de acá

vayan no más caminando...

Ansí fue: Rita salió

con su hijita lagrimiendo;
350

y de ahí siguió el forastero

sobre el pértigo picando

los güeyes de aquel castillo,

adonde iba amortajado

un hombre a quien no pensó
355

nunca en su vida el paisano,

en una pobre carreta,

conducirlo al campo santo.

- LXIII -

La justicia del cielo. -El amortajado. -El picador taciturno. -El resucitado. -El accidente. -El
buey arisco. -El reventado.

Ahora, dijo Santos Vega,

necesito el informarlos

de todo lo que pasó

esa vez en el curato, [456]

antes de llegar el muerto,
5

y al momento en que llegaron

la viuda con su niñita.

Las dos dolientes entraron

a la casa del curita

a eso de las cinco y cuarto
10

hora en que todos allí

aún estaban acostados;

así, solamente el cura

se encontraba levantado.

Naturalmente, a los gritos,
15

a los lamentos y llantos

de la viuda y de la niña,

toditos se levantaron,

y apenas vieron a Rita,

su viudedá adivinaron,
20

pues sabían que su esposo

estaba cuasi postrado.

¡Qué confusión se hizo entonces!

¡Qué momento tan amargo

les dio la fatal noticia!
25

¡qué desasosiego y llanto,

y qué sorpresa tuvieron

todos allí en el curato!...

Mucho más cuando supieron

que lo traían ya a enterrarlo
30

sobre un castillo a Jacinto

dijunto y amortajado;

y que ya estaba cerquita.

El cura, entonces, llamando

al sacristán, diholé:
35
[457]

-Don Celestino, le encargó

que sin excusa ninguna

haga usted lo que yo mando.

Oígame, pues, y ya ve

cómo estoy de atribulado.
40

¡Ahí viene muerto Jacinto!

A quien lo consideramos

como de nuestra familia;

ahora vanos a enterrarlo,

lo train en una carreta,
45

pues no nos han avisado

para hacerlo trair mejor;

ahora, pues, es necesario

que usted procure doy piones

y les mande sin retardo
50

que caven la sepultura

para enterrar a mi hermano,

el pobrecito Jacinto

a quién usted quiso tanto.

-Sí, señor cura, es verdad;
55

yo lo estimaba al finado,

respondió don Celestino.

-Pues bien, cumpla mi mandato,

repitió el triste curita,

después de haberlo informado,
60

delante de don Faustino,

al sacristán del curato

de todo lo acontecido

completamente y despacio.

Don Celestino salió
65

lo mejor intencionado

para cumplir lo que el cura. [458]

allí le había ordenado;

así fue que en el instante

el hombre se fue apurado
70

a buscar los cavadores,

y echar de camino un trago,

venirse luego a la iglesia,

mandar cavar sin retardo

la sepultura, y después
75

estarse en su campanario

a espera de la carreta

que traiba al muerto cargado.

Ocho cuadras le faltaban,

para llegar al curato,
80

al picador que venía

sobre el pértigo picando,

taciturno, pensativo,

y al parecer abismado...

Dios sabe en qué; pero el hombre
85

venía muy contristado,

al tiempo que por la espalda

le dijo el amortajado

con una voz sepulcral:

«¡Adónde me lleva, hermano!»
90

A esa voz, al picador

los pelos se le pararon

de terror, y al darse vuelta,

viéndolo vivo y sentado

al dijunto en la carreta,
95

el picador espantado, [459]

entre el pertigo y los güeyes

cayó al suelo accidentado.

Entonces, aquel toruno

ariscón y descornado,
100

al sentir entre las patas

algún bulto atravesado,

pegó el güey una tendida

que hizo la carreta a un lado,

sacándola de la güella
105

por donde iba caminando,

y entonces allí una rueda

al picador desdichado

le pasó por medio cuerpo,

y el pecho le hizo pedazos.
110

Sin sentido, cuasi muerto,

ahí no más quedó el paisano,

de suerte que del castillo

se bajó el amortajado;

y comprendiendo toditas
115

las circunstancias del caso

dijo: «¿Acá, qué puedo hacer?

Nada más, sino llevarlo,

donde él me llevaba a mí.

Vamos, pues, al campo-santo.»
120

Pero, no teniendo allí

quien lo ayudase a cargarlo

en la carreta, esperó...

después de haberse sacado

a tirones la mortaja
125

y haberse sólo quedado

en camisa y calzoncillos. [460]

A ese tiempo, a dos paisanos,

que pasaban por allí,

los llamó, y se le arrimaron
130

de muy buena voluntá;

y por ellos ayudado,

cargó luego en el castillo

al picador reventado,

y, creyéndolo dijunto,
135

enderezó al campo-santo

sobre el pértigo también,

a los güeyes picaniando.

De noveleros, sin duda,

luego aquellos dos paisanos
140

salieron al galopito

para la villa rumbiando;

y, a la cuenta, allá en la orilla

del pueblito, platicaron

con algunos conocidos,
145

a los cuales les contaron

el milagroso suceso

del muerto resucitado.

Así debió ser; porque

los curiosos, informados
150

de semejante suceso,

estuvieron esperando

hasta que llegó el castillo,

y todo lo averiguaron:

de manera que a Jacinto
155

lo detuvieron un rato.

A esa hora, en tristes apuros

estaban en el curato;

y viendo que la carreta [461]

en llegar tardaba tanto,
160

se le antojó al sacristán

salir a dar un vistazo

a ver si la divisaba,

pues que ya habían cavado

la sepultura los piones.
165

Salió pues, medio apurado

el sacristán, y tres cuabras

solamente había andado,

y vido ya que al castillo

lo habían cuasi cercado
170

los curiosos, que le estaban

a Jacinto preguntando

¿cómo tan dichosamente

había resucitado?

El sacristán al instante,
175

que vio a Jacinto alentado,

volvió corriendo a la iglesia,

enderezó al campanario,

y en vez de doblar se puso

a repicar muy ufano.
180

Allá fue el cura otra vez

junto con don Bejarano,

quien le dijo al sacristán

furiosamente enojado:

-¡Ah, pícaro! ¿usté repica
185

porque se ha muerto mi ahijado,

y se lo hemos alvertido...?

-¡Qué muerto ni qué carancho!

contestó don Celestino;

usté está mal informado.

190

[462]

Jacinto se murió anoche,

pero hoy ha resucitado

adentro de una carreta.

¿No le ve? Ahí entra muy guapo.

Con que así, no me eche roncas

195

al botón. Yo sé lo que hago...

Y ¡déle guasca! siguió

el sacristán repicando.

-¡Es cierto! dijo el patrón;

y otra vez corrió gritando:
200

¡No lloren, alegrense!

Jacinto ha resucitado.

¡Démosle gracias a Dios

por este nuevo milagro!

A la voz de don Faustino
205

salieron todos al patio;

y después que allí a Jacinto

mil abrazos le pegaron,

este, en muy pocas palabras,

lo que le había pasado
210

les contó diciendolés

que allí traiba agonizando

al pobre desconocido...

que era preciso: auxiliarlo.

Al instante a recibirlo
215

todos allí se aprontaron;

y entre el cura, don Faustino,

el caciquillo y Genaro,

con la mayor prontitú,

compasivos lo bajaron
220

al infeliz forastero,

y allí mesmo en el curato [463]

doña Estrella y Azucena

una cama le arreglaron,

para poder asistirlo,
225

en el más bonito cuarto;

y al médico de la villa,

que era un hombre acreditado

como buen facultativo,

al instante lo llamaron.
230

- LXIV -

El agonizante. -El arrepentimiento. -La revelación. -El espanto. -La absolución. -La muerte del bandido.

Vino el médico a la priesa,

y ya estaba el lastimado

en la cama, adonde el habla

medio había recobrado,

y la vista: pues, a todos
5

los que lo estaban rodiando;

a uno por uno los vido

lánguidamente, y llorando,

pero sin hablar palabra;

únicamente a Genaro,

10

[464]

que estaba al lao de la cama,

le apretó apenas la mano,

como si lo conociera

o quisiese pedirle algo.

Sin perder tiempo, el dotor
15

le descubrió con cuidado

el pecho, y lo registró

del modo más esmerado;

y, después que lo pulsó,

aparte, a don Bejarano
20

le dijo: que era imposible

salvar aquel desdichado,

porque debía espirar,

sin duda dentro del plazo

de tres horas, cuando más;
25

pues que ya le iba faltando

hasta la respiración,

por lo cual, ni confesarlo

quizá podría el curita...

que allí se estaba pegado
30

a la cama del enfermo;

como estaban en el cuarto

todas, todas la personas,

por el oidor empezando,

que en esa triste mañana
35

se hallaban en el curato.

El médico, finalmente,

como fue muy necesario,

también registró a Jacinto,

de quien dijo: que un letargo
40

fue el que tuvo, por motivo

de habérsele reventado [465]

una postema, que había

felizmente vomitado,

y que ya no era difícil
45

en adelante el curarlo.

Dicho esto, se despidió

el doctor, asegurando

de nuevo que el forastero

moriría al poco rato.
50

Con semejante advertencia,

todos muy desconsolados,

en el cuarto del enfermo

inmóviles se quedaron;

especialmente el curita,
55

que en confesar al paisano

pensó luego, para que

muiriese como cristiano

Pero, todo allí estaban

completamente inorando
60

quién podría ser aquel

forastero infortunado;

pues naidés lo conocía,

y les era tan extraño

como si del otro mundo
65

el hombre hubiera llegado.

Naidés, pues, lo conocía;

y aun cuando le preguntaron

por su nombre algunas veces,

el forastero callado
70

los miraba tristemente,

sin responder y llorando.

Pegada a la cabecera [466]

del moribundo foráneo,

estaba la compasiva.
75

Azucena, procurando

hacerle tomar siquiera

algunas gotas de caldo;

y la taza la tenía

como enfermero Genaro;
80

pero, ni una sola gota

pasaba ya el desgraciado.

El curita, al ver aquello,

como que estaba allí al lado

de la cama del paciente
85

sin querer desampararlo,

conmovido diholé,

tomándolo de la mano

y lleno de mansedumbre:

-Yo quisiera confesarlo,
90

querido amigo, eso es bueno;

y también sacramentarlo,

para que pronto se alivie.

¿No le parece, paisano?

A esa voz tan persuasiva,

a esas palabras de un santo,

el enfermo que hasta entonces

estuvo siempre callado,

suavemente abrió los ojos,

y, humildemente mirando
100

al cura, le respondió,

apenas articulando

débilmente estas palabras,

cuando estaba agonizando:

-¡Ah! señor, por Dios le pido
105
[467]

un momento de descanso,

porque ya apenas respiro;

tal estoy de fatigado.

Además de esto, señor,

son tan muchos mis pecados
110

y delitos, que la vida

tiempo para confesarlos

creo que no me dará;

pues siento que ya pisando

estoy a mi sepultura,
115

y tristemente dudando

merecer perdón de Dios...

-¡De eso, no, no dude, hermano!

Tenga usted fe y esperanza

en que será perdonado,
120

le contestó el padrecito;

porque Dios nunca ha negado

misericordia y perdón

a quien, como buen cristiano,

se lo pide arrepentido.
125

Ahora convengo en dejarlo

hasta que se alivie un poco,

pero aquí estaré a su lado,

como es de mi obligación.

En seguida lo dejaron
130

descansar solo media hora,

teniendo cuenta del plazo

que el médico señaló

al marcharse del curato;

pero, de los que allí estaban,
135

naides quiso abandonarlo,

y todos para asistirlo [468]

se estuvieron en el cuarto

sin separarse ninguno.

Las siete y media sonaron
140

cuando el curita trató

otra vez de confesarlo,

pero entonces conoció

que el enfermo agonizaba,

y solo se limitó
145

a preguntarle si estaba

con todo su corazón

humilde y arrepentido,

de haber ofendido a Dios

y a los hombres en el mundo.
150

-¡Con toda mi alma, señor!

me confieso arrepentido,

llorando le respondió

el agonizante al cura;

y al mesmo le suplicó
155

que a Genaro y su mujer,

para pedirles perdón,

los acercase a su lado;

y el cura los acercó.

Después de eso, a doña Estrella
160

y su esposo les pidió,

que allí, a la hora de la muerte,

le tuvieran compasión,

perdonándolo también.

Y por fin le preguntó
165

al curita, si podría

echarle la asolución,

para morir descansao. [469]

El padre le contestó:

-Sí, amigo, lo asolveré,
170

pues la clemencia de Dios

a todo el que muere así

le da su gracia y perdón.

Silenciosos en el cuarto,

con atenta devoción
175

escuchaban los oyentes,

hasta que el caso llegó

en que el cura al moribundo

su nombre le preguntó,

para poderlo asolver.

Con ansiedá y atención

allí todos esperaban

aquella contestación

del criminal misterioso,

que alguna revelación
185

terrible debía ser...

Pero, entonces le faltó

el habla al desconocido,

y muerto se le creyó.

Penosas fueron las dudas,
190

el deseo y la aflicción

con que a todos los del cuarto

el criminal los dejó,

cuando, sin nombrarse al fin,

mortalmente enmudeció.
195

Mas, como allí era preciso

que la JUSTICIA DE DIOS

se viese clara y patente,

la Providencia le dio [470]

alientos al moribundo,
200

para pedirles perdón

a todos sus ofendidos

que estaban rodiandoló.

Así fue: el agonizante;

trémulo y mirandoló
205

al padrecito, le dijo,

esforzando algo la voz,

estas últimas palabras,

que a toda una confesión

aterrante equivalieron:
210

-Apenas tengo valor

en este instante mortal,

cuando es preciso, señor,

volverle a decir que he sido

tan ingrato y malhechor
215

desde mis primeros años;

como asesino y ladrón.

Por eso fui presidiario,

pena a que me destinó

la justicia, después qué
220

la vida me perdonó...

Y no está lejos de aquí

quien entonces me salvó.

Del presidio me escapó,

gracias a un crimen atroz
225

que para eso cometí;

y entonces me persiguió

la justicia en todas partes,

hasta que al fin me creyó

ahugao en el Paraná,
230

adonde por nadador [471]

me salvé de perecer,

y entonces ya se olvidó

hasta mi nombre en el mundo.

Después de eso, continuó
235

mi vida de delincuente,

y por último, fui yo

el criminal alevoso

que a Genaro le clavó

un puñal, en la Vitel,
240

y ese día me marcó

¡un fantasma en las espaldas!

-¡Misericordia de Dios!

exclamaron los oyentes

estremecidos de horror.
245

-Y ¿cómo se llama usted?

Azucena preguntó.

-¡Ah! Dijo el agonizante;

¡mi nombre es aterrador,

maldecido, aborrecible!
250

Me llamo... Luis Salvador.

Soy hermano de Jacinto

el Mellizo de la Flor.

Ni bien el agonizante

a nombrarse principió,
255

de rodillas en el suelo

aterraos y en confusión,

todos cayeron postrados.

Solo allí en pie se quedó

el angelical curita,
260

quien sobre el pecho cruzó

los brazos, y humildemente [472]

los ojos al cielo alzó,

lleno de fe y caridá;

y pidiéndole al Señor,
265

¡Misericordia! En su nombre,

al moribundo asolvió...

Y en ese instante supremo

Luis el mellizo espiró.

Entonces, don Celestino
270

de allí llorando salió;

fue al campanario y piadoso

por el Mellizo dobló.

.....

Finalmente, la mortaja

de Jacinto le sirvió
275

a su desdichado hermano,

para quien se destinó;

y, cuando lo amortajaban,

todo el mundo allí le vio

La marca con que Azucena
280

en la Vitel lo marcó.

Así pues, la Providencia

del cielo justificó

la inocencia de Azucena;

y así Manuel exclamó:
285

-¡No hay deuda que no se pague!

A lo que añadió el patrón:

-¡Ni plazo que no se cumpla!

-¡Es verdá! dijo el oidor.

A las nueve de ese día,
290

en un modesto cajón

lo pusieron al finado, [473]

y a las diez se le rezó

una misa en la capilla,

a la que naides faltó
295

de los que estaban presentes

cuando el Mellizo espiró;

y todos en esa misa

lo encomendaron a Dios;

y allí mismo en el curato
300

el cadáver se enterró. [475]

Epílogo

Los dones generosos. -Premio a la virtud. -Los agradecidos. -La felicidad de todos.

De aquella Pascua dichosa,

el patrón don Bejarano

con su esposa doña Estrella,

dos días más se quedaron

con el curita; y después
5

la Estancia de los Milagros

se volvió un pueblo chiquito,

cuando a Azucena y Genaro,

la Lunareja, Manuel,

Jacinto el resucitado,
10

su familia, y el oidor,

les pidió don Bejarano

fuesen a pasar con él

una parte del verano.

Es de advertir que el patrón
15

ya tenía un plan formado,

y con su señora esposa

perfeutamente acordado. [476]

Fuéronse, pues, a la estancia,

donde ocho días pasaron
20

en festejos de alegría;

y una mañana temprano,

a su sala, don Faustino

mandó a llamar a Genaro

y a su mujer, a quien le hizo
25

que tomara asiento al lado

de doña Estrella; después

llamó a Manuel, y a su ahijado

Jacinto con su familia.

Luego que allí se sentaron,
30

muy afable y muy contento,

refregándose las manos,

don Faustino dijolés:

-Amigos míos, los llamo

para que oigan mis deseos,
35

y voy a decirles claro

lo que quiero y lo que haré,

a mi gusto y bien pensado

con mi mujer. Oiganmé.

Yo soy muy afortunado,
40

¡gracias a Dios! Y muy rico;

y a ustedes los quiero tanto

como los quiere mi esposa.

Por esto, los dos pensamos

hacer poco con hacerlos
45

a ustedes afortunados.

En esta conformidad,

sin el menor embarazo,

yo quiero desde este día [477]

como a hijos míos tratarlos;
50

y en prueba de mis deseos

tengo ya determinado,

que la Estancia de la Flor,

ya que por fortuna estamos

en buena paz con los Indios,
55

vayan Jacinto y Genaro

y la repueblen, pues hoy

de regalo se la damos

a los dos: entiendan bien...

A Jacinto y a Genaro;
60

y para eso, ya dispongan

de la mitá del ganado,

que aquí tengo en esta estancia,

y además, del que anda alzado

con mi marca, que anda mucho
65

en la costa del Salado.

Esta estancia en la que estoy,

para Ángel se la dejamos,

porque le queda a nuestro hijo

muy cerca de su curato.
70

La estancia del Cardalito,

que es propiedad de Genaro,

yo quiero que se la dé

a Manuel, pues le ha salvado

la vida después de Dios,
75

y es justo recompensarlo.

A ti, Jacinto, también

con mucho interés te encargo

le regales tu chacrita

al sacristán del curato,
80

que nos aturdió a repiques [478]

al verte resucitado.

Ahora, tocante a la Flor,

me falta decirles algo.

Para esa repoblación,
85

yo bien sé que es necesario

mucho dinero, y yo temo

¡gracias a Dios! Demasiado,

y les daré muy a gusto

la plata para esos gastos;
90

sólo con la condición

de no hacerles ningún cargo

ahora, nunca, ni jamás,

pues quedaré bien pagado

con que trabajen ustedes
95

y sean afortunados.

No tengo más que decirles...

Ahora, démen un abrazo,

y los tres arreglensé

tratándose como hermanos,
100

y como que ya son hijos

del Andaluz Bejarano.

Vámonos, pues, a almorzar;

y váyanse preparando

a ver si pueden salir
105

antes que acabe el verano.

.....

Al mes y medio después

todo estaba ya aprontado;

ansí, muy agradecidos

Manuel, Jacinto y Genaro
110

salieron con sus familias, [479]

llevando lo necesario

para cumplir los deseos

del patrón don Bejarano.

Ese día, allí el curita
115

les dio a cada uno un abrazo,

y les echó al despedirse

su bendición como a hermanos.

Luego a los campos del sur

los tres amigos marcharon,
120

en mil ochocientos cinco,

muy al principio del año;

y en mil ochocientos ocho,

en la costa del Salado,

los hombres más servidores,
125

los más ricos hacendados,

y en suma, los más felices

como los más respetados,

fueron, y son hasta el día

Manuel, Jacinto y Genaro.
130

Por fin, dijo Santos Vega,

velay mi cuento acabado;

y mañana, si Dios quiere,

me vuelvo para mi pago,

de esta casa agradecido
135

por lo bien que me han tratado.

.....

Ansí fue; al día siguiente

con su bragao ensillado

estaba ya el payador,

y al despedirse, un regalo
140

le hizo su amigo Tolosa, [480]

dándole el mejor caballo

parejero que tenía;

sin haberse descuidado

tampoco Juana Petrona
145

pues ya le había cribado

los mas lindos calzoncillos

que se puso el gaucho Santos,

desde que nació cantor

hasta que murió cantando.
150

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).

